

ALFAGUARA

Claudia Amengual

El lugar
inalcanzable



Narrativa Hispánica

Claudia Amengual

El lugar inalcanzable

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleeruy



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A Fernando

Los hechos referidos en esta novela son ficticios. El contexto histórico solo sirve a modo de marco temporal y espacial.

Se dice que hay varias maneras de mentir; pero la más repugnante de todas es decir la verdad, toda la verdad, ocultando el alma de los hechos. Porque los hechos son siempre vacíos, son recipientes que tomarán la forma del sentimiento que los llene.

El pozo, JUAN CARLOS ONETTI

I. Es mentira que la muerte iguala

Es mentira que la muerte iguala. Hablemos en serio: no es lo mismo morir solo y pobre que rodeado de afectos. Y no es menos cierto que, si bien hay muertes más tristes que otras, todas tienen algo de belleza. Es la belleza de lo grotesco, la fealdad llevada a un horror tan insoportable que se vuelve necesario encontrarle un destello estético. Los poetas son expertos en esto. Convierten carroña en poesía, encuentran en la muerte alguna forma sutil de lo bello.

También es mentira esa estupidez de que a nadie se le desea la muerte. ¡Qué va! Cuando el odio es puro, la muerte se desea. Incluso se perpetra. Claro que no todos llegan a este extremo. Pero que nadie se engañe. Es más fácil explicar por qué matamos que esgrimir las razones por las que no lo hacemos. Algunos no lo hacen por cobardía o por temor a ser descubiertos. El deseo existe, sin embargo, hundido en lo más profundo de la conciencia.

Uno no se conoce del todo, no desciende hasta el abismo de su miseria hasta que se permite experimentar ese deseo. Lo que después haga con él es otra historia. Quizá allí esté la verdadera diferencia entre el bien y el mal. En lo que cada uno hace con sus deseos. Y en cómo luego construye un relato para sostener eso que ha hecho.

II. Hay horas que piden silencio

Villa Carlos Paz, 1992

Era el primer día de enero y el gordo estaba muerto. No demoraron en darse cuenta de que mover ese cuerpo descomunal ajustado a presión entre la base de la pileta y la puerta del baño iba a ser un problema extra. La puerta solo podía abrirse unos centímetros, lo suficiente para ver el cuerpo tendido sobre las cerámicas del suelo, con un hilo de sol iluminándole el cuello.

El golpe se había oído desde la sala del desayuno. Sonó por encima del gorjeo de voces adormiladas, por encima del tintineo de cristales y cubiertos, el borboteo del café y el arrastrar pastoso de las sillas. El golpe había sido fuerte y seco, como si un árbol se hubiera desplomado de pronto en el parque que rodeaba la hostería.

Hubo un silencio apenas cortado por la entrada de un desprevenido que dio los buenos días con la inocencia de quien no sospecha que el mundo acaba de cambiar porque algo terrible ha sucedido.

El golpe sonó. El hombre entró y dio los buenos días con voz apenas audible sin importarle que alguien le devolviera el saludo. Distinguió al viejo que la tarde anterior lo había saludado con aire comprensivo, como aquel que por experiencia conoce el peso de la soledad en determinadas fechas. El hombre vio al viejo, pero este pareció no advertir su presencia. Eligió una mesa, apoyó la llave de su habitación y fue a servirse el desayuno.

El golpe seco y la entrada del hombre constituyeron una mínima distracción casi simultánea luego de la que cada cual volvió a lo suyo, sin ganas de enterarse. Porque enterarse podía significar que aquel día renunciara

demasiado pronto a sus promesas de dicha.

Bajo el alivio de un ventilador de techo habían armado una larga mesa. A ella iban llegando, como por goteo, los integrantes de una tribu que podía ser una familia. Un clan que se mostraba unido y que la noche anterior, durante la fiesta de fin de año, había dado muestras de afecto. A cargo de aquella prole había una pareja de setentones que aparentaban mesura en las canas y prosperidad en la vestimenta.

Había, también, una pareja más joven. La mujer tenía rasgos tan parecidos a los viejos que no podía ser más que su hija. Se veía luminosa. No feliz, pero luminosa, surgida de una buena noche y llena de una memoria húmeda y placentera. Fue la primera en ir a la mesa del bufé a servirse.

Su marido la observaba y se dejaba atender. Ella repitió la operación cuatro o cinco veces, preguntando, yendo, volviendo con tazas humeantes y platos llenos. Después de que él estuvo servido, solo después, se dirigió a los niños. Y al final se sirvió ella. Un ojo entrenado hubiera podido captar las miradas oblicuas que la mujer lanzaba a su marido, pendiente de saber a quién dirigía él su atención. Aquella mujer estaba inquieta.

Había cinco niños rubios que guardaban una razonable compostura y que no tenían hambre, pero sí unas ganas apremiantes de salir corriendo a disfrutar de un día que siempre iba a ser demasiado corto para ellos. Se parecían lo suficiente como para ser hermanos o primos. Y esto último eran. Tres de ellos, hijos de la pareja más joven.

Y había dos hombres. Uno de ellos era padre de los otros dos niños. Reían con dulzura ante cualquier tontería que se dijera. Sobre todo, cuando el patriarca se puso a contar con ademanes la borrachera del *doctor* —así le llamaban, aunque no lo conocían—, el señor maduro que había despedido el año bailando abrazado a una columna. En medio del mareo, le había pintado un rostro con rodajas de remolacha y se empecinaba en besarla con gestos obscenos. El *doctor* no había ido a desayunar aquella mañana. Más tarde iban

a enterarse de que había abandonado la hostería antes del amanecer, luego de ofrecer una excusa que el conserje —que hacía las veces de recepcionista, o, llegado el caso, botones— aceptó con vergüenza ajena.

Así pues, agotadas las risas tras el recuerdo de la patética actuación del *doctor*, la mesa grande se dispuso a celebrar el primer desayuno del año en un clima de familia convencional, apreciable desde esa mirada leve que permiten los encuentros fugaces de las vacaciones. Una familia de once. Los viejos eran el núcleo y el vértice, un tronco del que se desprendían dos ramas menores. La hija con su esposo y sus tres niños. El hijo con sus dos niños. Y el amigo del hijo, alguien que de ningún modo llevaba la sangre del clan, pero al que le había sido otorgado el permiso temporal de la pertenencia.

Todo lucía armonioso en aquella familia y solo un ojo avezado podría haber captado las leves asperezas que se desgranaban como astillas de una madera seca cuando la hija cruzaba miradas con su marido, y este con el cuñado, y este con su amigo, y el amigo con la matriarca, y todos entre sí con velocidad y sutileza proporcionales a la intensidad. Un odio sordo se escondía detrás de la aparente cordialidad de las miradas. Los niños, que no tardaron en esfumarse hacia el jardín, estaban a salvo de esto.

Más cerca de la ventana, disfrutando la mejor vista del lago San Roque y las sierras, tres mujeres maduras conversaban con simpatía. Tenían un aire de abuelas jubiladas, una suerte de deleite relajado de aquellas personas que se han esforzado por años y se creen merecedoras de todos los placeres. Conversaban con buen ánimo e intentaban reconstruir la historia del *doctor* borracho. Estaban pendientes de la gesticulación exagerada del patriarca y de su vozarrón que inundaba la sala.

Dos mozos trajinaban desde la cocina reponiendo fiambres y quesos, y un pan humeante que era la *vedette* del desayuno y que todos esperaban con ansiedad de fieras. No porque tuvieran hambre —no podían tenerla a tan poco de semejante cena—, sino porque el pan caliente es una tentación

siempre. Traían, además, la manteca y los dulces, el café y los jugos —en especial, un agua perfumada con jengibre y una limonada con menta—, las jarras con leche, las medialunas y los bizcochos rellenos de chocolate y crema.

El aturdimiento de la noche anterior todavía zumbaba en las cabezas. Alguien había pedido que bajaran el volumen de la música. Y es que hay horas que piden silencio. Flotaba en el aire la molicie dulce que sigue al despertar y antecede la voluntad firme de construirse un buen día. Un día que, por otra parte, no era cualquiera. Era el primero de aquel año y, por tanto, marcaba el trazo, ponía el listón, sentaba un precedente simbólico del ciclo que todos deseaban transitar. Si aquel día era bueno, ¿por qué no habrían de serlo los restantes? Una esperanza recorría el lugar y todo era optimismo en la hostería.

Entonces alguien fue al baño. Una mujer joven que la noche anterior había bailado hasta desplomarse en uno de los sillones. El muchacho muerto la había tomado en brazos y la había sacado del lugar como un héroe de leyenda. La joven desayunaba tranquila y las tres mujeres —que alentaban suspicacias imaginando cómo habría sido el sexo entre aquella flacucha y el gordo— no entendían por qué al momento del desayuno habían elegido mesas separadas ni por qué apenas habían intercambiado un leve saludo al cruzarse. Algo había pasado. Imposible saberlo.

Solo podían asegurar que aquellos dos habían tenido sexo. ¿Y cómo lo sabían? Porque a una se le había metido en la cabeza, lo había comentado a las otras y eso había sido suficiente para convertir aquella suposición en certeza. Bastaba con haber visto la suavidad con que el muchacho la había alzado en brazos como a una princesa. Las tres sentían algo de envidia, sobre todo porque la joven no parecía una princesa.

Tenía lentes gruesos y caminaba abriendo los pies como un compás, balanceándose sin la menor coquetería. En cambio, era hermoso su cabello

abundante, que nada más requería el cuidado de las manos convertidas en peine ocasional y que ella, ignorante de su encanto, se acomodaba con displicencia. Eso hacía aquella mañana de enero, mientras avanzaba hacia un instante que iba a convertirse en un punto de no retorno.

La joven caminó hasta el baño acomodándose el pelo revuelto, sin conciencia de que debía mover el pie derecho después del izquierdo. Algunos siguieron su andar hechizados por el bamboleo silvestre de aquella melena. Otros ni siquiera la vieron. Atravesó la sala del desayuno, subió los cinco peldaños de la escalera y se perdió por un segundo. Luego volvió transmutada en un grito.

Entonces todos entendieron que nada había sido banal. Ni el despertar de aquella mañana, ni la somnolencia del desayuno, ni los desganados buenos días, ni la joven mujer de lentes gruesos que se puso de pie y caminó hasta el baño con los pies abiertos como un compás mientras se acomodaba el pelo revuelto. Cada detalle cobró una importancia extrema. Todo importaba y todo intentarían recordar más tarde, filtrado por la memoria y la conveniencia.

III. La muerte no se le desea a nadie

Villa Carlos Paz, 1992

Estaban también los dos hombres —el viejo y el más joven— que se habían ubicado a distancia prudente. Unos minutos después compartirían mesa, algo aturdidos, sin saber qué hacer ante el imprevisto de aquella muerte, con ese instinto solidario que surge en los seres solos cuando un drama acontece. La imponentia del instante iba a sumirlos en un clima denso donde parecería lo más natural enfrascarse en una conversación solemne.

La muerte, por supuesto, sería el tema excluyente. A ella se dedicarían en los minutos posteriores al descubrimiento del cuerpo, seguros de que otros se encargarían de los asuntos prácticos, mientras esperaban la llegada de la policía, el juez y los médicos.

El hombre más joven vio un revistero junto a la mesa del viejo. Pensó que sería bueno leer algo para distraerse. Se acercó a buscar un diario del día anterior y notó la mirada del otro que le sonreía. El hombre más joven quiso ser amable e inició la charla con un lugar común. Por decir algo y romper la incomodidad del momento. La muerte es terrible, dijo. El viejo volvió a sonreír.

—¿Sí?

—Sí, por supuesto.

—A mí no me lo parece. Al menos, no siempre. Hasta puede ser deseable, ¿no cree?

—No, claro que no. La muerte no se desea. No se le desea a nadie.

—¿En serio?

—¿Usted deseó que alguien muriera?

—¿Si yo deseé...? ¿Si yo deseé que alguien muriera, dice usted? Disculpe, disculpe que sonría...

—No le veo ninguna gracia. ¿Se burla de mí?

—¿Yo?

—Usted mismo, sí. Suena irónico.

—No, para nada. Soy un viejo. Los viejos no tenemos tiempo para la burla. Ni para la ironía. Además, no podría aunque quisiera. La ironía es el lujo de los inteligentes. Borges, por ejemplo. El resto, apenas tiene derecho a un poco de sarcasmo, con suerte. Pero ironía... no, amigo, la ironía requiere inteligencia. Y yo no la tengo. Usted, en cambio, es un hombre joven y parece tener bastante de los dos.

—¿Disculpe?

—Tiempo e inteligencia. Venga, siéntese..., acompáñeme, siéntese.

—¿Ahora?

—No podemos hacer otra cosa. Los médicos tendrán para un rato. Y todavía no llegó la policía.

—¿Tampoco podemos salir?

—Tampoco. Además, ¿para qué quiere salir? Lo bueno está aquí dentro.

—¿¿Bueno?! ¿Un hombre muerto?

—La muerte no tiene por qué ser algo malo. No siempre. Créame lo que le digo. Sabiduría de viejo. Y eso me lleva a la otra pregunta.

—¿La otra? ¿Cuál...?

—Bueno, usted dijo que no se le desea la muerte a nadie. Y fue, ¿cómo decirlo? Un cliché. Como cuando decimos que el agua no se niega ni a un enemigo, esas cosas. Usted dijo que no con énfasis. Los clichés son así. No hay que pensar mucho sobre ellos. Ofrecen comodidad a nuestra pereza intelectual. Para colmo, algunos son ingeniosos. Mi pregunta fue si es cierta esa máxima de que no se le desea la muerte a nadie. Venga, siéntese. No hay

mucho más para hacer y me gustaría contarle una historia. Si quiere, por supuesto.

El hombre que hablaba —el viejo— levantó la mirada como para bucear en sus recuerdos y vio el paisaje azul del lago de aguas mansas. Se distrajo por unos instantes en los que casi alcanzó una leve sensación de placer. Alguien dejó caer un tenedor y lo devolvió a la realidad.

Estaban en un salón amplio y era la hora del desayuno. La muerte del muchacho había terminado de despertar a los huéspedes que hasta hacía unos minutos lucían adormilados. El viejo, sin embargo, parecía el más espabilado de todos. No porque hubiera dormido bien. De hecho, hacía años que no descansaba una noche completa. La noche anterior, mientras oía el traqueteo de los preparativos para la cena, el ir y venir de tacones, el roce de vestidos, mientras el aire se caldeaba con perfumes, había sentido una soledad inmensa. Pensó que bajar a la fiesta solo empeoraría las cosas. Con un estoicismo casi masoquista esperó en la cama el griterío de las doce y el estampido de los fuegos que estallaban en el cielo. Privado de la misericordia del sueño, sintió como pocas veces la punzada de la soledad que arrastraba desde ya no recordaba cuánto. Se llamaba Jacinto Arnau y pronto cumpliría setenta y siete.

Le dolía la supuesta felicidad de los otros. Sabía que idealizaba, pero aun así le dolía. A veces se deleitaba inventando historias terribles y otorgando a las personas características monstruosas. Gozaba cuando veía a alguno perderse en sus pensamientos con prescindencia del resto. Creía que allí había un germen de soledad, que esa persona estaba presente con su cuerpo, aunque la mente y el alma volaran lejos. Podía sentirlos sus compañeros, sus iguales. Pero no. Porque aquellos tenían a alguien a quien engañar, alguien cuya compañía soportaban y, aun así, alguien con quien compartir la comida y el desprecio. Él ni siquiera tenía eso. El sonido del tenedor sobre el piso lo sacó de su ensoñación.

—¿Decía...?

Jacinto Arnau volvió como de un largo desmayo.

—Me distraje. Si me permite, voy a contarle una historia... Si no lo aburro, claro. Es que vaya usted a saber hasta cuándo nos tendrán aquí. ¿Le parece? ¿Sí? Bien, entonces vayamos a Montevideo a mediados del siglo XIX.

IV. Mi madre juraba que éramos nobles

Montevideo, mediados del siglo XIX

—Me llamo Jacinto Arnau. Así se escribe, Arnau, y así suena. Mi madre juraba que éramos nobles. Nos burlábamos de su delirio, que resultaba absurdo ante nuestra penosa condición de pobres. Ella, sin enojarse, con una dignidad que deberíamos haber interpretado como un rastro de aquella nobleza, insistía en el río azul que corría por nuestras venas.

»Contaba que descendíamos de un conde perdido en tierras americanas mientras realizaba tareas de botánico. Su abuelo. Para afirmar sus palabras mostraba la entrada correspondiente en el tomo de una enciclopedia que nunca supe cómo llegó a mi casa. El tomo, digo. Del resto de la enciclopedia no había rastros y, cuando le preguntábamos, mi madre decía que ella había recibido solo aquel libro y que con eso bastaba para saber quiénes éramos.

»El caso es que el conde botánico desembarcó en Perú y algo bueno habrá hecho allí porque aún hay calles que llevan su nombre. Cómo llegó más tarde al Río de la Plata, cómo se relacionó con mi bisabuela —una galleguita pobre venida a América escapándole al hambre de su pueblo montaños—, por qué la abandonó con seis hijos, adónde fue, qué pasó con él. De eso no hay noticias. Lo último que supimos fue que cruzó el río Uruguay rumbo a algún lugar de la Argentina. Si escapaba de algo, si solo se iba por un tiempo, si cuando quiso no pudo volver, si lo abatió una enfermedad o lo emboscaron unos bandidos... imposible saberlo. Su huella se disuelve en la bruma del tiempo. Y de allí regresa convertido en leyenda.

»¡Mi pobre madre! Toda una vida convencida de que su destino hubiera

sido el de una condesa de no haber acontecido dos o tres hechos. Si su abuelo, el conde botánico, no hubiera conocido a su abuela, por ejemplo. Esa gallega había cortado la buena estrella de la familia. Era hermosa, diminuta, con el pelo recogido en un moño, los ojos celestísimos, dos bolitas de cristal chispeando en un rostro surcado por las penas. Venía de Rebón Alto, un pueblo no lejos de La Coruña. De allí había bajado empujada por la hambruna, por el miedo a ser comida por los lobos que en las noches los hombres espantaban con hogueras. Cuando había hombres con fuerza. Porque en los últimos tiempos solo quedaban viejos. Ella era la mayor de los hermanos. Ella que apenas alcanzaba los dieciséis.

»La única esperanza era viajar a América, le explicó un intermediario que se apareció una mañana por el pueblo con aires de reclutador de tropa. ¿Cuánto?, preguntó ella. El intermediario dijo una cifra imposible. Dinero no tenemos. Los títulos de la tierra, entonces. La tierra es nuestra. De poco va a servirles muertos. Era cierto. En el cementerio del pueblo, las lápidas brotaban como hongos después de la tormenta. Era el hambre, el hambre se los llevaba más rápido que los lobos. Que también estaban hambrientos.

»Ella, mi bisabuela, obligó a su madre analfabeta a firmar la cesión de las tierras. Le habrá tomado la mano, supongo, como si fuera un pececito herido. Me gusta pensar que lo hizo con esa delicadeza, y la forzó a recorrer el papel, una línea sinuosa, un garabato, una arteria de tinta por donde se les desangraba el pasado, la tradición, todo lo que habían sido y ya no eran. No se preocupe, madre. No nos quiere esta tierra. Pronto voy a mandar por usted y por los niños. A todos me los llevaré a América. Resista, madre, no ha de pasar mucho tiempo.

»Era 1860. Mi bisabuela bajó de Rebón Alto con soquetes blancos, falda larga, pañuelo al cuello y un atado en el que iban sus pocas pertenencias: una muda de ropa, una Biblia, una mantilla negra, unos trozos de queso, un puñadito de su tierra. Así lo contaba mi madre.

»Nada sé del viaje, ni de la llegada a América. Sé que debía bajar en Buenos Aires y, por error, lo hizo en Montevideo. Que nadie la esperaba y que sus primeras horas en suelo uruguayo le habrán parecido un infierno. La historia que me refirieron vuelve a encontrarla con su disfraz de sirvienta, fregando pisos para una familia patricia cuya casa de dos plantas aún se alza en lo que ahora llamamos Ciudad Vieja. ¿Conoce Montevideo? ¿No? Si va, no deje de visitar la Ciudad Vieja. Bellísima. El día en que se decidan a recuperarla... En fin... ¿en que estaba? Sí... Es probable que allí la haya descubierto el conde botánico, mi bisabuelo. O en alguna misa, o en la plaza un domingo por la tarde, cómo saberlo.

»El caso es que mi madre hablaba con desdén de su abuela gallega. Y no sé si alguna vez le contaron la historia que después ella nos repetiría como si fuera comprobada y cierta, o si la fue inventando, apremiada por la necesidad de volcar en alguien su frustración por no haberse convertido en condesa.

»El conde botánico se llevó a la galleguita lejos de Montevideo. Hacia el oeste, a algún lugar cerca del río. Se la llevó casada. De eso sí hay documentos. Y allí en el campo, en una casa poco más que una tapera, la galleguita, mi bisabuela, le dio al conde botánico seis hijos, o, como decía mi madre, se hizo hacer seis hijos sin acabar de comprender cómo le habían entrado esos niños al cuerpo y resignada a parirlos cuando llegaba el momento. El conde botánico, ya por necesidad, ya por hastío, se fue una noche y no dejó ni su sombra.

»Allá en el campo, la galleguita se convirtió a la fuerza en gallega. Acostumbrada a pelear contra la miseria, no dudó que su destino natural fuera doblar el lomo. A lo bestia, nomás, a puro trabajo, logró mandar a sus hijos a la escuela. Nunca pudo cumplir la promesa de traerse la familia a América y en Rebón Alto las lápidas siguieron creciendo en el cementerio.

V. Es más sencillo pensar en los otros

Villa Carlos Paz, 1992

El hombre joven escuchó la historia que acababa de contarle el hombre viejo. La escuchó como si se tratara del relato de una trama, la trama de cualquier novela, sin entender que para el otro aquella historia era la única, la suya, y que hubiese agradecido un poco de sensibilidad en la atención dispensada. En lugar de esto, el hombre joven se desinteresó rápido de sucesos tan añejos cuya vinculación con el presente no entendía y volvió al comienzo.

—Yo creo que no sería capaz.

—¿Capaz?

—De desearle la muerte a una persona.

El viejo sintió la frustración ante la indiferencia del joven. Se arrepintió de haberle contado cuestiones tan íntimas. Hizo un esfuerzo por reponerse y continuó la charla con un desencanto disimulado.

—¡Ah! Se refiere a eso. ¿Capaz de desearle la muerte a una persona? ¿O de concretar ese deseo? Quizá no se sienta capaz de matar, de buscar la herramienta, hundir el cuchillo, disparar el arma, pensar en la conveniencia de aquel o este veneno... Quizá su problema no sea el deseo, sino la concreción del deseo. El trámite asqueroso de asesinar. Y las consecuencias.

—Es posible.

—En ese caso, el rechazo sería una forma de la cobardía.

—No lo entiendo.

—Es que hacen falta agallas. Ausencia total de misericordia, es cierto, pero

también agallas para vencer la repugnancia. Esa es la primera cobardía. Y agradezca que existe ese freno, porque de no existir, le aseguro que unos cuantos ya estarían muertos.

—¿Usted cree?

—Se lo aseguro.

—¿La segunda?

—¿La segunda? ¡Ah! La segunda cobardía, sí. Es el miedo a ser descubierto. Usted acepta el deseo, trama el crimen, lo concreta. Pero aún falta lo último. El descubrimiento y el castigo. Ahí tiene otra barrera de contención que evita muchas muertes.

—¿Y si hay descubrimiento, pero no hay castigo?

—Eso atempera las cosas, supongo. Aunque es difícil que una vez descubierto no haya castigo para el asesino. Si usted supiera que no va a ser castigado, ¿se animaría a matar?

—Le digo que ni siquiera puedo pensar en eso. La muerte me horroriza y la culpa me perseguiría...

—Ah, la culpa. Entonces no se trata de una restricción amorosa, sino de la culpa. Usted evita matar no porque esté lleno de amor, sino porque no soportaría cargar con una culpa.

—No lo tome a mal, pero es primero de enero. No es una conversación para un día...

—¿Lo incomodo?

—No, pero qué necesidad de...

—Es que a veces... a veces... digo, no tiene sentido hablar de banalidades. Si vamos a hablar, que nos quede algo. De todos modos, no podemos salir de aquí hasta que llegue la policía.

—Bueno, nada me impide cambiar de mesa.

Jacinto Arnau dio una ojeada alrededor y dijo con sorna.

—¿A cuál? ¿A la de las tres veteranas? No lo creo. Terminaría huyendo

con los tímpanos destrozados. ¿A la de la familia? ¿Los ha visto? ¿Ha visto el cruce de miradas? Las bocas sonrían, pero los ojos... ah, mi amigo, los ojos hablan. A ver, déjeme ver qué nos queda. La jovencita de lentes gruesos. Está en *shock* todavía, pobre. Imagine, entrar a un baño y tropezarse con un muerto. No, de ninguna manera. Terminaría deprimido. Ya ve, no hay mucha opción esta mañana. Puede sentarse solo, si quiere. Pero tarde o temprano acabará hablando con alguien porque la angustia pesa. A pocos metros alguien ha muerto y lo último que uno quiere es estar solo.

El hombre que escuchaba, el más joven, pareció ceder. Era cierto. Aquella muerte los unía en una fraternidad de extraños lazos que impedían el aislamiento o la huida. Había una necesidad de abrazo, que alguien dijera que todo iba a estar bien, que pronto se llevarían el cuerpo y la vida continuaría. Arqueó las cejas y suspiró en señal de entrega. Iba a escuchar, ¡qué más remedio!

Se llamaba Marcos Fratini, era ingeniero y acababa de cumplir los cincuenta. Estaba allí de paso, rumbo a la casa de un industrial que vivía en las afueras de Córdoba. Unos meses antes se había firmado en Asunción un tratado que iniciaba un largo proceso de integración entre Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Todavía no estaba claro hacia dónde iba aquello, pero las intenciones parecían buenas. Si funcionaba, pronto habría un nuevo bloque con el que el mundo querría negociar.

Fratini esperaba una instancia como esa desde que era niño. No sabía con exactitud para qué lo habían convocado en fechas tan poco propicias, pero intuía que podía estar ante una oportunidad única. Había sido el más brillante de su generación desde la escuela hasta la universidad y, sin embargo, había visto cómo algunos mediocres inescrupulosos o más hábiles para adaptarse a las reglas no siempre limpias del juego, lo habían pasado de largo. Estaba harto de cumplir un horario fijo tras un escritorio, haciendo informes sin más desafío que el solitario que, entre bostezo y bostezo, desplegaba en su

pantalla.

Ahora, en vista de los cambios que el nuevo bloque comercial prometía, era posible que alguien valorara la calidad de un buen profesional. Un antiguo profesor lo había puesto en contacto con el industrial y ahí estaba, rumbo a una reunión a ciegas a la que, según parecía, no llegaría a tiempo.

Se había marchado de su casa para no pasar el fin de año con su mujer. La relación venía en decadencia. Marcos Fratini necesitaba respirar, dormir una noche completa, pasar unos días sin reproches ni gritos. No tenía hijos ni el menor deseo de buscar una relación nueva. Antes de hablar estornudó y a Jacinto Arnau aquel estornudo le recordó un suave rebuzno.

—Parece que no hay muchas opciones. ¿Hasta qué hora nos tendrán aquí?

—Habrà que interrogar a todos. En algùn momento vendrà un forense. Y un juez, espero.

—Bueno, hable, hable. Lo escucho. Íbamos por su madre, el conde...

—Antes me gustaría contarle algo que me sucedió hace un tiempo. Tiene que ver con lo que le estaba diciendo. No se lo he dicho: soy profesor. Estábamos en clase, en clase de literatura. Doy un par de cursos. Solo adultos, nada de niños ni adolescentes. No me gustan ni los entiendo. Con los adultos puedo llegar a otras profundidades. No siempre, pero cada tanto...

»Hace unos días analizábamos la creación de personajes, cuestiones técnicas, esas cosas que es importante aprender y luego olvidar si es que uno pretende escribir algo decente. Estoy hablando de la ficción, por supuesto. La técnica y los datos importan, pero no pueden anteponerse a las tripas. De otro modo, mejor escribir un ensayo. Bien, estábamos en clase y yo planteé a los alumnos la cuestión de los estereotipos. Vimos algunos ejemplos. El bueno, el malo, la madrastra, el príncipe azul, en fin... Analizamos las características de cada uno.

»Les mostré una foto. Era un bebé, un bebé lindísimo, de ojos claros y un flequillo de lo más tierno. Se oyeron suspiros. Les pedí que hicieran el

ejercicio mental de convertir esa foto en un personaje de ficción, que imaginaran una historia para ese bebé. Algunos le dieron un destino feliz; otros lo enfrentaron a una vida dura de la que emergía más o menos victorioso. Todos, sin excepción, se refirieron al bebé con ternura. El bebé era un ser tierno.

»Los dejé hablar durante unos minutos. Luego les pregunté si serían capaces de matarlo. ¿En la ficción?, preguntó uno. En la ficción, contesté. Dos o tres dijeron que sí, que podrían matar al bebé si la trama lo requería. Otros demoraron y dijeron que ellos también. Un hombre movió la cabeza y se declaró incapaz. No soporto el sufrimiento de los niños, aclaró como defendiéndose. Es ficción, le recordé. Ni aun así, repitió. Los otros le pidieron que no exagerara, que la ficción era la ficción, que nada de malo había en matar si era mentira.

»¿Y en la realidad?, les solté de pronto. Me miraron sin comprender. En la realidad, en la vida real, la vida palpable. Toqué la mesa para dar énfasis a mis palabras. Nadie respondió. Nadie quiso responder la pregunta. Y la pregunta era directa: ¿serían capaces de matar al bebé en la vida real? Nada. Silencio. Dejé pasar varios segundos. Puro efecto.

»Les dije que iba a mostrarles la foto del adulto en el que se había convertido el bebé. Noté cómo cambiaban de posición y observaban atentos. La curiosidad siempre mueve. Mostré la foto. Era Hitler. Sí, sí, el mismísimo Adolfo. Hubo suspiros; de otro tipo, pero suspiros. Algún ¡oh!, ¡ah!, ¡uh!, interjecciones por el estilo. Y también risas de puro nervio. Uno comentó que algo había sospechado con aquel flequillo, que ahora veía que se trataba de un anuncio del ridículo bigotito. Más risas. La tensión crecía.

»Dejé que se expresaran, que bajaran la guardia. Les pregunté: ¿y ahora? ¿Ahora qué? Ahora que saben en qué va a convertirse el bebé, ¿lo matarían? ¿En la ficción?, insistió uno. En la realidad, respondí. Hitler no fue un personaje de ficción. Las respuestas demoraron. Algunos se negaron a hablar.

Bajaron la mirada o esperaron a que los demás hablaran primero. Al cabo de unos segundos la opinión fue casi unánime. Ni aun sabiendo en qué se convertiría el bebé serían capaces de matarlo. Pero reflexionen, insistí, la guerra, los campos, los hornos... Ni aun así, sostuvieron algunos con palabras y otros con gestos. No, no, no, matar a un bebé, de ninguna manera.

»Todos, salvo uno. Yo sí, dijo. Lo miré con sorpresa, casi con agradecimiento. Cuando se intenta generar reflexión no hay nada peor que las respuestas previsibles, la corrección política. Yo sí, repitió, y lo mataría no una vez, sino tres, cuatro, cinco veces.

»Los demás también lo miraron. No me atrevería a decir con qué intención. Puede que con algo de disgusto, pero es posible que alguno apreciara su franqueza. Hubo un silencio incómodo que alguien sintió la obligación de romper. Estúpida incapacidad para soportar el silencio. Dijo una tontería con pretensiones de broma. Apenas cosechó unas sonrisas.

»Di por terminada la clase con el deseo de que aquello siguiera germinando en su cabeza, creciendo, convirtiéndose en idea. Que llegaran al fondo y no se distrajeran en buscar culpables, en convencerse de la bestialidad del otro, del que sería capaz de matar al bebé no una, sino cuatro o cinco veces. Es posible que otros también pensaran que el bebé Hitler debería haber muerto. Pero, ¿de ahí a matarlo? No todos se animarían a hacerlo; ni siquiera a imaginarse la posibilidad de hacerlo. Es más sencillo pensar en los otros que meterse hacia adentro.

»Entonces alguien quiso laudarse aquel lodazal en el que nos habíamos empantanado y se descolgó con esas palabras que usted dijo hace unos minutos: la muerte no se le desea a nadie. Y yo vuelvo a preguntarle a usted lo mismo que les pregunté a ellos: ¿No?

VI. El vientre era una colina

Villa Carlos Paz, 1992

Poco después del hallazgo el aire se llenó con el inquietante ulular de la ambulancia. Un médico y un enfermero fueron hasta el baño e intentaron abrir la puerta que el cuerpo trancaba con todo su peso. Llamaron al chofer, pero aun así no pudieron. El hijo de la pareja de veteranos y su amigo se ofrecieron para ayudar. Poco lograron entre los cinco. No era un problema de fuerza. Debían tener cuidado para no empeorar las cosas. Si el muerto no estaba muerto, cualquier movimiento podía resultar fatal. Habría que entrar por la ventana y abrir la puerta desde adentro.

Hubo que llamar al encargado de mantenimiento que estaba en su día libre y apareció refunfuñando media hora más tarde. Para entonces, ya había llegado la policía. Cuatro hombres de los que, tras algunas indagaciones básicas, solo quedaron dos. Los otros, según explicaron, iban a redactar el primer informe y regresarían más tarde. Nadie volvió a saber de ellos.

De los dos policías que quedaron, uno parecía ausente. En las ojeras y en la mirada enrojecida se le notaba el exceso de alcohol o la falta de sueño. Era delgado, delgadísimo, un flaquito, y el cinturón se esforzaba en sostener los pantalones demasiado amplios. Encendió un cigarrillo —lo que para algunos supuso una falta de respeto— y se acomodó en un rincón, cerca de la ventana. Era obvio que estaba allí como apoyo y que el otro dirigía.

El otro parecía salido de una novela negra. No vestía uniforme. Llevaba un pantalón gris, manchado en la entrepierna y con el cierre trancado a medio camino. Un palomo envejecido antes de tiempo y arrojado del nido por una

tormenta. Eso parecía. O un tipo desaliñado sin más, un sucio, como comentó la matriarca.

La mañana iba completando sus colores. El rosa húmedo de las primeras horas viraba hacia amarillos brillantes. Un sol blanco velado por una única nube que cubría el cielo se clavaba como mil alfileres en los ojos y obligaba a fruncir el ceño. Más atrás, el lago centelleaba en esquirlas plateadas en las que cada tanto se abría la estela lenta de un velero o el rápido tajo de una lancha. Una mañana perfecta.

El hombre de mantenimiento trajo una pequeña sierra. Se tomó su tiempo y unos cuantos insultos hasta que logró romper la barra delgada que aseguraba el ventanuco del baño. Ahora el problema era determinar quién entraría por el reducido espacio de aquella ventana a la altura del techo. Todos pensaron con silenciosa unanimidad en los niños y con silenciosa unanimidad desecharon la idea.

Entonces, el hombre de mantenimiento, un poco por terminar de una vez con aquello, otro poco porque quizá así podría obtener una propina extra, habló de su hijo, que tenía once años y era todo lo hombrecito que se necesitaba para entender ciertas cosas. Además, era menudo y podría entrar por allí. El médico le explicó que el trámite no sería sencillo. El niño debía comprobar si el gordo —así lo dijo, y allí mismo habilitó a todos a llamarlo de ese modo, el gordo, sin el menor respeto— estaba muerto, lo que ya era un espanto. Si no lo estaba, debía seguir al detalle instrucciones para inmovilizar el cuello y luego voltear con sumo cuidado el cuerpo. Unos centímetros bastarían, pero había que estar dispuesto. El espectáculo no sería agradable y el niño crecería para siempre con aquel recuerdo.

El hombre de mantenimiento se puso las manos en los bolsillos y clavó la mirada en el suelo con gesto serio. Alguien sugirió abrir un boquete en la pared, bajo la ventana, pero si el muchacho aún vivía, el riesgo de lastimarlo era inmenso. Estaban perdiendo un tiempo precioso. El médico miró con ojos

de compasión al hombre de mantenimiento, que se marchó en silencio. Al cabo de unos minutos regresó.

Traía bajo el brazo, empujándolo, a su hijo. Esmirriado y serio, consciente de la importancia del momento, o quizá lleno de miedo, el niño balbució un gruñido a modo de saludo cuando su padre le apretó la nuca. Parecía avergonzado y solo dejó ver el castaño de los ojos al alzarlos del suelo para buscar el hueco por donde debía pasar su cuerpo. Estaba claro que el padre ya había impartido las órdenes —y acaso prometido alguna moneda que nunca existió porque, en el jaleo, nadie pensó que no hacía aquello por altruismo, sino por ese anhelo de salir de la pobreza que todo pobre tiene—, así que se apoyó en las manos entrelazadas que el padre le ofrecía y con agilidad felina quedó colgado del ventanuco. Desde abajo, su padre y el chofer de la ambulancia lo empujaron hacia adentro y se perdió de la vista de los otros hacia esa tumba helada donde yacía un muerto.

Del otro lado de la pared el médico daba instrucciones. El niño no obedeció ninguna. Aguantó la náusea y gritó que el muchacho estaba muerto. Entonces el médico le pidió un último esfuerzo, que moviera el cuerpo para destrabar la puerta. El niño se negó. El médico dulcificó la voz y dijo que era sencillo, que no tuviera miedo. El niño repitió que no y, si hubiera podido discernir sus emociones, le habría dicho que además de miedo, estaba asqueado, que lo sacaran de allí en ese mismo momento.

Eso hubiera dicho el niño, pero no conocía las palabras. Se trepó a la tapa de la cisterna y apoyó sus manitas en la ventana. Desde abajo su padre lo amenazó. Si llegaba a salir sin haber abierto la puerta, lo esperaba una paliza de la que no se olvidaría. Se sacó el cinturón y lo revoleó para que el niño sintiera el chicotazo y le viniera la atrocidad del recuerdo. El niño oyó la orden cargada de ira, pero fueron más grandes el asco y el miedo. El padre profirió un insulto. Los otros hombres tuvieron vergüenza ajena. El médico le dijo al niño que no se apurara, que tomara aire, que iban a pasarle una tabla

para que hiciera palanca con ella y no tuviera que tocar la piel muerta.

El niño se calmó. Respiró profundo una, dos, veinte veces, casi hasta sumirse en el sueño. Cerró los ojos. El vientre del muerto era una colina. El jovencito se veía corriendo por esa colina, se deslizaba con la brisa de alguna primavera. A los pies de un pino antiguo descubrió un pájaro muerto. Tenía el plumaje azulado y el sol que se filtraba entre las ramas lo volvía iridiscente, una piedra preciosa con la vida recién escapada por algún hueco. Lo tomó sin asco ni miedo y lo colocó en su mano abierta. Estiró un ala y le acarició el pecho calentito y denso de plumas rojizas, finísimas. La cabeza pequeña cayó inerte entre sus dedos, entregada a la crueldad o al amor, privada de toda resistencia. Era lo más hermoso que había visto. El jovencito no tenía entonces —y quizá nunca tendría— las palabras exactas para describir aquello, pero supo que hay muertes que tienen algo de belleza.

Con la mente lejos, bien lejos, concentrado en otra colina por la que corría montado en la brisa que lo llevó bajo un pino donde descansaba un pájaro muerto, el niño recuperó la dulzura de aquellos movimientos, la suavidad de aquellas plumas y colocó la tabla que los otros le pasaron por el ventanuco bajo alguna parte del cuerpo del hombre muerto. Empujó con fuerza. La mente estaba lejos, lejos, lejos, lejos, y apenas la puerta se abrió, escapó a toda carrera. Ni siquiera alcanzaba pensar en el consuelo de la moneda.

Los que estaban en el comedor vieron pasar al jovencito como una ráfaga y se alegraron. Pronto terminarían los procedimientos y podrían regresar a sus vacaciones. Jacinto Arnau no parecía tener mejor plan que permanecer en aquel forzado encierro contando su historia a un desconocido. Más por evitar el aburrimiento que por interés genuino, Marcos Fratini se esforzó en la escucha.

VII. La dignidad también existe en la pobreza

Montevideo, 1915

—Nací en 1915, en tiempos de guerra. Fue mundial, pero no estoy seguro de que los niños de este lado del Atlántico nos diéramos cuenta de su magnitud, aunque también hayamos sido víctimas de las consecuencias. Imposible no serlo. Toda guerra es un atentado a la humanidad, un atentado estúpido, vano, mentiroso, siempre justificado por ideales muy lejanos de los motivos que lo alientan, ¿no le parece?

»Europa quedaba entonces demasiado lejos, pero aun así es posible que percibiera que algo malo sucedía. Dicen que los niños saben todo, que intuyen todo, aunque no lo manifiesten. No es cierto. A veces los niños crecen en una burbuja, una pompa de jabón que alguien ha soplado para ellos y allí viven tranquilos, dilatando el terrible momento en que la verdad les estallará en la cara y tendrán que empezar a vivir en serio.

»Fuimos catorce hermanos. Ca-tor-ce, como lo oye. Imagine usted ahora, en pleno 1992, algo como eso. Las parejas ya ni se casan y, si se juntan, con suerte tienen uno o dos hijos. Nosotros éramos catorce. Es cierto que no todos hijos de la misma madre. Ni siquiera del mismo padre. Así eran las cosas entonces. Por motivos distintos, los ricos y los pobres tenían muchos hijos.

»Los dos mayores eran solo de mi padre, que enviudó cuando eran pequeños. Mi madre era hermana de la difunta, es decir, de mi tía. Sintió pena por el pobre hombre y le pareció lo más normal decirle que sí cuando él le ofreció casamiento. La historia familiar lo consigna: él lo hizo por interés; ella, por piedad. Yo siempre me pregunté si no se gustarían de antes. Si ella

no amaría en silencio a aquel hombrón que la aventajaba en diez o doce años; si él no codiciaría la frescura de aquella jovencita que le recordaba a su mujer en mejores tiempos. Imposible saberlo. Si alguna vez me hubiera atrevido a sugerirlo, es probable que me hubiera ligado una cachetada. Y, además, qué sentido tenía preguntar algo para lo que ni siquiera ellos tendrían respuesta.

»El caso es que mi madre —la misma que tenía veleidades de condesa— se casó con mi padre y acogió como propios a los dos niños, esto es, su cuñado pasó a ser su marido y sus sobrinos se convirtieron en sus hijos. No sé si obligados o por puro cariño, siempre la llamaron *mamá* o *madre*.

»En los años que siguieron, mi padre se dedicó a trabajar para sacar adelante a la familia y mi madre a parir hijos. En total, nueve. No me pregunte cómo subsistíamos, pero no recuerdo que pasáramos privaciones. Era tan distinta la forma de vida, tan cercanos los horizontes, tan pequeñas las ambiciones, que el poco dinero que mi padre ganaba alcanzaba para sostener a la familia, qué digo, ¡a un familión! Y para colmo, después de mi nacimiento —yo fui el noveno de la tanda—, mis padres se dieron el lujo de criar a otros tres. Lo dicho: en total, catorce.

»¿Cómo sobrevivíamos? En aquella época era posible, sí. Verá, las edades iban de dos a veintiuno. A esa altura, los más grandes ayudaban en la carpintería. Ah, creo que no se lo dije; mi padre era carpintero. En el fondo de la casa teníamos una pequeña huerta. Tomates, cebollas, zapallitos, perejil, tomillo, orégano, lo que pidiera. Había también un manzano, un limonero y un ciruelo. Eso no alcanzaba, claro. Supongo que el arroz, la harina y los fideos se conseguirían en el almacén.

»Y criábamos un cerdo. Cada año mi padre iba a la feria y traía un cerdito. Los más chicos jugábamos con él. Lo alimentábamos con lo mejor que teníamos —nunca con basura; mi madre decía que no se alimenta con basura al cerdo que uno va a comer— y antes de Navidad mi padre lo carneaba. Era un día de fiesta. Los vecinos venían y entre todos hacíamos embutidos que

duraban meses. Nunca sentimos pena por el animal, aunque mis hermanas se tapaban los oídos cuando chillaba.

»También se preparaban algunas conservas. Aquello era una nube de olores en los que se mezclaba la acidez de las ciruelas y la dulzura de la sangre del cerdo. De esa faena salía alimento para casi todo el año. Mermeladas, salsas de tomate, chorizos, morcillas, en fin, todo casero. Con eso y poco más tirábamos hasta octubre o noviembre.

»Y estaba el tambo a mitad de cuadra. De allí traíamos la leche cada día. Varias veces intentamos hacer queso, pero nunca salió nada bueno. Manteca, sí. La manteca era deliciosa, saladita. Mi madre la untaba en las galletas. Y también untábamos caracú cada vez que mi padre volvía a casa con el regalo de algún pedazo de carne fresca.

»En mi casa no había parra, pero sí en la de los vecinos y el vino se hacía en conjunto, del mismo modo que las conservas y los embutidos. Mi padre cenaba con vino y mi madre probaba cada tanto. Los niños lo teníamos prohibido, pero no por miedo a volvernos alcohólicos, sino porque era una bebida especial, y lo especial estaba reservado para los adultos, sobre todo para mi padre, el jefe. Mis hermanos y yo robábamos algunas gotitas a través de unos pequeños agujeros que hacíamos en el corcho con agujas de coser. En Pascuas, Navidad y algún cumpleaños, nos permitían tomar un vasito. Y era una fiesta aquel sabor rasposo y dulzón que no he vuelto a encontrar ni en los vinos más caros.

»Así, de este modo tan sencillito, un carpintero mantenía a su enorme familia. Nada sobraba, pero tampoco había carencias y mi madre, ayudada por mis hermanas mayores, se afanaba en almidonarnos las túnicas para que fuéramos impecables a la escuela. Porque, mi amigo, la dignidad también existe en la pobreza.

VIII. Una espesura de incomodidad y pereza

Villa Carlos Paz, 1992

Desconcierto. En la sala de desayuno latía una sensación indefinible, una espesura de incomodidad y pereza. Comenzó a campear la incertidumbre y, con ella, la angustia. Cada uno iba a reaccionar de forma distinta, con sus virtudes y bajezas. Surgirían la solidaridad o el individualismo, el sentido práctico o la inutilidad extrema, la alegría o la tristeza, la serenidad o la inquietud. Incluso el impulso de huida.

Pero nadie podía irse y todos experimentaban esa angustia de no saber. Esperaban, los oídos atentos a los ruidos que provenían del baño. Un absurdo sentido de obediencia se apoderó de ellos y acataron la orden del policía flaquito. “Sentados hasta que yo vuelva”, dijo. El policía había dicho esto como pudo haber dicho “nadie salga del comedor” o “por favor, aguarden en sus habitaciones”, pero dijo “sentados hasta que yo vuelva” y así lo esperaban, sentados. Una escena bastante ridícula que, de no haber mediado el drama del muerto, hubiera resultado graciosa. Porque estaba claro que ese policía no mandaba y que quien daba órdenes allí era el otro. De todos modos, acataron.

El niño apareció corriendo desde el baño, descendió la escalerita y siguió corriendo a través de la puerta hasta perderse de la vista de todos. Instantes después volvían el médico, el enfermero, el chofer y el policía de civil al que, a esa altura, todos llamaban *comisario* y que había asumido el control de la situación. El policía flaquito parecía un perro de guardia pendiente de que ninguna oveja escapara del redil.

Los cuatro hombres subieron hasta el baño y el médico comprobó lo que el niño había dicho. El muchacho estaba muerto. Calculó que serían unos ciento setenta kilos de humanidad y que la operación de traslado iba a ser algo digno de ver. No podía imaginar que, más tarde, ante la imposibilidad de arrastrarlo escaleras abajo, después de varias maniobras, se haría necesaria la intervención de un pequeño destacamento de bomberos.

Los de la mesa grande comentaban con alivio la suerte de que sus niños hubieran salido a jugar antes de que todo aquello sucediera. La mujer joven dijo que iría a ver qué estaban haciendo y con naturalidad se encaminó hacia la puerta, pero el policía flaco le cortó el paso. La mujer giró, molesta por la prepotencia y con la seguridad más absoluta, advirtiéndole en el tono y en la mirada que ni un ejército la detendría, repitió que iba a ver qué estaban haciendo los niños y que en un minuto estaría de vuelta. Fue tal la contundencia que el flaquito hizo un gesto de contrariedad, como diciendo “esto no es asunto mío. Por lo que me pagan...” y volvió a su cigarrillo con indolencia.

El comisario se le acercó, y es probable que le haya pasado un rezongo o quizá comentó algo acerca del muerto que había venido a empañarles no solo el desayuno de año nuevo, sino —en vista de lo complicado que lucía aquello— también el almuerzo. Era un hombre de pocas pulgas y menos pelos, con un hablar pausado, cremoso, que algunas mujeres encontraban desagradable, pero que lejos estaba de cualquier insinuación. El comisario era un misógino irredimible. Las mujeres le causaban desprecio.

Le habían interesado alguna vez, pero pronto se había convencido de que eran malos bichos puestos por Dios —en Dios sí creía y con fervor— solo por necesidades reproductivas, y que, salvando esa santa misión, no servían más que para causar problemas. Si no, bastaba con leer un poquito la Biblia y recordar a Eva. O mejor, a Lilith, que fue la primera, le gustaba agregar, solo para ver cómo algunos ponían cara de sorpresa.

Repasaba en su mente a las que se había cruzado en su vida y confirmaba que, a cambio de unos instantes de felicidad que una mujer da, hay que pagar años de padecimiento. Quizá por esto, luego de una rápida evaluación de los presentes, decidió que lo mejor sería empezar —y terminar de una buena vez— por la mesa de las tres mujeres, viejas chifladas, de seguro dispuestas a pagar por sexo. Así las definió, sin concesión para la duda. Se acercó a ellas como quien no tiene opción y va al dentista a sacarse una muela. Les tomaría la declaración juntas y, si era necesario, por separado, aunque esperaba acabar con ese trámite de un golpe. Y olvidarse de ellas.

El conserje apareció con el registro de huéspedes donde figuraba el nombre del muchacho: Gonzalo Heseldorf. El comisario sonrió. El caso comenzaba a colorearse y prometía todo menos aburrimiento. Porque el documento de identidad que asomaba de la billetera caída junto al inodoro, muy cerca de la cabeza, mostraba la foto del muchacho, sí, pero en el lugar del apellido no figuraba ningún Heseldorf, sino un Gadés inexplicable que venía a enturbiar el curso de las cosas.

A través de los ventanales vio estacionar a sus compañeros de la Policía Judicial, “la Científica”, como se los conocía. En unos minutos estarían desplegando su arsenal de instrumentos, tomarían fotos y medidas, buscarían huellas y redactarían un informe. El comisario pensó que el juez se estaba demorando demasiado.

IX. Qué puede hacer un niño con ese deseo

Montevideo, 1922

—Una tarde, a la hora de siempre, mi padre volvió de trabajar. Yo jugaba en la puerta de casa con algunos de mis hermanos. Fue en el 22, en el otoño de 1922. Era un juego tan estúpido que, visto hoy, me hace pensar si los niños de antes no sufriríamos una tara o algo parecido. Nos contentábamos con cualquier cosa. Mucho más los niños pobres.

»No teníamos juguetes, por supuesto, aparte de alguno que mi padre fabricaba para nosotros. Recuerdo un trompo basto, sin colores. La magia de los trompos no radica solo en el movimiento, ¿sabe? También en los colores. Y recuerdo unas canicas de madera que casi no rodaban, pero con las que organizábamos campeonatos eternos. Teníamos un ejército de madera hecho con piecitas de descarte, poco más que astillas que mi padre traía de la carpintería mezcladas con el aserrín que usábamos para alimentar el fogón y la estufa. Y, ¡la joya de la casa!... algo parecido a un caballito con mecedora. No un caballo con forma de caballo, no. Algo que podía hacer las veces de caballito y sobre el que sentaban a los más chicos para tranquilizarlos cuando les daba algún berrinche.

»En el fondo, entre un peral y un limonero, mi padre había acomodado una tabla colgada de dos cuerdas. Allí se hamacaban los niños durante el día, y las jovencitas cuando les venía la edad de suspirar por algún muchacho. Esas mismas cuerdas utilizó uno de mis hermanos —el mayor, Alejo— para ahorcarse, aunque no lo consiguió. No cualquiera se mata. Olvidó calcular su peso y la cuerda se rompió, pero no en el acto. Demoró el tiempo suficiente

como para dejarlo pataleando en el aire, sin oxígeno. Quedó medio idiota. Más le hubiera valido morir. Mi hermano...

»Como le decía, el sueldo de un carpintero alcanzaba para mantener a aquel familión. Mi padre regresaba a eso de las seis, se bañaba, se afeitaba y salía. Le gustaba sentirse limpio, oler bien. Pero no se perfumaba. No había perfume en mi casa. El perfume de los pobres es el jabón, el olor a limpieza. Antes de irse dejaba sobre el armario el dinero que había hecho durante la jornada. Estiraba la mano y lo ponía en un sitio alto, bajo un revólver que estaba siempre cargado, por si acaso. Un revólver que de nada sirvió aquella tarde.

»Mi padre era un manso. Su único placer era ir al bar a jugar a las cartas después del trabajo. Y es posible que cada tanto visitara a alguna prostituta. No creo que fuera hombre de amantes, pero prostitutas, sí. Cualquiera mujer que hiciera las cosas que la esposa no hacía. Un desahogo para el morbo y la fantasía. No puedo culparlo por eso y supongo que mi madre tampoco lo culparía. Más allá de esos permisos, mi padre no se daba otros gustos. Era un hombre bueno y quiero pensar que aquella arma solo tenía propósitos disuasorios, pero no lo sé. Como le dije, estoy convencido de que todos deseamos la muerte de alguien y seríamos capaces de matar en algún momento.

»El asunto es que el revólver estaba en casa y bajo ese revólver mi padre dejaba el dinero para que mi madre lo administrara. Unos billetes que apenas tapaban nuestras necesidades básicas. Yo nunca he tenido armas en casa. No por el motivo que algunos alegan, es decir, que para tener un arma mejor saber usarla y estar dispuesto. De otro modo, no vale la pena el riesgo. No, yo nunca he tenido armas en casa porque sé que podría usarlas. Estoy seguro de que las usaría. Por eso no las tengo.

»Aquella tarde mis hermanos y yo jugábamos, como le decía. Mi madre había sacado unas sillas y conversaba con una vecina. Eran las pequeñas

diversiones de la familia. Para esperar a mi padre, ella se quitaba el delantal y se soltaba un poco el cabello, no del todo. Aflojaba el moño que usaba durante el día y dejaba que algunos bucles le cayeran sobre el rostro. Esa era su coquetería y sé que a mi padre lo enloquecía porque alguna vez lo vi acariciándole la cara y diciéndoselo.

»Mi padre llegaba a las seis. Sería poco menos de esa hora cuando una de mis hermanas —se llamaba Esther y era preciosa, usted no imagina cuánto— regresó de su trabajo. Quería ser enfermera, pero no había dinero para pagar estudios, así que se contentaba con limpiar en casa de un dentista. No podía aspirar a más y, como nos habían enseñado, mi hermana acomodaba sus pretensiones a la realidad. Usted se preguntará si era justo que nos inculcaran aquella resignación y yo no sabría responderle. Por un lado, nos preservaba de las desilusiones, nos cortaba las alas antes de que pudiéramos extenderlas y darnos cuenta de que eran demasiado pequeñas para aspirar a grandes vuelos. Por el otro, nos privaba de tener ambiciones, de alentar cualquier deseo de superación. No lo sé. Tampoco creo que mis padres se lo hayan preguntado.

»Eran gente sencilla, sin educación. Mi padre apenas leía y escribía, aunque era hábil para las cuentas. Mi madre había aprendido a leer, pero supongo que la falta de práctica le habrá hecho perder las ganas. No era analfabeta, aunque se comportaba como si lo fuera. Eran tantas sus faltas de ortografía que se resistía a escribir y, cuando era necesario —asuntos mínimos como la lista del almacén, por ejemplo— pedía a alguno de mis hermanos que lo hiciera por ella. Eran gente sencilla, como le iba diciendo. La supervivencia y la honestidad significaban todo. Para que la vida fuera buena, alcanzaba con no morir y ser decentes. Ese era el colmo de su orgullo.

»De cualquier modo, déjeme decirle que algo torció el camino de mi hermana. Para bien, digo. Alguna fuerza parecida al amor, o el amor mismo, algo que llevó más lejos su horizonte y su vuelo. Acabó casándose con el

dentista y fue la primera en despegar de la pobreza.

»Pero eso fue más adelante. Ahora estamos en aquella tarde de mi infancia cuando Esther volvió de su trabajo y se cruzó con el vecino, un militar retirado con el que apenas nos saludábamos. Mi padre tenía con él discrepancias políticas y eso limitaba los fervores de la buena vecindad que para los de nuestra clase eran tan importantes, o más, que las relaciones de familia. Es decir, la familia que contaba era la que vivía bajo el mismo techo. Los demás eran parientes y nos veíamos tan poco que las relaciones con ellos no alcanzaban la estrechez de las que guardábamos con los vecinos. Un buen vecino es todo, decía mi madre. De un buen vecino se podía esperar desde la tacita de azúcar que faltaba para el bizcochuelo hasta la asistencia en los partos. Nos llevábamos de maravillas con los vecinos.

»Pero con el militar retirado mi padre había intercambiado algunas palabras fuertes y guardábamos una distancia prudente. El militar, por su parte, era un hombre taciturno y no participaba de las ceremonias de buena vecindad más que para dar los buenos días.

»No sé si el hombre habría tomado, lo que es posible porque sus borracheras eran frecuentes. Ahora que se lo comento, recuerdo que ese era otro de los motivos por el que mi padre nos tenía prohibido acercarnos a su casa. El caso es que se metió con Esther. Le dijo no sé qué cosa y mi hermana le vino con el cuento a mi madre. Pobre Esther... Se habrá arrepentido toda la vida de eso.

»Mi madre se le fue al humo al militar. Lo increpó, le advirtió que no volviera a meterse con sus hijos. El militar la insultó, se le rio en la cara y la despachó con un par de guarangadas. Tampoco sé en qué consistieron aquellos insultos. Quizá le dijo *puta*, algo que para la época era una ofensa imperdonable y que ahora ha perdido casi toda su fuerza.

»Tal vez no haya sido gran cosa, pero mi madre lo sintió como una falta de respeto y, con el mismo ímpetu con que Esther había ido a buscar protección

en ella, apenas llegó mi padre del trabajo le contó lo que había pasado. ¿Qué pretendía? No lo sé. Es posible que, si lo hubiera pensado, lo habría dejado pasar. Pero estaba herida, quería un desagravio, que mi padre la protegiera. ¿Eso? ¿Quería eso? Siempre me lo he preguntado y no hay forma de saberlo.

»Mi padre no terminó de oír el cuento cuando ya había bajado el revólver del armario y se encaminaba hacia lo del vecino. Nosotros —mis hermanos menores y yo— seguíamos jugando afuera. Creo que no le dije a qué jugábamos. Saltábamos una montañita de arena. En eso consistía el juego. La saltábamos de un lado al otro y el que rozaba la arena perdía. Así de tonto como suena.

»Recuerdo con precisión el momento en que mi padre salió de casa. No vi el arma, pero tengo presente la velocidad de sus movimientos. Era una tromba, alguien lleno de ira que no podía permitirse un pensamiento, porque un pensamiento lo hubiera detenido, le hubiera indicado la imprudencia hacia la que caminaba y que, en cualquier caso, iba a desencadenar una tragedia.

»Mi madre sostenía —fue la historia que se repitió después del velorio y a lo largo de los años siguientes— que mi padre solo quería darle un susto al militar para que la insolencia no se repitiera. Ella no vio —o no quiso ver— la ira que yo vi en los ojos de mi padre. Tengo para mí que no fue a matarlo, pero que algo sucedió cuando el otro le abrió la puerta y que entonces sí deseó verlo muerto.

»Todo sucedió demasiado rápido. Mi padre golpeó a la puerta del vecino y el hombre apareció, ahora sí borracho, ajustándose los pantalones, con el torso descubierto. Si algo faltaba a mi padre para enfurecerlo era ese desaliño, y es probable que en una fracción de segundo se hubiera imaginado que ese degenerado oliendo a alcohol, medio desnudo y sudoroso quizá había estado masturbándose tirado en la cama con el cuerpo de Esther instalado en la mente.

»Mi padre no dijo ni una palabra. Extendió el brazo y apuntó. Se demoró

un instante y esa demora me persigue desde entonces. Esa mínima vacilación que para mí duró una eternidad, la eternidad en la que mi padre quedó congelado para siempre y el fogonazo alteró el curso de nuestra vida. Porque el otro, precavido, también llevaba un arma y tiró primero. Un disparo, nomás, que dio a mi padre en el pecho.

»Lo vi inclinarse hacia delante y luego caminar doblado hasta mi casa donde mi madre —que en el momento crucial había girado la cabeza hacia el interior del zaguán— se dispuso a esperar a un asesino. Mi padre llegó hasta ella. Mis hermanos y yo mirábamos desde la puerta. Cayó arrodillado a los pies de mi madre y ella ni aun entonces entendía. Le besó la cabeza, más un gesto de perdón que de ternura, como se besa a un reo. Entonces mi padre le tomó las manos con las suyas que ya estaban rojas y recién en ese momento ella se dio cuenta. Se puso a gritar. Le apretaba el pecho, pedía ayuda, miraba hacia arriba como si fuera a caerle un ángel salvador desde el cielo, lo abrazaba más y más y más y más, a la vista de nosotros que solo esperábamos que algo pasara. Y algo pasó, amigo mío, porque mi padre murió allí mismo y la vida nos cambió para siempre.

»Yo lo había visto todo, pero aun así tardé en aceptar lo que había sucedido. Quizá porque a los más pequeños no nos dejaron ir al velorio. La última imagen que tengo de mi padre es la de un hombre arrodillado, prendido a las piernas de su mujer, como en una súplica. Después alguien nos sacó de allí, una vecina, imagino. Y no volví a mi casa hasta dos días más tarde cuando todo estaba resuelto. Sí, por supuesto, habría sido sanador verlo en su ataúd, con la piel gris, vestido de muerto. Pero nadie pensó en eso. En el alboroto, hicieron lo mejor que pudieron.

»Quedé como atontado. Seguí saliendo a la calle, a eso de las seis, para esperar su regreso. Así durante varios días hasta que me di cuenta de que ya nunca se repetiría la rutina querida, que mi madre no volvería a sentarse a la puerta con el moño flojo y los bucles sobre el rostro, que mis hermanos

mayores debían encontrar un segundo trabajo y que yo, que apenas empezaba a ir a la escuela, debía cambiar los libros por una tarea sencilla para ayudar a mantener la casa. Mi madre decidió hacer lo único que sabía y se puso a preparar viandas para los obreros de una fábrica cercana. Yo las llevaba dos veces cada día. Abandoné la escuela. Ya había aprendido a leer y eso alcanzaba por el momento.

»Fue una muerte tan brutal, tan inesperada e injusta que aún hoy, setenta años después, no he podido cerrar el duelo. El día en que acepté que él no volvería fue la primera vez que con toda la fuerza de mi corazón deseé la muerte de alguien. Para entonces el vecino ya estaba preso y, además, ¿qué puede hacer un niño con ese deseo?

X. Cuando una mujer llega a los sesenta

Villa Carlos Paz, 1992

El juez apareció cuando los de la Científica estaban en plena tarea. Se disculpó por la demora y de inmediato tomó control de la situación. El comisario se puso a la orden y los dos comentaron la inconveniencia de iniciar el año con un trabajito como ese. El juez era padre de varios hijos y esperaba llegar a tiempo para almorzar con ellos. El comisario pensó que él no tenía quien lo echara de menos.

Fueron al baño y el juez observó la escena con una velocidad tan nacida de la experiencia como del apuro. Hizo algunas observaciones que el comisario anotó, dispuso que se presentara un forense y que luego se le elevaran todas las actuaciones. El comisario sonrió. Traducido a la jerga policial esto significaba “hagan ustedes el trabajo, muchachos, y me cuentan”. El juez dio los buenos días, deseó a todos un venturoso año y se fue a terminar el asado que había dejado a medio cocinar en la parrilla.

El comisario pensó que siempre era igual, pero no le molestó tener que hacer el trabajo duro. Al menos, así mataba el tiempo y la soledad se notaba menos. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera comida en su heladera. Hizo circular una hoja en la que había garabateado el nombre y el número de documento de cada uno. Les pidió que confirmaran que todo estuviera en orden y, mientras dos de las mujeres se calzaban los anteojos y se tomaban un tiempo desproporcionado para la verificación, las observaba con esa mirada rápida de ave rapaz que en un instante descubre su presa desde el cielo.

No solo estaban confirmando sus datos. Estaban husmeando los nombres

de los otros y acaso calculando las edades a partir del número del documento. Viejas chusmas, arpías dispuestas a hacer todo lo que hasta entonces no habían hecho, pensó el comisario.

Cuando una mujer llega a los sesenta y solo ha sido madre o esposa, cuando se ha dedicado a su profesión, cuando ya ha sido engañada, ha criado hijos y pasado por la viudez o el divorcio, cuando ha sobrevivido a las decepciones y domesticado sus vergüenzas, cuando se le han muerto sus mayores y es la próxima en la lista de espera... Esa mujer puede optar por una vida serena de placeres sobrios en el tiempo libre que le dejan sus nietos, hacer hidrogimnasia, un viaje cada tanto, tomar cursos de pintura y cultivar una huerta. O puede volverse una bomba, una fiera liberada que, en lugar de aceptar el atardecer manso de la vida, se dispone a darse todos los gustos, a gozar sin rendición de cuentas.

La que abrió el juego se llamaba Irene. Era una mujer robusta, de facciones gruesas, nieta de libaneses, con el pelo negrísimo y unos ojos a tono en cuyas pupilas el comisario cada tanto se distraía. Ya estaba maquillada, como si hubiera dormido así o ese fuera el estado natural de su rostro. Era ingeniera química y acababa de jubilarse.

La segunda, Martha —hizo hincapié varias veces en la *h* de su nombre—, en nada se parecía a su compañera. El cuerpo había perdido la esbeltez, pero por detrás del vientre abultado y el cuello caído —en esto se asemejaban las tres y el comisario pensó que nada delata tanto la edad de una mujer como el cuello— aún se percibía a la jovencita encantadora, no bella, pero sí atractiva, una pizpireta que había sabido atraer a los hombres con las delicias de la simpatía. Era diseñadora de ropa —modista, como decían sus amigas— y creía en el horóscopo con fidelidad ciega.

Elena —sin *h*, agregó, y el comisario notó que era una de esas bromitas repetidas en las que las personas afianzan su afecto— era una distraída sin remedio. Le gustaba contar que más de una vez había guardado el azucarero

en la heladera. Para compensar, se había vuelto muy ordenada. Era distraída, sí. Pero de ningún modo frágil. Capitalizaba esa imagen de niña perdida y tenía al mundo sirviéndola. Sabía reírse de sí misma y los demás deberían haber notado que quien puede reírse de sí da muestras de una fina inteligencia. Era viuda, dos veces viuda, jamás había trabajado y, si sus amigas se lo hubieran permitido, con gusto les habría pagado los gastos de aquellas vacaciones. La generosidad estaba entre sus virtudes. A veces sentían ganas de estrangularla, pero al rato lo olvidaban. Era una mujer buena. Imposible no quererla.

IRENE: ¿A las nueve bajamos, no?

MARTHA: Sí, nueve o nueve y cuarto, no más de eso.

ELENA: Yo hubiera venido antes porque no dormí nada. El dossier es incomodísimo.

MARTHA: El somier...

ELENA: El somier, inspector...

MARTHA: Comisario, Elena.

IRENE: Fuimos las primeras en llegar. Ayer tuvimos fiesta y algunos se quedaron hasta tarde. Nosotras volvimos a la habitación después de la medianoche...

ELENA: Las tres, no. Marthita volvió más tarde.

MARTHA: No mucho. Ellas estaban dormidas cuando entré a la pieza... no lo sé... a mí me encanta bailar y había música... ¿Usted pasó con su familia, comisario?

ELENA: Marthita, el señor hace las preguntas. Y yo sé a qué hora fue porque me despertaste. Era de día.

MARTHA: ¡De día! ¡Por favor! No le haga caso, comisario. Si me hubiera acostado tan tarde no estaría así ahora, fresquita...

ELENA: Te digo que era de día. Había luz en el parque.

IRENE: La mesa grande estaba servida cuando bajamos. Elegimos esa

mesa porque tiene la mejor vista.

MARTHA: Y porque está lejos de los parlantes. ¿Qué necesidad de poner música a la hora del desayuno? Con lo lindo que suena la naturaleza. ¿Ven? El comisario está de acuerdo.

ELENA: A mí me da igual porque no escucho nada.

IRENE: No oigo nada.

ELENA: ¿Tampoco?

IRENE: Se dice no oigo.

ELENA: Es cierto. Se dice no oigo.

IRENE: Da igual, Elenita. Luego fuimos a servirnos de la mesa grande. Salvo el café o el té. Eso hay que pedirlo.

IRENE: Tiene razón. No le encuentro sentido. ¿Usted qué piensa, comisario? No, ¿verdad? Ya habíamos pedido cuando empezaron a llegar los otros.

ELENA: Un mariachi. Eso pedí yo. Y las chicas tomaron té.

MARTHA: *Macchiato*. No podés ser tan despistada. Hasta el comisario se ríe. Discúlpela, comisario. Y, no, yo pedí té. Elenita pidió café negro. Un café negro, un té y un *ma-cchia-to*.

ELENA: *Macchiato, macchiato...* Igual, me trajeron un café con leche.

IRENE: ¡Obvio! ¿Qué esperabas? Esto no es un bar, querida... ¿Después de nosotras? Primero bajó el señor que está solo, el mayor, sí, el que está hablando ahora con el otro. No, no están juntos. El más joven está solo también, pero vino por su lado. El mayor llegó junto con el muchacho muerto. Y con la muchacha de lentes, la del pelo... El joven ya estaba. ¿Si se conocían? No sabría decirle. El señor mayor no vino a la fiesta. Ni siquiera bajó a cenar. El joven es muy simpático. Ayer estuvo hablando con nosotras.

ELENA: Amoroso, un encanto. A mí me ayudó a cargar el bolso y me trajo el sombrero que se me había volado. Fue tan divertido. Lo persiguió cuesta abajo más de una cuadra. El sombrero volaba y él dele correr hasta que

lo alcanzó. Se raspó la rodilla, pobre. Hay que ver lo mal que están las calles, no sé por qué no las asfaltan.

IRENE: Será para que los autos circulen más lento. Pero sí, deberían acondicionarlas.

ELENA: Pobrecito, tan amoroso. Venía encantado con el sombrero en la mano y yo... ¡le di una propina!

IRENE: Imagine la cara del pobre. Se deshacía en explicaciones. Y Elenita insistía con la propina. Martha, ¿te acordás de lo que fue eso? Nos doblábamos de la risa. ¿Marthita?

MARTHA: Sí, graciosísimo, claro que me acuerdo.

ELENA: Ellas siempre se ríen de mí, inspector...

IRENE: Comisario.

ELENA: Comisario. Sí, bueno, ellas se ríen porque soy muy distraída, pero eso sí, ordenad... ¿Qué cosa? Ah, sí, vinimos nosotras y luego el señor mayor que está solo y que...

MARTHA: Ya se lo contamos...

ELENA: Y luego apareció la chica de los lentes. No sabe cómo bailó ayer esa chica. No sé cómo pudo levantarse hoy.

IRENE: Shh..., que se oye.

ELENA: No creo.

IRENE: Están pendientes, ¿no ves que casi no hablan?

ELENA: No creo que oigan nada.

MARTHA: Y luego apareció la fa...

ELENA: ¡Preciosa familia!

IRENE: Yo no diría tanto... Sí, llegó la familia. Disculpe, ¿cómo dice? Ah, por qué no diría tanto... No lo sé, intuición, nomás. Tampoco quiero parecer como si los hubiera estado observando. Un poco, sí, pero quiero decir, no es que... es decir, no me gusta...

MARTHA: Por favor, querida. Chusmear un poco es parte del encanto de

las vacaciones. El comisario no se va a espantar. A los comisarios les gustan las mujeres observadoras, ¿no es cierto?

ELENA: ¡Martha!

MARTHA: Son más útiles para la investigación, ¿verdad que sí? Sí, el comisario dice que sí. No nos parece que esa familia sea tan unida. Sobre todo por la vieja.

IRENE: ¿Vieja? Marthita, no hables así. Además, ¿vieja? La señora es de nuestra edad. Incluso...

MARTHA: La señora, la señora... da igual. La señora tiene modales muy finos, pero es una bruja.

IRENE: ¡Martha!

MARTHA: ¿Viste cómo tiene a ese pobre hombre? ¡Dominado! Disculpe, comisario. Es que no me gustan las mujeres así. Y esa mujer...

ELENA: A mí me parecen todos muy amables. Saludan cuando entran. Ayer nos desearon feliz año.

MARTHA: ¡Feliz año! ¡Ja! Hay que tener cuidado con eso. Cuando esta gente te desea lo mejor, en el fondo quiere que revientes. Son terribles. Te clavan el... ¿A que es de Escorpio? Seguro que es de Escorpio. ¿Tiene la fecha de nacimiento, insp... comisario? ¿No? Ya va a ver cuando la interrogué. Esta bruja es de noviembre.

IRENE: No creo que podamos decirle más, comisario. Y con respecto al chico, nos llamó la atención, bueno... la gordura, no es por discriminar, pero llamaba la atención. Le mentiría si le dijera que no lo mirábamos, sobre todo, cuando comía. Y comentábamos, también. No algo que fuera a ofenderlo. Nosotras no lo ofenderíamos...

MARTHA: No a propósito, al menos.

ELENA: Ella quiere decir que yo lo ofendí, pero fue sin querer. Es que dije algo... Ayer, durante la cena...

IRENE: Tampoco es para tanto, Elenita.

ELENA: Sí que lo es. Debería tener más cuidado. No puedo ir por ahí ofendiendo a la gente. El pobre chico...

IRENE: No creo que te haya oído.

ELENA: Sí, me oyó. Me oyó porque cuando me disculpé, dijo algo así como que no me preocupara.

IRENE: ¡Cómo! ¿Te disculpaste?

ELENA: Esta mañana, un poco antes de... antes de que el pobre fuera al baño... Me acerqué a disculparme.

IRENE: ¿Y nosotras? ¿Cómo es que no te vimos?

ELENA: No lo sé. Fue aquí, a la vista de todos. ¿Cómo dice? Ah, sí, eso lo recuerdo bien. Le dije: "Mi querido, perdóname. Soy una buena persona y no le haría daño a nadie". Se lo dije bajito, casi al oído, para que los demás no oyeran. Y él, igual de bajito me dijo que no me preocupara. Eso fue todo. Y se puso coloradísimo... o estaba colorado, no sé. Sudaba mucho. Me dio la impresión de que no quería hablar, ni siquiera levantó la vista del plato... Después fue al baño y...

IRENE: No entiendo cómo no te vimos.

ELENA: Fueron unos segundos.

El comisario pensó que nada más podría sacar de estas mujeres. Y, además, el parloteo lo había agotado. Dio por terminado el interrogatorio justo cuando las campanadas de la capilla vecina anunciaban el mediodía. Jacinto Arnau comentó algo del ángelus, y Marcos Fratini le preguntó si no se trataba de una oración. Arnau le dijo que sí y que también era el nombre de una pintura. El comisario no alcanzó a distinguir el nombre del pintor, que podía ser Malé o Melé, o algo parecido.

La charla entre el hombre joven y el hombre viejo llegaba al comisario volátil y fragmentada. Interfería con las notas que iba tomando y distraía su atención. Esas conversaciones que se percibían como jirones de una cortina desflecada por el viento, traían a veces información importante o, en algunos

casos, contribuían a hacerse una idea más completa de la persona. Por algún motivo que el comisario no intentó explicarse, algo en él decidió que estaría pendiente de esa charla y que dejaría a esos dos para el final del interrogatorio.

El sol irradiaba una luz insana, una blancura que hería los ojos y en nada se parecía al delicioso resplandor azul de las mañanas de buen augurio. Una luz blanca que podía equipararse a la oscuridad más densa. El comisario pensó que era una puesta en escena tan propicia para un crimen como la protección nocturna que dan las sombras. Entonces, al ver la palabra *crimen* escrita en su mente —no al pensarla, sino al verla, como ocurre siempre con aquellas palabras poderosas que se desgajan de los pensamientos y lo abarcan todo hasta convertirse en obsesiones— se dio cuenta de que estaba prejuzgando y que, para caratular aquella muerte como un crimen, todavía faltaba la pericia forense.

La experiencia, sin embargo, le permitía adelantarse a las conclusiones técnicas. El aspecto del muerto indicaba que se trataba de un caso de envenenamiento. Y, además, estaba la intuición, eso que los detectives y los políticos llaman *olfato* y que él había desarrollado con el tiempo. Ahora intuía que estaba frente a un crimen, aunque debía cuidarse mucho de que esa intuición no se le colara en los interrogatorios. Si había sido una muerte natural, no había motivo para molestar a unas personas que estaban disfrutando de las vacaciones. Si entre ellos había un asesino, lo mejor era que no sintiera la presión de la sospecha.

El comisario se sentía agotado. Cotorras, todas las mujeres eran para él unas cotorras a las que había que escuchar con cristiana paciencia so pena de ser tildado de autoritario o machista. Necesitaba hablar con un hombre para compensar el aturdimiento. El policía flaquito se había servido el tercer café de la mañana y encendía un cigarrillo con la colilla del anterior. El comisario le había dicho varias veces que no fumara en servicio, pero era el primer día

del año, había sacado al flaquito de las sábanas y no se sintió con fuerzas para hacerle reclamos.

Buscó quién sería su próximo interlocutor y le pareció que el patriarca de la familia era una opción acertada. Hubiera deseado interrogarlo a él y ahorrarse el trámite del resto de la familia. La esposa, sobre todo, con esa piel inmaculada y aquellos ojos color turquesa, sin un cabello fuera de lugar, limpia y sobria, demasiado perfecta, le producía un desagrado intenso.

XI. Atendía a ricos y a pobres

Montevideo, 1924

—¿Qué puede hacer un niño con ese deseo? Al deseo de muerte me refiero. Nada. Ha habido niños asesinos, claro, pero no es sencillo explicarlo. Un niño es un bolsón de vida. Amoral, es posible, pero la pulsión de vida es más fuerte. Un niño irradia vida. O así debería.

»Entonces, como le decía, después de lo de mi padre fue la primera vez que deseé la muerte de alguien. Con vehemencia. No me atrevo a decir con odio. El odio vino después. Y es... es una fuerza devastadora. Ahora solo puedo decirle que deseé la muerte de aquel hombre con ganas. Hasta ese entonces solo había conocido un deseo. Deseaba el chocolate. Sí, no se ría. Pero era algo distinto, algo que me daba placer solo con la imaginación.

»Una vez mi padre trajo a casa una única barrita que compartimos entre todos. Para mí significó el descubrimiento del placer. No se conoce el placer hasta que se ha probado el chocolate. Espero que usted no sea de esos a los que el chocolate no les gusta. No los entiendo. Siempre me resultan sospechosos. ¿De qué? No lo sé, pero alguien a quien no le gusta el chocolate ha de tener alguna deficiencia. De ahí a cometer un delito quizá no haya un trecho tan grande. Habría que investigar el punto, hacer una estadística, preguntar a los criminales. Podríamos hacer algún descubrimiento maravilloso. ¿Se ríe? Hace bien en reír ahora, porque lo que sigue no es gracioso.

»El deseo de muerte es otra cosa. Un niño que experimenta ese deseo de muerte, aunque sea ajena, se llena de muerte, ¿entiende? Empieza a ver la

realidad de un modo distinto. No digo que desprecie la vida, sino que la aprecia a partir de la posibilidad real de morir. Un niño que tiene ese deseo ya conoce la muerte, sabe que, haga lo que haga, lo espera en algún punto de su camino. Luego podrá elaborarla desde la fe o desde la filosofía, pero sabe que hay algo que es una forma de final. Algo que acaba con mucho de lo que amamos. Y también de lo que odiamos.

»Entonces entiende que la muerte no puede ser del todo mala y hace tratos con ella. La estudia, la conoce, la respeta. Encuentra en la muerte una forma de belleza. Y, lo más importante, empieza a forjar su vida a partir de la muerte. Es decir, desde el futuro hacia el presente. El niño no entiende esto. No lo razona ni puede ponerlo en palabras. Pero así crece. Arma su vida de adelante para atrás, desde ese único punto cierto del camino que es la muerte. No sabe cuándo acontecerá, pero la certeza de que va a acontecer ya es una forma de pararse ante la vida.

»No crea que todos tienen esa certeza. Algunos viven como si fueran inmortales. Es tanta la angustia que les produce, que no quieren oír hablar de ella. Esos gastan cada día sin preocupaciones porque se han creado la fantasía de que, si desperdician el hoy, siempre habrá un mañana. Y no es cierto. El hilo se corta en cualquier momento.

»No recuerdo dónde estaba. Niño, muerte... sí, le decía que cuando asesinaron a mi padre fue la primera vez que deseé la muerte a alguien. El deseo me perseguía hasta en sueños. Eran pesadillas tremendas. Imaginaba los peores finales para aquel desgraciado, pero algo no andaba bien en mis sueños porque el muerto o el torturado acababa siempre con la cara de mi padre. No sé cuántas veces habré tenido ese sueño. Quizá solo una. Ya vio usted cómo es la memoria. Hay algunos hechos que nos sostienen solo si los pensamos como si se hubieran repetido. No tendrían valor si hubieran acontecido una única vez. Entonces la memoria se encarga de duplicarlos, de multiplicarlos, y ya no estamos seguros de que haya sido algo que sucedió

una vez o que solía pasarnos. Bien, yo creo que soñé aquello varias veces, una pesadilla recurrente. Un deseo metido en un sueño.

»Quizá deba poner esta historia en contexto. Eran tiempos de don Pepe; así le decíamos a José Batlle y Ordóñez. ¿No ha oído de él? Podría hablar horas de don Pepe, pero no quiero distraerme. Dos veces presidente. Mire, si no me equivoco, terminó el segundo período el año en que yo nací. Luego, por supuesto, siguió teniendo una enorme influencia. En fin... No me distraigo.

»Tuve una infancia desdichada después de lo de mi padre. Muchas privaciones, sacrificio, en fin... Después, en 1924, todo cambió, pero gracias a otro hombre. Se llamaba Francisco Soca. Venía muy de abajo, del medio del campo, hecho a puro esfuerzo. Se recibió de médico, consiguió una beca para viajar a Francia, volvió a recibirse de médico —nuestra universidad era muy joven y, al llegar a París, se dio cuenta de que su formación era insuficiente— y regresó al Uruguay con una reputación brillante. Era un hombre austero y no tenía intenciones de formar familia. Invertía todo lo que ganaba en campos y en propiedades. Armó una de las fortunas más sólidas del país. Luego lo tentó la política.

»Yo entré a trabajar en lo del doctor Soca en 1924. Él ya había muerto. Fue su esposa quien me contrató. De todos modos, al doctor lo había conocido unos años antes. El partido se encontraba dividido. Mi padre adoraba a don Pepe, pero tenía fidelidad, devoción diría, hacia el doctor Soca que le había salvado la vida a uno de mis hermanos mayores. El caso es que el doctor Soca quería ser presidente del Senado y don Pepe no lo dejó. Porque don Pepe podía ser magnánimo, podía negociar si eso era lo mejor para su país, pero cuidado si algo se le interponía porque entonces no vacilaba y su encono se volvía demoledor. Era tan noble en sus pasiones como implacable en sus odios. De la ira de don Pepe no se salvaban ni los muertos.

»Entonces, como le decía, don Pepe le metió un palo en la rueda. No recuerdo a quién favoreció entonces, pero sí que el doctor Soca se enojó

muchísimo y apoyó al adversario que don Pepe tenía dentro del partido. Se enemistaron y la relación jamás se compuso. Es posible que alguna vez hayan sentido odio, un odio proporcional al afecto que alguna vez se tuvieron, aunque, volviendo a nuestro asunto, no creo que llegaran a desearse la muerte.

»Porque ese es otro punto, ¿ve? El odio no siempre va atado al deseo de muerte. En parte porque la muerte no es lo peor que uno puede desearle a otra persona. En ese caso, además, creo que el odio era una forma del afecto fraternal, un afecto desgarrado que ya no podía manifestarse como tal y elegía para desplegarse otro sentimiento extremo. ¿Cómo decirlo? Un odio de caballeros.

»¿Y por qué le cuento esto? Ah, sí, quiero llegar a Susana. El doctor Soca tenía una hija, la hija de su vejez, una hija a la que quiso, pero no tanto como ella a él. El doctor no era hombre de familia. Descreía del matrimonio y ¡ni le digo lo que pensaba de las mujeres! Aun así se casó. Algunos decían que era un matrimonio por conveniencia. En aquella época tener más de treinta años y seguir soltero levantaba sospechas. Buscó con quién casarse. Dicen las malas lenguas que él puso el dinero y doña Luisa, los apellidos. Doña Luisa Blanco Acevedo. Prosapia pura.

»El doctor había vuelto de Francia con una reputación que fue creciendo y creciendo. Atendía a ricos y a pobres. Puedo dar fe de eso porque atendió a uno de mis hermanos. Tuberculosis. La enfermedad de la época. Lo recomendable era trasladar al enfermo a un lugar donde hubiera aire puro — como hizo don Pepe con su hija Ana Amalia—, pero ¿adónde íbamos a ir nosotros? Ni siquiera sé si llegó a recomendárselo a mi madre. Habrá hecho lo que pudo y la fortaleza de mi hermano hizo el resto. Fíjese usted, qué paradoja: mi hermano se salvó, pero no la hija del presidente.

»Como ya le he dicho, el doctor Soca tenía sus ambiciones políticas y no creo que don Pepe viera con buenos ojos que estuviera soltero. Esto fue antes

de que se enemistaran, claro. El caso es que un día fue a atender a la madre de doña Luisa. Poco después pidió la mano de la hija, una niña, veintitantos años menor que él. Se casaron en la Catedral —la creyente era ella— y don Pepe fue uno de los testigos del casamiento. Del civil, por supuesto. A don Pepe no le gustaban ni los curas ni las iglesias. ¿Ateo? No, no lo creo. Panteísta, diría. Tenía una espiritualidad ligada con la naturaleza y es posible que hiciera del servicio público algo parecido a una devoción religiosa. No sé cómo se las habrá arreglado cuando murió la hija. Cuentan que, aunque la sobrevivió unos años, un poco de él murió con ella. Quién le dice, no sería raro que en medio de tanto dolor experimentara algo parecido a la fe.

»Pero déjeme llegar a Susana, la hija del doctor Soca y de doña Luisa, porque fue gracias a ella que viajé a Europa. Y no una vez, señor, ¡qué va! Fui varias veces. Varias. Nos alojábamos en el George V, uno de los mejores hoteles de París, muy cerca del Arco del Triunfo. Allí teníamos dos habitaciones inmensas. Se podría decir que eran unos apartamentos. Uno para Susana y para doña Luisa. Otro para mí y para María, la asistenta. En ese apartamento... habitación, bah, allí guardaban las cosas que iban comprando. Se asentaban en el hotel y viajaban por Europa. Traían ropa, muebles, piezas de arte —no quiero distraerme ahora, pero ya le contaré de esto. Aquello era un *petit* museo. Varias veces fui con ellas, sí. Hasta que en uno de esos viajes nos sorprendió la guerra.

XII. Había que verlo en el agua

Villa Carlos Paz, 1992

Era el turno del patriarca. El comisario adquirió una postura erguida y se acomodó la ropa antes de saludarlo con una deferencia que no había mostrado hacia las mujeres. Había elegido otra mesa, alejada del resto y, sobre todo, del parlante que no dejaba de soltar melodías inoportunas para la ocasión. También para estar más cerca de la mesa donde conversaban el hombre joven y el hombre viejo, cuyas palabras cazadas al vuelo le iban permitiendo hilvanar una historia que empezaba a interesarlo.

Era difícil establecer la edad del patriarca y fue ese dato el que le pidió el comisario para inaugurar el interrogatorio. Setenta y ocho años, aunque aparentaba menos. Era un hombre atlético, un tipo alto. Tenía los ojos claros y el cabello castaño, escaso, lanzaba unos destellos rojizos que venían desde un lejano pasado de niño rubio.

El comisario lo imaginó deportista, pero unos minutos después, el patriarca iba a confesarle que no era amigo de los deportes —salvo la caza y la pesca, agregó, si es que podían considerarse como tales— y que su única pasión era la vida al aire libre. Que adoraba acampar en las sierras —quizá porque le traían un aire de sus queridas montañas europeas— y que solo iba a hoteles cuando viajaba con la familia, pero que se sentía asfixiado, prisionero. Una vez al mes salía de campamento. En general, solo. Antes lo acompañaba su hijo, pero hacía mucho que había dejado de hacerlo. Acampar en las sierras no era para débiles, aclaró con un dejo despectivo, y el comisario tomó nota de la doble intención que escondían aquellas palabras.

Se llamaba Hans Alterf y era armero. El comisario se sorprendió de no tener registro de su nombre. Ni siquiera la originalidad de esta última respuesta, ni su proximidad con la actividad policial —que alguien podría haber supuesto un punto de contacto entre los hombres—, nada logró distraer al comisario del impacto que la imagen del patriarca le había producido. Si alguien se lo hubiera preguntado, imposible le habría sido determinar el umbral donde terminaba la admiración y empezaba la envidia.

El patriarca se aprestaba a responder la primera pregunta cuando apareció el conserje seguido por dos muchachos. Eran los mismos que a esa hora servían el desayuno y un rato más tarde estarían podando los cercos o pescando el tapiz de hojas secas que el viento de la noche bordaba en la piscina. El policía flaquito les hizo señas para que esperaran, o acaso no veían que el comisario estaba interrogando, en qué cabeza entra interrumpir en un momento así, pueden esperar aquí o seguir con su trabajo, nosotros los llamamos cuando sea su turno, y, sí, les agradezco, un café con leche, ¿medialunas?, sí, y también, si no es molestia, de aquello con dulce, sí, cómo no, les agradezco.

Afuera soplaba una brisa que acentuaba el calor del verano. El comisario sentía un leve malestar ante ese hombre imponente que lo miraba con una sonrisa entre afable y burlona, como si el trámite le resultara de lo más ridículo y, a la vez, estuviera dispuesto a cumplirlo con diligencia, solo para no despreciar al pobre policía obligado a trabajar en un primero de año. Ese exceso de indulgencia incomodaba al comisario porque volvía evidente el hecho de que el otro, el patriarca, era superior a él en todos los sentidos. Intentó disimular las emociones y preguntó. Al cabo de un rato se encontró escuchando una historia que nada tenía que ver con el caso que le ocupaba y que aun así le resultaba atractiva.

HANS: Mi familia veraneaba en la zona, pero es la primera vez que vengo a esta hostería. Antes teníamos una casa, una cabaña, quiero decir, en La

Cumbrecita. La heredé de mi padre y el año pasado decidimos venderla. El mantenimiento era una locura. Yo me las arreglo para las cosas chicas, pero si se rompe una tubería, por ponerle un ejemplo, olvídense de que venga el sanitario. No, señor. Hay que ir a buscarlo al pueblo, traerlo, y pagarle una fortuna. Me cansé. Nos cansamos. Pero no fue una decisión sencilla. Sentí que era irrespetuoso con la memoria de mi padre. Había construido la cabaña él mismo con ayuda de un amigo.

»En esa época me había ido a Córdoba a estudiar. Estudié tarde. Todos los de mi generación estudiaron tarde, los que pudieron. La guerra, señor... Ingeniería, pero abandoné. Me dedico a las armas. Bueno, no a las armas en el sentido de... usted sabe, dicho así suena a traficante y no... Tengo mi negocio en Córdoba y vuelvo aquí solo de vacaciones.

»Mi padre trabajaba en Villa General Belgrano. Bruno Alterf. Tenía una pequeña hostería. Mi madre y mi tía cocinaban... Ah, señor, usted nunca probó unas salchichas como esas, se lo aseguro. No he vuelto a comer algo así. La hostería cerró cuando mi padre cayó enfermo. Mi madre y mi tía no daban abasto y yo no pensaba hacerme cargo. Así que la vendieron. Creo que ahora han puesto una chocolatería, sí, alfajores y bombones, esas cosas. Me divierte pensar que esos chocolates huelen a chucrut.

»Mis padres encontraron la paz allí. Habían perdido a dos hijos, la guerra... ¿Yo? No, yo tuve más suerte. Aquí me tiene. El hijo sobreviviente. Es incómodo; uno siente que algo malo habrá hecho o que se espera de uno algo demasiado bueno. Quizá por eso me fui a la capital. No soportaba esa presión, las miradas...

»Nosotros no somos alemanes. Somos austríacos. Llegamos en el 45. Yo tenía poco más de treinta. No, no tengo acento. Me esforcé en quitármelo. Mis padres se negaron a aprender español. Apenas lo necesario. Sufrimos mucho durante la guerra. Recuerdo la desesperación de mi madre para hacer rendir lo que había. Ahora veo comer a mis nietos, qué digo, ¡a mis hijos!, ¡a

mí! No puedo creer la naturalidad con la que asumimos que la comida estará sobre la mesa. ¿Ha visto usted todo lo que ponen para el desayuno? ¿Qué harán con lo que sobra, eh? Como en las fiestas de casamiento. No soporto ese derroche. La hora de los postres es un papelón. La gente amontonada, haciendo cola, chocándose para comer un pedazo de torta. Vestidos de gala y a los codazos a ver quién llega primero. ¡No les da vergüenza! Mi mujer va y pide por los dos. Le digo que no es necesario, pero insiste. Dice que no podría comer sola. Es así para todo. Práctica y generosa. Capaz de lo que sea por un ser querido. Puede parecerle dura, pero por la familia hace lo que sea. ¿También tiene que interrogarla a ella? ¿Sí? Claro, entiendo.

»Su trabajo ha de ser difícil. No a todo el mundo le gusta que le hagan preguntas. Alguno se molestará con usted. Sí, es una formalidad. Pero en este caso... ¿Usted cree que fue un crimen? ¿Quién querría hacerle daño a ese pobre chico? A mí me llamó la atención desde que lo vi, anoche, durante la fiesta. Sobre todo por la tristeza. He visto personas tristes, se lo aseguro. Viví la guerra. Sé lo que es el hambre, la muerte. Reconozco la tristeza. Y ese cuerpo... No sé cómo, cómo aguantaba la silla. Tenía que sentarse con las piernas separadas, una a cada lado, como montado, y a varios centímetros de la mesa. Para comer se inclinaba mucho y yo pensaba que la silla podía romperse en cualquier momento. Daba lástima. Estaba solo, además. Una cosa patética dejarse venir así el cuerpo.

»Pero todo lo grotesco que era en tierra, se diluía en la pileta. Había que verlo en el agua, ¡ah!, daba gusto verlo. Se lo notaba cómodo. El único lugar en el que no sentiría el peso de su cuerpo, ¿no? Se desplazaba con elegancia, siempre por debajo de la superficie, una hermosa ballena en un océano de veinte metros. Llegó a zambullirse y aquello fue un espectáculo.

»Mi hija, que es una exagerada, hizo que sus hijos salieran. Yo los hubiera dejado, ¿qué podía hacerles más que salpicarlos, eh? Pero mi hija los sacó y... creo que intentó también sacar a mis otros nietos, los hijos de mi hijo. Sí,

mi hijo está aquí con... No, su mujer quedó en Buenos Aires. Divorciado, sí. ¿El otro? Un amigo. Pedro algo, no lo conozco mucho. Entonces, ¿decía? ¡Ah, sí! Que era lindo verlo chapotear en el agua, como un chico, disfrutando. Intercambiamos unas palabras, nada más. Era amable con todos y miraba a mis nietos con ternura. Dos veces lo pesqué mientras los observaba. Era ternura, sí.

»Esta mañana llegó a desayunar... Me sonrió. Ayer nos saludamos a la medianoche y fue cuando me dijo que tenía un camión o era camionero. Se lo veía triste. La tristeza se siente más en estos días. ¿Cómo...? Ah, sí, pago yo. Es la condición que pongo. Yo invito. Yo pago. Así vienen todos. De otro modo, no sé si podrían... Bueno, mi hija, sí. Su marido tiene una posición excelente. Ya le contará él. Pero mi hijo no creo que pudiera pagarse...

»¿Usted se refiere al chico? Lo que le dije. A todos nos llamaba la atención la gordura. Un pibe joven... No, no recuerdo nada especial. Por supuesto que lo vi esta mañana cuando se levantó para ir al baño. Imposible no verlo. Se desplazaba con dificultad, medía los espacios. Se apoyó unos segundos en aquella pared... no, no me llamó la atención en el momento. Se apoyó en aquella pared y luego subió la escalerita hacia el baño. Es todo lo que puedo decirle.

El interrogatorio se extendía más de lo usual y derivaba en una amable charla. Mientras tanto, en otra mesa, Jacinto Arnau parecía contento de tener a quién contar su historia. Marcos Fratini tomó aire para eludir un bostezo y se dispuso a seguir escuchando.

XIII. Su aristocracia era del alma

Río de Janeiro, 1959

—Susana era una mujer exquisita. Yo la admiraba en secreto. Más que admirarla, la adoraba. Era mayor que yo y estaba a una distancia social que jamás me hubiera permitido insinuárselo. No porque ella me lo hiciera notar. Era de una elegancia espiritual como jamás he vuelto a ver. Una humillación así no cabía en su comportamiento.

»Junto a ella aprendí que los verdaderos finos, es decir, no los que se hacen a fuerza de apellido y dinero, sino los que son finos por naturaleza, tratan con sumo respeto a todas las personas, en especial a quienes están a su servicio. La gente fina en serio no necesita marcar la brecha. Al contrario, hace lo posible para que no se note y considera de una ordinariez imperdonable cualquier ostentación, cualquier exceso.

»Le digo esto porque, como le conté antes, Susana era una mestiza social. Su cuna fue de oro, aunque no de oro puro. Había una disparidad notoria en el origen de sus dos familias y alguien me dijo que ese era uno de sus problemas. Ser el producto de una cruce. Algo por el estilo, una pavada de esas que ciertas personas comentaban por detrás, aunque jamás a ella. No, señor, ¡qué va! A ella la adulaban y es uno de los puntos que más me indignan cuando recuerdo. Algunos la buscaban por su dinero. Era demasiado generosa...

»¿Pituca? ¡Pero, ya le he dicho que no! La pituquería es la ordinariez con apellido o dinero. Ella era una aristócrata en el sentido más completo porque su aristocracia era del alma. Murió hace más de treinta años y todavía la

siento cerca. Aquello fue una injusticia tremenda. Aquello y todo lo demás, pero vamos paso a paso. ¿Quiere que le cuente?

»Susana hizo su último viaje sola; sin su madre, quiero decir. Fue en 1959. Desde la muerte del doctor viajaban casi siempre juntas. Eran muy unidas y se querían. Doy fe de que doña Luisa no era esa bruja espantosa que algunos han creado. Tampoco que la absorbiera, que fuera una madre castradora, que por su culpa Susana nunca tuvo novio. No, la señora era educadísima, incapaz de maltratar a alguien. Se había casado jovencita con aquel hombrón. Quizá también ella tenía ilusiones de verlo presidente, o solo ilusiones de niña enamorada, cómo saberlo. Tengo para mí que eso duró poco y que pronto debió acostumbrarse a estar casada con un hombre ausente. El doctor Soca sería un lujo para el país, pero la familia no era prioritaria en su vida. La prioridad eran él y su proyecto. Así son los grandes hombres, ¿no cree?

»Doña Luisa tiene que haber sufrido bastante. ¿Católica? Claro, como correspondía a una señorita de su clase. Sí, yo también veo extraño que solo haya tenido una hija. En la casa nunca se hablaba de eso. Pero, ¿sabe qué? No sería raro que el doctor lo hubiera decidido. Un hijo bastaba para cumplir con el trámite de la paternidad. Son especulaciones mías, por supuesto. El doctor trabajaba como por veinte hombres. Era imposible seguirle el ritmo. En el hospital y en la casa. No paraba. Cada día veía por lo menos a una veintena de pacientes. Más la política. Imagine; no había tiempo para la familia.

»La familia funcionaba porque doña Luisa la sostenía. Él era poco más que un invitado en su casa. Y, sin embargo, necesitaba de esa familia para forjar la imagen de hombre completo. ¿Usted me cree si le digo que el día en que Susana cumplió sus quince, ¡sus quince, amigo!, ese día el doctor no se detuvo? ¿Entiende lo que le digo? Era su única hija y la fecha no era cualquier fecha. Era un momento importante porque Susana se convertía en una señorita, era su ingreso oficial en sociedad, como se le decía... Ni ese día se detuvo. Vio a tantos pacientes como siempre. Eso me contó Susana una

vez que estaba muy triste y se permitió esa confidencia.

»Entré a trabajar en el 24, unos años después de la muerte del doctor. Yo tenía nueve y mi madre ya no podía mantenerme. Supo que necesitaban ayuda en casa de los Soca, alguien de confianza para las tareas menores. Me ofreció. Por aquel entonces yo seguía colaborando con aquello de las vianditas y no iba a la escuela. Luego terminé de formarme en la casa de los Soca y más tarde retomé la escuela y hasta el liceo. Las señoras me lo permitieron y me alentaron para que lo hiciera.

»El caso es que nos enteramos de que necesitaban a alguien. Los conocíamos porque el doctor Soca había atendido a mi hermano cuando se enfermó de tuberculosis y el doctor... ¡Ah! ¿Ya se lo conté? Disculpe. Se entreveran los recuerdos.

»A propósito, ¿usted cree que esto demorará mucho? Los interrogatorios, digo. ¿Se marcha hoy? Yo también... Esta misma tarde. Y me gustaría dormir un poco antes. No, no bajé a la cena. ¿Usted sí? Ah, no, no, yo no... bien, no importa, pero que esto termine pronto, por favor.

»¿En qué estaba? El doctor venía a ver a mi hermano a casa. Jamás cobró. No cobraba a los pobres. Mi madre le regalaba lo que podía, frutas de nuestros árboles, huevos frescos... Él era muy agradecido siempre. La gente lo respetaba muchísimo. Yo también, es solo que... No, en absoluto. No hay motivos para guardarle rencor, pero no lo recuerdo con simpatía. Fue un gran hombre para los demás. El problema es que yo conocía su vida privada, ¿entiende? No, no. En persona solo lo vi algunas veces cuando fue a atender a mi hermano. Pero estaba la gente del servicio. Hablaban mucho, todo el tiempo. Ya sabe, la intimidad mata cualquier idealización; es así.

»Con todo, doña Luisa y Susana lo adoraban. Cuando murió, muchos pensaron que no podrían solas, que aquella fortuna era demasiado para que dos mujeres sin preparación la administraran. Pero pudieron. Tuvieron ayuda, claro. Había un administrador y ellas confiaban en su buen criterio. Con el

tiempo, Susana aprendió a comprar y a vender. ¿En qué estaba? Ah, sí. Las dos se unieron muchísimo y una de sus actividades preferidas eran los viajes. No sé por qué esa vez, al 59 me refiero, no fue así. Susana cambió el billete de regreso. No estoy seguro de esto, pero supe más tarde que se comentaba algo terrible. Parece ser que doña Luisa le pidió que adelantara el regreso por algo relacionado con un homenaje al doctor, una misa o algo por el estilo. Susana cambió el pasaje y tomó aquel avión que la llevó a la muerte, pobrecita. Nada es seguro. Rumores, nomás. Ya sabe.

»El avión estaba por aterrizar en Río de Janeiro. Había llovido y se salió de la pista. Se incendió. Solo tres sobrevivieron. Tripulantes, con heridas gravísimas. Los demás murieron. El cuerpo de Susana quedó carbonizado. Uno de sus primos fue a buscarlo para llevarlo a Montevideo. Le dieron el cuerpo de una mujer embarazada. ¡Susana, tan luego! No estaba casada, no se le conocía pareja y, además, ya había pasado los cincuenta.

»Por supuesto que el primo se negó a recibir aquel amasijo de huesos. No sé cómo fue que acabaron por reconocer el cuerpo. Algunos dicen que gracias a una pulsera. Otros dicen que fue necesario pedir la ficha dental que habría demorado más de una semana desde Montevideo. El caso es que el primo se volvió con algo que podría o no ser Susana y allí está, enterrada en el panteón familiar. Solo hay una placa que la recuerda, una placa torcida. Ni una flor. Fui durante un tiempo a llevarle flores amarillas, pero luego dejé de hacerlo. No sé por qué. Será que los muertos cansan, no lo sé.

»Había dejado de verla hacía años. Sabía de ella cuando salían aquellos números increíbles de su revista. *La Licorne*, así le había puesto. Toda una aventura literaria. La empezó en París, justo después de la guerra. Y la siguió en Montevideo. Pocos números, pero ¡qué colaboradores! Y les pagaba. Ella era así. Incluso con sus enemigos. Como Juan Carlos Onetti, que la despreciaba. Ella le pidió un cuento. Él le mandó aquel cuento con un título imposible, un cuento estupendo, *Historia de la rosa...*, no, *Historia del*

caballero y la rosa..., no, tampoco, era algo de una rosa y un caballero, pero no lo recuerdo. Un título larguísimo, horrendo. Quería molestarla, que no se lo publicara. Susana no solo lo publicó, sino que le pagó lo que Onetti le había pedido y no le extrañe que se haya lamentado por no pagarle más. Ella financiaba la revista, todo, desde el primer hasta el último peso. Creo que después Onetti escribió algo, un mea culpa, y le dedicó una de sus novelas. Fue un gesto de nobleza, *mais trop tard*. Ella ya había muerto.

»¿Quiénes publicaban en su revista? ¡Los mejores! Borges, Bioy, Supervielle, Cioran, Éluard, Felisberto, ¿conoce a Felisberto Hernández?, ¿no?, búsquelo, va a sorprenderse. ¿Quién más? Sí, Guillén, Neruda, Vict..., no, Victoria, no, Silvina Ocampo. Con Victoria tenían una relación simpática, de amigas y rivales. Se celaban, pero cuando podían se juntaban y pasaban estupendo. Victoria escribió unas líneas magníficas cuando murió Susana. La conocía bien. Se parecían en su esencia, aunque Victoria era una locomotora y Susana, toda discreción y prudencia.

»¿Usted cree que este buen hombre nos liberará antes de la noche? ¿Quién más? Sí, también algunas glorias de todos los tiempos. Góngora..., qué sé yo, un lujo de revista. Y, por supuesto, Pasternak. ¿Cómo pude olvidarlo? Lo de Pasternak es una historia para llevar al cine. Nobel a fines de los cincuenta, ¿lo sabía? ¿Ha leído algo de Pasternak? Al menos habrá visto la película, *Dr. Zhivago*... ¿tampoco? Claro, usted es muy joven. ¿Qué le estaba diciendo? Sí, del premio. Ya le contaré de Pasternak. Fue algo increíble.

»Entonces, vuelvo atrás. Le decía que entré como niño de los mandados, o algo así. Una cocinera se empeñaba en decirme *mozo*, pero doña Luisa se lo prohibió. Me llamaban por mi nombre. Comía con el resto de los empleados. En aquella casa el servicio doméstico comía mejor que los patrones. No es raro. Las clases altas consideran una vulgaridad comer en exceso. Viven como si nada les importara demasiado, sobre todo el dinero. ¿Sabe por qué? Porque pueden tenerlo cuando quieran. No tienen que esforzarse para pagar

las cuentas. Pero no crea que no les importa. En realidad, viven pensando en eso.

»Es gracioso. Cuando uno pasa tanto tiempo entre ellos, aprende a conocerlos. Sus mañas no difieren tanto de las de los pobres. Comen poco, gastan poco. Algunos encuentran de buen tono referirse a la fortuna que alguna vez tuvieron, dicen que se han empobrecido, aunque uno no lo note. Son capaces de ayunar toda la semana y dar un banquete de lujo los días de recibo. Lo he visto. ¿Sabe por qué fingen que no les importa el dinero? Porque lo que en realidad cuenta para ellos es el apellido, la alcurnia, ser hijo de, tataranieta de, que su abuelito aparezca en algún libro de historia. Si usted les saca eso, son unos niños perdidos. Se quedan sin identidad, no saben de dónde vienen.

»¿Susana? No, Susana era diferente. Ella sí gastaba muchísimo. No, derroche, no. Ayudaba a sus amigos; a la gente de la cultura, me refiero. Siempre tenía alrededor una cohorte de bailarines, literatos, pintores, en fin... Algunos la despreciaban, pero bien que les convenía mantenerse cerca. Era de una generosidad inagotable. No, no derrochaba con el gusto pésimo de los nuevos ricos. Adoraba vivir bien, comprar su ropa en las mejores firmas europeas, hospedarse en grandes hoteles, pero todo con sobriedad, sin ostentación.

»Salvo, salvo... ah, salvo su perfume, señor. Su perfume. Tabac Blond, lo recuerdo. De Caron. ¿Se ríe? Más de una vez fui a comprárselo. En París, claro. En la misma Maison Caron; no se encontraba en otro lado. Era un perfume especial. Lo habían creado después de la Primera Guerra y lo usaban las mujeres de avanzada. Había que tener una cierta audacia para usar ese perfume. Ese era el detalle de Susana. Una sobriedad absoluta y el toque de aquel perfume duro, penetrante, imposible de ignorar, tan distinto a su estilo delicado, imperceptible. Sí, mi amigo, ella era así. Caminaba como flotando, sin hacer ruido al pisar, con una levedad...; solo quedaba la estela de su

perfume. Algunos creían que era difícil de notar, que pasaba como si nada. ¡Ja! Susana era una pluma arrojada a un espejo de aguas mansas, como las de ese lago, ¿ve? No tenía la contundencia de una piedra, pero eran igual de reales sus círculos concéntricos.

XIV. Tranquilo como una tumba

Villa Carlos Paz, 1992

Los médicos certificaron la muerte. Intercambiaron unas primeras impresiones con el comisario, pero no se aventuraron a conclusiones definitivas. La muchacha de los lentes y el pelo revuelto creyó oír algo parecido a *cardíaco* y determinó —con la misma seguridad con que hubiera podido decir que después del verano llegaría el otoño— que al gordo se le había detenido el corazón. Y punto. No acabó de oír lo que decían, cuando ya había elaborado su pequeña historia.

De modo pues que, antes de que los médicos tuvieran un diagnóstico certero, antes de que el comisario incorporara los datos en su informe, antes incluso de la llegada del forense, nadie tenía dudas. Infarto. Y, como era de esperar, la certeza derivó en toda suerte de comentarios en torno a la obviedad de que alguien con semejante peso muriera de esa forma, hay que ver, el pobre corazón no resistió, bombear para toda esa masa, cómo no se cuidan, cómo se dejan venir de ese tamaño, si lo más seguro es que ni madre haya tenido, y claro, llenan el vacío de amor con comida. Y así.

Todos sintieron alivio cuando llegó el médico forense. Por fin, algo avanzaba, aunque el hombre se movía con una lentitud desesperante y algunos sintieron ganas de empujarlo. Era un hombre adusto, con expresión de tristeza que podía tornarse algo lasciva, como si nadaran en su interior, mezclándose, uniéndose y vueltas a separar, todas las emociones cercanas al amor y a la muerte.

Los bomberos estaban en camino. El forense entró al baño y se mantuvo

allí durante unos minutos, en cuclillas sobre el cadáver. Preguntó si lo habían movido. El comisario asintió. Entendía que no había sido lo más adecuado, pero el cuerpo obstruía la entrada y no habían tenido más remedio que... El forense hizo un levísimo gesto de contrariedad que el comisario no vio, aunque intuyó.

También para el comisario era el primer día del año y no había pasado una buena noche. La soledad empezaba a pesarle. Estaba deprimido y se hubiera pasado toda aquella mañana durmiendo. Pero alguien había tenido el mal gusto de morir y, en efecto, era una muerte dudosa. Habría que trasladarlo a la morgue judicial. Sin mucha demora. En materia de muerte, el calor complica las cosas. Su día estaba estropeado.

Los indicios eran elocuentes y el forense hubiera podido firmar ahí mismo las causas de la muerte: envenenamiento. Explicó al comisario que debían trasladar el cadáver a la morgue judicial y que era necesario pensar con cuidado cómo mover semejante cuerpo. El sonido de un teléfono en la recepción interrumpió el diálogo. El forense aprovechó para despedirse con un saludo apenas audible.

Era el gerente de la hostería para avisar que venía en camino. Se había permitido cuatro días libres, apenas cuatro días después de años sin vacaciones, cuatro miserables días y venía a suceder esto. Llegaría apenas pudiera, aunque era difícil encontrar un vuelo. Quizá probaría en auto. En cualquier caso, dio órdenes al conserje para que tomara todos los recaudos.

El conserje lo oyó a través del teléfono como quien oye el ulular del viento. ¿Qué se creía aquel imbécil? Después de todo, ¿quién, eh, quién era el que se encargaba del establecimiento? Podía quedarse disfrutando de sus vacaciones. Daba igual. De hecho, prefería que no viniera. ¿Para qué? Para hacer lo de siempre, llegar a último momento y cosechar los aplausos. Después de que él, con la cuarta parte del sueldo, con su miserable sueldo de conserje, ya hubiera deshecho cualquier entuerto.

Asumió aire de circunstancia, anunció al comisario que el gerente demoraría y se puso a disposición. Se conocían desde hacía tiempo, pero por algún motivo —quizá para mantener distancia o para preservar la imparcialidad frente a los huéspedes—, el comisario evitaba el tuteo. El conserje lo seguía, como si actuara por efecto reflejo, aunque, cada tanto, se le escapaba el trato amistoso de siempre. Entonces notaba la cara de contrariedad del otro y retomaba las formalidades en las que intercalaba toda clase de refranes, dichos y lugares comunes que al comisario le resultaban exasperantes.

CONSERJE: Yo mismo hice el ingreso. Llegó ayer. Sin reserva. Hay pocas habitaciones y están llenas hasta el tope en esta época, pero la temporada pinta fea. ¿Qué noté? Bueno, ya sabe... Jamás había tenido enfrente a alguien así. Le costaba un Perú subir las escaleras. ¿En planta baja? No. Ya estaban ocupadas. Lo tuve que mandar al primer piso. También al viejo. El más viejo, el que conversa. Se llama Arnau, lo recuerdo clarito porque le pregunté si era francés y me dijo que era Arnau, así nomás, como sonaba. Catalán, creo que dijo. Es raro porque parecía de poco hablar y ahora, ¡pobre el otro!, le está dejando la cabeza como un avispero.

»Un detalle interesante. En el registro, aquí, ¿ve? El gordo, el viejo y la chica... la que encontró el cuerpo, hicieron el ingreso uno detrás del otro. No puedo asegurarlo, pero me juego las medias a que vinieron juntos. En el camión, digo. No recuerdo haber oído otro motor. No, no les pedí el documento...

»¿Quién? Ah, no. El joven vino en auto y solo. Sí, déjeme ver en el registro... Marcos Fratini. Está solo, sí. Aquí puso "Profesional"; no sabría decirle. ¿Qué? Solo hay un par de habitaciones que se comunican. Ahora está allí el matrimonio aquel, ¿ves?, digo, ¿ve?, y los tres niños. El matrimonio en una pieza, los niños en la otra. Unidos por una puerta. El muchacho se aloja con el otro muchacho en una pieza. Y los niños, que son los hijos del

muchacho más rubio, creo, en la pieza de al lado. No tienen comunicación, pero aquí no hay problema. Esto es tranquilo como una tumba, ya sabés, ya sabe, digo, con perdón, no quise tutearlo.

»Las señoras están también arriba. Juntas. Hay una que es de morirse de la risa. Sí, esa, más despistada que Adán en el día de... disculpas, no estamos para bromas, pero es que dice cosas tan graciosas.

»¿Los dos hombres? ¿El padre de los niños y el otro? A mí me da que son pareja. Llegaron ayer. Los veteranos llegaron primero. Luego el matrimonio con los cinco niños. Después ellos. ¡En moto! ¡Hay que animarse a andar en moto por estas sierras! Dos niños son del muchacho rubio... y, sí, el otro es su pareja. Cuando pueda, vea con qué rabia lo mira la madre, la señora mayor, digo...

»Ayer... sí, sí, ayer me quedé aquí a pasar la noche... por la fiesta. Bueno, fiesta, fiesta, lo que se dice fiesta... Eran pocos huéspedes, pero había que hacer algo especial. Preparamos un bufé como para chuparse los dedos. Se lo encargamos a Trinidad, todo de primera. Sigue siendo la mejor, sí. Estaba todo buenísimo.

»Ah, le vino hambre... ¿Quiere que le cuente? Trini solo quiso saber cuántos seríamos y me dijo que la dejara a ella. Se lució. Es la número uno, no hay dudas, sí. Y no sabe con qué gusto presentó la mesa. Ella misma se encargó de traer la mantelería y acomodó todo, sí, sí, estuvo aquí hasta las diez. Pobre, habrá llegado a la casa justo para brindar. ¡Y molida! Sí, sí, cocinó aquí mismo, sí, sí, quedó bastante, sí... comida y también ingredientes. No, no quiso llevarse nada. Dijo que todo estaba incluido en el precio.

»¿Quién más? No, creo que... ¡ah, sí! Sí, claro. Olvidé mencionar al señor mayor, otro señor mayor, pero no tanto como este Arnau, ¡madre mía!, sigue dándole a la lengua, habla hasta por los codos... El otro veterano se fue esta mañana tempranísimo. Ayer hizo un papelón. Borracho como una cuba. Sí,

por supuesto, tengo sus datos. Cómo no, se los paso de inmediato, sí. ¿Quién más? Ah, me arreglé solo con los dos muchachos. Tanto te hacen de mozos, como te pintan una cerca. Cobraron doble, así que están contentos, como perro con dos colas, bien contentos.

El comisario no había prestado atención a la mitad de las palabras, concentrado como estaba en detectar el próximo lugar común, el próximo dicho en el que el conserje, sin duda, incurriría.

XV. Notre Dame de París

París, 1933

—La primera vez que pisé París, lloré. Imagine usted lo que significó para un muchachito venido de un barrio pobre de Montevideo. Trabajaba desde que tenía memoria y solo me permitía un descanso a partir del mediodía del domingo. La mayor parte del tiempo dormía. Si me quedaba alguna fuerza, iba a la rambla sur a ver llegar los barcos. Adoraba el aire de mar. De río, bah, usted sabe, nos gusta llamarle mar al Río de la Plata, mucho más si es para pelear a un argentino. Broma de hermanos, no se ofenda.

»Ese primer viaje fue en 1933. Acababa de cumplir mis dieciocho. Con todo, Susana mandó a alguien para que pidiera autorización a mi madre. ¡Mi pobre madre! ¡Qué podía decir! Estaba tan agradecida con Susana y con doña Luisa... y sus razones tenía. En aquella casa se trataba al servicio con un respeto intachable. Siempre nos daban los buenos días, nos preguntaban como estábamos, si necesitábamos cualquier cosa.

»Era más por cortesía que por preocupación. Nosotros respondíamos que estábamos bien, aunque cada cual cargaba con sus penas. Pero una vez la cocinera se derrumbó ante una de esas preguntas. Su marido tenía problemas con el juego. Iban a rematarles la casita, algo por el estilo. Doña Luisa mandó a uno de sus abogados y la cosa quedó resuelta. No hubo remate. El hombre siguió jugando, por supuesto, y al cabo de unos años la cocinera le pidió el divorcio. Estuvo viviendo en casa de los Soca con sus tres hijos y supe que más tarde —años más tarde quiero decir— fue ama de llaves en la otra casa, la de Carrasco. Creo que estaba pensada para chalé de veraneo, pero esa es

parte de una historia en la que yo no entro.

»Le decía que la cocinera se div... ¿Por qué estaba contándole esto? Ah, sí, eran gente fenomenal. ¡Y comían tan poquito! Apenas picoteaban alguna fruta o un bastoncito de apio, quesos, dátiles, casi nada de carne. Un poco por mantener la figura; otro poco por aristócratas. Si algo los enloquece deben disimularlo, fingir que su grandeza está por encima de la vulgaridad de cualquier apetito.

»En cambio los pobres... arrastramos privaciones por décadas, generación tras generación. Nosotros sí distinguimos entre el hambre y las ganas de comer. Hay quienes dicen que el ruido de las tripas es el mismo, pero yo creo que no. Una cosa es que suenen por falta de alimento y otras porque por propia voluntad uno se ha privado de comer. El daño a la dignidad es bien distinto en cada caso. Por eso los ricos comen como sin hambre, al descuido, y nunca saben con certeza qué hay en sus heladeras.

»Así era en lo de los Soca. En cambio, la despensa de la servidumbre, *oh lá lá*, allí no faltaba nada. Cualquier familia de clase media estaría encantada de vivir en lo que entonces eran las dependencias de servicio de aquella casona. Era parte de su estilo. Mantenían distancia, pero daban buen trato a las personas que trabajaban para ellas. Todo con gran sencillez.

»Yo no lo sentía como una humillación, sino como un orden natural de las cosas. Era un orgullo servir a aquellas damas tan finas, quitar el polvo a sus libros, escuchar sus conversaciones sobre arte, asistirles en sus diligencias. Disfrutaba cada instante y me sentía honradísimo con su confianza. Me volví su sombra, su custodio. Y, sin darme cuenta, fui enamorándome de Susana.

»Sí, sí, no me mire de ese modo. Me enamoré de Susana, pero ella nunca lo supo. A mí me bastaba con estar cerca. Eso fue al principio, claro. Ningún amor se sostiene solo. Con el tiempo, el entusiasmo fue diluyéndose. ¿Cómo dice? No, no me venga con eso. ¿*El amor en los tiempos del cólera*? ¡Por favor! Esa novela corrobora lo que le digo. Es mentira que Florentino Ariza

esperó a Fermina... Exacto, Fermina Daza. Queda lindo decir que se encuentran cincuenta y no sé cuántos años después, esa primera escena de sexo en la que apagan la luz porque saben que no es agradable lo que tienen para ver, ese ir y venir eterno por el río. Todo muy lindo, sí, aunque no son más que dos viejos que se encuentran después de medio siglo y deciden compartir la soledad. Si usted quiere, le acepto que hay algo romántico en el hecho de que jamás se olvidaron. Pero no dejaron de vivir por eso. A mí nunca me pareció una historia de amor. El verdadero tema de esa novela es el tiempo. Como siempre, bah, en la literatura, como en la vida, el gran tema es el tiempo...

»En fin, ya no sé dónde estaba. Sí. Le decía de mi amor por Susana. No pensaba en otra cosa. Saberla inalcanzable era un dolor. Supongo que como un mecanismo de defensa, pronto encontré otros consuelos. Estoy seguro de que uno se enamora de quien puede y no de quien quiere. Y todo se va a enlazando de alguna forma. ¿No cree que es fascinante cómo un suceso va dando lugar a otros y esos a otros? Fichitas de dominó que se empujan hasta el infinito, no lo sé, es imposible saber cuándo comenzó lo importante de esta historia. Bien, seamos modestos y quedémonos con lo que la memoria nos va permitiendo.

»Como le contaba, la primera vez que pisé París fue en el treinta y tres. Susana y doña Luisa habían ido, entre otros motivos, para solucionar un asunto vinculado a un monumento en honor al doctor Soca. Siempre creí que era un busto, pero ellas le llamaban “el monumento”. Lo hizo Bourdelle, el gran Antoine Bourdelle. ¿Sabe a quién me refiero? El mismo de... bueno, lo comparaban con Rodin, con eso le digo todo. El hombre había muerto unos años antes, sin acabar el busto, el monumento, quiero decir. Y se planteó un problema de dinero. En el medio, imagine usted, estuvo la crisis del 29, eso había modificado todo, el valor de la moneda era otro. No sé bien cómo se dieron las cosas ni a quién asistía la razón, pero se transformó en una cuestión

de Estado. Hasta una comisión se formó, un grupo de notables. Al final, alguien se encargó de terminar el busto y... ¡Sí! La mujer de Bourdelle se llamaba Cléopâtre. Acabo de recordarlo. Me hacía gracia ese nombre.

»Bien, ¿en qué estaba? Ah, mi primer contacto con París. El recuerdo que viene es estar parado frente a Notre Dame y no creer lo que estaba viendo. Había leído de la catedral, sabía que era del siglo XII, o que la habían empezado a construir en el siglo XII, lo que ya me parecía un dato suficiente como para sentirme parte de un sueño. Allí bautizaron a Susana, ¿sabe? Yo vi la partida. El doctor viajaba bastante por su profesión. Piense usted que llegó a ser miembro de la Academia de Medicina de París. Sí, claro, un honor inmenso. En uno de esos viajes la bautizaron. Eso le da la magnitud del poderío de aquella familia. Y de la talla de Susana, una auténtica princesa.

»No fue por ese motivo que lloré aquella mañana. Una de las bendiciones que supuso haber entrado a trabajar en casa de los Soca fue el acceso a los libros. Usted no imagina la biblioteca que tenían. Al doctor le gustaba la lectura. Doña Luisa también leía. Y hablaba idiomas. Francés a la perfección. El francés era el idioma de la cultura en esa época y Uruguay siempre fue francófilo, aunque algunos mezclen las cosas y digan que les hubiera gustado otro resultado de las Invasiones Inglesas. Podrán decir lo que quieran, pero somos francófilos. O lo fuimos hasta hace unas décadas. Basta ir por algunas calles de la capital con la mirada alta para descubrir los techos de pizarra, algunas esculturas magníficas en los bulevares...

»No quiero desviarme. Lloré frente a Notre Dame, como le decía, porque sentí que ya había estado allí otras veces. Los libros me habían llevado. Susana había enriquecido la biblioteca con algunos ejemplares que traía de los viajes. Algunos eran primeras ediciones, con dedicatorias del autor, maravillas puras. ¿Qué pasó con eso? Se fragmentó. Sí, señor. Doña Luisa sobrevivió casi diez años a su hija y no tenía fuerzas para preocuparse por una biblioteca. Al final, salía poco de la casa. Vivía en penumbra. Siempre le

molestó la luz, el exceso de luz. A eso se sumaba la tristeza. Las persianas estaban bajas, incluso los días de recibo. Eso lo supe por María, pero espere, espere, ya llegaremos.

»Aquella biblioteca fue mi refugio en Montevideo. Leía todo cuanto podía. Tenía a mi cargo quitar el polvo de los libros y de los muebles. Un día, abrí un volumen. Me había llamado la atención cómo estaba encuadernado. En cuero con letras de oro. Era una edición bilingüe de *Los cuentos de Canterbury*, sí, sí, Chaucer. ¿Los ha leído? ¿Sí? ¿No todos? Bien, no importa, sabe a qué me refiero. ¿Boccaccio? Sí, algunos le quitan algo de mérito a Chaucer, pero de ningún modo son una copia de Boccaccio. Tienen el espíritu del *Decameron*, pero... bien. Veo que no es usted un ingeniero corriente, ¿eh? Celebro que le guste leer. Eso siempre ayuda a la sensibilidad y, además, no lo dude, lo vuelve más creativo en su trabajo.

»Me encontraba en la parte alta de la escalera, una escalera móvil que usaban para bajar los libros y que tenía una pequeña plataforma ajustable, como para que uno pudiera sentarse unos minutos a hojear un ejemplar antes de decidirse. ¿Sabe qué? El libro cayó en mis manos en la mañana. Recuerdo la hora porque las señoras acababan de tomar su desayuno y había ocurrido algo gracioso. Uno de los perros —adoraban los perros— había saltado sobre la mesa y había terminado con la mermelada. Ellas lo festejaron muchísimo. Le decía, abrí el libro en la mañana y estuve leyendo todo el día.

»Atardeció. Nadie había notado mi ausencia y yo me había pasado no menos de seis o siete horas en trance absoluto, fascinado con las aventuras de aquellos peregrinos, el molinero, el mercader, ¡la comadre de Bath! No quiero irme por las ramas, pero ¡qué libro! Tiene que volver a él, mi amigo; tiene que leerlo completo. Cuando uno encuentra esas joyas, se pregunta qué sentido tiene que los autores sigan escribiendo. No lo sé. Supongo que habrá alguna originalidad en la mirada, en el estilo. Por lo demás, no creo que valga la pena. Ese fue mi primer contacto con la gran literatura. Me volví adicto a

los libros.

»Y, eh... ¿dónde estaba? Sí, quiero explicarle por qué parado frente a la catedral de Notre Dame, lloré. En aquella biblioteca leí a Homero, a Dante, al propio Boccaccio, leí las aventuras del Cid, las del Quijote y las picardías de Lázaro de Tormes, la Biblia, ¡de punta a punta! Y, sin embargo, no alcanzó para volverme un hombre de fe. Pero la leí y la disfruté. Como libro, me refiero. Leí todo Verne y todo Salgari. Leí *Las mil y una noches* y, aunque menos, bastante poesía, sobre todo del siglo XIX. Baudelaire, mi favorito, por lejos. Leí a los novelistas rusos y a los franceses. Podría citarle de memoria pasajes enteros de *Madame Bovary*.

»A los franceses los leía en su idioma con ayuda de un diccionario y es uno de los motivos por los que, ya ve, me manejo bien en francés. Entre ellos, el rey era —es— Victor Hugo. El gran Victor Hugo. Y entre todas sus obras, hubo una en la que todavía pienso y los ojos se me humedecen. ¿Sabe a cuál me refiero? ¡Exacto! No, no, no. No se llama *El jorobado de Notre Dame*. El título es *Notre Dame de París*. Claro, es que el personaje se roba la novela. ¿Ve? Esa sí es una historia de amor. Una de las entregas de amor más hermosas que ha dado la literatura. También una historia llena de odio y resentimiento. Como la mía. Pero ya le contaré.

»Imaginará usted lo que significó para mí estar frente a la catedral. Lloré, lloré y luego me dejé enamorar por París. A veces me he preguntado por qué Susana y su madre se quedaron allí durante la ocupación nazi. Y hay varias hipótesis. Entre otras, una razón fue que, como tantos parisinos, no creyeron que la guerra fuera a llegar a la mismísima capital del mundo. Y, cuando se dieron cuenta, ya estaban atrapados. Algo terrible. Pero también está la posibilidad del enamoramiento. Susana amaba París. Cualquiera que una tarde haya cruzado un puentecito sobre el Sena mientras la ciudad enciende sus primeras luces, entenderá que es sencillo enamorarse de ella.

XVI. La muerte tiene esas insolencias

Villa Carlos Paz, 1992

Poco y nada sabían del muchacho muerto. En su ficha de ingreso había declarado ser camionero y, como constató el comisario tras una consulta telefónica, no había antecedentes penales, es decir, estaba limpio. Tenía treinta y seis años, vivía en Buenos Aires y era soltero. Ni rastro de familia o amigos. La empresa de camiones para la que trabajaba se encargó de buscar a alguien que pudiera interesarse por el cuerpo. Un rato después llamaron para avisar que la búsqueda había sido infructuosa y que al tal Gonzalo Gadés no se le conocía persona más cercana que una vecina que se encargaba en su ausencia de alimentarle al gato, único compañero. Solo el comisario manejaba el dato del apellido que aparecía en el documento. Para el resto seguía siendo Gonzalo Heseldorf.

La noticia de que al muchacho lo esperaba en su casa nada más que un gato atravesó la sala y se convirtió en un murmullo. A casi todos les daba pena que alguien tan joven anduviera así de solo por la vida y la matriarca no tuvo mejor idea que comentar, a voz en cuello, que eso explicaba la gordura. La hija preguntó por qué aseveraba tal cosa. Su madre respondió que era obvio, que cualquiera se daba cuenta. Alguien así de solo, tan vacío de afectos, necesitaba llenar su angustia. La hija asintió. El hijo y su amigo intercambiaron miradas tiernas. El patriarca miró a su mujer con la arrobada admiración que siempre sentía hacia sus comentarios. En otra mesa las tres mujeres sonrieron con sorna y una de ellas se mordió el labio inferior, elevó los ojos al techo y sacudió la cabeza en un claro gesto de hastío.

Cierto es que la matriarca no andaba tan lejos de la verdad. Quien hubiera conocido la historia de Gonzalo Gadés habría multiplicado su pena. No siempre había sido gordo, aunque sí un niño rollizo. Antes de los quince, ya rozaba el metro ochenta. Rubio, de profundos ojos castaños y tez blanquísima, resultaba simpático en la infancia verlo construir su flota de barquitos de madera, siempre con las mejillas sonrosadas. Adoraba el agua y, si alguien se hubiera tomado el trabajo de preguntárselo, se habría enterado de que el mayor sueño de aquel niño nacido en las sierras cordobesas era conocer el mar.

Ningún otro motivo lo inspiró a marchar a Buenos Aires, sino el de ser marino, y allí recibió el primer revés a sus sueños. No fue una cuestión de tallas. Solo se pedía una altura mínima y él la rebasaba con creces. Tampoco el peso, que todavía no era excesivo. Fue por las pruebas físicas. Había que poner un tiempo determinado en los cien metros, escalar por una cuerda, nadar, saltar largo y alto, una serie de obstáculos que no pudo vencer.

Esa misma tarde, con los ahorros que le quedaban, pagó la pensión y gastó el resto en un banquete con el que compensó sus penas. Luego, se arrastró lo más cerca que pudo hasta las inmediaciones del puerto y se dejó caer junto a un galpón de frutas, exhausto, con el vientre dado vuelta y una pesadez demoledora en todo el cuerpo. Lo encontraron al otro día, dormido sobre sus vómitos, muerto de frío, hablando incoherencias en una duermevela atormentada.

Gonzalo Gadés no pensaba volver a La Falda —la ciudad cordobesa donde había nacido—, ni a su madre, ni a ese vacío de identidad que lo había acompañado a lo largo de su corta vida. Aceptó un trabajo de changador en el puerto y al cabo de unos años terminó convertido en camionero. Había pasado media vida encima de aquellas moles que se desplazaban días enteros sobre la cinta gris de las carreteras.

Conocía la soledad de los caminos, la tristeza de los moteles sobre la ruta,

con su oferta de putas y sus piezas desangeladas, sin más rastro de gusto que algunas láminas de paisajes europeos cortando la blancura de las paredes. Conocía las esperas eternas en los puestos de control y en las cabeceras de algunos puentes, los riesgos de quedarse dormido, la certeza de que el cansancio siempre vence.

Conocía, sobre todo, el alivio temporal que le proporcionaba la comida. El deseo lo alentaba a ir de un lugar a otro. Llegar, pedir, comer hasta saciarse, sentir esa satisfacción provisoria, demasiado efímera, que pronto se transformaba en malestar. Y el malestar, en sueño. Dormir hasta el otro día y luego partir al alba con el único fin de llegar hasta el próximo puesto de comida.

Sabía dónde asaban el mejor cordero, dónde servían con abundancia de salsa las pastas, dónde los flanes y las cremas, dónde rellenaban a reventar los pasteles. Ese era su estímulo y su recompensa. Ser camionero era un pobre consuelo para sus sueños de marino, pero al menos tenía la emoción de no estar quieto en un sitio por demasiado tiempo y jugaba a creer que los destinos de sus viajes eran puertos a los que debía llegar después de surcar un mar de carreteras.

El rechazo de la marina había sido devastador para Gonzalo Gadés. Pero no su primer desencanto. Ya antes se había sentido diferente, abandonado por un padre cuya identidad le había sido negada. “Tu papá no existe”, le repetía su madre y él lo aceptó durante los primeros tiempos hasta que tuvo edad para reclamar su derecho a saber quién era.

Lo buscó durante años. Se enfrentó a la negativa de su madre, que se enfurecía cada vez que preguntaba. No obtuvo más que una pista débil, el testimonio de una mala amiga que una tarde de enojos y despechos le dijo al niño que era hijo de un alemán llegado al país a mediados de los cuarenta. Un nazi, deslizó como si nada y Gonzalo no alcanzó a comprender en el momento las dimensiones de tamaña revelación.

Pronto colocó el asunto de la paternidad al fondo de su memoria, arrumbado entre preocupaciones cotidianas y un único deseo: llegar a la capital y hacerse marino. Pero la memoria tiene sus trampas, sus reflejos y matices. Parece que se diluye, que se evapora y desaparece. Sin embargo, ahí está, latente, siempre a punto por si acaso. Y en algún momento, emerge.

Una tarde de soledad en Buenos Aires, por primera vez consciente de que podía terminar con su vida, de que si algo la volvía soportable era esa posibilidad que estaba allí como una promesa, esa tarde Gonzalo Gadés volvió a pensar en aquello. Y entendió que ser hijo de algún monstruo llegado a la Argentina para ocultarse de la justicia explicaba las cosas. Esa génesis maldita, ese origen inmundo lo explicaba todo, su soledad, su tristeza. Ese origen era su condena.

Buscó, investigó, fue a los registros, la increpó a ella. Su madre, Grecia Gadés, una actriz fracasada, una actrizuela que se ganaba la vida limpiando mugres ajenas. Que llegaba a casa por las tardes rendida y echaba en cara a su hijo el verse forzada a aquellos trabajos que la alejaban de su vocación. A ella, a ella que hubiera sido una Greta Garbo o una divina Marlene, si tan solo alguien se hubiera fijado en su talento y en su belleza. Pero quién iba a detenerse en una fregona. Solo algún huésped del hotel donde trabajaba o algún compañero del servicio que le hacía proposiciones deshonestas.

Gonzalo Gadés creció en La Falda, a poco menos de ochenta kilómetros de la capital cordobesa. Nada de excepcional hubo en su infancia, salvo una soledad a la que jamás acabó de acostumbrarse. Durante el invierno la madre trabajaba como mucama en el Eden, un hotel de grandes dimensiones, que había sido construido a finales del siglo XIX y del que se contaban fascinantes leyendas, sobre todo, de sus épocas de esplendor, durante las guerras, cuando los ricos argentinos debieron cambiar los viajes a Europa por vacaciones dentro de fronteras.

Por ese hotel pasaron Rubén Darío, Albert Einstein y el príncipe de Gales.

Y también visitantes curiosos, como aquellos siete marineros del *Graf Spee* que, luego del hundimiento, se refugiaron allí y fueron contratados. Hasta que ya sobre el final del conflicto, Argentina declaró la guerra al Eje y el hotel fue incautado. Lo convirtieron en prisión de lujo adonde fue a parar el embajador japonés con su séquito completo de funcionarios. Solo dos años más tarde el hotel fue devuelto a sus dueños.

Lo que siguió es una trama de abandonos, usurpaciones y decadencia. Para muchos, el Eden se transformó en un lugar maldito, poblado por aparecidos y fantasmas, almas en pena que purgaban sus culpas vagando en el aire helado de los salones vacíos donde antes sonaban las orquestas, el tintineo de la platería y el frufrú de terciopelos y sedas. Para otros, un sitio mágico, glamoroso, una visita obligada si se estaba de paseo por las sierras. Para Gonzalo Gadés fue un parque de diversiones, el lugar de sus juegos.

Gonzalo Gadés buscó, investigó, fue a los registros, increpó a su madre. Ella confesó con odio. Sí, su padre había sido un alemán refugiado —se negó a mencionar la palabra *nazi*—, un alemán que durante un tiempo había vivido en La Falda y que, enterado de que iba a tener un hijo, desapareció una tarde cualquiera. Se llamaba Dieter Heseldorf. Eso fue todo cuanto le dijo.

La verdad completa era amarga. Había sido parte de las SS y había entrado a Argentina con un documento falso. Un criminal de guerra buscado en toda Europa que, como tantos otros, había encontrado refugio en Sudamérica. Algunos decían haberlo visto en Villa General Belgrano. Otros, en Cosquín. Otros en la mismísima ciudad de Córdoba. La mujer lo buscó por un tiempo y luego desistió. Unas pocas noches no habían alcanzado para forjar una relación. Así sepultó en el olvido al hombre que no había querido hacerse cargo del niño ni de ella.

Gonzalo Gadés quiso de pronto llamarse Gonzalo Heseldorf. Obsesionado por conocer sus raíces, se transformó en improvisado detective. Hurgó en cuanto papel pudo, siguió los rastros, olfateó, planteó hipótesis y dio, por fin,

con su padre. Supo que estaba enfermo y que, si se daba prisa, quizá lo encontrara vivo en el Hospital Nacional de Clínicas de la capital cordobesa.

Gonzalo cuidó a ese hombre que era su padre por dos semanas en las que apenas hubo tiempo para el sueño. Lo lavó, le dio de comer en la boca y le aplicó inyecciones bajo la instrucción de la enfermera. Dieter Heseldorf se repuso, aunque parecía evidente que no le quedaba demasiado tiempo. En los últimos días, con las últimas fuerzas y casi en el último aliento, miró a Gonzalo, los ojos como de fuego, le dijo algo al oído y murió.

Gonzalo Gadés supo lo que debía hacer. Llamó a su madre por teléfono para reprocharle el haberle negado durante tantos años el derecho a saber quién era. Le dijo que había encontrado a Dieter Heseldorf, que lo había cuidado con la única esperanza de que le diera el apellido y que el hombre estaba muerto. Grecia Gadés no iba a perdonárselo nunca. Así se lo había dicho a su hijo y así lo había despachado, sin una palabra de ternura.

De eso hacía dos días y Gonzalo Gadés regresaba a Buenos Aires. Pleno y vacío a la vez, cerrado el hueco del alma, no tenía motivos para continuar viviendo. Regresaba a morir. En su casa. En su cama. Con su gato. El final de año lo encontró en Villa Carlos Paz y allí se detuvo a pasar la noche.

En una hostería sobre el lago San Roque, Gonzalo Gadés yacía muerto. Desde hacía largo tiempo había elegido la muerte. Y solo un azar, ese golpe inesperado del destino, había movido las piezas para cambiar las coordenadas y adelantarse al lugar previsto unos cientos de kilómetros apenas. Incluso una muerte deseada y zurcida en sus detalles podía admitir un último desvío. La muerte tiene esas insolencias.

XVII. Hôtel George V

París, 1938

—Después de esa primera vez en París, volví otras. Como le conté, el hotel era el George V. Lujosísimo. Allí nos hospedamos hasta que los nazis lo permitieron. Un día llegaron, mi amigo, y nos desalojaron con toda su prepotencia. Doña Luisa se resistió. Era una señora y no estaba acostumbrada a recibir órdenes. Les dijo que no se iría. Un oficial enorme, lo recuerdo como si fuera hoy, se rio y comentó algo en alemán a los otros. Luego se acercó a doña Luisa y le advirtió que si no se iban las raparían.

»¡Doña Luisa sin su hermoso cabello! Parece que de niña se lo lavaban con agua de lluvia, ¿sabe? Ella se jactaba de eso. Por supuesto que entendió el mensaje. Tanto doña Luisa como Susana tenían su carácter, pero no eran tontas y sabían que aquellos brutos no bromeaban. No sé si las hubieran rapado, aunque sin dudas las hubieran echado de allí con violencia. Pretendían instalar su cuartel general, cosa que hicieron. El hermoso George V transformado en cueva de asesinos, ¿se da usted cuenta?

»Antes de que los nazis llegaran, doña Luisa y Susana vivían como reinas. Aquello era un sueño para mí. A veces me atacaba un miedo de que alguien viniera a ponerme preso. Como si yo no mereciera estar allí, ¿entiende? Como si mi presencia ensuciara aquellas alfombras, los cortinados... ¿Qué hacía en medio de ese lujo? Un sapo feo en una laguna de nenúfares, así me sentía. Y eso me recuerda que entre las pinturas de Susana había un Monet. No uno de los nenúfares, sino uno de la serie del Parlamento inglés tras la niebla. Una belleza.

»Las señoras dormían en la habitación más grande. María y yo, en la que usaban como depósito para los muebles, las prendas, las obras de arte que iban comprando no solo en Francia. Porque ellas se establecían allí y se desplazaban por Europa. Iban y venían. Después volvían a Montevideo con todo aquello. Los viajes duraban meses. María era la asistente, ¿no se lo he dicho? Sí, disculpe si me repito. Cosas de viejo.

»Susana tenía un gusto exquisito. No compraba arte para especular, quiero decir, no creo que estuviera preocupada en hacer inversiones con aquellas piezas. Más bien se regía por su preferencia. Si algo le gustaba, lo compraba y listo. Así hubo en Montevideo una de las pinacotecas más fabulosas que el país haya conocido. Monet, Delacroix, De Chirico... aquel Picasso...

»¿Quiere que le cuente? Bien, de todos modos, esto no avanza. El comisario sigue con sus interrogatorios. Podemos estar aquí hasta la noche. ¿Le gusta Picasso? ¿No? Sí, sí, entiendo. Comparto lo que dice. A mí me pasa algo parecido. Veo su genialidad, lo aprecio, pero no me emociona. El retrato, sí, a eso voy, sí, el retrato.

»Picasso no tenía mucho margen de movimiento. Imagine usted, un hombre que había estado del lado de la República no podía ser bien visto por los nazis. Su taller estaba en la calle Grands Augustins. ¿Sabe qué le hacían? Cada tanto, digamos una vez al mes, llegaban y recorrían el lugar de punta a punta. Alguna vez se llevaban algo, pero a él no lo tocaban. Solo le hacían notar que lo estaban observando, que podían entrar allí cuando quisieran, matarlo si se les daba la gana. Era el terror y, a la vez, una fascinación del poder ante el arte y el genio.

»Igual que con París. Cuando entraron, aquel día espantoso de junio, atravesaron el Arco, como violando la ciudad, como apropiándose. Pero no pudieron. No del todo, al menos. Iban con sus uniformes y ese paso impresionante. Caminaban a lo largo de los Campos Elíseos y no podían evitar mirar hacia arriba. La ciudad los hechizaba. Creo que no acababan de

creer que estaban allí, que habían llegado a París, el corazón de la civilización y la cultura.

»¿Sabe que una vez encontré a unos soldados comprando postales de la ciudad? ¿Puede usted creer eso? Paraditos en el exterior de un quiosco, con sus uniformes y sus esvásticas, absortos en la contemplación de las fotos, eligiendo sus recuerdos de París, como turistas. Así es esa ciudad, mi amigo, imposible no prendarse de ella.

»Ahora vuelvo a Picasso. Se ganaba la vida haciendo retratos. Hay cientos de ellos. Al principio, uno los ve parecidos, pero pronto surgen los rasgos característicos de cada persona. En el de Susana, por ejemplo, la nariz y los ojos. Sí, Susana se hizo retratar... Creo que fue en octubre del 43. Estoy casi seguro porque fui con ella y diría que era octubre, o quizá setiembre. Fue una tarde memorable. Picasso pintaba con absoluta libertad, tenía un trazo rápido. Quizá porque aquello no era el verdadero arte para él, sino una forma de subsistir a la que no dedicaba más que el tiempo necesario.

»El caso es que Susana salió de allí con su pintura. No, no, espere. Estoy recordando mal. Me mandó a que la recogiera unos días después. Para ese entonces yo ya estaba destruido, era un muerto andante. Ya, ya llegaré a eso. El caso es que fui a buscar el retrato. Sí, hablé con el mismísimo Picasso. Un saludo, apenas. ¿Si me cayó bien? ¿Qué quiere que le diga? Quedémonos con su arte. A veces los hombres no están a la altura de su talento.

»El retrato estuvo en el hotel, en mi habitación. Supe que viajó con ellas cuando regresaron a Montevideo y que desapareció en algún momento entre la muerte de Susana y la de doña Luisa. Tengo para mí que la pobre empezó a morir el día en que se enteró del accidente de su hija. No creo que le preocupara demasiado el destino de una pintura, por más Picasso que fuera.

»Bien, me adelanté demasiado con lo del cuadro. Como le decía, fui más de una vez a Europa con las señoras. Y hubiera podido ir año tras año sin cansarme. Después de que dejé de verlas, casi no he viajado a otro sitio. ¿Por

qué estoy aquí, en esta hostería, un primero de enero, se pregunta? Para terminar algo que debí terminar hace tiempo. Pero ahora déjeme ir a 1938.

»Ese año hicimos dos viajes a Europa. En abril Susana participó en un congreso en Zúrich; no recuerdo referido a qué, pero sí que ella llevaba credenciales oficiales, como representante del Uruguay. Doña Luisa se quedó en París, con la asistenta. No se sentía bien. No al grado de estar enferma, pero tampoco como para extender el viaje.

»Así que acompañé a Susana y no es mucho lo que puedo decirle porque me limité a ayudarla con cuestiones prácticas de trasbordos y equipajes. El resto del tiempo ella andaba en sus cosas y no la veía. Estaba a sus órdenes, por supuesto, y moría de ganas de que me llamara a cualquier hora. No importaba si era a mitad de la noche. Yo vivía para cumplir sus deseos. Pero los deseos de Susana eran tan sobrios, tan delicados, que jamás hubieran importunado mi sueño.

»Me hacía pedirle un coche para ir a la sede del congreso y luego me decía que dispusiera a mi antojo del tiempo. ¡Mi antojo! Lo que yo más quería era estar cerca de ella, serle indispensable, hacerla sentir protegida. Supongo que nunca se enteró de mis sentimientos. Me veía como un niño, un jovencito honrado y trabajador en el que podía confiar y al que prodigaba ciertas atenciones. Sobre todo, en lo referente a mi formación.

»Apenas se dio cuenta de mi gusto por los libros y por la pintura, puso a disposición su biblioteca y me estimuló para que continuara aprendiendo. Por eso me permitía dormir junto a sus cuadros en París. Sabía que nadie los guardaría mejor. Yo apreciaba su valor y los adoraba tanto como ella. A veces hablábamos de arte y era cuando estábamos más cerca.

»Nada especial sucedió durante aquel viaje. Regresamos a Montevideo y Susana estuvo atareadísima. En julio fue su cumpleaños. Déjeme sacar cuentas... treinta y dos años. Antes, tomemos algo. ¿Café? Yo tomaría un jugo. Ah, pero tenemos que esperar. El comisario está interrogando a los

mozos. Mírelos, pobrecitos, parecen dos pichones. Mientras tanto voy a acomodar los recuerdos.

»Sigo. Julio fue un mes agitado para Susana. Antes del viaje, festejó su cumpleaños y participó en una especie de desfile, algo de lo más ridículo. No, no, como asistente no. ¡Como modelo! Era una gala a beneficio. Es lo único que explica que Susana se haya animado. Recuerdo que el anuncio en el diario decía que iban a participar distinguidas niñas de la sociedad. ¡Niñas! Susana era una mujer. A esa altura, una solterona. Y, además, era alta...

»En fin, se disfrazó de egipcia... sí, sí, disculpe que me ría. No, no me burlo. Jamás me burlaría de ella. Me da ternura. Era demasiado buena, ¿entiende? Estoy seguro de que lo hizo para ayudar, pero se la veía tan rara... De lo más cómica. ¡Susana vestida de egipcia! Eran trajes de confección. Los había hecho Guma Zorrilla, ¿sabe quién? La hermana de China. Sí, señor, la misma China.

»Bien, eso le llevó su tiempo a Susana. Y luego fueron aquellas dos muertes. Sí, el doctor Figari, Pedro Figari, el pintor, ¿lo conoce? ¿Sí? Bien, me alegra que lo conozca, un humanista. Don Pedro y Susana no tenían demasiado trato, aunque ella había comprado alguna de sus pinturas. Pero sí había sido amigo de su padre y era, además, una figura connotada de la sociedad uruguaya. Había regresado no hacía mucho de París, donde uno de sus hijos había muerto. Triste historia.

»Ese día, además de Pedro Figari murió el escritor Carlos Reyles. ¿No? Tiene algunos textos interesantes, pero no es tan recordado como merece. Algunos le reprochaban su origen aristocrático, su fortuna. Fueron severos con él. En mi país si se nace rico hay que pagar un alto precio, ¿sabe? Aunque uno haya heredado el dinero, es sospechoso de algo. Explotación, oligarquía, despotismo ilustrado, connivencia con algún imperio. No sé. Llámelo como prefiera. Si en Uruguay usted tiene apellido o dinero más vale que empiece por pedir perdón, se cambie el apellido y finja tener menos de lo

que tiene. Jamás, bajo ningún concepto, ostente su riqueza. Perfil bajo. Creo que Susana entendió pronto eso. No la perdonaron, de todos modos. Y hoy casi nadie la recuerda.

»Le decía que Figari y Reyles tuvieron la mala idea de morir el mismo día, con lo que complicaron bastante a la gente de sociedad que debía correr de un velorio a otro y, si daban los tiempos, cambiarse el atuendo. Estoy seguro de que Susana fue al de Reyles. No podría asegurar que fue al de Figari, pero es improbable que no lo haya hecho.

»Después de todo ese ajetreo partimos hacia París. Iba a ser un viaje como los otros. Cómo saber entonces que me tocaría ser testigo del horror, de lo más bajo a lo que puede descender el alma humana y también de sus picos de grandeza. Conocí el odio en su esencia. No solo el de aquellos bárbaros nazis, no. Fue peor. Conocí el odio que albergaba en mí. Le aseguro que es una terrible experiencia. Yo sé lo que es el odio. Yo sé lo que es desear con todas las fuerzas que alguien muera.

XVIII. El delicado trabajo de una araña

Villa Carlos Paz, 1992

Los mozos no aportaron demasiado. Estaban asustados. El comisario tuvo la piedad de cumplir con el trámite rápido y dejarlos marchar. No a su casa, sino a seguir con sus quehaceres. Debían quedarse en el hotel por si era necesario un nuevo interrogatorio. Con gusto se hubieran ido, hubieran renunciado al empleo con tal de no estar sometidos a la tortura de ser sospechados.

Porque los dos, con particular coincidencia, sentían que las sospechas recaían sobre ellos, que todos los miraban con una suspicacia nueva. Y el más joven estaba seguro de que, cuando había servido el café a la matriarca, esta le había clavado unos ojos insidiosos, como un reproche, fastidiada por tener que estar allí, perdiendo un día de vacaciones, cuando nadie dudaba, nadie, que el asesino era él, el mozo, ese jovencito con pinta de hambre atrasada. Todo eso sintió uno y se lo comentó al otro, que al instante percibió lo mismo. Y hasta creyó oír cuando, sin quitarles de encima la mirada, la mujer le comentaba algo en voz baja al marido.

De pronto, el miedo se les había instalado en el cuerpo y empezaban a sentir los aguijonazos de la culpa. Se preguntaban si, en efecto, no habrían sido ellos, si poseídos por alguna inexplicable demencia, en medio de un trance, incluso sin quererlo, no habrían envenenado al gordo. Se comportaban como culpables, vacilantes, sudorosos, con esa actitud ambigua que algunas personas adoptan en los puestos de seguridad de los aeropuertos.

El comisario lamentó someterlos a esa incomodidad innecesaria. Además,

encontraba más interesante seguir la charla que sostenían Jacinto Arnau y Marcos Fratini; más que charla, el monólogo del viejo. Había captado pasajes fugaces de una historia que se le revelaba fascinante, como el relato de una antigua película europea. Reconocidas las virtudes de narrador del viejo, el comisario sentía una atracción poderosa por seguir los avatares de aquella historia mucho más entretenida que la muerte de un pobre muchacho que a nadie importaba. Alegando que necesitaba mejor luz para sus anotaciones, se cambió a una mesa contigua a la de ellos.

El comisario llevaba adelante su trabajo con responsabilidad, pero no por vocación. Si de él hubiera dependido, se habría dedicado al estudio de la naturaleza. Era un enamorado de la más ínfima manifestación de vida. Podía estar minutos inmóvil observando el delicado trabajo de una araña al urdir su tela. Se maravillaba ante los cambios de color del cielo y nada le daba más placer que fantasear con las formas de las nubes. Estaba convencido de que, sin la torpe intervención humana, la naturaleza encontraba equilibrios perfectos. Y esa convicción, llevada a extremos de una profesión de fe, era su forma de aceptar que, a pesar de todas las miserias que la realidad proveía, era posible creer en la existencia de Dios.

Nadie más lo sabía y él no iba a mencionarlo: aquel 1° de enero de 1992, Ernesto Rey cumplía años. Cuarenta y nueve. No tenía planes ni había quien recordara la fecha. Después de tomar declaraciones, cuando se hubieran llevado al muerto, pensaba redactar un breve informe y volver a su casa con la esperanza de que no hubiera más llamados por aquel día. Desde el abandono de su mujer, vivía solo y se había jurado que así seguiría.

Ernesto Rey nunca perdonó aquella traición. Ella era una maestra y él, un oficial en ascenso. Se había casado adorándola y en los siete años que vivieron juntos puso todo su empeño en satisfacerle los gustos, incluso por encima de lo razonable. Porque Ernesto Rey no acababa de creer que aquella mujer tan hermosa se hubiera fijado en él, que hubiera consentido en ser su

esposa. Y, sintiéndose inferior, indigno de una mujer que hubiera podido elegir mejor partido, vivía con el terror del abandono, afanado en superarse, en ganar más dinero y en refinar sus modales para que ella no tuviera motivos de rechazo ni vergüenza. Sobre todo, se empeñó en tener una foja de servicio impecable. Ella iba a estar orgullosa de su marido.

El miedo al rechazo no era algo nuevo. Tampoco la experiencia de abandono. Era huérfano de padre, un oficial de policía de quien todos guardaban buenos recuerdos y que había muerto dos meses antes del nacimiento en medio de una confusa balacera. La madre se refería a él como “el rey de los idiotas”, y se complacía en hacerlo frente al hijo, incluso para asegurarle que su propia idiotez, la de Ernesto, no dejaba dudas acerca de su procedencia biológica. A pesar de las constantes humillaciones, Ernesto se había propuesto conquistar a su madre, hacer que, vencida ante su amor de hijo, alguna vez lo quisiera. Pero las agresiones iban en aumento.

A los dieciocho, sin saber por qué y sin quererlo, se alistó en la escuela de policía. No pensó en casarse hasta mucho después. Lo hizo enamorado, venciendo aquella convicción con la que había crecido y que el matrimonio solo había puesto en suspenso por un lapso breve: las mujeres eran todas malos bichos. Luego del abandono de su esposa la convicción volvió a él con más fuerza.

XIX. *Occupation*

París, 1940

—¿Qué significaba vivir en la París ocupada? Una sorpresa. Eso fue lo primero. Algo había en el aire, una especie de fe en la belleza de la ciudad, no lo sé. Como si la belleza pudiera detener el avance de un ejército. Lo he hablado con muchos y están de acuerdo, aunque tampoco saben cómo definir esa sensación de... no sé cómo explicarlo. Es que no acabábamos de creerlo.

»Los parisinos, la mayoría de ellos, no creían que los nazis llegarían a su ciudad. No era solo confianza en las fuerzas que peleaban en el frente. Era más un pensamiento mágico, una convicción de que París era demasiado bella y que las bestias se rendirían ante esa belleza. La guerra les pareció algo lejano, al principio. Llamaban a ese particular estado *drôle de guerre*. Eso fue hasta abril del 40, más o menos. Después no tuvieron más remedio que aceptar que la realidad se les venía encima.

»El exceso de autoestima crea confusiones, ¿no le parece? Como la historia de esa princesa que un día despertó y vio a un desconocido sentado en el borde de su cama, ¿la conoce? ¿No? Es real. Nadie entiende cómo llegó allí sin que lo detuvieran. La chica despertó y encontró al hombre que la observaba. Según contaban las crónicas, él le dijo que no se asustara, que solo quería verla. Ella no tenía miedo. Sostuvo una conversación tranquila hasta que alguien vino a socorrerla. Parece que el hombre no se inmutó. Sabía lo que le esperaba y se quedó quieto, disfrutando los últimos momentos para observar a su princesa. Luego declaró que estaba obsesionado con ella y que había pensado en violarla. Pero que ella se había mostrado tan serena y,

además, era tan hermosa, que no quiso arruinar el momento. ¿Sabe qué dijo ella? Que se asustó cuando lo vio, pero que no pensó que fuera a hacerle daño porque él era un hombre común y ella, una princesa. ¿Entiende?

»Eso mismo pensaron algunos parisinos. Se equivocaron. Otros, ya lo sabrá usted, se fueron y regresaron. Confiaron en Pétain y quedaron atrapados. Es difícil saber cuántos. A Pétain lo enjuiciaron después de la guerra y lo condenaron a muerte, ¿sabía? Pero la sentencia nunca se cumplió. Le dieron cadena perpetua y murió casi con cien años. Cerca del final le permitieron trasladarse a una casa, en fin... ¿Ve? Volvemos al comienzo. Es mentira que la muerte iguala. No, señor.

»Bien, supongo que a Susana y a doña Luisa les ocurrió algo similar que al resto de los parisinos. Quizá, cuando quisieron salir, ya era tarde. No sé por qué hablo de ellas de ese modo, como si yo no hubiera estado allí. ¡Yo también pasé en París toda la guerra! Es como si mi voluntad no hubiera contado. Y lo cierto es que no contó. A eso llamo reflejo de sirviente. Uno está donde los patrones quieren. La voluntad se anula porque no hay otra posibilidad de acción. Hay libertad, pero uno no considera que pueda ejercerla. No se me ocurrió otra cosa que no fuera cumplir con mi trabajo. Y punto. No hay que darle más vueltas. Eso fue así hasta que pasó lo de Arlette. Lo de Arlette cambió todo, me convirtió en otra persona. ¿Arlette? Sí, sí, ya llegaré a ella.

»La familia —a los Blanco Acevedo me refiero— enviaba cartas y telegramas, pero después del 40 ya no fue tan sencillo. Los nazis revisaban todo. No solo para atajar ideas subversivas. También porque en esos sobres a veces iba dinero. Y ellos se quedaban con todo. Fueron unos malditos asesinos y también unos ladrones de mierda. Disculpe. No soy de decir malas palabras. Es solo que esa gente... esa gente... cuando pienso en ellos...

»El control estaba en todas partes. Ni siquiera me explico cómo hicieron Susana y doña Luisa para sostenerse durante la ocupación. Si algo hubiera

entrado, los nazis lo habrían confiscado, sin lugar a dudas. En fin, no lo sé. Es probable que algo les haya llegado a través de sus contactos —los tenían a nivel altísimo— y que hayan vendido algunas joyas, sus pieles, algunas piezas de arte. Aunque, ¿a quién? Los ricos parisinos estaban en las mismas condiciones. No creo que pudieran comprar esos objetos.

»En cuanto a los nazis, da risa pensar que compraran algo. ¿Para qué, si podían tomar lo que quisieran? Por suerte, los franceses habían sido astutos y los habían madrugado. Unos años antes, creo que fue en el 38, habían trasladado la mayoría de las obras de arte del Louvre y otros museos. Las que pudieron, claro. Algunas eran demasiado grandes o pesadas. Los marcos vacíos quedaron apoyados en el suelo.

»¿Sabe qué hicieron los franceses con la mayoría de esas obras? Las sacaron escondidas en camiones prestados por la Comédie Française. Algunas con sus marcos. Otras arrolladas como alfombras. Muchas fueron a parar a casas particulares, pero la mayoría terminó en los castillos del Loira o en los túneles de las minas. Al final de la guerra encontraron obras de arte hasta en los sótanos. Algunas en un estado de conservación deplorable, ganadas por la humedad y el polvo, pero a salvo. Esos nazis hicieron un daño tremendo a la humanidad. No habrá tiempo que pueda borrar las huellas de tanto desastre. Esto es como abrir una ventana y otra y otra. Tengo que ir paso a paso para no perderme. Si se aburre, me detiene, ¿de acuerdo?

»París se convirtió en una cárcel. Por la noche apagábamos las luces para evitar ser blancos fáciles y también para ahorrar, porque el racionamiento fue durísimo. Espere... ¡Qué fastidio me da! No puedo recordar cómo se le dice en francés al toque de queda. Bien... ya saldrá. Mejor no pensar y dejar que el recuerdo vuelva.

»El racionamiento... también allí se ven las diferencias sociales, ¿sabe? Uno cree que en la guerra todo el mundo sufre. Y es cierto. Pero no todos sufren igual. En la guerra sufren más los que no tienen. Había un

descomunal, un vergonzoso mercado negro. El que tenía dinero no solo conseguía con mayor facilidad lo básico, sino que podía permitirse lujos. Algunos comían caviar durante la guerra.

»Había unos carnés de racionamiento. Eran unas tarjetas con los datos de cada persona y unos cupones numerados. Los nazis llegaron en junio y antes de fin de año ya estaban circulando. Tampoco crea usted que se podía hacer mucho con aquello. A lo sumo, comprar algo de carne, pan y queso. Eso, al principio. Al final, ni siquiera tanto. A cada producto correspondía un número. En los almacenes podíamos canjear lo más barato, sémola, azúcar, esas cosas. Pero para los productos más caros había que ir al ayuntamiento y canjearlos por unos tiquecitos. Luego regresar a los almacenes. Todo era muy burocrático. Trataban de obstaculizar al máximo.

»También trataban de demoler la identidad, como todos los regímenes autoritarios. La gente se clasificaba en categorías. Imposible recordar a quién le correspondía cada letra, pero era algo así como, solo por ponerle un ejemplo: Categoría A, los franceses entre, digamos, doce y setenta años, que no estaban en condiciones de hacer trabajos forzados; Categoría T, aquellos entre tal y tal edad que trabajaban en condiciones duras. Y así. Estos últimos recibían vino, solo ellos. Y la leche iba para los niños más pequeños o para los muy viejos. Es posible que también las embarazadas recibieran trato especial, pero no estoy seguro de eso.

»Como imaginaré, cuando hay racionamiento, la corrupción aparece. Es la condición humana. La guerra saca lo peor de las personas. Claro que hay gestos de solidaridad y nobleza, pero la mayor parte de las veces es un sálvese quien pueda. Por eso es difícil juzgar a la distancia y después de tanto tiempo. Francia quedó dividida entre resistentes y colaboracionistas. Aún hoy pesa. Basta con ir a las librerías parisinas y ver secciones enteras dedicadas a unos y a otros. Es algo que todavía duele y mucho. Ha dividido familias, separado amigos y parejas. Y es que fue ayer, nomás.

»¿En qué estábamos? ¿Cómo dice? Exacto, le contaba de la corrupción, del mercado negro. ¡Había cada vivo! La creatividad trabaja a máxima potencia. Se molía cualquier cosa y se la entreveraba con el café. Todo estaba adulterado, todo era de baja calidad. Los franceses, tan afectos a la buena comida, de pronto tuvieron que aprender a masticar pan duro. Hubo una especie de adelgazamiento colectivo. No a los niveles atroces de los campos de concentración, pero aun así adelgazaron muchísimo y pronto nos acostumbramos a ver gente con las mejillas hundidas, los huesos salidos, la ropa que les colgaba como una bolsa.

»La ropa era otra historia. Al principio no parecía importante. La comida era la prioridad. Otra vez se equivocaron. Quisieron creer que no duraría tanto. Pero no fue así. Cuando llegó el invierno la escasez de ropa se volvió un problema tan brutal como la comida. Había que hacer colas. Desde temprano en la mañana, a la intemperie, horas completas. ¿Imagina usted lo que era eso? ¿Sabe lo que es París en invierno? Y esa gente, mucha de ella acostumbrada al buen calzado, a los abrigos de piel, de pronto se vio parada en plena calle, muerta de frío, a la espera de un kilo de harina o un miserable litro de leche. Las colas eran una tortura y las familias se turnaban para enviar a unos y a otros, o lo echaban a suerte.

»Conocí a un viejo zapatero que cambiaba parte de su comida para evitar esas colas. Tenía un problema en la columna y no soportaba estar de pie durante demasiado tiempo. Entonces enviaba a sus hijos o a su mujer. Pero ellos no iban gratis, ¿entiende? Él les pagaba con parte de su ración diaria, un trozo de pan, unos gramos de queso. Prefería el hambre al dolor. Y ellos lo aceptaban. Porque también tenían hambre. No los juzgue, amigo, no lo haga. El hambre, la sed, el dolor y el cansancio hacen estragos con los sentimientos.

»Algunos falsificaban tarjetas y se arriesgaban no solo a venderlas, sino a ir ellos mismos a hacer los canjes. O peor, mandaban a sus hijos. Un niño

siempre levanta menos sospechas. Pero era exponerlos. A los nazis no les temblaba el pulso ni con los niños. Créame, créame que sé lo que le digo... Y ahora disculpe. Necesito detenerme un poco. Ir al baño. No me siento bien. ¿Usted cree que debo pedir permiso al comisario?

XX. Había algo refinado en su andar

Villa Carlos Paz, 1992

Jacinto Arnau caminó hasta la mesa donde el comisario acababa de despachar a los mozos y anotaba algo en su libreta. Se quedó parado junto a él, sudando y con un malestar visible, una ligera oscilación del cuerpo, como si fuera a derrumbarse en cualquier momento.

Marcos Fratini aprovechó esos segundos para observarlo. Era un hombre de huesos largos, cabeza pequeña y el cuello encorvado, lo que le daba un aspecto de buitre. Pero no resultaba desagradable. Había algo refinado en su andar, una elegancia aprendida que entrelazaba con su apariencia de hombre de pueblo. Los zapatos eran enormes y Marcos Fratini se preguntó cuál sería la talla, si le quedarían grandes o si, en efecto, cobijarían unos pies así de inmensos. Y al mirar las manos, las manos huesudas, un poco deformadas por la artritis y moteadas por el tiempo, eligió creer que era un hombre raro. Un flaco alto que guardaba en manos y pies toda su imponencia.

El comisario prefirió fingir que no lo veía y siguió concentrado en sus anotaciones. Arnau había quedado de pie, a un par de metros, como quien está acostumbrado a recibir órdenes y jamás interrumpiría una tarea ajena. Marcos Fratini pensó que quizá se tratara de esa educación hija de la pobreza, esos modales un poco exagerados, aunque siempre corteses, con los que se compensan otras carencias. O quizá intentaba parecer respetuoso ante el comisario. O lo que todo el mundo busca: que lo acepten y quieran.

El baño de la sala continuaba inhabilitado. ¿Dónde habría otro? Se acercó al conserje, pero no llegó a preguntar porque el hombre, como si hubiera

adivinado el propósito del viejo, señaló con el índice hacia la puerta de la sala. Jacinto Arnau se dirigió hacia allí, temiendo a cada paso que alguien lo detuviera. El comisario lo siguió con los ojos durante todo el trayecto.

Encontró el baño sin dificultad y se paró frente al espejo. No pudo sostenerse la mirada. Solo entonces sintió ganas de orinar y eso hizo. No había sido la razón que lo había llevado hasta allí, sino una necesidad sofocante de aire fresco. En algún punto del relato la angustia se había vuelto incontrolable, asfixiante. No era la primera vez que le sucedía. A veces, durante la noche la angustia era tan fuerte que le interrumpía el sueño.

Entonces, Jacinto Arnau debía salir de la cama y hacer algo hasta que volviera el sueño. No cualquier cosa, algo banal que no lo excitara demasiado o le avivara los recuerdos. Desde hacía años practicaba unos ejercicios que lo iban relajando hasta dormirlo y más de un amanecer lo sorprendió tendido en el suelo. Se concentraba en la punta de los pies e iniciaba una cuenta regresiva a partir del número cinco hasta llegar a la frente, que casi siempre descubría fruncida en un gesto de preocupación o enojo. Luego intentaba visualizarse desde arriba, como si la mente se le hubiera desprendido del cuerpo. Si tenía éxito, bajaba de ese limbo y se adentraba en algún órgano, el corazón, de preferencia. Y si a esa altura todavía no lo habían asaltado horribles pensamientos, disfrutaba de la humedad cálida y rosa de aquel refugio improvisado. Así, desprendido del mundo y sus groserías, amparado por la piedad del sueño, descansaba.

Pero eso no sucedía con frecuencia. Casi siempre primaban los malos pensamientos, las imágenes de horror, los olores del miedo. Entonces no había ejercicios ni meditación que pudieran ayudarlo y sabía que estaba condenado a la vigilia. Una forma de castigo.

Levantó los ojos y los clavó en la impiedad del espejo. No vio más que a un viejo y se preguntó cuándo le llegaría la hora de su interrogatorio. Salió del baño y caminó con lentitud hacia la sala del desayuno donde Marcos

Fratini dudaba si continuar sentado allí y verse obligado a escuchar la otra parte de la historia, o fingir un súbito interés por algún otro de los huéspedes. En eso estaba cuando Jacinto Arnau entró en la sala y ya no hubo tiempo para ninguna maniobra salvadora.

Mientras Jacinto Arnau avanzaba hacia la mesa, el comisario interrogaba a la matriarca, que se despachó contra el novio de su hijo sin miramientos. Acicateada por la novelería de hablar con un policía, sintiéndose una heroína de película —su favorita era Audrey Hepburn— la matriarca relató con detalles lo que recordaba de la noche anterior y de esa extraña mañana que nadie olvidaría por mucho tiempo. Estaba encantada con su relato y parecía disfrutar con el sonido de su voz, pero por más que se esforzaba en que sus palabras resultaran atractivas, el comisario no halló en ellas interés alguno más que corroborar el testimonio de los otros.

Le parecía desagradable el desprecio con que la matriarca se refería al detalle de la gordura, como si el muerto no hubiera sido una persona con una vida, con emociones y sentimientos. El comisario sintió el impacto de tanto desdén, pero no fue eso lo que lo molestó porque, de un modo u otro, la gordura a todos despertaba algún grado de desprecio. Lo inquietante era ese odio reconcentrado que la mujer manifestaba hacia el compañero sentimental de su hijo.

MATRIARCA: Ese chico gordo no tuvo buenos padres, se lo aseguro. Nadie se preocupó por él cuando era niño y, ya ve, lo convirtieron en eso. Apenas lo vi, me di cuenta. Claro que no siempre los padres tienen la culpa. ¡Míreme a mí! A veces me pregunto por qué tuve tanta mala suerte. Crie a mis hijos con tanto esmero y para qué. Para que un día aparezca un malnacido como... como... ¡ni siquiera puedo decir su nombre! Otro enfermo. Y lo peor es que nos arruina los encuentros familiares. Porque yo no puedo decirle a mi hijo que no lo traiga, pero es tan incómodo, tan incómodo...

Jacinto Arnau se dispuso a continuar su relato y el comisario se alegró de que, por fin, podría seguir la única historia interesante en medio de tanto cacareo. Los interrogatorios le resultaban de lo más aburridos —en especial la diatriba de la matriarca contra homosexuales y obesos— y de buena gana hubiera cambiado su lugar con Marcos Fratini. Él sí que estaba escuchando una historia que valía la pena.

Jacinto Arnau aclaró la voz y se disculpó por la demora.

—Diga la verdad, si no estuviera aquí como prisionero, se hubiera ido, ¿no es cierto? ¿En serio? ¿No lo estoy aburriendo? Bien, se lo agradezco mucho. Me pregunto por qué le cuento esto. Usted dirá que soy un viejo loco y puede que lo sea, pero no es eso, mi amigo, al menos no es solo eso. Alguna vez estuve loco de dolor, sí... Me gusta verme como un chiflado de a ratos, un tipo que puede doblarse hasta casi tocar el suelo, un junco o una palmera en la tormenta, ¿entiende? Y luego, cuando todo pasa, volver, erguirme, aún muerto de dolor, pero derecho. Esa flexibilidad me protege. Creo.

»Tuve que retirarme un poco. Me lavé la cara y abrí la ventana del baño. Necesitaba ese aire fresco. Y aquí me tiene, aunque le aseguro que, de haber sido más joven, habría saltado por esa ventana. Pero ya no me responden los huesos y, además, necesito terminar mi historia. ¿Me cree usted si le digo que es la primera vez que la cuento? No, no me agradezca. Es más un acto de egoísmo. Quizá sea para aliviarme, no lo sé, usted y yo apenas nos conocemos.

»No busco perdón, ni siquiera que me entienda. Solo que me escuche. ¿Está dispuesto? Lo único que no me perdonaría es aburrirlo. Le pido que me detenga. De todos modos, si ha llegado hasta aquí, le conviene escuchar lo que sigue.

XXI. Florence Gould

París, 1941

—Algunas tardes, cerca del toque de queda, debí salir del hotel. Susana tenía bastante actividad social. Yo la acompañaba y regresaba a buscarla a la hora convenida. Sí, la vida social continuaba. Era esencial en una época como esa. Cada cual se organizaba como podía, según su clase y el dinero de que dispusiera. El dinero siempre es importante; mucho más en tiempos de guerra.

»Había una mujer, Florence Gould, una estadounidense riquísima... sus fiestas eran las más celebradas. No cualquiera iba allí, claro. Se requería invitación y, además, había que estar dispuesto a compartir un canapé o una copa de champagne con algún oficial nazi. Así como se lo cuento. Era una forma de supervivencia. Había que sobrevivir y cada uno lo hacía como podía. El que tenía dinero, pagaba y punto. En pleno racionamiento, mientras algunos hacían cola para conseguir pan, otros comían trufas compradas en el mercado negro. Con dinero, todo se encuentra. Hasta en tiempos de guerra.

»Las mujeres de sociedad se lucían como anfitrionas en estas fiestas que eran un reflejo pálido de los viejos salones del siglo XVIII. Había viudas ricas y hasta alguna con ascendencia judía que los nazis pasaban por alto. Marie-Laure de Noailles, por ejemplo. Le llamaban “la musa de los surrealistas”. No sé si era *la* musa. A los surrealistas les sobraban musas, pero lo cierto es que esta Marie-Laure tenía vínculos con Dalí y con Buñuel, así que puede ser. Era una aristócrata, una excéntrica. Su padre tenía ascendencia judía. Por algún motivo la dejaron pasar. Lo más impactante, sin embargo,

era su lejano parentesco con el mismísimo Sade. Sí, el marqués. Una tataratataranieta o algo parecido. ¿No le parece genial?

»Esa mujer fue, ante todo, una mecenas. Como Susana. El mecenazgo es la parte más noble de las clases altas, ¿no lo cree? Es cierto que algunos lo hacen por pura vanidad, para aumentar el prestigio de sus apellidos o darse lustre cuando lo único que tienen es dinero, pero hay gente que lo hace por amor, que no busca sobresalir. Susana era una mecenas discreta.

»Como le decía, Marie Laure era una de estas mujeres especiales, cultas, que hablaban varios idiomas y siempre querían estar *avant la lettre*. También era asistente asidua a estas fiestas la princesa Marie-Blanche de Polignac. Ahí tiene a otra. ¿Princesa? ¿O era condesa? Da igual. Esa niña rica era nada menos que la hija de Jeanne Lanvin. Heredó la famosa casa Lanvin. Y, por supuesto, estaba Florence Gould. ¿Ha oído hablar de ella? Ah, permítame abrir otra ventana. Vale la pena detenerse aquí.

»Florence Gould fue un personaje de película. Llegué a conocerla. No digo a tratarla, porque se movía en círculos a los que yo no accedía, pero la vi más de una vez al acompañar a Susana a una de esas reuniones. Acompañarla hasta la puerta, me refiero. Susana me habló de ella. No todo lo que sé, claro. Solo lo esencial. Del resto me fui enterando en pasillos, en las cocinas de otros apartamentos, charlando con choferes y amas de llaves, ese submundo al que nadie presta atención, pero que tiene oídos y boca, aunque sus patrones vivan como si así no fuera.

»Era estadounidense, de padres franceses. Nació en cuna de oro y se casó con un tal no sé cuánto Gould, el hijo de un magnate ferroviario riquísimo, una de las fortunas más grandes de los Estados Unidos. Ese Gould, al hijo me refiero, fue dueño de hoteles y casinos en la Riviera. Y un filántropo muy al uso de la época.

»Florence fue su segunda o su tercera esposa, no lo sé. Pero sí sé que se dedicaron a coleccionar arte impresionista. ¿Se imagina usted lo que significa

eso? De algún modo una provocación, porque en ese momento las vanguardias eran la moda. El impresionismo había abierto puertas y marcado una tendencia, pero ya no era el último grito. Sin embargo, ellos estaban enamorados de los impresionistas. Yo le encuentro bastante lógica, ¿usted no? El impresionismo es una maravilla. ¿Qué opina? Sí, exacto, sí, de acuerdo... también lo creo. Un canto a la luz, sí, ¿en qué estaba?

»Las malas lenguas dicen que el hombre tenía puesta su energía en hacer dinero y no estaba interesado en los placeres mundanos. Florence, sí. Era bellísima y vivía rodeada por adulones. Algunos querían su dinero. Otros, supongo, la querían a ella. Según dicen, la única exigencia del viejo Gould era que estuviera en casa a la hora del desayuno. Pero no sé, tome esto con pinzas, chusmerío de feria. ¿Quién puede dar fe de lo que pasa en la intimidad de una pareja?

»El caso es que cuando los alemanes entraron a París, en el 40, Florence y su esposo estaban en una de sus residencias de provincia y bien pudieron escapar hacia los Estados Unidos, como hicieron tantos. Algunos dicen que hasta los billetes de barco tenían. Pero no lo hicieron. Y por algún motivo aún más extraño, Florence regresó un año más tarde a París. Sola.

»Es posible que hubiera ido a controlar sus propiedades —conocí la de Boulevard Suchet, que era suntuosa—, aunque casi todo había sido requisado por los alemanes. Florence se quedó en París, en el Bristol, un hotel lujosísimo, por cierto. Todavía puedo verlo. He pasado por su puerta varias veces. Nunca he vuelto a entrar. Y mucho menos he pensado en alojarme allí. No podría pagarlo. Pero en cada regreso los recuerdos vienen a mi mente. Me veo atravesando aquellos jardines... las salas con su decoración tan exquisita.

»Florence frecuentaba los lugares más exclusivos de la ciudad, por supuesto. Maxim's era su preferido. A esos lugares las restricciones no llegaban, como ya le he contado. Pedían caviar, langosta y *champagne* con el mayor desparpajo, como si no supieran lo que estaba sucediendo afuera,

como si no supieran que aquello solo podía provenir del mercado negro, sin el menor cuestionamiento moral, nada.

»La verdad es que yo no puedo hablar porque también me beneficiaba de eso. No al mismo nivel, pero no crea usted que comía las sobras, eh. No, no, qué esperanza. Susana no lo hubiera permitido. Si me pedía que la acompañara, se aseguraba de que recibiera el mejor trato. No compartíamos mesa, claro. No me parecía mal en aquel entonces y tampoco ahora. Ella se reunía con sus amigos o, al menos, con quienes ella creía eran sus amigos. Yo no formaba parte de ese círculo. Solo la acompañaba por seguridad. Entonces, con mucha discreción, ella reservaba para mí una mesa aparte y cubría la cuenta.

»Otras veces, me pedía que me quedara a acompañar a doña Luisa que, de todos modos, no me necesitaba porque, como le conté, viajaba con su asistenta, pero era mi trabajo y obedecía. Doña Luisa ordenaba que le subieran a la habitación una ensalada o una sopa, y no le molestaba en absoluto que María y yo pidiéramos lo que se nos diera la gana. Comíamos como reyes. Al principio, cada bocado me traía el recuerdo de las penurias de mi infancia, pero luego aprendí a borrar esa sombra. No a olvidar, sino a quitarla de en medio cuando boicoteaba el disfrute del momento. La mente tiene esas cosas.

»Vuelvo a Florence. Hablar de ella es hablar de una fauna particular que pululaba por París en aquellos días de la guerra. No mucho se sabe y algunos la ven con recelo o con abierta sospecha. Florence alquiló un apartamento en la avenida Malakoff y lo decoró con un lujo absurdo para tratarse de tiempos de guerra. En medio de tapices antiguos, brocados y sedas, reavivó el placer de los antiguos salones. A sus tertulias literarias asistían los intelectuales más connotados de la época y cada uno podía llevar a dos invitados, siempre y cuando su presencia añadiera brillo a la reunión. No era raro que se juntara allí medio centenar de egos. Sí, digo egos, porque había que ver quién sacaba

a relucir más su plumaje, a pesar de que la época aconsejaba prudencia. La vanidad hace eso con las personas. Algunos se sentirían a salvo escudados tras su dinero o su apellido, pero se engañaban porque nadie estaba a salvo en aquellos días.

»Recuerdo que Susana comentó que “*madame* Florence atravesaba un trance”. No oí los detalles, pero después supe —el personal de servicio es una estupenda red de inteligencia— que el apellido de su marido, Gould, podía ser judío. Ella tenía un apellido francés que ahora no recuerdo. El hombre no levantaba la misma simpatía que Florence. Como le he dicho, no era propenso a la vida social. Y era riquísimo. Los nazis no soltaban un hueso así cuando lo tenían entre los dientes. Quedarse con la fortuna de Gould era un gran negocio.

»Sé que el viejo Gould debió presentar partidas de bautismo —lo que no habrá sido fácil de conseguir en aquella época— y probar que su padre había sido miembro de la Iglesia presbiteriana, en fin, esos detalles que, según he sabido, eran ciertos. Tengo para mí que a los muy brutos el apellido Gould les sonaba en sus oídos parecido a *Gold* y que la palabrita les despertaría una natural codicia. No sé bien en qué terminó el asunto. Creo que acabaron por confiscarle algunos hoteles, lo que no es de extrañar porque ellos siempre se quedaban con algo. Lo peor, a mi juicio, fueron las obras de arte. Las que robaron y las que destruyeron.

»A Florence no la tocaron. Le hacían sentir el riesgo, pero nunca se la llevaron. Algunos la han criticado y hasta acusado de colaborar. Yo no puedo aseverarlo ni negarlo. Sé que perdió parte de su fortuna y sé que a sus tertulias iban nazis y franceses antisemitas, pero no podría decirle más. Muchos años después de la guerra, leí en un diario marsellés que le habían concedido la Legión de Honor y me enteré de que había abierto una fundación con su nombre, una fundación que otorgaba becas y premios literarios. Murió no hace mucho y dicen que hasta el final conservó su

imbatible belleza. El salón de Florence Gould quizá fue el más importante de París por aquellos días, pero no fue allí donde conocí a Arlette. Fue en casa de *lady* Ludmilla Byron.

»Oiga, ¿no lo aburro? Ahora sí voy a pedir que nos traigan algo para tomar. Agua, un té, dígame qué quiere. Si esto continúa demorando, tendrán que servirnos el almuerzo.

XXII. Un escandalete de lo más vulgar

Villa Carlos Paz, 1992

A nadie importaba un rábano la muerte del muchacho y todos deseaban con silenciosa unanimidad dar por terminado aquello y seguir con la vida. Al fin y al cabo, se trataba del primer día de aquel año que se inauguraba tan perturbador como imprevisible. El interrogatorio habría continuado con la misma rutina pastosa, de no haber sido por un curioso incidente que vino a salpimentar —aún más— aquella curiosa mañana que ya viraba sin remedio hacia la tarde.

En la mesa familiar surgió un murmullo que pronto fue creciendo hasta llegar a un griterío desaforado. La hija de los patriarcas se había puesto de pie e increpaba con virulencia al hombre que acompañaba a su hermano. Ahora sí no quedaban dudas de que los dos hombres eran pareja y que la apertura de criterio en lo referente a la orientación sexual no era el fuerte de esa conservadora familia.

Incluso la persona más discreta se habría visto obligada a ser testigo del revuelo ajeno, un escandalete de lo más vulgar que explotó en el seno de aquella tribu en apariencia feliz y trajo a la mente de Jacinto Arnau el inolvidable comienzo de *Ana Karenina*. En la mesa de las señoras maduras, los oídos se afilaron y se instaló un repentino silencio, algo tan obvio que a Marcos Fratini —cuyo aburrimiento le había hecho fijar la atención en cualquier parte del salón mientras simulaba escuchar el relato del viejo— le pareció una intolerable grosería.

La joven de lentes y pelo revuelto era la próxima en declarar. Y en esa

espera estaba cuando estallaron los gritos. El comisario había demorado el interrogatorio para darle tiempo a que se repusiera. Le había dicho que la llamaría en un par de minutos, que fuera al baño, si quería. ¡¿Baño?! ¡Ni loca que estuviera! La última vez que lo había intentado se había topado con un muerto. Solo recordarlo le producía mareos.

Aún no se había repuesto del impacto que su hallazgo le había causado y se maldecía por haber aceptado pasar el final del año en aquella hostería de niños y viejos. Pero no había tenido opción. Quedarse sola en el centro de la ciudad no le habría traído más que tristeza. Había salido hecha una furia rumbo a la nada y, de pronto, se había encontrado al atardecer de un 31 de diciembre, en plena carretera. No sabía cómo había llegado allí, ni por dónde volverse. Cuando el camión de Gonzalo Gadés se detuvo y le preguntó adónde iba, le dijo que sí, y ante la cara de incompreensión del muchacho reforzó sus palabras, que sí, que iba en la misma dirección, fuera cual fuera. No tuvo que esperar que Gonzalo la invitara a subir para saltar los escalones y encontrarse en el asiento del acompañante ajustándose el cinturón, como cualquiera de esas muchachas que salen a la carretera a ganarse unos pesos.

Gonzalo tampoco supo por qué se había detenido. No solía hacerlo. La experiencia de robos, secuestros y muertes de algunos de sus compañeros había sido para él suficiente advertencia. Pero esa tarde detuvo su mole y abrió la puerta. Quizá por verla tan desgredada y sola, por sentirse afín a aquella indefensión de la muchacha que rezumaba tristeza. O quizá porque todo le daba igual. Le dijo que pasarían la noche en cualquier hostería. Ella sugirió que en cualquiera no, que había una en particular, una que ella conocía. Y le dio las señas. Al subir, notó que, además del muchacho, había en la cabina un hombre viejo. Arnau la saludó y la muchacha apenas le devolvió la gentileza con una sonrisa en silencio. Así recorrieron el resto del camino, sin decir palabra, preguntándose ellos quién sería aquella desgraciada; preguntándose ella hasta cuándo tendría que cargar con su

hermana muerta.

Había tenido una pelea con sus padres. Una pelea fuerte surgida de la nada, como esos incendios devastadores que se inician con una chispa. ¿Y todo por qué? Porque ellos no aceptaban que una se-ño-ri-ta de su edad se fuera a bailar después del brindis de las doce. Así se lo decían y silabeaban la palabra *señorita* como si ella fuera una tonta que necesitara tiempo para entender el significado de un concepto complejo. ¡¿Dónde se había visto algo así?! Las fiestas eran para estar en familia y no callejeando como cualquier loca. ¿Qué iban a pensar los vecinos de ella?

¡Una señorita de su edad! ¡Pero si tenía veintitrés años! Y ya iba por el segundo novio. ¿En qué nube vivían sus padres? ¿Creerían que todavía era virgen? Sí, es posible que lo creyeran. O que eligieran creerlo. En su casa no se hablaba de sexo ni se decían malas palabras. Todo funcionaba con pulcritud y a tiempo. No siempre había sido así. La obsesión había comenzado después de que su hermana —la mayor, como la recordaban sus padres que aún no podían pronunciar su nombre— había muerto en un accidente. Un accidente tonto, una mala maniobra que dejó al conductor apenas mareado y a la joven desnucada en su asiento. Un accidente que parecía no terminar nunca, que se prolongaba hasta el presente y llenaba la casa con una presencia lúgubre. Como si tanto dolor hiciera nacer en todos la culpa de seguir viviendo. Dos años hacía y los padres no acababan de aceptar que su hija, la mayor, no volvería. El exceso de control parecía aliviarlos quizá con la ilusión de que así controlaban también el caos absoluto de la muerte.

Estaba segura de que a esa hora estarían buscándola, llenos de angustia, desesperados. Le gustaba haberles arruinado el fin de año tanto como, en el fondo, le gustaba ser la protagonista del hallazgo de un cuerpo. Pero estaba inquieta y deseaba regresar pronto a la seguridad de su familia. Para aventura ya había sido suficiente. Ahora solo quería volver con la historia que le había

sucedido y que durante años repetiría. Por fin tendría algo de protagonismo en aquella casa que parecía girar solo en torno al recuerdo de su hermana. El griterío la sorprendió.

Inclinada sobre la mesa, con el cuello tan estirado que casi llegaba al lado opuesto donde el compañero de su hermano aguantaba la andanada de insultos con impasibilidad de estatua, la hija de los patriarcas apretaba los dientes y repetía con odio “¡Maricón, puto de mierda!”. Era una mujer bella y, de no haber sido por la patética circunstancia, se hubiera dicho que era una mujer fina, una treintañera de rasgos nobles, mediana estatura y cintura todavía estrecha.

El comisario levantó la vista de los formularios que estaba completando y notó que la matriarca daba señales de que iba a descomponerse. Pero no. La blancura del rostro dio paso a un tono verdoso, como si se le hubiera hinchado alguna vena secreta y se le hubiera inundado el rostro con aquel súbito destello aceitunado que la hacía lucir bastante fiera. Caminó hacia su hijo y le plantó una bofetada que sonó en el salón como el chasquido simultáneo de mil castañuelas. La hija dejó de insultar. El patriarca quedó congelado en su asiento. El compañero del hijo tampoco se movió. El hijo se echó a llorar. Y todos en el salón desearon no estar allí, no haber visto aquello.

Con la misma serenidad, la matriarca le dijo al comisario que ella y su esposo —así en ese orden lo dijo— irían a recostarse y que estarían a disposición si se requería su presencia. No pidió autorización y el comisario, hastiado del trajín de esa mañana que no prometía más que un muerto sin respuestas, le hizo un ademán de aprobación. Sugirió a los que ya habían sido interrogados que también salieran.

El salón se cargó con un aire pesado. Solo quedaban la muchacha de los lentes, Jacinto Arnau, Marcos Fratini, el hijo de los patriarcas y su compañero. El comisario ya empezaba a aburrirse sin remedio.

XXIII. Ludmilla Byron

París, 1941

—El salón de Florence Gould era el más popular, pero el de Ludmilla Byron no le iba en zaga. *Lady* Ludmilla era una aristócrata inglesa que sabía gastar su dinero. París era la meca del arte y del placer, una promesa de fiesta perpetua. No era tan fácil estar allí si uno no tenía dinero. Ninguna gran ciudad es un buen lugar si uno no tiene dinero.

»Es cruel estar condenado a ver el festín siempre de lejos, sabiendo que uno ni siquiera puede aspirar a gozar lo que gozan otros, preguntándose si tiene derecho a soñar y convenciéndose de que no tiene ese derecho. Entonces, el pobre se construye su mundo de aceptaciones y no aspira más que a placeres pequeños. No, señor. Las grandes ciudades no son para los pobres. Y fíjese usted en la paradoja. Es allí adonde todos los pobres quieren llegar algún día.

»Le contaba de Ludmilla Byron, ¡qué personaje! Decía ser sobrina de lord Byron, pero a mí nunca me han dado los cálculos. Byron había muerto más de un siglo antes, a los treinta y seis, ¿recuerda? Como su poema. Él lo había anunciado en un poema. Disculpe mis digresiones, cosas de profesor viejo. El salón de Ludmilla era una maravilla. Un apartamento lujoso en la *rue Dauphine* cerca del Pont Neuf. Cierro los ojos y lo veo. Al anoecer, cuando se encendían las primeras luces, la ciudad parecía salida de un cuento. Un cuento de hadas, al principio; y uno de terror, después del cuarenta.

»Susana iba con frecuencia a las tertulias de Ludmilla. Antes de la ocupación, si la temperatura lo permitía, hacía el camino a pie. Después ya no

fue seguro y, además, no quería ofender a las personas que cruzábamos por el camino. Ella iba vestida como salida de una revista de modas. Y la realidad de las calles era tremenda. Algunos cargaban atados de ropa, otros tiraban de carros. O se amontonaban en los dispensarios de alimentos, tarjeta de racionamiento en mano, prontos para recibir cualquier cosa, lo que hubiera, así fuera pan, o carne, un poco de arroz o alguna legumbre. Llegamos a ver niños solos, seguidos por un par de vacas, deambulando con la mirada perdida. Entonces decidimos que ir en auto era más conveniente.

»Las guerras tienen consecuencias inesperadas. Terminar con el placer de aquellas caminatas fue una de esas consecuencias que ningún libro de historia jamás consignará porque forma parte de las cosas pequeñas. Más tarde, cuando empezó a escasear el combustible, el auto también fue un problema. Susana se movía en bicicleta, pero no para ir a un lugar tan distinguido como la casa de Ludmilla Byron, así que más de una vez debió excusarse.

»¿Sabe que las bicicletas se volvieron tan populares que unos meses después de la ocupación hubo un desfile de modas de diseñadores famosísimos que presentaron ropa adecuada para pedalear? ¿Puede usted creer lo que le digo? ¡Un desfile de modas con la ciudad ocupada! Así era París, mi amigo. No perdía su estilo ni en plena guerra.

»Pero vuelvo a las veces en las que hicimos el recorrido caminando. Susana era alta y no usaba tacones. Un día sufrió un pequeño percance. Se le rompió la pulserita del zapato y yo la ayudé arrancándole la otra. Se sentó en el cordón de la vereda, bajo un farol, muerta de la risa. “¿Usted cree que Ludmilla se dará cuenta?”, me decía y no paraba de reír. Yo la miraba y no podía creerlo. ¡Susana con su ropa de firma, en el cordón de la vereda, riendo!

»Tenía tobillos finos y le gustaba el calzado con pulserita. A mí me resultaba de lo más sensual ver aquellos tobillos, pero jamás dejé que lo notara. La miraba con discreción extrema. Era tan tímida que le habría dado

vergüenza. Y quizá hasta me hubiera despedido. Con una indemnización descomunal, por supuesto. Pero me hubiera despedido solo por no saber cómo manejar una situación así de embarazosa.

»Antes de la ocupación, las tertulias se hacían en la nohecita, o a la nohecita, como dicen ustedes. El toque de queda lo complicó todo. Y estaba el riesgo de los bombardeos, que aumentaba por las noches. Así que Ludmilla comenzó a ofrecer almuerzos que se prolongaban hasta la tarde. Cada miércoles... ¿o jueves? No, los jueves era la tertulia en lo de Florence Gould que también debió adelantar el horario. Aunque ella no tenía problemas. Circulaba en su auto por las calles de París mucho después del toque de queda. Tenía amigos poderosos. En realidad, el horario era una consideración hacia sus invitados. Y una manera de asegurarse de que hubiera quórum para su fiesta.

»Las clases altas accedían a ciertos privilegios, pero también tenían miedo. Sobre todo, cuando notaban que alguno de ellos desaparecía o se levantaba el rumor de que tal o cual escondía su sangre judía y entonces sucedían cosas horrendas. Algunos dejaban de ver a esos supuestos judíos, fingían no conocerlos. Sé que llegaban a extremos de no saludarlos si se los cruzaban por ahí. Y lo peor: las delaciones. Más de uno acusó, solo por si acaso, a otro con el que hasta el día anterior había compartido almuerzos e idas al teatro. El mismo con el que ayer departían entre sonrisas, hoy era el enemigo. Para salvarse lo entregaban. Muchos fueron deportados y no se supo más de ellos. París fue una ciudad ganada por el miedo.

»Claro que también estaban los que entregaban a otros por dinero. Y los que creían hacer un bien. ¡Dios nos libre y nos guarde de esos! La tentación del bien siempre ha dado engendros horrendos. Los nazis eran hábiles en su retórica y se encargaron de torcer la realidad. A los resistentes, o a aquellos que podían suponer una amenaza al régimen se los llamaba *terroristas*. Así como lo oye. En una guerra todo se pone patas arriba. Llega un momento en

que no es fácil discriminar qué es malo y qué es bueno. Los nazis implantaban el terror, pero llamaban *terroristas* a sus adversarios. Ofrecían recompensas por delatar o detener a uno de esos terroristas. Bastante dinero. Con eso se compraba comida en el mercado negro. ¡Claro, a ellos, que eran grandes ladrones, les sobraba el dinero! Podían comprar adhesiones, simpatizantes, lo que quisieran. Las delaciones... eran algo terrible... cada vez que pienso...

»Era una caminata placentera. Susana y yo bajábamos por la *rue*, ¡ay, Dios mío!, no recuerdo el nombre de... bueno, llegábamos hasta el Sena, y lo cruzábamos por el Pont de l'Alma... Treinta y seis años, muy joven para morir. Byron, digo. Disculpe. No sé por qué volví a eso. Cruzábamos el puente y tomábamos la Quai d'Orsay. Pasábamos por la puerta del museo, que por entonces no era museo. En ese lugar tuve mis primeros encuentros con Arlette. ¿Arlette? Es el centro de esta historia, la mujer que amé y la razón por la que estoy aquí. Pero no me apure, por favor. Los recuerdos empiezan a confundirse a medida que me acerco a ella.

»Mire usted, nos traen el té. Sí, gracias. Déjelo, nomás. Nosotros nos arreglamos, no se preocupe. Gracias. Eh, mozo, ¿cómo sigue aquello? Ah, bien, entiendo. ¿Y usted cree que nos servirán el almuerzo? No, no lo digo por hambre, no. Es que... Bien, gracias, gracias, sí. ¿Le sirvo? Esperemos un poco. Esto está hirviendo.

»¿En qué estaba? Sí, Orsay. Había que caminar todavía un poco más y llegábamos al Pont Neuf y allí mismo, doblábamos a la derecha por la *rue Dauphine*. Un portero con levita esperaba en la puerta. Susana me despedía y me decía a qué hora debía pasar a buscarla. Yo volvía caminando y a la hora establecida regresaba. Así semana tras semana.

»No sé si Susana disfrutaba esos encuentros. No creo que se sintiera del todo incómoda. Tenía su lado mundano. Le gustaba arreglarse para salir, frecuentar gente interesante, presumir después con su madre de haber fumado

un habano mientras calentaba en su mano una copa de coñac. Oí una vez cuando le contaba eso a doña Luisa y las dos reían. Era tímida, pero sabía moverse en ese ambiente. Creo que necesitaba estar en esos salones para sentirse parte de algo. Ella vivía entre dos mundos. París y Montevideo. No solo en cuerpo, también su alma estaba partida en dos. Necesitaba echar raíces. Y, por encima de todo, necesitaba que la aceptaran, que alguien notara su valía.

»En aquella ocasión del zapatito, tuve que acompañarla hasta arriba porque había que subir un piso por escalera. Le di mi brazo, llegamos a la puerta del apartamento donde *lady* Ludmilla recibía. Estuve allí un par de minutos, el tiempo suficiente para que diera la bienvenida a unos invitados y luego se dedicara a Susana. Me quedé a distancia, observando la maravilla que se abría ante mí. Había estado en lugares lujosos. Pero nunca, se lo juro por mi madre, nunca antes había visto tal refinamiento.

»Arañas de cristal, tantas que encandilaban, aunque era de día. Miles y miles de caireles lanzando destellos de arco iris, daguitas de luz que iban a clavarse en los cortinados de terciopelo, en la madera pulida de los pisos, en las lacas negrísimas de las mesas, en el brocado de los sillones, en el encaje de los manteles, en las sedas y pieles de las mujeres, en la alpaca de los trajes que vestían los caballeros.

»Un perfume indefinido flotaba en el aire, la suma de todos aquellos perfumes sofisticados, de los tabacos, de las flores que formaban ramos exquisitos en jarrones de Sèvres. Personal de servicio vestido de imaculada etiqueta, llevando aquí y allá bandejas de plata con copas de cristal tallado, o bocaditos que solo pude imaginar y que me hicieron agua la boca. Me pregunté si aquella gente tan empaquetada se dignaría a tomar uno, a quitarse los guantes las damas, a impregnarse de olor las manos.

»Al fondo, una orquesta hacía vibrar sus instrumentos. Gemían los violines por encima del bullicio civilizado que llegaba a mis oídos como el zumbido

de miles de abejas. A un costado, había un soberbio piano de cola, pero nadie lo tocaba. Supongo que más tarde aparecería algún prodigio de la época y los obsequiaría con un pequeño concierto.

»Aquello era una antesala del Paraíso. Un lujo suave, refinado, la delicadeza extrema. Mis ojos no daban abasto. Todos mis sentidos estaban alertas. Me sentía mareado, a punto de desfallecer o de correr hacia el interior del recinto y ponerme a bailar como un poseso. Hacia donde mirara veía belleza, todo refulgía. Todo. Pero lo más espectacular, lo fabuloso, la magia estaba en las paredes.

»Como le explicaba, solo llegué hasta la puerta. Nadie reparaba en mí, así que pude quedarme detrás de Susana, que aguardaba su turno para recibir la bienvenida de Ludmilla. Y mientras esperaba, observé. El salón era amplio, profundo. Desde mi lugar solo podía ver una de las paredes laterales y la del fondo.

»Déjeme probar mi té... ¡ahhhh! La temperatura justa. Delicioso. ¿Usted no toma? Adoro el té. Antes era fanático del café, pero dejé de tomarlo. Soy extremista para todo. ¿Apasionado, dice? Sí, quizá también haya algo de eso. Me he dejado llevar por la pasión, sí. Y he pagado un alto precio. La palabra *pasión* tiene que ver con *padecer*, ¿sabía? Arder en el propio fuego.

»Déjeme recordar con exactitud lo que vi porque fue uno de los momentos más bellos de mi vida. Algunos se emocionan ante la naturaleza —dicen que el Cañón del Colorado, por ejemplo, es un lugar para ver y morir después—; otros con la música, otros... bueno, no me pida que entienda lo del deporte. Jamás lo entenderé. Que a uno le guste, vaya y pase, pero el fanatismo... De cualquier modo, acepto que cada uno se emocione con lo que pueda. A mí me emociona la literatura, por supuesto, y la pintura. Hasta las lágrimas. Me ha pasado algunas veces.

»En la pared lateral vi una veintena de cuadros. No puedo detallarlos todos, pero sé que había una jovencita de Renoir, una niña pelirroja que se

cepillaba el pelo o se aseaba. Y también dos o tres Van Goghs, paisajes. Es posible que hubiera un Berthe Morisot, aunque no estoy seguro; solo lo digo porque el motivo era tan de ella, un bebito y una mujer...

»Había más pinturas, casi todas de porte mediano. Y una más grande, que era —apuesto mi ropa— un Caillebotte. Y, por supuesto, cómo olvidarlo... Un pequeño Seurat justo a la entrada, el primero. No puedo darle más detalles. Han pasado demasiados años. Aun así me veo ante aquella puerta, fascinado, como esos pajaritos que los magos colocan en su mano abierta.

»Quiero pensar que Susana lo notó y se demoró en su saludo. Así me dio más tiempo para que mi mirada llegara al fondo del salón. Porque en la pared del fondo, señor, en la pared del fondo, flanqueada por dos jarrones de altura humana, había una sola pintura. Una pintura de dimensiones generosas, cuadrada, con un marco finito que a la distancia casi no se veía. Y ni falta hacía verlo. Hubiera deseado que las formas y los colores escaparan de aquella tela y se esparcieran por la sala, que lo inundaran todo, que llegaran a mí, treparan por mis piernas y fueran tiñéndome, transformándome en otro lienzo. Que aquel mosaico de pequeños recuadros y flores se desbordara, una pintura convertida en mar, en fin, no sé qué estoy diciendo.

»Era un Klimt, amigo mío. La más hermosa pintura que jamás haya visto y la más hermosa que jamás veré. Un Klimt magnífico que lanzaba sus destellos dorados y se erguía desde la profundidad de aquella sala como un emperador en su trono. Formas enlazadas, mujeres, sin duda. No sé cuántas, ni qué hacían, el cuerpo de una se perdía bajo el vientre de la otra, se mezclaban, plásticas, flexibles, lúbricas...

»Sentí una excitación inexplicable. Algo que iba más allá de la sensualidad de la pintura, algo físico y espiritual, a la vez, una comunión extraña, como si mi alma entrara en mí y encajara a la perfección en mi cuerpo. Una pequeña muerte, algo que pudo ser un orgasmo suave, o su comienzo. Y entonces, mientras observaba extasiado y sentía aquella explosión de belleza, entre el

cuadro y yo se interpuso Arlette.

XXIV. Detestaba a las mujeres bellas

Villa Carlos Paz, 1992

La muchacha de los lentes torció un poco la cabeza, se acomodó el pelo y dijo unas palabras. Una tartamuda, pensó el comisario, lo que me faltaba, mujer y tartamuda. Pero de inmediato notó la fealdad de la muchacha y eso lo tranquilizó. Detestaba a las mujeres bellas. Por ellas los hombres mataban, robaban, echaban a perder el alma. Solo para complacerlas. Todo lo que los hombres querían era ser el centro de su universo. Por eso iban tras el poder y la riqueza.

Lo que ellas buscaban eran machos que pudieran proveerlas y proveer a sus crías. Eso era lo único que movía a las hembras, se decía con la autoridad de un antropólogo que hubiera estado desarrollando por años su teoría. Ellas solo buscaban machos que les dieran seguridad y con los que pudieran procrear crías sanas, felices. Por eso elegían a los más fuertes, los más lindos, los más ricos. Los mejores. ¿Darwin no había dicho algo por el estilo?

Las lecturas del comisario no alcanzaban a tanto, pero tenía sus propias ideas. Y la primera era inequívoca: en el origen de todo mal había una mujer. Eso nadie se lo quitaba de la cabeza. Si alguno intentaba rebatir su idea extrema, él le daba sobrados argumentos y le narraba casos concretos.

La fealdad de la muchacha lo hizo sentir mejor. Bajó la guardia y tuvo deseos de tomar algo. Se sorprendió haciendo una seña al conserje para que le trajera agua. Así lo indicó con un movimiento de los labios. El conserje levantó el pulgar en señal de asentimiento.

El comisario pensó en el muerto. Sin duda, envenenado. Unos minutos

antes de ir al baño, el muchacho se había mostrado sudoroso. Una de las señoras, la de pelo negro, se lo había dicho. No sería extraño que hubiera tenido ganas de vomitar. Estaba, además, el color amoratado de los labios, la piel fría y húmeda. No cabía ninguna duda. Era veneno. Ya lo diría el forense. Él apostaba por el cianuro. Y se tenía fe para este tipo de apuestas. Si estaba en lo cierto, el sufrimiento habría sido intenso.

En esas cavilaciones estaba cuando la voz de la muchacha lo sobresaltó. Reparó en ella como si lo hiciera por vez primera y se disculpó por haberla hecho esperar, aunque no habían pasado más de unos segundos. De nuevo la notó fea y pensó que podía confiar en ella. La muchacha era una pieza clave porque había encontrado el cuerpo, pero la experiencia le indicaba que esa era una definición de manual y que su testimonio tenía tanta importancia como el de los demás.

Así pues que el comisario decidió no torturarla con un interrogatorio extenso. La muchacha necesitaba descansar. Pobre feúcha, se la veía perdida, con ganas de estar lejos. Eso también le gustó al comisario. De sobra conocía a personas que se mostraban encantadas de verse involucradas en un crimen, mejor cuanto más truculento. Les gustaba ser el centro, sentirse parte de una historia que era lo más cerca que en toda su vida estarían de una película hollywoodense. La muchacha se había mostrado algo excitada al principio, pero ahora no daba esa impresión. Parecía sencilla y honesta, una pobre mujer que había tenido la mala suerte de toparse con un muerto.

El comisario le hizo algunas preguntas y se detuvo unos minutos en pedirle detalles del relato de cómo Gonzalo Gadés la había levantado en la carretera. Según declaró la muchacha, había sido correcto en todo momento e incluso llegó a desviarse de su trayecto para dirigirse a la hostería que ella le había indicado. El comisario sintió que aquí había un punto de interés, uno de esos hilos sueltos que pueden ser el origen de una madeja. Gonzalo Gadés había terminado en la hostería por obra de la casualidad pura, solo porque era el

deseo de una desconocida a la que había levantado en la carretera.

¿Y por qué la muchacha había decidido ir a parar a esa hostería, sola en una noche de fin de año? La respuesta era evidente: ella ya había estado allí. Conocía el servicio y podía garantizar una buena relación entre calidad y precio. Ni Gonzalo Gadés ni Jacinto Arnau tenían mejor alternativa, así que le hicieron caso y hasta allí fueron.

El comisario quiso saber más. ¿Cuándo había estado allí? ¿Con quién? Pero se contuvo. Le hizo algunas preguntas acerca de la fiesta de la noche anterior y la muchacha le repitió el relato de su baile y de su mareo. No recordaba que Gonzalo Gadés la hubiera llevado en brazos hasta su habitación. “Había ttttomado mucho”, admitió con vergüenza. “Mmmm-me sentía horrible... Nnnno me acuerdo de cccasi nnnna-na-nnada. Hoy amanecí en mmmi cama, vestida y, bbbbu-bueno, no iba a queddd-ddarme ahí toda la mañana. Uuu-uu-una de las señoras me contttt-tó lo que el chico había hecho. Ibbb-bba a agradecerle, ppppero no llegué a...”.

La muchacha parecía a punto de desintegrarse. Solo el cabello guardaba algo de energía vital y era como si aquel detalle la preservara de la pulverización completa. Los ojos se le cerraban y ella los mantenía abiertos con un esfuerzo tal que le forzaba un rictus de dolor instalado en los labios. El comisario se apiadó de ella. Era todo por el momento. La despidió con inusitada cortesía y le dijo que fuera a descansar a su habitación. Que estuviera a la orden por si era necesario interrogarla de nuevo.

El oficial flaquito apareció de improviso y saludó con una ligera venia. Traía una carpeta. Acababan de enviarla desde la capital. El comisario reprimió un gesto reprobatorio cuando vio las manchas de grasa que el flaquito había dejado con sus dedos. Datos de Gonzalo Gadés, su último domicilio, las señas de su trabajo y una breve biografía de su madre. El comisario se dispuso a agregar unos detalles a sus notas cuando desde lejos oyó la voz de la muchacha de los lentes y el pelo revuelto:

—Una cccosita más, comisario. Estabbba mmmuy triste.

XXV. *Couvre-feu*

París, 1941

—Arlette era pequeña, hermosa por donde se la mirara. Aún no había cumplido los veinte. La primera vez que la vi pensé en un ángel. Tiempo después comprendí que detrás de aquella apariencia etérea había una explosión de sensualidad de la más pura, que es la sensualidad suave, la que se insinúa sin imponerse y se le va metiendo poco a poco a uno en el cuerpo. Y comprendí también que un ángel podía provocarme tanto deseo como las ondinias sinuosas de Klimt.

»Aquella primera vez, Arlette avanzó entre la gente sin verme, concentrada como estaba en no dejar caer la bandeja que con dificultad equilibraba sobre la palma de una mano. Estoy seguro de que no me veía —sus ojos abiertísimos me recordaban a una liebre encandilada—, y aun así me miraba con una fijeza extraña, como si me hubiera elegido para ser ese punto en el espacio que le permitía guiarse en línea recta sin tropiezos.

»Fue una visión breve. Arlette quedó suspendida en una burbuja de luz y el resto desapareció. Susana tuvo que darme unos golpecitos en el brazo. Demoro más en contarle esto que el tiempo real que tomó. Camino al hotel solo podía pensar en la figura de Arlette deslizándose como un cisne en un lago de espumas iridiscentes. Aún permanecía en mí el impacto de la belleza de aquel salón y de aquellas personas, pero solo como un entorno difuso, una ambientación de leyenda. Me preguntaba si mis ojos me habrían engañado, si aquella visión solo habría sido la invención febril de mi deseo.

»En ese limbo de ensoñación permanecí hasta que se hizo la hora de ir a

buscar a Susana. Me asaltó una alegría súbita porque quizá vería a Arlette de vuelta. Pero no. Susana ya estaba abajo, conversando con alguien. Un francés delgado, de ojos tristes. Alguien vinculado al cine, por lo que pude escuchar, y podría jurarle que era Jean Cocteau. Yo no lo conocía entonces, pero años después, ya terminada la guerra, vi fotos suyas en un diario y recordé aquella mirada de tristeza.

»Esa tarde yo había llevado el auto y Susana me preguntó si tenía inconveniente en que nos desviáramos un poco para alcanzarlo a su apartamento. Era su manera elegante de darme órdenes sin que lo parecieran. Me decía: “Jacinto, ¿podríamos hacer esto o aquello?” “¿Usted cree que será posible tal y tal cosa?” Ella preguntaba —como si yo tuviera alguna potestad para decirle que no— y yo, por supuesto, siempre asentía con una sonrisa. Era un juego. Y otra muestra de su extrema delicadeza.

»Como imaginaré, no hice otra cosa que esperar con fervor el miércoles siguiente. Llegado el día estaba ansioso; quería que Susana acabara pronto de arreglarse. Ahora me causa gracia mi desasosiego porque nada me aseguraba que pudiera ver a Arlette. Y, en caso de verla, ¿qué haría? ¿Le declarararía mi amor? Porque ya estaba enamorado. Usted creerá que exagero, pero le aseguro que no. Arlette me enamoró primero con su apariencia. Luego fue su alma, su almita inmortal, como le gustaba decir a ella entre risas cuando la abrazaba y ella me empujaba un poco, coqueteando y preguntándome si amaba su almita inmortal o si solo me interesaba su cuerpo.

»Ese miércoles Susana demoró en pedir el desayuno. Intuí el desastre. Y el desastre sobrevino. A media mañana María vino a avisarme que la señorita estaba indispuesta. Creí que el cielo se desplomaba sobre mi cabeza. Pero fue un instante, apenas, porque María traía un sobre con una carta de excusas que yo debía llevar a *lady* Ludmilla.

»Supongo que se habrá sorprendido de mi cambio de humor. Pasé de la desolación a la euforia. Le arranqué el sobre de las manos y salí corriendo. En

el camino, me vino un súbito ataque de risa, mezcla de la felicidad que me producía un eventual encuentro con Arlette y del recuerdo de la cara atónita con que dejé a María en medio de la habitación.

»Bien, no lo aburro con más preámbulos. Aquel día hubo una sucesión de hechos vertiginosos, encadenados en pocas horas como si alguna deidad fuera alineando nuestros pasos para llevarlos en la dirección correcta o como si nosotros ya intuyéramos que el tiempo apremiaba, que no podíamos permitirnos el lujo de desperdiciar ni un momento.

»Llegué a lo de *lady* Ludmilla. Aún faltaban horas para la reunión, así que no había portero. Tampoco timbre. La puerta de cristal y rejas estaba trancada. Parece una tontería, pero en sitios tan encopetados no todas las opciones son posibles. Descarté, por tanto, gritar el nombre de la dueña de casa o incluso batir palmas para que alguien viniera a abrirme. Me incliné para deslizar el sobre bajo la puerta, pero un reflejo me detuvo. Por un instante había antepuesto el deber a la razón más importante por la que me encontraba allí. Si me desprendía de ese sobre, debía marcharme y renunciar a Arlette, al menos hasta la semana siguiente. Fui hasta la puerta lateral y golpeé. Nada. Otra vez. No obtuve respuesta. Entonces hice un movimiento desesperado. Me apoyé sobre el picaporte y, *voilà*, la puerta se abrió. Allí estaba yo, ante un pequeño corredor que daba a un *hall* tras el cual podía ver la cocina de la casa y gente que se afanaba en sus tareas. Avancé.

»La cocina era una estancia amplia, blanquísima. Estantes a la altura de los ojos y en los estantes, ollas, sartenes, cucharones de cobre. Sobre las mesadas había toda clase de verduras y unas mujeres pelaban, cortaban, estiraban una masa hasta límites imposibles. El fino polvillo de la harina quedaba suspendido en el aire y hacía juegos geométricos con los rayos de sol que entraban desde un ventanuco a la altura del techo. Las mujeres levantaron la vista, pero ninguna pareció extrañada de ver a un hombre en aquel reino que era la cocina. Estarían muy seguras de sí. Eran unas mujeronas

impresionantes, con unos brazos de marinero capaces de voltear a un buey de un golpe.

»No sé por qué intenté tranquilizarlas. El nervioso era yo. El caso es que me apuré a hablar, susurré mi nombre —un dato de pura cortesía, aunque sin la menor relevancia— y dije que traía un sobre de parte de Susana para *lady* Ludmilla. Algunas continuaron con lo suyo como si nada. Una de ellas me mostró las manos enharinadas y me hizo señas con la cabeza para que dejara el sobre en un aparador. Iba a decirle que no, que necesitaba entregarlo a alguien, que quizá hubiera algún chofer, el ama de llaves o... y estaba a punto de iniciar mi perorata cuando Arlette apareció en escena.

»Traía una bandeja pequeña y entró hablando con mucha gracia, como quien acaba de vivir algo divertido y viene a compartirlo con sus compañeras. Se detuvo cuando me vio. Yo estaba petrificado. Había pasado la última semana soñando con ese encuentro y ahora que la tenía frente a mí, me comportaba como un idiota al que han cortado la lengua.

»Ella, sin embargo, se veía serena. De cerca era aún más bella. Cuando extendió la mano para tomar el sobre apenas rocé un milímetro de su piel y creí que había muerto. Mi torpeza no podía ser más grande. Días después ella me contó que las mujeres le dijeron que yo ya estaba perdido, que jamás habían visto tanto amor en una mirada y que se notaba a la legua que no tenía la menor experiencia, por lo que más le valía a ella dar el primer paso. Si yo le había gustado —y le gusté, mi amigo— no debía esperar mi iniciativa.

»Eso fue unas horas después de que me hubiera marchado. Es posible que durante la cena. El toque de queda —*couvre-feu*, así se le llama, acabo de recordarlo—, el toque de queda, hacía que la ciudad bajara su ritmo al caer la noche y las casas —en esto no se diferenciaban las pobres de las ricas— se cerraban como flores de hibisco prontas a vivir la noche con el corazón en la mano. No se organizaban cenas y era poco probable, casi imposible que llegara algún invitado. La familia se recogía en una intimidad expectante

donde también reinaba el miedo. Era uno de los pocos momentos en los que el servicio se distendía y podía compartir sus cosas como si la guerra les concediera un espacio de igualdad en el que sus sueños y sus temores no distaban tanto de los de sus patrones.

»Había poco para perder en esos días. Los más pobres tenían una fuerte conciencia de eso, quizá porque siempre viven —vivimos, bah— en la incertidumbre y en ese estado de zozobra permanente. Así, azuzada por el consejo de sus compañeras, a la mañana siguiente Arlette se presentó en el hotel y pidió por mí.

»Imaginaré mi sorpresa cuando la vi parada en una de las plantas laterales del vestíbulo. Traía la respuesta de *lady* Ludmilla. ¿Por qué, se preguntará usted, las dos mujeres se comunicaban de ese modo un poco chapado a la antigua? Pura clase. Hay algo de excentricidad en enviar a un sirviente con una carta o un recado. También es posible que evitaran el teléfono por miedo a que alguien escuchara su conversación, aunque no tenían para esconder ningún misterio. Nunca supimos lo que decía la respuesta de *lady* Ludmilla y poco nos importaba. Esa misma tarde, Arlette y yo dimos un paseo por el Bois de Boulogne. Ella me invitó, por supuesto.

XXVI. Nadie se cuida de los detalles pequeños

Villa Carlos Paz, 1992

El comisario sintió una levísima perturbación ante la presencia de la muchacha del pelo alborotado y una tristeza inexplicable, más tarde, ante su ausencia. Repasó la lista de los que aún faltaba interrogar y llamó al esposo de la mujer joven, yerno de los patriarcas, padre de tres niños. Unos minutos más tarde, estaría en condiciones de agregar otro dato a su ficha personal, aunque prefirió no escribirlo y lo retuvo en la mente. Un dato sórdido y quizá relevante para dilucidar el caso de la muerte de Gonzalo Gadés.

Arturo Fernández Rober tenía treinta y siete años, era arquitecto y había sido nadador olímpico en sus veinte. La camisa parecía reventarle a la altura de los brazos y la espalda era tan imponente que el comisario lo imaginó cargando a la vez a sus tres hijos sin demasiado esfuerzo. Era un hermoso ejemplar masculino e incluso el comisario advirtió esto, aunque fue un pensamiento fugaz que no se permitió poner en palabras. Supo, a los pocos segundos de escucharlo, que era hábil y un declarante demasiado empeinado en torcer el curso de la conversación hacia otros rumbos. No hubiera llamado su atención de no haber sido por ese empeño en distraerlo. Decidió que lo mejor sería dejarlo hablar y esperar alguna falla. Después de responder las seis o siete preguntas obligadas, se despachó con un discurso fuera de lugar.

ARTURO: Ya ve, el mundo estalla y nosotros aquí, en un hotelucho perdido entre las sierras. ¿Oyó las noticias? ¿No? Claro, habrá festejado hasta tarde con su familia. Con todo esto me olvido a cada rato de que hoy es primero de enero. Ayer, nomás, la Unión Soviética dejó de existir. Ahora le

cambiarán el nombre, ¡ja! ¿Y eso altera las cosas? Un cambio de nombre, nomás, pero ¿usted cree que la gente será más feliz? De un día para otro no puede cambiar todo. Hay algo más hondo, la cultura, las costumbres. No quisiera estar allí. Ni ahora ni mucho menos antes. Esa gente y su mentira comunista.

El comisario se preguntaba cómo habían llegado a este extremo de la conversación y no lograba unir los puntos, nada que condujera de forma natural desde una pregunta tan sencilla como “qué hizo usted anoche” a ese panfleto ideológico. Se preguntaba si el hombre lo hacía por distraer su atención, porque necesitaba decir algo que no acababa de quedar claro o de puro nervioso.

La experiencia indicaba al comisario que algunos culpables se volvían charlatanes súbitos y que lo mejor era dejarlos hablar hasta que cometieran un error. Ya había culminado su interrogatorio y no encontraba en la declaración nada sospechoso. Sin embargo, la verborragia del hombre unida al violento estallido de su esposa unos minutos antes, parecían dos polos de un imán que pugnaban por juntarse. Como si hubiera allí una pista escondida que quizá no diera sentido a la muerte de Gonzalo Gadés, aunque sí al peculiar funcionamiento de esa familia que en unas horas había pasado de la armonía al caos.

Una finísima línea de sudor brillaba en la frente del hombre, junto al nacimiento del cabello, y formaba un halo plateado que al comisario le llamó la atención. Era el típico sudor de la incomodidad. Lo había visto muchas veces. Comenzaba así e iba bajando poco a poco hasta humedecer el rostro. Sin duda, estaba nervioso y el comisario se aprovechó de eso. Volvió a la carga con las preguntas.

ARTURO: Segurísimo. No lo conocía. Ni de vista. Lo vi por primera vez anoche, durante la fiesta. ¿De nuevo? Disculpe, pero hace unos minutos se lo d... Está bien, sí, sí, claro, no hay problema. Llegamos a la tardecita y nos

tomó un tiempo acomodarnos. Usted sabe, cuando hay niños... ¡cada salida es una mudanza! Detesto cargar bolsos y paquetes, pero es inevitable. Además, estaban los otros, los primos, quiero decir, los hijos de mi cuñado. ¿Por qué...? Ah, sí, es que mi cuñado venía con su amigo en moto. ¿Ha visto esa máquina? Y bueno, es obvio, alguien tenía que traer a los chicos. No es que me moleste. Más de una noche los deja en casa a dormir. Y más ahora que... bueno, usted ya vio que ese hombre es su pareja. No es el primero, claro, pero los otros eran más discretos. ¡Pobres, mis suegros! Los otros que traía eran más finos. Desde que se divorció, mi cuñado cambió mucho. Se olvida de que tiene hijos. ¿Mis suegros? Excelentes abuelos.

»Entonces, eh... bueno, lo que le decía. Llegamos, nos instalamos, bañamos a los chicos, después nos dimos una ducha nosotros y bajamos a cenar. Mi mujer demoró un poco más... secándose el pelo, sí. Pero habrán sido diez o quince minutos. ¿Ah, sí? ¿Mi mujer se lo dijo? Entonces, si ella le dijo, será... aunque es raro. Pero bueno, entonces habrá bajado con el pelo mojado. Yo creo que demoró unos minutos...

La mentira del comisario había surtido efecto. No era la primera vez que lo hacía. Un intento por buscar contradicciones en detalles pequeños. Más de una vez había hecho trastabillar a un testigo. Nadie se cuida de los detalles pequeños. Bastaba con sacar el punto de apoyo para que se viniera abajo toda la estructura. El hombre sudaba.

ARTURO: A decir verdad, no le conté todo exactamente... quiero decir, hubo alguna... quiero decir... Bañamos a los chicos primero y los mandamos con los abuelos. Mi mujer y yo... ya sabe... es que no sé si esto tiene que ver, pero bueno, tampoco tiene sentido ocultárselo. A decir verdad, lo hacemos cuando podemos. No fueron más que unos minutos. Pero insisto en que yo bajé un poco antes, a ver cómo estaban los chicos. Juraría que ella se quedó secándose el pelo. Sí, y eso es todo, comisario... Ah, y al muchacho muerto me lo crucé en ese momento, bajando la escalera. Por suerte, yo iba delante y

pude avanzar, porque demoró un disparate. La verdad es que no tengo más para decirle.

El comisario tomó nota mental de los detalles que no cerraban en aquel discurso y le dijo que podía retirarse. Después, como si de pronto el aire se hubiera enrarecido y fuera imprescindible algo de oxígeno se puso de pie y caminó hacia la puerta abierta. El conserje aprovechó la interrupción para acercarse. Se inclinó cerca de la oreja del comisario, quien sintió repugnancia por la acidez del aliento.

El comisario giró un poco la cabeza y permaneció serio. Sabía que el conserje iba a hablar de cualquier modo, aunque él no se lo pidiera. Era de esos hombres cínicos y enredadores, intrigantes que gozaban urdiendo desdichas ajenas. El comisario pensó que se parecía a algún animal y un rato después, cuando el conserje ya estaba de vuelta en sus tareas, supo que aquel animal era una comadreja.

CONSERJE: Este, este que se hace el machito... este es tan puto como los otros. Mucha pinta, mucha mujer y mucho hijito. Pero es tan puto o más que los otros. ¡Peor, le digo! Son unos tapados. Se casan y tienen hijos para que no se les note. Pero yo lo vi apretando con el novio del cuñadito. Tan vivos son, tanto mundo y se regalan como unos idiotas.

»Eso mismo. Anoche, antes de la cena. En el descanso de la escalera. Subía con unas toallas y los vi. Reulé enseguida. Ni cuenta se dieron. ¿Y qué cuenta se iban a dar si...? Para qué le voy dar detalles... Este se lo estaba comiendo al otro. ¡En dos panes! Y el gordo también los habrá visto porque apenas ellos bajaron, apareció en el *lobby*, sudando como un cerdo. ¡Como para no sudar! Con semejante numerito. Hasta yo tenía el estómago dado vuelta.

XXVII. *Marché noir*

París, 1941

—Me enamoré con locura de Arlette. No me mire así. No hay contradicción alguna. Adoraba a Susana, pero era uno de esos amores que jamás aterrizan en la realidad, como esos satélites condenados a dar vueltas en torno a los planetas. No había posibilidad de concretar aquel amor que buscó otras formas de canalizarse.

»La pintura y la literatura me ayudaron bastante a distraerme. Estaba en el lugar perfecto. ¡París, Dios mío, París! Nadie puede morir sin haber ido al menos una vez. Algunos se preguntan si la ciudad del mundo es París o Londres o quizá Nueva York, pero yo no tengo la menor duda. París es la perla.

»Arlette y yo no volvimos a separarnos después de aquella tarde en el Bois de Boulogne. Vivíamos con la desesperación de aprovechar cada instante. La guerra trae esa rara conciencia del tiempo. Uno siente los segundos que pasan, los valora, los cuida porque pueden ser los últimos. Si teníamos media hora libre nos ingeniábamos para vernos. Pensamos que sería bueno encontrar un punto medio entre mi hotel y la casa de *lady* Ludmilla. El Museo de Orsay fue el lugar perfecto.

»Aunque, por aquellos días, como usted sabe, no era un museo, sino una estación de trenes. No podría decirle si funcionaba como tal. No lo recuerdo, pero era una estación. Lo de museo es algo muy reciente, algo de los ochenta, si no me equivoco. No confíe en mí para las fechas. Los viejos recordamos con extraordinaria lucidez los hechos del pasado, cuanto más antiguos más

claros vienen a nuestra mente. Sin embargo, las fechas se nos confunden, se pegotean. Lo que tomamos por causa bien pudo haber sido consecuencia.

»La memoria... ¡esa estafadora! Sabe que podemos convocarla de a pedacitos y se aprovecha. Solo si lográramos reunir la totalidad de los recuerdos en torno a un hecho tendríamos la versión completa. Y aun así, lejos estaríamos de la verdad porque le faltaría el alma. ¿Ha leído a Onetti? Dice en alguna parte que la manera más repugnante de mentir es decir toda la verdad, sin el alma de los hechos. El alma de los hechos... La peor de las mentiras es la verdad sin el alma de los hechos. Piense en eso.

»Vuelvo a París. Debería, entonces, hablar de la estación y no del museo. Estuve en París hace no mucho. Y lo visité cada día mientras permanecí en la ciudad. No porque sea un museo inabarcable como el Louvre o el Prado. ¡Esos agobian! Hay que ir con una docena de obras en mente y concentrarse en ellas. Si después uno tiene tiempo, sigue recorriendo, pero no hay que intentar abarcarlo todo porque es probable que lo mejor se diluya en lo bueno. Y no sería raro que, después de cuatro horas de andar trajinando por los interminables pasillos, lo único que uno desee sea quitarse los zapatos y tumbarse en cualquier rincón. Es casi una herejía, pero le aseguro que si usted no va con los objetivos claros pasará frente a momias milenarias como si se tratara de orugas y solo se detendrá cuando una nube de asiáticos, cámara en mano, le indique que allí puede haber algo interesante.

»Entonces... sigo. Yo no había cumplido mis treinta y, a pesar de que la guerra adelantaba la madurez, era torpe y no tenía experiencia. Había salido de mi casa siendo niño para trabajar en lo de los Soca y mi agradecimiento se había traducido en devoción. Eran buenas personas. Hacían que uno también quisiera ser bueno...

»En fin, nadie hubiera puesto reparos en que tuviera una vida fuera de la casa —a la de Montevideo, me refiero—, pero yo quería estar dentro, ¿entiende? Supongo que tendría tanta conciencia de haber sido tocado por

una varita mágica, que se me fue un poco la mano en eso de cuidar el trabajo. No salía casi nunca y, si tenía un tiempo libre, me iba a la biblioteca. Susana preparaba unas listas con títulos y yo los leía con avidez. Eso me permitía sostener con ella unas conversaciones estupendas.

»Me convertí en un chico tímido, quizá a la medida de la timidez de Susana, como esas marcas que dejan sin proponérselo los cuerpos en los almohadones cuando han estado largo tiempo sobre ellos. No me interesaba la vida social y todas las mujeres me parecían vulgares. Estaba atrapado entre dos mundos. El de mi origen y el que doña Luisa y Susana me ofrecían.

»Me había amoldado a esas damas y las demás quedaban por debajo siempre. Lo triste era que no me sentía digno de aspirar a una mujer como Susana y es posible que, sin pensarlo, me hubiera condenado a una especie de soledad eterna. Jamás había tenido novia y mis experiencias sexuales habían sido frustrantes, horrendas. Con prostitutas, por supuesto. Después de algunos intentos desistí de ellas. Todo esto para decirle, mi amigo, que cuando conocí a Arlette, se podría decir que yo era casi tan virgen como ella.

»Era 1941 y los nazis se habían apoderado de la ciudad hacía un año. Como le he contado, el alimento escaseaba. Los pobres se llevaban la parte más terrible. Sé que algunos terminaron hirviendo los cinturones o cualquier objeto de cuero. Sobrevivían gracias a los pocos nutrientes que esa sopa improvisada les proporcionaba.

»Como contrapeso de esa miseria, el mercado negro funcionaba a la perfección. Ah, *le marché noir*... Toda una experiencia. Quienes tenían dinero o algún bien de cambio —sé de una familia que canjeó un Rembrandt por el servicio para la boda de una hija— no la pasaban tan mal. No solo accedían a productos prohibidos para la mayoría, sino que se permitían lujos. Lo terrible era que muchos de estos productos provenían de cavas y despensas de casas cuyos propietarios habían sido deportados.

»¿Es eso colaboracionismo o una forma razonable de sobrevivir? ¿Podría

usted juzgarlos? A los que vendían y a los que compraban, me refiero. Yo sentí un asco profundo cuando me enteré, pero ahora lo veo de otro modo. Ni siquiera me animo a calificarlo. Arlette me lo contó una tarde, avergonzada. Se sentía culpable por aquellos manjares que atravesaban la cocina como pasajeros en tránsito desde las manos de los mercaderes hasta los estómagos de los ricos. ¿Qué culpa podía tener ella?

»Intenté consolarla. Me confesó que ella pellizcaba —*un petit bout* recuerdo que dijo y lo acompañó con un gesto— un trocito de queso o un canapé de caviar y, con cuidado de no dejar la marca de sus labios, tomaba algún sorbo de vino. Me lo contó como una niña que ya no aguanta el peso de la culpa por haber hecho una travesura y se alivia con su mejor amigo. Esa tarde sentí la impotencia de ser tan pobre y tan débil, incapaz de evitarle esas humillaciones, incapaz de ahorrarle los dolores de la guerra.

XXVIII. Varian Fry

Marsella, 1941

—Por esos días el nombre de Varian Fry comenzó a circular en ciertos ámbitos. Vislumbré una lejanísima posibilidad de salvar a Arlette y de salvarme con ella. ¿Quién era Fry? Un estadounidense que había llegado a Francia unos meses antes con un cometido preciso: facilitar la salida de doscientos representantes de la cultura cuya vida estuviera en peligro. Al final, logró sacar a miles. No se sabe el número exacto. Algunos hablan de dos mil. Otros, de cuatro.

»¿Sabe quiénes estuvieron entre sus beneficiados? Atención a estos nombres: Marc Chagall, André Breton, Max Ernst, Hannah Arendt. Y hay más. ¿Se sorprende? Fry y otros como él son auténticos héroes de guerra. ¿Quiénes más? Déjeme ver... ¡Alma Mahler, claro! ¡Cómo pude olvidarme de ella! La más hermosa. Por esa mujer varios hombres perdieron la cabeza. Bien, el caso es que Fry tenía buenos padrinos. Entre ellos, la mismísima Eleanor Roosevelt, aunque alguien me comentó una vez que esto era un mito y que ella solo había manifestado una tibia simpatía. En fin, no importa. Con primera dama o sin ella, Fry fue un héroe. Era un flacucho de lentes, que había estudiado en Harvard y ejercía el periodismo. Por qué lo eligieron, no lo sé, pero demostró tener más agallas que muchos.

»Vale la pena que me detenga en esta historia. ¿Sabe cuánto dinero llevaba Fry para concretar su misión secreta? ¡Tres mil dólares! Eso era todo. Escondidos en la ropa. Y no había posibilidad de pedir que le enviaran más. Como ya le he dicho, cualquier dinero que pretendiera entrar a Francia corría

peligro de quedar en manos de los nazis.

»Fry se encontró con un obstáculo inesperado al llegar a Marsella. El cónsul general de Estados Unidos —no recuerdo su nombre ahora—, el tipo estaba en contra. No sé si por colaboracionista abierto o por cuidarse el pellejo. Puso todas las trabas posibles, pero no pudo impedir que el valiente Fry se saliera con la suya.

»Es cierto que no estuvo solo. No hubiera podido hacerlo sin la ayuda de otro gran hombre, Hiram Bingham. ¿Ha oído hablar de él? Emparentado con aquel Bingham que descubrió las ruinas de Machu Picchu, ¿qué me cuenta? Al final, el mundo viene a ser tan pequeño que encontramos lazos inesperados entre los nazis y los incas. El Bingham de nuestra historia era el vicecónsul y fue quien proporcionó a Fry las visas. Y había dos mujeres que también cooperaron, pero lamento no recordar los nombres. Operaban junto con un grupito de voluntarios que recibían a las personas amuchadas a las puertas del consulado. Hicieron lo que pudieron hasta que el cónsul, ¡Fullerton!, así se llamaba, Fullerton. El tal Fullerton los descubrió y allí acabó todo.

»¿Por qué le cuento esto? Porque, como le dije, Arlette tenía ascendencia judía. ¿No se lo dije? Pues bien, así era. Su madre era judía, venida de Polonia a principios de siglo y muerta por causa de la misma fiebre extraña que había hecho estragos en el dieciocho. A ella se la llevó a finales de los veinte; Arlette era aún pequeña. La crió su padre y, cuando ya no pudo o no quiso encargarse de ella, la entregó en casa de Ludmilla Byron, donde servía como ayudante de cocina.

»Arlette escondía el apellido de su madre. Ni siquiera intento repetirlo porque tiene tantas consonantes que... Y solo se presentaba con el de su padre, Dantaz. Así iba ocultando su identidad e incluso a mí me la ocultó durante un tiempo. Hasta que sintió que podía confiar y una tarde se me descolgó con aquella historia de que era judía. Tenía miedo de que la

descubrieran. Intenté tranquilizarla y hasta me burlé un poco de verla tan niña. Me llenó de ternura y reafirmó mi amor, mi enorme amor hacia ella.

»Le dije que no había de qué preocuparse y que mantendría bien guardado su secreto. Camino al hotel una extraña inquietud me asaltó y esa noche no dormí. Me aterrorizaba pensar que alguien pudiera arrebatarme a Arlette. No quería perder ni un minuto, mucho menos imaginar una vida sin ella.

»Los días que siguieron fueron de gran tensión y casi no pudimos vernos. Un alto oficial nazi se había presentado de improviso en una de las tertulias de *lady* Ludmilla. Hitler lo había ascendido hacía poco y el tipo andaba envalentonado, viviendo como un emperador y sembrando el miedo. Después, atando cabos, supe quién era. Le apasionaba el arte. Tanto para etiquetarlo como *degenerado* y destruirlo, como para robarlo. Era un tipo grandote, algo obeso, conocido por sus irrupciones en las galerías y en los museos. Tomaba lo que quería. Así de fácil. Y lo mismo hacía en las casas de familia.

»Esa tarde, según me contó Arlette, apareció con su uniforme blanco de botones dorados y charreteras. Un mastodonte infame que se creería elegante, supongo. No estuvo en la reunión más de unos minutos durante los que *lady* Ludmilla hizo esfuerzos por mantener la compostura. Hacía señas a los demás invitados para que continuaran charlando como si nada y pidió al pianista que comenzara de inmediato con su pequeño concierto. Aun así el terror se oía y el tipo lo disfrutaba.

»Arlette corrió a esconderse en la sala de fumar y desde allí, a través de la puerta entreabierta, observó la escena. El nazi saludaba a unos y a otros con aire de dueño de casa. Comía de todas las bandejas, pero no aceptaba bebidas. Desplegaba un aire mundano, como quien asiste a una fiesta. Y sonreía. Parecía interesado en el breve intercambio de palabras que tenía con cada invitado. Pero dice Arlette que su atención estaba puesta en otra parte. Entre saludo y saludo se plantaba ante las pinturas y se quedaba allí por un

lapso durante el que todos mantenían el aliento. Luego besó la mano de *lady* Ludmilla y se fue.

»Esa noche, después del toque de queda, unos hombres uniformados golpearon a la puerta. Arlette no los vio porque se había acostado temprano. El episodio la había descompuesto. Sus compañeras le contaron que los hombres habían pedido por *lady* Ludmilla, que se mostraban corteses, aunque fríos, y alguna dijo que no le hubiera extrañado en absoluto si en cualquier momento hubieran sacado sus armas.

»Al otro día, Arlette vio el resultado de aquella visita. Unos recuadros grisáceos marcaban en las paredes el lugar exacto donde habían estado colgadas algunas pinturas. No pudieron o no quisieron llevarse el Klimt, pero lo tajearon de lado a lado. Arlette me contó con vergüenza que se orinó encima al ver eso.

»La abracé con todo mi amor, aunque lleno de impotencia. Quizá no estaba tan errada y había motivos para preocuparse. Un año antes se había firmado aquel armisticio y Francia estaba dividida en dos. París quedaba en la zona ocupada. Los alemanes no iban a soltar aquella presa. Al sur de una línea imaginaria se instaló el gobierno de Vichy.

»Vichy era un sitio agradable. Yo había estado allí una vez. Susana y su madre habían ido a pasar un fin de semana a un hotel con aguas termales donde doña Luisa esperaba aliviar un dolor en las articulaciones. Fíjese usted qué ironía. Recuerdo que Susana estaba esperando una llamada pedida hacía días y le preocupaba quedar incomunicada. Y doña Luisa le dijo que no había de qué preocuparse porque pocos lugares en Francia tenían tan buenas líneas de teléfono y telégrafo. ¿Se da cuenta? Eso mismo habrán visto ellos y por eso instalaron allí su gobierno. La pequeña ciudad perdió todo encanto y su nombre quedó para siempre unido a uno de los párrafos más penosos de la historia. A veces pienso que para la ciudad fue una injusticia. Hay nombres y lugares malditos por el destino que les ha tocado en suerte.

»Entonces, como le contaba, por esos días fue aquel episodio de las pinturas. Arlette cayó enferma. Supongo que habrá somatizado el miedo. Cuando las aguas se aquietaron y, por fin, pude ir a buscarla para pasar una tarde entera con ella, tenía mi decisión tomada: la sacaría de Francia. Cruzaríamos la frontera y ya me las ingeniaría para conseguir los pasajes hacia Montevideo. Susana me ayudaría. No tenía la menor duda al respecto.

»Fue en esa época que alguien me contó de Varian Fry. Pedí unos días extra de mi licencia y marché a Marsella. No fue sencillo llegar, pero aún era posible moverse con relativa fluidez si uno llevaba los bolsillos llenos. Una vez más Susana vino en mi auxilio. Necesitaba dinero. Ni siquiera preguntó para qué. Y, aunque mi intención era devolvérselo, nunca pude hacerlo. Ella, como era de esperar, no me lo reclamó. Jamás le había pedido ni un centésimo, ni un adelanto, ni un aumento. Conociéndome como me conocía, le habrá llamado la atención mi pedido y habrá intuido la gravedad de la hora.

»Llegué a Marsella tras sortear innumerables obstáculos. La tensión se olía en el aire y había que moverse con suma cautela. Fue fácil encontrar el consulado, aunque intenté hacer pocas preguntas para no levantar sospechas. Estaba abierto y creí que ese solo detalle nos aseguraba la libertad. A veces nos aferramos a pequeñas cosas porque necesitamos darnos ánimo y no entendemos que no alcanza con batallitas para ganar la guerra. Debí darme cuenta de que algo extraño sucedía, porque no vi la cola de gente de la que me habían hablado. Entré, de todos modos. Un funcionario poco amigable me dijo que allí no se regalaban pasaportes y que nada sabía del tal Varian Fry. Se burló de mi francés salpicado con acento extranjero. En un alarde de grosería que jamás había visto antes, pero que varias veces volvería a ver, me despachó del consulado y pasó cerrojo a la puerta. Tiempo después supe que Fry había regresado a Estados Unidos cuando Fullerton destituyó a Bingham y lo dejó sin la posibilidad de gestionar las visas.

»Tuve la primera punzada del desastre. No pude ponerla en palabras en el

momento, pero la punzada estaba y dolía como un presagio funesto.

XXIX. Allá ellos con sus cositas

Villa Carlos Paz, 1992

Las primeras horas de la tarde se hacían notar en la pesadez del calor. Los que habían sido interrogados atendieron la sugerencia del comisario y salieron a buscar alivio bajo la frescura de los árboles o junto a la piscina. Los patriarcas se habían retirado a su habitación y cada tanto sus pasos retumbaban sobre las maderas del techo.

El conserje se había ofrecido al comisario en caso de que deseara retener a los huéspedes las respectivas llaves de sus autos. Así lo había visto hacer en una película, comentó. El comisario le dijo que él había visto otra película en la que el asesino era el tipo más amable y dispuesto a colaborar con la justicia. Y con un gesto de desprecio dio por terminada la conversación.

Solo quedaban en la sala, además del comisario, cuatro hombres. El hijo de los patriarcas y su pareja se habían sentado en el piso, contra la pared, y fumaban en silencio. Se los veía apagados, tan distantes de la alegría bullanguera con la que habían llegado la tarde anterior, en medio del ronroneo de la imponente motocicleta y el griterío de los niños contagiados por el entusiasmo vital que transmitían. El comisario los miró de soslayo y recordó las palabras del conserje. Ese hombrecito le caía muy mal y no le habría extrañado que hubiera apelado a alguna mentira solo para congraciarse con él. Sin embargo, aunque intentaba apartar aquello de su cabeza, regresaba a su mente la imagen de Arturo Fernández Rober *comiéndose* —ese era el verbo que había utilizado el conserje— al otro.

Dios mío, pensó el comisario, en qué cueva he caído. Nadie se salva.

Nadie, quizá, excepto la muchacha del pelo revuelto, con sus lentes gruesos, su tartamudeo y aquella fealdad que al comisario enternecía. El hombre joven y el viejo continuaban su charla como si se hubieran citado allí solo para eso y nada de lo importante, es decir, que Gonzalo Gadés hubiera muerto, tuviera para ellos algún sentido. El comisario notó, por supuesto, que el joven forzaba la atención. Aun así, se admiró de verlos tan enfrascados en algo que no fuera la futilidad de las historias que él iba recolectando a partir de los testimonios. Pensó que los dejaría para el final, como si hubiera intuido que estaban en lo mejor de la charla y que era una crueldad interrumpirlos. Además, le interesaba aquella historia que llegaba a él perlada en frases más o menos conexas.

Decidió, también, que interrogaría a la vez al hijo de los patriarcas y a su... ¿novio? ¡Novio! Así era, aunque le costaba decirlo. El comisario pensaba que el mundo estaba perdido, pero no podía culpar a los hombres. Las mujeres habían provocado aquello con sus intrigas y su perfidia. Tenía para sí que la razón por la que de buenas a primeras uno levantaba una piedra y aparecía un homosexual no podía ser otra que la natural maldad de las mujeres. Algunos hombres la habían padecido hasta el límite y, hartos de probar sin suerte, habían optado por paliar la soledad con sus iguales. En cuanto a las mujeres, que también se juntaban entre ellas, era por falta de hombres. ¡Tanto embromar para terminar quedándose solas! En algún momento triunfaría el caos. El comisario había leído algo de esto en un folleto religioso que le habían pasado por debajo de la puerta. Estaba clarísimo que una cosa traía aparejada la otra y que en el origen de todo estaban Lilith y Eva.

Allá ellos con sus cositas, se dijo. Lo cierto es que empezaba a cansarse y despachar a dos de un golpe no le pareció tan mala idea. Los llamó con la misma displicencia con que se llama a una mascota. Sintió algo de envidia al verlos ponerse de pie con agilidad de atletas. Y también pena por el padre de los niños que, sin duda, había hecho un salto al vacío al presentar a aquel

hombre a su familia y estaba siendo engañado de la forma más asquerosa.

Los hombres se acercaron a la mesa y se sentaron a izquierda y derecha. Tan masculinos los dos que el comisario no sintió que hubiera diferencia alguna entre él y ellos, y se preguntó cómo haría uno para saber si era o no homosexual. Como siempre que lo asaltaban estos pensamientos, los apartó de la mente con fastidio y se concentró en su trabajo.

El interrogatorio no le tomó demasiado. Las declaraciones de los dos guardaban absoluta coherencia, incluso en lo referente a los minutos en los que el hijo de los patriarcas declaraba haberse estado bañando y el otro, haber salido a fumar y a dar un paseo. Si lo que el conserje le había dicho era cierto, este último estaba mintiendo y había usado esos minutos no para fumar, sino para besuquearse con el cuñado de su pareja. Si, además, Gonzalo Gadés había presenciado la escenita de la escalera, ¿por qué no pensar que había allí un buen móvil?

La mejor estrategia sería crear un poco de suspenso. Así que despachó al hijo de los patriarcas hacia el parque y dijo al otro que se quedara en su habitación, pendiente de un llamado para un segundo interrogatorio. El efecto fue el deseado. Los hombres se inquietaron, preguntaron por qué los separaba y protestaron un poco, pero el comisario, con un aplomo mezcla de fastidio y agotamiento, les sugirió que se calmaran, deslizó la palabra *desacato* y se dispuso a completar las fichas con prescindencia de los hombres, que lo miraban alelados.

XXX. La Continental

París, 1941

—La amé con un amor puro, absoluto. No puedo medirlo con otros porque no he vuelto a enamorarme y ya es tarde para eso. La vida, sin embargo, me ha hecho testigo de amores ajenos y siempre he notado las grietas. El mío no las tenía. ¿Que cómo lo sé? Porque hubiera dado la vida gustoso por ella. La generosidad define la valía del amor, mi amigo. Y algo más: es el secreto de su permanencia. Las parejas fracasan por egoísmo; no le quepa la menor duda.

»La guerra dejaba pocos márgenes para el placer y para la diversión. Pero aumentaba el goce de cada instante. Nadie estaba seguro. El que no corría riesgo de ser detenido y deportado, podía ser víctima de un tiroteo. No desperdiciábamos nada. El olor del pan, el sabor del vino, la textura de una piel, todo se potenciaba porque nos dábamos cuenta de su carácter efímero.

»París no se entregó por completo. Incluso en los peores momentos, mantuvo su *glamour* y su bohemia. Vivíamos en un estado peculiar, una especie de limbo que no era frivolidad ni indiferencia, sino una forma de responder a las tensiones. Varios cines continuaban abiertos y había bastante movimiento. Una ilusión existencial, permitirse cada tanto la fantasía de vivir como si ciertas cosas no estuvieran sucediendo.

»Lo que define una ocupación no es tanto la presencia militar. Es el control sobre la cultura lo que marca el grado de poder de los invasores. Porque la cultura, mi amigo, siempre ha sido el arma de dominio más poderosa y perfecta. Si a usted le estacionan un tanque frente a su casa, de algún modo

reaccionará. Pero si lo van envolviendo sin que se dé cuenta... ¿Cómo? Es sencillo. Con música, con modas y tradiciones. Con el idioma o con la comida. En fin, le van metiendo poco a poco ideas, costumbres, exaltando la historia de un pueblo. Cuando se da cuenta, usted ya es parte de eso. Usted *desea* ser parte de eso.

»Para acompañar ese proceso de seducción, nada como el cine. ¿Sabe algo? Es curiosa la reacción de las personas ante situaciones límite. En plena ocupación había en París un centenar de cines y otro tanto entre salas de teatro, cabarés y *music halls*. Increíble, ¿no? El cine era la estrella. Los parisinos se volcaron a él un poco para entretenerse y olvidar; otro poco porque había menos cosas que hacer y el cine, en particular el que producía La Continental, estaba controlado por los nazis y era una actividad segura.

»Mucha evasión y romanticismo edulcorado, muchos policiales, como para distraer. Eso hacen todas las dictaduras. Propaganda y anestesia. Pensamiento hegemónico y falta de espíritu crítico. La receta perfecta. No todos la pasaban mal, eh, no crea. Trabajar en La Continental significaba un empleo seguro, buena paga y tener a disposición todo lo necesario para rodar una película.

»Eran tiempos de escasez, pero si la escenografía exigía un sillón Luis XV, lo conseguían. Si necesitaban vestuarios suntuosos, los tenían. A veces demasiado reales. Tanto que una vez Arlette reconoció un vestido de su patrona. ¡En la pantalla! Lo llevaba una actriz. Era una obra de arte bordada en plumas y pedrería, un diseño único. Arlette había sido testigo de su estreno en ocasión de una fiesta de aniversario. Jamás iba a olvidar un vestido así. Esa vez rio con ganas y yo me sorprendí un poco porque había algo de malicia en aquella forma de gozar con la desgracia ajena. Bien, el caso es que La Continental tenía todos los privilegios, y los pedidos de productores y directores eran como órdenes de Dios. Lo que necesitaban, aparecía en cuestión de horas. No era raro que algo así sucediera. Cuando los nazis querían algo, lo tomaban y punto.

»También había salitas independientes donde se proyectaba cine francés, pero era riesgoso ir allí, ¿sabe? Y, si bien algunos valientes boicoteaban el cine oficial y solo asistían a esas salas, el miedo fue haciendo su obra y pronto quedaron desiertas o sostenidas por el coraje de unos pocos. Además, el cine francés que pasaba la censura debía ser ligero, sin ninguna traza de nacionalismo. Lo más frecuente era alguna comedia o alguna historia de amor que hiciera suspirar a las muchachitas y permitiera a los hombres avances en la oscuridad de las salas. Salvo alguna excepción, poco más que eso.

»Usted se preguntará por qué, entonces, los refinados parisinos, acostumbrados a alimentar su buen gusto con productos de excelencia, acudían a esas proyecciones. Por varios motivos. El primero, prosaico pero tan real como que esta mesa es una mesa. La calefacción. En aquellos días era un lujo. Claro que no la había en todas las salitas; a veces, incluso hacía más frío dentro que en la calle. Esas salas rara vez tenían más de dos o tres espectadores y algunas solo abrían en verano y primavera.

»Arlette y yo éramos privilegiados en este y en otros aspectos. Ser empleados de gente pudiente nos permitía compartir algunas de sus comodidades. Pero incluso en las familias adineradas había que hacer recortes y todos sentíamos los rigores del invierno. Otro motivo para ir a estas pequeñas salas era que allí se intercambiaban productos del mercado negro y quizá, quién sabe, también información valiosa para la resistencia.

»Arlette fue quien me llevó por primera vez al cine. No recuerdo que a Susana y a doña Luisa les gustara. Como manifestación cultural, quiero decir. Quizá sí, pero no lo recuerdo. Yo solo quería estar con Arlette y la posibilidad de hacerlo en una sala a oscuras donde la realidad quedaba fuera, me pareció una invitación magnífica.

»Como le decía, el cine estaba controlado por los nazis y tenía un fuerte tono propagandístico. Aun así, algunos se las ingeniaban para camuflar su resistencia tras propuestas en apariencia inofensivas, aunque cargadas de

guiños, sutilezas que solo el ojo sensible decodificaba. Era poco lo que podían hacer porque los nazis eran unas bestias, sí, aunque bestias pensantes. Algún loco hubo, pero no todos. Quiero decir, no se puede alegar que eran solo unos brutos o unos chiflados que actuaban a impulsos de odio o codicia. Esos tipos sabían lo que hacían. Y eso los vuelve más imperdonables todavía.

»El relato histórico simplifica las cosas. Atribuye monstruosidades a la maldad o a la locura. Puede haber algunos perversos o algunos locos. Pero no tantos ni por tanto tiempo. Eso fue un plan sistemático de exterminio y apropiación, una voluntad certera cuyos límites ni ellos mismos conocían, quizá porque no había límites, porque la verdadera intención era adueñarse del mundo. Entonces, mi amigo, me enoja cuando alguien dice que fue cosa de locos. ¿Hitler fue un loco? Puede ser, pero ¿un loco rodeado por algunos locos? ¿Un loco rodeado por centenares, por miles de locos? ¿Un loco apoyado por millones de locos? ¡Vamos! Eso es reducir las cosas a un grado que ofende la inteligencia. El relato... siempre el relato que construye verdades a medias.

»Bien, disculpe las digresiones, pero es que... Una de esas tardes fuimos al cine. No fue gran cosa la películita. Un simple pasatiempo. Las películas inglesas y las estadounidenses estaban prohibidas, ¿sabe? Eso dejaba poco margen, es decir, películas alemanas —casi todas de propaganda nazi— y algo de producción nacional, aunque los mejores cineastas se habían ido. Jean Renoir, entre ellos. Sí, sí, el hijo del pintor. Esos exilios fueron una pena porque debilitaron la cultura francesa que había estado a la vanguardia. Los franceses siempre han estado orgullosos de su cultura. Y tienen motivos. No podían oponerse a las películas alemanas, pero tampoco iban a verlas. De forma masiva, quiero decir. Era su pequeña protesta. La resistencia también se hace desde la cultura. Ya ve, la cultura es una excelente arma tanto para el dominio como para la resistencia.

»Los nazis provocaron una desbandada también en el ámbito del cine.

Imagínese usted, varias salas tenían dueños judíos. A todos ellos se las confiscaron, claro. Los nazis toleraban el cine porque era una forma de distraernos. Pero también porque ellos debían entretenerse de algún modo. Goebbels era amante del cine, en especial si actuaban mujeres francesas. ¡Lo enloquecían! ¡Él que se presentaba como un devoto padre de familia! ¿Se acuerda de cómo terminaron los Goebbels? ¿No? Era el ministro de... Ah, sí, sí, claro, disculpe, por supuesto que sabía eso. Bien, en los últimos días de la guerra se refugió junto a su esposa, Magda, y a sus seis hijos en el búnker de Hitler. Eran, si se puede decir, amigos. Hitler había sido el padrino de su boda y los Goebbels le profesaban una lealtad absoluta. Tanto que después del suicidio del Führer, Magda...

»Dicen que la situación en el búnker era insostenible. Sabían que les quedaba poco tiempo. Hitler se había suicidado y eso fue demasiado para Magda. Durmió a sus seis hijos con somníferos y luego les introdujo en la boca una cápsula con veneno. ¿Ve? Aquí tiene un ejemplo de lo que le digo. La muerte se desea y se perpetra. Aunque, en este caso, parece demasiado horrenda. ¿Sabe por qué lo hizo? Por amor. O, al menos, por lo que ella creía amor. No quería que sus hijos vivieran en la Alemania que se venía. Tampoco ella estaba dispuesta a soportar eso. Se suicidó junto a su marido. Al menos eso se dice. Pero, otra vez, el relato... Quién sabe.

»Durante meses me persiguió la historia del asesinato de aquellos niños. Podía pensar en otros horrores de la guerra, me daba cuenta de los millones de muertos, pero no podía con lo de los niños Goebbels... Me descomponía. Soñaba con ellos. Es curioso cómo uno se aferra a uno o dos detalles. Así fue durante mucho tiempo. Los niños Goebbels perturbaron mi sueño. Supongo que no habrán demorado en morir. Ojalá el somnífero haya hecho efecto, porque la muerte con veneno es dolorosa. Terrible.

»Disculpe, yo, yo... hace rato que quiero contarle de aquella ida al cine con Arlette y no hago más que dar vueltas. Disculpe. Usted no me cuenta

nada de su vida, eh. Y yo aquí aburriéndolo. ¿No? Bien, deme un poco de agua. Sí, sí, así está muy bien, solo un sorbo... ¿en qué estaba? Sí, Arlette y yo habíamos ido al cine. Una película muy floja. No me importaba. Solo pensaba en estar a solas con ella. Esa tarde me presentó a Bertram.

XXXI. Bertram

París, 1941

—*Herr Zimm*, así me lo presentó, aunque más tarde a solas se refirió a él como Bertram. El encuentro fue casual, o así me lo pareció en el momento. Era evidente que al hombre no le gustaba que lo vieran con nosotros y apuró la charla todo lo que pudo. Se mostró apenas amable, pero su trato distante dejaba en evidencia quién era el amo y quién el sirviente.

»Me extendió la mano y yo titubeé. ¿No era acaso un nazi? ¿No era por culpa de ellos que estábamos viviendo bajo el imperio del miedo? ¿Cómo era posible que Arlette, *mi Arlette*, tuviera trato con un monstruo como ese? ¿De dónde lo conocía? Todo eso me pregunté, pero la mano enguantada de Bertram se anticipó a cualquier respuesta y me vi, de pronto, estrechándosela.

»Bertram era el oficial nazi más apuesto que usted pueda imaginar. Él lo sabía. Dudo que alguna vez haya estado en el frente de batalla. ¿Quién se hubiera atrevido a ensuciar una piel tan hermosa como esa? No, era imposible que Bertram hubiera estado en el frente. Él peleaba de otro modo. La suya era otra guerra. Una guerra administrativa, de trámites y papeles. Esa guerra sostenía la otra, la del frente. Una guerra menos sangrienta, aunque más cínica. Las dos imperdonables.

»Bertram se desentendió pronto de mí y le preguntó a Arlette por su salud, si estaba mejor de una jaqueca que, en efecto, venía atormentándola desde hacía un tiempo. Ella asintió y le dispensó una rapidísima mirada. Luego clavó los ojos en la punta de sus zapatos. Bertram preguntó por Charles. Arlette respondió que no tenía noticias y Bertram le dijo —o le recordó—

que lo tuviera al tanto. Eso fue todo. Se despidió con una inclinación de la cabeza y subió a un auto de lujo donde un chofer lo esperaba. Solo entonces noté que Arlette estaba temblando. Y mucho después supe que aquel auto había pertenecido a *lady* Ludmilla.

»Atravesamos el frío de la calle. No era invierno aún, pero la ciudad ya empezaba a cubrirse con esa pátina plateada que se extendía por los parques y bulevares y se confundía con la niebla y los humos del carbón cada vez más escaso. Pronto empezaríamos a quemar cualquier cosa, todo lo que no fuera comestible y tuviera una lejana sospecha de inutilidad. Conservar una silla extra era una frivolidad inaceptable.

»Nos detuvimos ante un poste del alumbrado público y nos abrazamos. En el poste alguien había colgado una prohibición. Una más entre tantas. O quizá no se tratara de una prohibición, sino de una norma de convivencia que incluía una amenaza velada, tan velada como la que Bertram había hecho unos minutos antes. Todo lo que se construye con palabras puede ser visto de varias maneras posibles, ¿no cree? Depende de cómo se las tuerza. Aquel cartel informaba a los ciudadanos que, en caso de cruzarse en la vereda con un oficial del ejército de ocupación —así se autodenominaban, sin el menor prurito— debían cederle el paso.

»Se me anudó el pecho. No entendía cómo Arlette se trataba con un hombre que era cómplice del dolor de tanta gente querida. Gente buena como Susana y doña Luisa que no podían regresar a su tierra. Gente cuyo destino yo no tenía claro entonces, porque el miedo me atenazaba cualquier intento de preguntar qué había sido de aquellos vecinos que de un día para el otro habían desaparecido. Sobre todo, me preguntaba cómo era posible que Arlette... Pero no le hice ninguna pregunta.

»Camino a casa... Para ese entonces, vivíamos juntos, no recuerdo si le dije esto. Susana aceptó a Arlette como dama de compañía. No levantó sospechas porque era natural que cada señora tuviera quien la asistiera. En

cuanto a Ludmilla Byron, no fue necesario darle explicaciones porque una noche se la llevaron. A ella, a su marido y a dos de sus tres hijos que dormían cuando un comando nazi irrumpió en la casa. Destrozaron y robaron cuanto pudieron. No se metieron con la gente del servicio, que permaneció aterrorizada en sus dependencias. Cuando los nazis se fueron, los menos leales saquearon lo que habían dejado y partieron. Solo una limpiadora, Arlette y el jardinero permanecieron en la casa, muertos de miedo.

»¿El tercero? ¿Qué tercero? Ah, sí, el tercer niño. Lo rescataron del interior de la chimenea, medio muerto y... y espere, espere, no me apure que ya llegaremos. El niño tenía unos diez años. Y se llamaba Charles. Pero no fue hasta un tiempo después que mi mente confundida logró enlazar a ese Charles con el de la pregunta de Bertram. Es todo lo que voy a decirle por el momento.

»Luego de aquella invasión a la casa, Arlette apareció en mi hotel con una maleta de cartón donde puso lo que pudo en medio del caos en el que todos corrían, gritaban, manoteaban aquí y allá lo que se les ponía enfrente. Estaba aterrada. La tuve en mi habitación, escondida, durante dos días. María fue mi cómplice. Hasta que me decidí a hablar con Susana. Y así, Arlette pasó a tener ropa, zapatos, comida, una cama y un nuevo trabajo.

»Todas las mañanas ella salía por un par de horas. Iba a visitar a un familiar enfermo. Vivía solo. Arlette iba a cocinar y a lavarle la ropa. Yo permanecía angustiado hasta que regresaba, pero jamás hubo ningún problema. Las salidas eran puntuales. Y puntuales los regresos. Como si Arlette se marchara a trabajar igual que cualquiera. Alguna vez debió salir de improviso y hubo una tarde en que regresó después del toque de queda. Creí enloquecer, pero al verla, todo volvió a su sitio y mi angustia dio lugar a otras preocupaciones.

»Estaba en mis cosas, corriendo de aquí para allá intentando solucionar algunos problemas básicos de subsistencia. Aprendí a regatear y a comprar

por trueque en el mercado negro. Sabía dónde encontrar a mis proveedores. Los productos más pequeños se conseguían en los corredores del metro. Las velas eran importantísimas porque la luz eléctrica se cortaba con frecuencia y porque, por las noches, el riesgo de los ataques aéreos aumentaba y había que permanecer en la mayor oscuridad posible. De eso no se salvaban ni los ricos.

»En el metro los vendedores se mezclaban con el resto de los pasajeros y pasaban bastante inadvertidos. Si aparecía algún guardia, era fácil escabullirse. En cambio, si uno deseaba comprar buena carne, vino o quesos, había que arriesgarse hasta las afueras de París, lo que solo podía hacerse en bicicleta.

»Imagine usted, entre tantas idas y venidas —que incluían alguna visita al correo o una salida para acompañar a Susana— no quedaba tiempo para detenerme en suspicacias. Además, estaba enamorado. Las ausencias diarias de Arlette no me resultaban extrañas. Solo pensaba en sobrevivir junto a ella.

»Aquella tarde después del cine, Arlette y yo volvimos a casa. No hablamos durante el camino. Algo nos incomodaba a los dos. Usted no sabe lo que Arlette significaba para mí. Imagínese. Un uruguayo de origen humildísimo, de pronto en la París ocupada, en medio de una guerra, lejos de mi familia. Con la amargura de saber que ellos también estarían sufriendo por mí, ¿entiende? Susana y doña Luisa eran mi familia en Francia, pero, a pesar de su inmensa bondad, la distancia social existía. En cambio, Arlette era como yo. Con ella podía tener sueños, *mis* sueños. Arlette era todo para mí. Todo, todo, todo... por eso, también, cuando ese todo se volvió nada, el sufrimiento fue atroz, tan atroz, mi amigo, que se pareció a la muerte.

XXXII. Pasternak

Moscú, 1956

—Eran días intensos. Cada tanto sonaban las sirenas y había que correr a guarecerse. Estaba fresco el recuerdo del bombardeo de junio del cuarenta. Esa vez murió mucha gente, casi todos civiles alcanzados por las bombas cuando buscaban refugio.

»Susana recibía a sus amistades en las dependencias del hotel. No al nivel de los salones. Quiero decir, no como *madame* Gould lo hacía o como la malograda Ludmilla Byron lo había hecho. Ni siquiera el poder del dinero alcanzaba para que Susana tuviera el prestigio social que deseaba. Supongo que, dadas las circunstancias y los peligros naturales de la guerra, le resultaba difícilísimo reunir un grupo numeroso de invitados. Así que se limitaba a organizar reuniones pequeñas.

»El hotel tenía buen servicio, pero Susana prefería un clima más íntimo —o quizá más seguro—, así que María, Arlette y yo nos arreglábamos para asistirle. De los tres, Arlette era la que mejor sabía moverse. No le costó nada ponerse el delantal y la cofia. En cambio, María y yo nos sentíamos por encima de aquellos menesteres. No era algo de lo que habláramos, pero los dos sabíamos que nuestros trabajos habituales estaban más arriba en la escala de los servicios. Y, aunque tampoco lo admitimos en aquel momento, nos sentíamos superiores.

»Pero no había tiempo para delicadezas. Susana nos necesitaba y no íbamos a fallarle. Los dos aprendimos a preparar canapés —con lo poco que yo lograba traer del mercado negro—, a presentarlos en bandejas, a servir

vino colocando un brazo doblado por detrás del cuerpo y girando apenas la botella para no derramarlo. Todo eso aprendimos y Arlette disfrutó al verse de pronto convertida en improvisada instructora. A mí me encantaba verla.

»Susana abrigaba ya por aquellos años el secreto deseo de financiar alguna publicación. Escribía poemas, ¿sabe? No podría decirle si eran buenos. Publicó unos pocos en vida y el resto apareció en un par de libros después de su muerte. La crítica no les dispensó mucha atención. Ni siquiera la atacaron. La estrategia contra Susana siempre ha sido la indiferencia. ¿Sabe qué creo? Que vivió mendigando atención. Desde niña. Aquel padre ausente debió de marcarla mucho.

»Y tampoco tuvo una infancia, cómo decirle, normal, con otros niños. La educaron en casa, con preceptores... Sabat Ercasty, ¿le suena? Carlos... ¿No? Bien, él fue uno de ellos y la recuerda en sus escritos como una buena alumna. Llegó a la universidad. ¿Qué me cuenta? Facultad de Derecho. Unas pocas materias y luego abandonó. Desconozco las causas, pero que haya ido a la universidad ya dice mucho de ella.

»¿Doña Luisa? Siempre la apoyó. Por eso me enoja cuando algunos hablan mal de ella. Que la asfixió, que esto y aquello. ¡Por favor! Doña Luisa era una mujer de carácter, es cierto. Y también es cierto que al enviudar se aferró a su única hija, pero de ahí a castrarla, ¡vamos! Susana viajaba sola, tenía una independencia que muchas mujeres de hoy desearían. ¿Usted cree que una madre castradora hubiera permitido algo así? ¡Susana fue a Moscú! Sí, sí, tras la mismísima Cortina de Hierro. Ah, casi olvidaba esto. Algo le he mencionado. ¿Sí? Pasternak... sí, me parecía que algo le había dicho.

»Nunca sabremos cómo fueron los hechos. Ni siquiera puedo asegurar que alguna vez se hayan encontrado... ¿Quiénes? ¡Susana y Pasternak! ¡Claro! Es así como se lo cuento. Susana estaba fascinada con la poesía de Pasternak y quería traducirla al español. Llegó a aprender algo de ruso. Así era ella. Publicó algunos poemas en su revista. Tuvo algo que ver con la traducción,

aunque creo que recibió ayuda. No recuerdo con exactitud. Y también hay un poema de Susana dedicado a Pasternak. De los que fueron publicados después de su muerte. Quién sabe si hubiera querido eso. Quiero decir, hacerlo público. Era demasiado reservada para sus cosas.

»Déjeme ver por dónde empiezo. Esto no puede demorar mucho más. Es que no quisiera que el comisario nos llamara a declarar justo en la mitad de la historia. Bien, intentaré ser breve. Tenga presente que no viví de cerca esto. Sucedió bastante después de la guerra, así que solo lo sé por oídas. Pero, después de todo, ¿qué importa? Un relato es un relato. Y la distorsión es inevitable siempre.

»Pasternak había estado en París en el 35. Fue durante un congreso de escritores o algo por el estilo. Parece ser que deslumbró a todos. Era un hombre imponente, con un carisma único. No sabría decirle si Susana lo escuchó hablar en esa oportunidad, pero me consta que se maravilló con las huellas que había dejado en París, quiero decir, con su literatura. El pobre volvió a su tierra. Lo tenían vigilado, una cosa espantosa.

»A los dos les gustaba Rilke. Tenían una sensibilidad común y compartían la necesidad de ser escuchados. Por distintos motivos, también Susana se sentía amordazada. No por cuestiones políticas, sino porque nadie creía demasiado en su talento. Ella vivía tras una cortina, quizá de seda y no de hierro, pero al fin de cuentas, una barrera que la mantenía aislada.

»No puedo contarle demasiados detalles del viaje de Susana a Moscú. Fue bastante después de que yo hubiera dejado mi trabajo con ella. Supe de ese viaje porque seguí en contacto con la mujer que le había enseñado ruso, Nadia Verbina es su nombre. O lo era. No he vuelto a saber de ella. Nadia la acompañó a Moscú en el cincuenta y seis, y me refirió esta historia en una carta que todavía conservo.

»Nadia contaba que Susana siempre había sentido fascinación por Rusia. Desde sus primeras lecturas de Tolstoi, cuando era adolescente. Viajaron en

tren y atravesaron las interminables llanuras. Susana iba con la cara pegada al cristal, observándolo todo, quizá reviviendo en imágenes lo que había leído en los libros. Campesinos, viajeros de comercio, mujeres con manguitos de piel y sombreros, figuras tan reales como literarias, confundidas con el paisaje de nieve.

»Según Nadia, el desencuentro se produjo por una diferencia de minutos. Una vez en Moscú, Susana fue a una casona donde se reunían escritores y le dijeron que Pasternak acababa de irse. Que solía pasar largas temporadas en su casa de campo y que era imposible asegurar cuándo regresaría. Imagine usted la desazón de esa mujer. Haber atravesado tantos kilómetros para nada. Esa noche partía hacia Viena y no había tiempo. Parece que solo atinó a escribir unas líneas llenas de admiración por la poesía de ese hombre que la había hecho venir de tan lejos.

»Sé que bastante después recibió una carta de Pasternak en la que el escritor lamentaba el desencuentro y le hablaba con entusiasmo de su novela, a *Doctor Zhivago* me refiero. Algunos dicen que Susana había viajado a Moscú solo para traer el manuscrito. Eran nada más que conjeturas, pero a doña Luisa no le gustó nada que se involucrara a su hija con la palabra *comunismo*, aunque fuera para ponerla en la vereda de enfrente. Mucho menos que se dijera que había viajado para encontrarse con un hombre y hacer ese trabajo más propio de un espía que de una mujer decente. Así que hizo que alguien pidiera una retractación a De Torre, que fue quien lo había dicho. Sí, el cuñado de Borges, el mismo. De Torre se retractó y el asunto quedó zanjado. ¿Quiere usted saber qué creo? Que, como en todo, en cada versión hay trocitos de verdad y mentira. Pero bueno, de todo eso me enteré años más tarde, así que tampoco puedo decirle con exactitud cómo se dieron las cosas.

»Sea como sea, la novela fue publicada poco después. Un éxito monumental. Además de un escándalo, claro, porque detrás de aquella

historia de amor se revelaba la crueldad del régimen. Un par de meses antes de la muerte de Susana le otorgaron el Nobel a Pasternak, pero lo obligaron a rechazarlo, ¿qué me cuenta? El pobre murió un año más tarde. Habrá influido la tristeza. ¿Usted cree que es posible morir de tristeza?

XXXIII. Pont D'Iena

París, 1942

—Había olvidado nuestro encuentro con Bertram y no pensaba en eso. Arlette y yo caminábamos por la orilla del Sena, a la altura de donde ahora se encuentra el Museo d'Orsay. Dios mío, qué belleza de lugar. Adorábamos caminar junto al Sena, cruzar sus puentes, ver cómo la ciudad iba encendiéndose. Incluso en tiempos de guerra, París mantuvo su hermosura. No era la ciudad luminosa y feliz de antaño, pero sí bella a más no poder. Esa tarde iba a proponerle a Arlette que nos casáramos. Era una locura en medio de tanta incertidumbre, pero también significaba apostar a la vida, no permitir que aquel aire fúnebre nos ganara.

»Convivíamos desde hacía unos meses y yo sentía que necesitaba darle otro estatus, que ella merecía ser mi esposa. Nadie se preocupaba demasiado por el honor de una sirvienta, pero para mí Arlette merecía los mismos honores que cualquier dama de alcurnia. Había pedido un adelanto a Susana porque quería comprarle un anillito. Algo modesto, imagine. Una alianza simbólica que ella pudiera mirar cada tanto y recordar cuánto la amaba.

»Esa vez el gesto fue de doña Luisa. Susana le habrá comentado algo y se me apareció con un anillo antiguo envuelto en un pañuelito de gasa. No entendí al principio. Doña Luisa era amable y lejana. Me hablaba lo necesario. Siempre con respeto, pero nunca habilitando una confianza que fuera más allá de nuestra relación. Sabía mantener las distancias. Así que se limitó a darme el envoltorio como si fuera algo obvio y habrá pensado que yo era un estúpido porque me quedé mirándola sin hacer ni un movimiento. Me

dijo que lo abriera y volvió a sus habitaciones refunfuñando, sin esperar agradecimiento.

»Imagine lo que sentí cuando vi aquello. Era una joya preciosa, un rombo de filigrana con dos brillantitos engarzados. Comparado con las piedras rutilantes que adornaban las divinas manos de doña Luisa —a Susana también le gustaban las joyas y tenía una predilección grande por los diseños exóticos, en especial, los de Oriente— aquel anillo no tenía mucho valor. Aun así, era muy superior a cualquier cosa que hubiera podido comprar con mi sueldo. Nunca olvidaré eso.

»Arlette y yo caminábamos y yo esperaba el momento exacto para sacar el envoltorio del bolsillo y colocarle el anillo en el dedo. Lo había ensayado varias veces, pero no había pensado cuál sería el mejor sitio. Quizá convenía buscar la comodidad de un cafecito. O quizá debía detenerme en un momento cualquiera y allí nomás, junto al río, sorprenderla.

»Los parisinos regresaban a su casa a toda velocidad, a pie o en bicicleta. Había que llegar antes del toque de queda. No existía un horario fijo para eso. Cada día había que consultar a qué hora debíamos estar en casa y, si el toque nos sorprendía fuera, lo mejor era buscar una delegación policial o pedir cobijo en algún bar. Andar por las calles después del toque de queda podía significar la muerte. Solo los médicos tenían un poco más de libertad de movimiento, pero tampoco estaban seguros, no crea. A eso había que sumar los horarios del metro. El último, lo recuerdo bien, salía a las ocho y media de la noche, aunque no era hora francesa, sino hora alemana. Un auténtico lío. Nadie estaba seguro de hacer las cosas bien y eso era una forma del terror que llevaba el estrés a niveles imposibles.

»Cada tanto pasaba algún auto con oficiales nazis y Arlette se apretaba contra mi brazo. Llegamos al Pont D'Iena y me pareció el sitio perfecto. Al otro lado se veía la Tour Eiffel en toda su imponencia. Iniciamos el cruce. A mitad de camino le pedí que cerrara los ojos y extendiera las manos abiertas.

Era un juego que mi madre nos proponía para distraernos de nuestra extrema pobreza, allá en Montevideo. Nunca era un regalo importante, claro, no podía serlo. Pero ella hacía magia de la nada y, cada tanto, nos alegraba el día con terroncitos de azúcar que hacíamos durar en la boca como si fueran golosinas.

»Arlette parecía divertida con el juego. Me demoré para disfrutar su sonrisa pícaro, los ojos apretados convertidos en una rayita y las palmas abiertas hacia el cielo. Las besé y en ese cuenco adorado deposité el anillo como si estuviera depositando mi vida entera. Miró el anillo y luego por encima de mi hombro. Cuántas emociones se condensaron en aquella mirada. Esperé. Arlette hizo una mueca de dolor y movió la cabeza, como negando una realidad que yo no acababa de comprender.

»Me devolvió el anillo, y eso fue todo. No hubo tiempo para explicaciones porque de la nada apareció un auto negro, el auto de *lady* Ludmilla, el auto de Bertram. El chofer bajó y caminó hacia nosotros. Se detuvo a unos metros. Arlette volvió a mirarme. Esa vez como pidiendo perdón por algo que yo no entendía y caminó detrás del hombre que ya había dado la vuelta y regresaba al auto. Abrió la puerta trasera. Había alguien dentro, aunque solo distinguí su silueta. Arlette entró y esa, mi amigo, es la última imagen que conservo de ella porque nunca, nunca, nunca volví a verla.

XXXIV. Shakespeare and Company

París, 1943

—La desaparición de Arlette me enloqueció de dolor. Primero creí que se trataba de un secuestro, aunque la imagen de ella caminando con serenidad hacia el auto negro, su forma de mirarme antes de subir, no daban cuenta de ninguna violencia. Todo había sido tan rápido, tan sereno. Yo había quedado paralizado, no la había defendido y me sentía culpable por eso. Pensar en un secuestro era algo terrible, aunque la salvaba de algo peor, algo en lo que ni siquiera podía pensar. Y era que Arlette me hubiera traicionado.

»En ciertas circunstancias nuestro egoísmo no tiene límites, ¿no cree? Prefería saberla en medio de un sufrimiento, antes que imaginarla urdiendo una traición en mi contra. No sabía a qué pensamiento aferrarme. Por momentos, me atormentaba saberla en peligro. Pero al rato, se me instalaba en la mente la idea de que me hubiera abandonado y sentía un puño en el pecho.

»Fueron sentimientos complejos. Amor, rabia, rencor, en fin, un cóctel devastador. ¿Ha oído eso de que lo que no nos mata nos fortalece? Otra mentira. ¡Cómo detesto esas frases hechas! Lo que no nos mata, nos debilita. Deja huellas, nos va cansando, ¿entiende? Es posible que nos endurezca el alma, pero no hay que confundirlo con fortaleza. Nos volvemos más cínicos, tenemos menos empatía. Eso, le repito, no es fortaleza. Cada dolor nos resquebraja un poco, nos reseca. Así fue con Arlette. Una parte de mí murió en aquel puente.

»Todo fue en un instante. Quedé petrificado y ni siquiera sé cómo encontré

el camino de regreso. Cuando llegué al hotel, caí en la cuenta de que casi no quedaban pertenencias de Arlette. ¿Cómo y cuándo las había sacado de allí? En medio de la confusión recordé que cada mañana, cuando salía hacia lo de su familiar enfermo, llevaba un pequeño atado de lo que, según me decía, era ropa limpia y algo de comida.

»Tuve que explicarle a Susana lo que había sucedido y ella prometió que averiguaría entre sus amistades. Me consta que lo hizo porque un día —habría pasado un mes desde que Arlette se había ido— me dijo que fuera a una pequeña librería, que allí había una mujer que quizá supiera algo.

»Susana había ido la tarde anterior a una de las reuniones en casa de Florence Gould. No sé cómo se las habrá arreglado para hacer sus indagaciones, porque mencionar a Arlette era mencionar a Ludmilla Byron, y eso significaba un riesgo grande. Cuando una persona desaparecía no se volvía a hablar de ella. Como si no hubiera existido. Desaparecía y punto. Era una manera cruel de mantenerse lejos de toda sospecha. Y, por supuesto, de condenar a esa persona al olvido, que es una de las maneras de la muerte.

»Quizá porque Susana era en todos los aspectos inofensiva, no levantó sospechas. Recuerdo que esa tarde *monsieur* Jouhandeau, un amigo, había pasado por ella, así que no tuve necesidad de acompañarla. No tenía fuerzas. Era un felpudo. Solo quería dormir. Iba del letargo a una excitación espantosa, un desasosiego.

»Susana me dijo que fuera a esa librería, que allí encontraría noticias de Arlette. Shakespeare and Company, así se llamaba la librería y creo que aún existe aunque no sé si en el mismo lugar, ni siquiera si se trata de la misma librería. Bien, no importa... En aquellos años estaba en la *rue* Odéon y —algo que Susana no sabía— había cerrado no hacía mucho. Ni el cartel conservaba. En su lugar, había algo con aspecto de cartel, pero que parecía haber sido pintado a las apuradas, como si alguien hubiera querido taparlo.

»Golpeé y, al cabo de un rato, abrió la puerta una mujer... la mujer más

arrugada que jamás hubiera visto. Unas arrugas como surcos. La mujer, al igual que todos, se mostraba con miedo, pero Susana me había advertido que le nombrara a *madame* Gould y eso bastó como santo y seña.

»Me dejó pasar y puso a mi disposición lo que encontró en su magra despensa. Me dio vergüenza comer porque sabía que eso significaba dejarla sin cena, así que solo acepté un té. Era algo asqueroso. No sería raro que el edificio tuviera cortada el agua corriente y la mujer hirviera agua de lluvia. O algo peor. Lo tomé por no ofenderla.

»Era una antigua sirvienta de Florence Gould, demasiado vieja para seguir trabajando. Tosía de una manera espantosa, con una tos áspera, seca. Guardaba una lealtad de hierro hacia su antigua patrona. De hecho, trató de justificar que la hubiera despedido. Dijo que la pobre *madame* Gould se había visto obligada a reducir el personal y que, como era obvio, se había quedado con los más eficientes. Pero que no se había olvidado de ella y que, a través de sus contactos con las dueñas de la librería, le había conseguido aquel puesto de casera. Dudo que cobrara sueldo alguno, pero es probable que Florence Gould le hiciera llegar víveres y algo de carbón. No creo que la pobre mujer necesitara mucho más y, para qué voy a mentirle, tampoco creo que le quedara mucho tiempo.

»A cada segundo me preguntaba qué hacía yo allí. Aún quedaban rastros de estantes e incluso había algún libro desportillado. No podía saber en aquel momento lo que había significado ese lugar unos años antes. Ni mucho menos que a unos metros de mi cabeza, escondidos en un piso alto, había miles de ejemplares. La mujer se me descolgó con eso. Como si necesitara hablar, quitarse el peso de encima. Según me contó, hacía un tiempo se había presentado un oficial nazi y había ordenado a la dueña que le vendiera un libro. La dueña —Sylvia Beach se llamaba— se negó y él amenazó con confiscarle todo. Ella se mantuvo firme, pero apenas el hombre se marchó, decidió cerrar la librería. Como tantos, se había quedado en París segura de

que los nazis jamás entrarían.

»No alargo más esto, porque quiero llegar a Arlette, pero sepa que a esa librería iba no solo Joyce... Dicho sea de paso, fue gracias a Sylvia Beach que Joyce publicó su *Ulises*. ¡Condenado libro! Lo he empezado cien veces y nunca he podido leerlo. Avanzo unas páginas y me pierdo. En fin, Joyce no me cae bien, de todos modos. Pero le decía, allí iban Hemingway, Simone de Beauvoir, Scott Fitzgerald... Por ese lugar habían pasado los mejores y ahora daba pena verlo en ruinas.

»¿La señora Sylvia? Ayudó a cuantos pudo a escapar y a resistir desde la clandestinidad. Como era obvio, la tenían en la mira y la deportaron a un campo de los que hubo en Francia. Sobrevivió, sí. Y después de la liberación trabajó para ayudar a los que habían quedado maltrechos. ¿Sabe quién era amiga suya? Victoria Ocampo. Sí, señor. Y no me haga seguir abriendo ventanas porque tendría mucho para contar de Victoria y sus relaciones en París, pero necesito llegar a Arlette.

»La mujer de la librería, la vieja, había servido algunas veces en casa de los Byron, en la época dorada de *lady* Ludmilla. Parece que era una práctica corriente la de prestarse gente del servicio, como quien presta cristalería o muebles. No me haga caso, cada tanto me sale un poco de resentimiento.

»Conocía a Arlette, por supuesto. Y también a otras personas que servían en lo de *lady* Ludmilla. Por una de estas personas supo que Arlette estaba viva y no solo eso. Arlette trabajaba ahora en casa de Bertram. Más que eso. ¡La mansión de los Byron *era* la casa de Bertram!

»No pudo decirme más, pero tampoco hizo falta porque no había terminado de hablar cuando yo ya estaba saliendo. A toda carrera crucé las calles. Pudieron haberme matado. Cualquier movimiento brusco podía haberme ganado un tiro en la nuca, ¿entiende? Pero no pensé en eso. Solo quería ver a Arlette.

»Llegué a aquella puerta ante la que tantas veces me había detenido un

segundo para demorar el placer de ver a la mujer que amaba con toda la fuerza de mi alma. Esa vez también me detuve, pero no por aquella razón, sino por miedo. No estaba seguro de querer enterarme de la verdad que me esperaba al otro lado. Recuperé el ritmo de la respiración. La carrera me había dejado sin aliento. Respirar no resuelve las cosas, pero ayuda a serenarse.

»Golpeé. Silencio. Otra vez. Nada. Empujé la puerta, que se abrió con total complacencia. Entré. El olor me golpeó con brutalidad. Era un olor a lejanía, un olor metálico, helado, pestilente y, a la vez, como a carne fresca. Pensé que una morgue debe oler así. E intuí en aquella casa la presencia de la muerte.

»Grité el nombre de Arlette sin medir mi imprudencia. Grité como un desaforado, recorrí salas, abrí puertas, vi con estupor el abandono, el saqueo, la ausencia de vida, la nada en la que se había convertido aquel lugar que todavía guardaba en mis recuerdos poblado de hombres elegantes y mujeres bellas. Las marcas de los cuadros en las paredes me trajeron por un instante la imagen de aquel Klimt y juraría que hasta pude verlo, pero no... Empezaba a alucinar. Allí no quedaba nada más que soledad, tristeza y silencio.

»Salí hecho un loco y me topé con el chofer de la casa vecina. Sus patrones eran unos colaboracionistas notorios que asistían a las fiestas de *lady* Ludmilla y que ahora, con seguridad, renegarían de su familia y de ella. Conocía al hombre porque alguna vez habíamos intercambiado unas palabras mientras yo esperaba a Arlette junto a la puerta. Me dedicó un saludo brusco, casi imperceptible, con el índice derecho elevado a la altura de su frente. Luego siguió con lo suyo.

»Me lancé sobre él y lo abrumé con preguntas. Se asustó, claro. La seguridad requería máxima cautela. Intentó apartarme, pero se habrá dado cuenta de que no me iría sin respuestas. Me hizo una seña y lo acompañé hasta el portal, donde quedamos menos expuestos. Se lo veía nervioso,

malhumorado. Si hubiera tenido la oportunidad de entregarme a un nazi en ese momento, sé que lo hubiera hecho.

»Le pregunté por Arlette, dónde estaba, si la había visto, qué había sido de ella. Resopló molesto y, casi empujándome hacia la calle mientras desaparecía por la puerta, me dijo que Arlette había vivido las últimas semanas sirviendo a un oficial nazi. Y que los había visto partir hacía unos días en el auto de los Byron, que llevaban equipaje, que no sabía hacia dónde, que parecían un matrimonio —no sé por qué tuvo que agregar eso—, que la casa estaba vacía y que le hiciera el inmenso favor de nunca más regresar o se encargaría de poner mi nombre en un sobre. Todos sabíamos lo que significaba un sobre con un nombre dentro.

»Es extraño. Nunca tuve deseos de morir. Quiero decir, nunca tuve el impulso, la voluntad. Ni aun ese día. Aunque sí me hubiera dejado morir, pero de una manera suave, por inacción, vencido por esa pena inconmensurable que sentía sobre mí como una montaña de piedra. Serían los inicios de una depresión. No puedo decirlo. No había tiempo ni dinero para médicos.

»Me tumbé en la cama y allí permanecí durante no sé cuántos días. Susana, doña Luisa y María se encargaron de mí. Entendieron que no se trataba de un ataque de pereza, sino que estaba enfermo. Las veía trajinar con agua y comida, cambiarme las sábanas, todo con una prudencia absoluta, con respeto. Llegaron a darme de comer en la boca. En aquel momento no medía el alcance de ese gesto. Pero luego, al evocarlos, supe que era amor puro, amor cristiano. Que esas mujeres, tan damas, tan señoras, siempre pertenecerían a su clase, pero eso no les impedía sentir mi dolor, sufrir conmigo, acompañarme.

»Me convencí de la traición de Arlette. Lo que más había temido era cierto. No había sido secuestrada ni estaba muerta. Se había ido con su amante, y su amante era Bertram, un asqueroso nazi que había deportado a

lady Byron y a su familia, que se había apoderado de su casa y de sus cosas. Y Arlette, *mi* Arlette estaba tras todo eso. Una colaboracionista. Eso era. ¿Había entregado a su patrona? ¿A la familia entera? ¿Había sido capaz de algo tan repugnante? La traición, mi amigo, es el más repudiable de todos los pecados. El más inmundo.

»Pero el mayor dolor no provenía de esa constatación espantosa. Hubiera podido perdonarle todo, incluso aquella connivencia con los nazis. La traición a su patria, a la familia que le había dado trabajo y techo. Todo eso podía perdonarlo. Lo que no podía perdonarle era la traición al amor que yo le había entregado. Entonces mi dolor viró de golpe. Se transformó en odio. Y con toda la fuerza de mi amor, le deseé la muerte.

XXXV. Bibi

París, 1943

—Aún faltaba para que terminara la guerra, pero el Reich se debilitaba día a día. Los bombardeos aliados iban haciendo mella. Las noticias llegaban a París mucho después. Imagine, las comunicaciones estaban controladas y los nazis evitaban cualquier información que tuviera indicios de derrota. De algún modo nos enterábamos. Por cada avance aliado había festejos. Muy débiles, por supuesto.

»Recuerdo a un italiano viejo que traficaba con quesos. Fingió celebrar un aniversario de casados cuando las tropas aliadas invadieron Sicilia. Creo que fue a mediados del cuarenta y tres. Se permitió regalarle un pequeño ramo de flores a su mujer. Y hubo música suave hasta que comenzó el toque de queda. Me invitó a compartir su festejo, pero yo no tenía ánimo para nada. La guerra me daba igual. A los demás, no. Los demás mantenían la esperanza y esas buenas noticias eran luz para ellos.

»Yo no sentía nada. Ni alegría, ni tristeza. Pensaba en mí como en una de esas tunas que parecen vivas solo porque están verdes, pero que no se mueven ni crecen. Y tienen espinas. Así me había vuelto. Un ser intratable, huraño. Solo Susana y doña Luisa sacaban algo bueno de mí, un poco de cortesía, que era lo que me iba quedando. Hasta la pobre María se llevó alguna respuesta en un tono que no merecía. Estaba tan enojado, era tanta mi ira, tanto mi odio. Solo podía pensar en la traición de Arlette y desearle la peor de las muertes.

»¿Usted sabe lo que es el odio? ¿No? Bien, entonces será difícil que me

entienda. La anatomía del odio es compleja. No sé si tiene sentido explicársela a alguien que no ha experimentado ese sentimiento. El odio nacido del amor es el peor de todos, el más letal, el que más envenena. Porque primero lo carcome a uno por dentro. Es como si una rata se hubiera metido en el cuerpo y fuera royendo, royendo nuestras vísceras. Cuando uno odia, todo duele. Cada centímetro del cuerpo arde, quema. Uno empieza a tomar conciencia de la planta de los pies, las pestañas, las uñas, el pelo, todo molesta. El estómago se aprieta y uno pierde el apetito. Puede pasar días enteros sin comer. Dicen que el corazón se rompe y es cierto.

»En el fondo, lo que desea es morir. Pero no tiene fuerzas para hacerlo, ¿entiende? No cualquiera se suicida, aunque casi todos en algún momento deseamos el alivio de la muerte. Pero no cualquiera puede. Al principio, no me levantaba de la cama. No quería bañarme, ni afeitarme, nada. Las señoras fueron amables conmigo. Entendieron que aquello no era flojera, sino una tristeza profunda, una enfermedad tan enfermedad como cualquier otra. Y que necesitaba tiempo.

»En efecto. El tiempo hizo su obra. Aunque el tiempo no cura, solo cambia las circunstancias, pero el dolor sigue ahí. Mi dolor se convirtió en odio puro. Me volví un ser bastante despreciable. Apenas atendía mi trabajo. Hacía lo justo y me tumbaba en la cama a mirar el techo. Uno de los últimos encargos que hice por aquella época para Susana fue ir a buscar el retrato de Picasso. Como ya le conté, fui a su atelier y lo traje al hotel. Durmió en mi habitación, aunque para mí nada significaba entonces aquel pedacito de tela.

»Pasé la Navidad del cuarenta y tres tirado en la cama, sucio, indiferente a los ruegos de la pobre María que se deshizo en esfuerzos para que compartiera la cena con ella. Las señoras cenaron en el comedor del hotel y, antes de subir a su habitación, Susana golpeó a mi puerta. No respondí. Como era de esperar, no insistió. Pero al otro día encontré tras la puerta un paquetito. Lo abrí sin la menor curiosidad. Era una cajita blanca, forrada en

cuero y con un monograma en letras doradas: LBA. Algo que doña Luisa le había dado para mí. Un pequeño camafeo de marfil, una preciosa con una virgen niña tallada. ¿Por qué me lo daba? Supongo que porque me veía triste y era la forma que tenía de manifestarme su simpatía. Igual que unos meses antes había hecho con el anillo que, por supuesto, yo le había devuelto sin explicaciones.

»A usted le parecerá un detalle insignificante, pero a veces son esos detalles los que nos salvan la vida. El gesto de doña Luisa era mucho más que regalarme un objeto. Doña Luisa me hacía saber que deseaba mi recuperación, que por terrible que fuera lo que me hubieran hecho, alguien pensaba con afecto en mí. Y fue como si ese afecto se transformara en un largo brazo que atravesó el océano. Sentí que toda mi familia estaba allí conmigo, arropándome, diciendo cuánto me querían y cómo esperaban mi regreso. El dolor nos vuelve egocéntricos. Hacía mucho que no pensaba en ellos.

»Me obsesioné con retornar a Montevideo. Sabía que no podía hacerlo mientras durara la guerra, así que empecé a interesarme de forma exagerada en los avances aliados. Iba a los bares a distraerme y a escuchar las últimas noticias, buscaba cualquier lugar donde hubiera una radio y me pegaba a ella. Como le decía, las noticias oficiales estaban filtradas y las transmisiones no eran fiables. Aun así, de todo iba sacando algo de información. De ese modo, iba haciéndome mis propias ideas.

»En uno de esos bares conocí a Bibi. Era una *maquisarde*, ¿sabe qué es eso? Una resistente. Bibi D'Astier se llamaba. En ese momento operaba en la ciudad, pero había vivido largo tiempo en el monte. Allí se organizaban los *maquis*, la lucha armada. Hicieron lo suyo. Los nazis los superaban en fuerza y en armamento; ellos conocían el terreno. Y, además, luchaban por su patria. Usted dirá que los nazis también. Pero es distinto. Por más que le hayan lavado el cerebro, un soldado sabe en el fondo de su alma cuál es la

diferencia entre conquistar y defender.

»En los *maquis* se peleaba con el corazón, no por la gloria, no por el poder ni el afán de conquista. Se peleaba por la defensa del país y su gente, pero, sobre todo, por algo que para los franceses tiene un valor superlativo y es tan difícil de definir. *La France*, mi amigo. Peleaban por *La France*, que significaba para ellos pelear por la civilización, por Occidente.

»Los *maquis* hacían pequeños atentados de guerrilla. Volaban puentes y saboteaban las vías férreas. Recibían ayuda aérea, pero lo esencial se hacía desde tierra, con hombres que hasta hacía poco vestían traje y ahora corrían descamisados por los campos franceses, fusil en mano, sabiendo que podían perder la vida en cualquier momento. Los nazis reparaban con velocidad lo que los *maquis* destruían, pero apenas se retiraban, detonaba otro explosivo, y así. Nunca sabían dónde sería el próximo ataque y eso, en su estructura ordenada donde cada movimiento estratégico estaba planificado al detalle, resultaba desconcertante.

»Me uní sin darme cuenta a la resistencia. No crea que fue por convicción o por sentido patriótico. Estaba vacío. Nada me importaba, no podía sentir, ¿entiende? Eso me había hecho Arlette y por eso la odiaba, por haberme robado la vida. Lo único que me mantenía alerta era el odio, el odio hacia ella. No sé qué hubiera hecho si la hubiera tenido delante de mí. Quizá, si hubiera aparecido, solo la habría abrazado, me habría echado a sus pies para rogarle que volviera. No lo sé y durante mucho tiempo me atormentó esa idea. La buscaba en otras caras, en otros cuerpos, a la vuelta de cada esquina. Algo como una obsesión que viró en aquel odio poderoso. No podía mantener ese odio adentro y empecé a depositarlo en todo y en todos. Un odio puro, peligroso, perfecto.

»Ya no era el mismo. Todo lo hacía sin fuerzas, sin la menor alegría. Despachaba mis tareas —no mucho más que encargarme del correo y traer algunos víveres para las señoras— y luego marchaba rumbo al Barrio Latino.

Iba tarde a tarde a beber a un barcito de borrachos. *La petite Lir*, así se llamaba. Caí allí por casualidad, sin sospechar que entre las mesas de parroquianos tristes se fraguaba una conspiración de resistentes. Bibi era camarera y tardó un par de semanas en hacerme la propuesta.

»Tiempo después, cuando le pregunté por qué había confiado en mí — como ya le he dicho, las delaciones eran frecuentes y no hubiera sido raro que yo fuera un infiltrado—, cuando le pregunté, me dijo que no había sido confianza, sino necesidad. Estaba quebrado y a la legua se me notaba que me daba lo mismo vivir que morir. Que si no me suicidaba era porque no estaba en mí hacerlo. Y ella necesitaba a alguien dispuesto a morir.

»Lo que Bibi me pidió fue algo tremendo. Aunque saliera indemne, aunque no me asesinaran, de todos modos, una vez terminada mi misión sería como si hubiera muerto. Nada quedaría ya de aquel Jacinto Arnau lleno de ilusiones que había llegado a París y, al enamorarse, había creído vivir dentro de un sueño. Nada quedaría del hombre noble que había asistido a las Soca. Nada del lector de Victor Hugo que había llorado de emoción ante la catedral de Notre Dame. Nada de nada. De la nada más pura estaba hecho.

»¿Cuál era la misión que Bibi me había encomendado? Muy simple. Tenía que matar a un hombre.

XXXVI. Père Lachaise

París, 1944

—¿Por qué su sorpresa? En la guerra se mata y se muere. Se ve la vida desde otro ángulo. Su país vivió una guerra hace apenas diez años; debería saberlo. Me tienta preguntarle qué piensa de esas islas, pero no quiero desviarme. Las guerras son todas distintas, aunque se parezcan. Trastocan los valores, las perspectivas, nada es igual. Las emociones se exageran o se diluyen hasta desaparecer. Es raro. Hay que estar allí para entenderlo.

»Yo debía matar a ese hombre, pero no deseaba su muerte. Se trataba de un colaboracionista que había entregado a una familia de resistentes. Quizá fue durante una sesión de tortura, quizá ni siquiera necesitó eso. El miedo es otra forma de la tortura y algunos no lo aguantan. Quiero decir, en la guerra —como en la vida— es imposible no tener miedo; el asunto es qué hace uno con él.

»Me daba cuenta de que había una gran distancia entre matar porque alguien me lo hubiera pedido y matar por odio. De algún modo, me parecía que lo último era más honesto. Pero mi confusión era intensa. No sé qué hubiera hecho de haber tenido ante mí a Arlette. La odiaba y deseaba su muerte, aunque no sé si hubiera podido matarla. El acto de matar es enorme, totalizador, se requiere de una energía brutal porque hay que ir contra todo lo que nos han inculcado. Quizá sea más natural de lo que parece, pero el peso cultural es fuerte. No matarás, ya sabe... Esas cosas con las que crecemos.

»Bien, ese hombre había entregado a sus vecinos, una familia de alsacianos. El hijo más joven era un enlace de los *maquis* con las fuerzas

resistentes de la capital. Los nazis llegaron una noche, rompieron la puerta a patadas y a patadas los echaron a la calle. Allí, a la vista de quien estuviera espiando tras los postigos, les quitaron la ropa, los golpearon y los hicieron caminar en cuatro patas hasta la caja de un camión donde los subieron.

»La más vieja del grupo se demoró. Apenas se tenía en pie. Llevaba un cachorro escondido entre la ropa. Uno de los soldados vio el cachorro y se impacientó. Le aplastó la cabeza con aquellas enormes botas. La vieja gritó y el hombre le clavó un puño en el vientre, luego otro y otro y otro, hasta que la mujer quedó inmóvil en el suelo. La familia observaba desde la caja del camión. Los nazis subieron a la cabina, dieron marcha atrás y arrollaron el cuerpo aún con vida de la vieja. Bibi me lo contaba con emoción porque había sido testigo de aquello. Decía que por las noches le regresaba a los oídos el crujir de los huesos bajo el peso de las ruedas.

»Me contaba los detalles y yo escuchaba impávido. No explicó los motivos por los que ella no podía ejecutar al hombre, aunque supongo que tenía que ver con que hubiera podido reconocerla. A mí no me interesaba nada de eso. Le dije que solo me dijera cómo debía hacerlo. Me llevó al sótano y me dio un arma pequeña. Tuvo que enseñarme a usarla y se divirtió haciéndolo. Ella reía y yo oía algo parecido al tintinear de miles de cascabelitos, pero no me causaba ningún placer su risa.

»Junto con el arma me dio una cápsula con cianuro. Por las dudas, dijo. Imagine usted lo que significó para mí aquella capsulita. A veces los suicidas solo necesitan que se les allane el camino. Una forma es proporcionándoles los medios. Yo no deseaba vivir con aquel dolor a cuestas y, sin embargo, no era un suicida en potencia. Con lo sencillo que hubiera sido tragarme la cápsula, no lo hice.

»Cumplí con mi deber. Como un autómatas. Tal y como Bibi me había explicado. El hombre vivía cerca de Père Lachaise y solía dar un paseo matinal por el cementerio. No, no, en absoluto extraño. Los cementerios de

París son auténticos paseos. Están en los itinerarios turísticos. Hoy día, la gente va por los senderos, plano en mano, buscando las tumbas de sus personajes preferidos. Mire, le digo algo, en un cementerio como Père Lachaise es más fácil encontrar a un turista que a un doliente.

»El hombre vivía en el Boulevard de Charonne, lo recuerdo como si fuera hoy. No en su apartamento, sino en el de sus vecinos. No era raro que las delaciones se pagaran así, es decir, que los alemanes se llevaran todo lo que fuera de su interés y dejaran la propiedad para que la ocupara el traidor. Igual que carroñeros. ¿Los ha visto? Comen por jerarquías. Primero vienen los leones, luego las hienas y al final los buitres se alimentan de los restos. Así era con esa gente. Carroñeros.

»Yo no debía hacer otra cosa que apostarme en un café frente a su apartamento, después del mediodía, y esperar que saliera. Las señas que Bibi me había dado eran imprecisas, pero no me importaba demasiado eso. De pronto tuve la necesidad de matar a aquel hombre que no conocía y al que debía aniquilar solo porque alguien me había dicho que lo hiciera.

»Le ahorro detalles. Seguí al hombre —o a quien me parecía que era el hombre— y, como estaba previsto, tomó la callecita hasta la entrada del cementerio. Había poca, poquísima gente, así que podía seguirlo a una distancia prudente sin miedo a perderlo, pero una vez en el cementerio apuré el paso. Aquel laberinto de tumbas me pareció aterrador. Creo que deseé terminar con aquello porque hacerlo allí le añadía un toque ominoso, no sé cómo decírselo, era como si me sintiera observado por los ojos de los muertos.

»No había guardia en la entrada. El hombre torció a la izquierda. Ahí nomás empezaban los nombres famosos: Bizet, Pissarro... Y los cuervos... ¡Mire usted! No había vuelto a pensar en los cuervos, pero sí, estaban en lo alto de los panteones —panteones que son monumentos— y, como era de esperar, casi no se veía gente. Le diría que estaba desierto. La ansiedad me

devoraba y también un odio feroz, una necesidad de dañar, de romper, de destruir a quien fuera. El hombre se detuvo a atarse el cordón del zapato y, fíjese qué detalle, apoyó la punta del pie sobre la tumba de los Rothschild. Glamoroso, ¿no cree?

»Debió de sentir mis pasos tras de él. Se dio vuelta, pero demasiado tarde porque yo ya apretaba el gatillo. Estábamos a un metro y el tiempo se congeló. Pude ver su expresión de sorpresa, primero; luego el terror dibujado en un rictus grotesco y, al final, una súplica. Todo en ese instante que tomó la bala entre el arma y su cuerpo.

»El disparo sonó como un chasquido en el silencio. Un único disparo. Debí de haberle dado en alguna zona vital porque cayó sobre sus rodillas y se desplomó hacia delante. Su frente golpeó la lápida y la sangre oscura comenzó a salir del tajo abierto. Ni siquiera eso me impresionó. Solo recuerdo una ligera extrañeza ante el color amarronado de la sangre, nada más que eso.

»Al darme vuelta vi la tumba de Abelardo y Eloísa. Es curioso. Acababa de matar a un hombre y no tenía el menor remordimiento, pero el gesto adusto de los amantes que me observaban desde unos medallones en lo alto del panteón me puso la piel de gallina. Como si estuvieran mirándome desde su altura, como si me reclamaran por lo que había hecho y, a la vez, me recordaran mi amor traicionado. Ellos, que se habían querido en secreto, no habían podido vivir su amor porque la pacatería del mundo se los había prohibido. Pero yo, yo estaba en el siglo XX y Arlette le había dado un sentido a mi vida. Teníamos sueños. El mundo no había conspirado contra nosotros. Había sido la perfidia de ella.

»La amaba y la odiaba a la vez. Cómo explicarlo. Deseaba olvidarla y, cuanto más lo intentaba, más se me instalaba en el pensamiento. Era una obsesión, ¿entiende? Por eso la quería muerta. Así no podría amar a otro hombre. Solo así yo conseguiría algo de paz. O, al menos, eso pensaba.

»Como le decía, no sentí nada en ese momento. Al momento de matar, me refiero. Ni siquiera una satisfacción justiciera. Nada. Pero años después, cuando el odio perdió su pureza y volvió a mezclarse con el dolor y la vergüenza, esa última expresión de súplica volvió a mí. Fue un día cualquiera, ya en Montevideo, en una plaza, la plaza Varela. Me senté en el monumento a fumar un cigarrillo y se me acercó un perro callejero. Estaba sucio y se le marcaban las costillas bajo la piel reseca. Iba a ahuyentarlo cuando me miró. Reconocí la mirada de súplica que venía de aquella tarde en Père Lachaise, y me interpelaba desde los ojos de un perro.

»Usted me dirá que cuánto puede importar la muerte de un hombre en el contexto de una guerra. Para mí fue la primera muerte real y cercana, la muerte que me hizo sentir parte de aquella guerra, como si hasta entonces hubiera logrado mantenerme a salvo de su corrupción, de su ruptura de valores. Era un uruguayo atrapado en una guerra que se decía mundial, pero que era, sobre todo, europea. Eso me había permitido hasta el momento no solo vivir fuera de cualquier participación activa, sino libre de un compromiso moral que me hiciera involucrar de forma directa. Estaba allí, pero sentía que aquello no era de mi incumbencia. Otro de mis errores de percepción, pero bueno, así lo había sentido hasta el momento.

»Al matar, supe que también yo era parte de aquello y que, cuando en el futuro se hablara de esos tiempos y se dieran cifras y detalles horribles, yo, Jacinto Arnau, tendría mi cuota de culpa, mi espantoso aporte a la ya espantosa estadística de la guerra.

»Esa noche, la noche del crimen, no volví a mi hotel. Susana, doña Luisa y María se preocuparon e intentaron una búsqueda inútil. Al otro día regresé y ellas debieron de notar en mi rostro que era otro hombre. Que el Jacinto Arnau que conocían, el muchachito noble con el que podían contar para lo que quisieran, ya no estaba en mí. Quizá tuvieron miedo. No lo sé. Le dije cualquier mentira a Susana. Hablé con un aire de indiferencia, con una

extraña languidez, porque en aquel momento tampoco me importaba ella.

»Susana entendió. Me veía mal desde hacía meses, una caída libre y sin red. Me dijo que esperara y volvió un rato después con una buena suma de dinero y unas alhajas que debo de haber recibido asombrado porque se sintió en el deber de explicarse. Eran para el camino, me dijo. El dinero se terminaría pronto y nadie sabía qué pasaría después de la guerra. Era la tercera vez que me auxiliaban de aquel modo, con alhajas. Primero el anillo, luego el camafeo. Ahora esto que era su forma de darme lo que podían, una parte de lo que ellas eran.

»Me despedí de Susana y fue como dejar atrás mi vida entera. En lo profundo de mí deseaba agradecerle, decirle cuánto las quería a ella y a doña Luisa, explicarle que me marchaba no por ingrato, sino porque, si me quedaba, iba a morir de tristeza. Pero las emociones no encontraron las palabras. Estaba reseco. Apenas le di unas gracias tibias, apreté su mano y me fui. Ni siquiera reparé en el valor de las alhajas. Tiempo después supe que Susana había hecho un último gesto de amoroso desprendimiento. Esas alhajas valían una pequeña fortuna y me llevarían de vuelta a Montevideo.

XXXVII. *Oui*

Gibraltar, 1944

—Bibi me alojó en el sótano de *La petite Lir*, donde había recibido mi precario entrenamiento. Fue poco lo que serví a la resistencia porque enseguida caí enfermo. Mi cuerpo se destempló y la fiebre me quemó durante noches enteras. Supongo que Bibi me habrá cuidado. Nunca hubo tiempo para hablar de esos días en los que estuve fuera del mundo. Mi cuerpo estaba agotado y necesitaba un descanso profundo, una especie de purificación por el sueño. La fiebre me mantuvo tumbado lo necesario para recuperar fuerzas.

»Durante casi cuatro meses el sótano de *La petite Lir* fue el capullo de mi metamorfosis. Era junio del cuarenta y cuatro y los aliados estaban cerca. Se olía en el aire que la liberación era un hecho. Mientras el mundo estallaba afuera, mi cerebro y mi corazón libraban su batalla pequeña. No tenía ganas de continuar viviendo, pero aún no me había llegado el momento de morir.

»Bibi me dijo que debía trasladarse a Casablanca. Allí había un centro de ayuda para los exiliados franceses. Funcionaba en un local bajo el hotel Excelsior. Esa era otra forma de la resistencia.

»No quería continuar en París. Todo me recordaba a Arlette. El Sena y sus puentes, los bares, las callecitas, la música de los acordeones, el olor acre del metro. En todo estaba ella. Y ese recuerdo era como si una mano perversa se dedicara cada día a abrirme la herida que no acababa de cicatrizar. Así que, cuando Bibi me comunicó que se iba, le dije que me iba con ella.

»El viaje fue menos dificultoso de lo que había supuesto. Ya se había producido el Desembarco y los alemanes estaban ocupados en repelerlo. Una

pareja en luna de miel —eso decíamos ser— no parecía un gran riesgo. De hecho, eso éramos. Porque Bibi insistió en que debíamos casarnos para no tener inconvenientes cuando nos pidieran papeles. ¿Por qué no falsificar los documentos? Quizá porque era más práctico casarse y más barato, también. O quizá porque Bibi así lo quiso.

»Nos casamos sin más ceremonia que los requisitos legales imprescindibles. Sin ramo de novia, sin brindis, sin beso. Dijimos *oui*, nos entregaron un papel firmado y volvimos a *La petite Lir* caminando en silencio por las callecitas húmedas, cambiando de vereda según la conveniencia de la sombra que los árboles ofrecían.

»Nunca tuvimos una charla con respecto a lo que significaba estar casados. Aquello no había sido más que un trámite, un requisito de seguridad que Bibi, como buena combatiente, me había indicado. A mí me daba lo mismo estar casado que soltero. Ni siquiera sé cuál es mi estado civil hoy. Las circunstancias me separaron de Bibi poco después y nunca volví a verla. Espero que haya acomodado su vida porque, ¿le digo algo? Aquella mañana de nuestro casamiento, mientras caminábamos y la ciudad iba vistiéndose con su natural hermosura, yo sentí que Bibi necesitaba algo más. Que, en el fondo, hubiera querido una pequeña ceremonia con ramo, anillo y flores, ¿entiende? Y que, aunque era sincero su compromiso con la resistencia, no dejaba de ser una mujer joven con derecho a tener sueños.

»Salimos de París a principios de julio. Bibi me había enseñado a empacar lo imprescindible y en mi maleta no había más que dos mudas de ropa, un par de zapatos, algunos enseres de aseo y un ejemplar antiquísimo, encuadernado en cuero, de *Notre Dame de París* que había comprado a un *bouquiniste* apenas llegado a la ciudad. Era el único lazo de mi pasado del que no podía desprenderme. Bibi protestó un poco porque un libro siempre significa un peso, pero debió de verme tan abatido que no insistió. En el bolsillo, cosido al forro de la chaqueta, llevaba el camafeo de doña Luisa, las alhajas de Susana

y la cápsula de cianuro.

»Supe que, cuando el Che cayó en Bolivia, entre las pocas pertenencias que cargaba en su mochila había un cuaderno donde había copiado algunos poemas, una antología de sus preferidos. Siempre me ha parecido contradictoria la figura del Che y no estoy seguro de adherir a la veneración que provoca su romanticismo violento, pero cuando pienso que un hombre que huía por terrenos inhóspitos y que debía aligerar al máximo su carga, se permitió el espacio para esos poemas, siento que estoy ante la mejor versión de alguien que quizá tuvo buenas intenciones y se equivocó en los métodos.

»Disculpe; no quiero distraerme más ni distraerlo. Un año antes no hubiera sido sencillo sortear los controles. Ni siquiera blandiendo nuestra felicidad de recién casados. Pero el régimen se desmoronaba hora a hora y algunos pasos de frontera, en lugar de redoblar la seguridad, se transformaron en una barrera simbólica con unos pocos oficiales que apenas revisaban los documentos.

»Debimos atravesar media Francia y luego bordeamos la costa portuguesa. Fue más largo de ese modo, pero Bibi tenía contactos en Lisboa que nos fueron allanando el camino. Luego reingresamos a territorio español, pasamos por Jerez de la Frontera —recuerdo bien ese lugar porque años después, ya en Montevideo, conocí a un cura dominico que había nacido allí; una persona increíble—... y de ahí pasamos a Gibraltar. El itinerario era complejo y estaba marcado por los puntos donde Bibi sabía que teníamos un salvoconducto o alguien que nos esperara. Yo iba adonde ella me indicaba. La obedecía a ciegas.

»Al final, después de una extenuante travesía por tierra llegamos a Gibraltar. El lugar era estratégico y habían reforzado su defensa. Estaba superpoblado con soldados británicos. La impresión que me dieron, cuando los vi pulular de a centenas, contrapuestos al enorme peñón, fue la de estar ante un hormiguero que alguien había pateado. Cualquiera que no fuera alemán era bienvenido allí y, aunque un extranjero siempre levantaba

suspicias, nos trataron con cordialidad. Sin embargo, nunca llegamos a la otra orilla porque el día previsto para el cruce era el 29 de agosto. Unas horas antes nos llegó la noticia de que París había sido liberada. Debíamos volver.

»Bibi no pareció frustrarse por no haber arribado a destino. Estaba eufórica. Se abrazaba con cualquiera, daba gracias a Dios, aunque era atea. La alegría general era tan intensa que no exagero si le digo que podía olerse. Sin embargo, eran prudentes en los festejos. Las personas se saludaban con abrazos, sonriendo, pero todavía perduraba el miedo. Poco a poco, cuando las noticias continuaron llegando y confirmaron que el avance aliado era imparable, aquello fue una fiesta.

»A mí me daba lo mismo. Podía estar en París, en Gibraltar o en la China. Podía dormir en una cama o sobre el piso. Bibi me decía vamos y allá iba. Ella era quien decidía dónde comer y en ocasiones elegía mi comida. Nada me emocionaba. Lo dicho: estaba como muerto.

XXXVIII. División Leclerc

París, 1944

—Todos esos días de andar como saltimbanquis, siempre con riesgo de que alguien nos delatara, crearon entre Bibi y yo una complicidad fuera de lo común. Nos entendíamos solo con presentirnos. Aprendimos a oler el miedo en el otro, a reconocer la angustia, el cansancio o la serenidad en el brillo de la mirada. También el hambre, la sed o el simple deseo de estar en otra parte.

»La lógica indica que Bibi y yo debíamos ser una pareja después de tan larga peripecia. Pero, ¿sabe qué? Eso pasa en las películas baratas. La vida real es otra cosa. Éramos compañeros de camino, camaradas. Alguna vez debimos caminar abrazados o incluso besarnos a la vista de todos para no alentar sospechas, pero yo no tenía espacio para el amor ni mucho menos deseos de otra decepción.

»Quizá Bibi se enamoró un poco de mí, no lo sé. Es difícil identificar sentimientos en medio de una guerra. A veces se confunde amor con necesidad de cariño, algo que lo ayude a uno a contrarrestar tanta desolación. Para mí, Bibi era alguien que caminaba a mi lado. Punto.

»Yo estaba enfermo, amigo mío, con una de esas enfermedades del alma que poco se notan y que hubiera sido obscuro diagnosticar en medio de la locura de la guerra. Todo el mundo andaba medio trastornado. ¿Qué podía importar el dolor de un alma en pena? Sin embargo, para mí no había dolor más grande. Estaba lleno de eso, sin posibilidad de ver más allá de mi tristeza. Durante todo ese tiempo, la cápsula de cianuro estuvo conmigo, junto a la imagen de la Virgen Niña y las joyas de Susana.

»¿Aquello? ¿Qué quiere decir con...? Ah, claro. Al sexo se refiere usted. Sí, teníamos sexo, pero no era lo que usted cree. ¿Cómo explicarle? Éramos una mujer y un hombre jóvenes en medio de una guerra. Vivíamos en un estrés permanente, rodeados de dolor y muerte. Nuestra vida nada valía entonces. Una bala, una explosión podían terminar con todo en un pestañeo. La muerte era una fuerza de atracción que nos tironeaba hacia ella. Y había días en los que sentíamos que nos acercábamos demasiado, que casi nos tenía en sus garras. El sexo era la fuerza opuesta, ¿entiende? El sexo nos mantenía ligados a la vida y, aunque fuera en esa nada que dura el orgasmo, sentíamos que había una posibilidad de futuro. No, amigo, no era placer. Era necesidad, alivio, una descarga, una pulsión de vida. Era vivir bajo el agua y cada tanto salir a respirar un poco.

»Lamento no tener más que decir al respecto. Si fuera a escribir esta historia quizá tendría que inventar alguna escena caliente, ¿no cree? El sexo vende, según parece. Pero esto no es una novela, así que me va a disculpar si lo decepciono. Aunque, ¿sabe? Este relato no está libre de erotismo. Siempre van muy juntos el amor y la muerte.

»Como le decía, pegamos la vuelta. El regreso fue más directo. No se hizo necesario ir a Portugal. Partimos hacia el norte y no demoramos en llegar a Ronda, aunque yo creí que íbamos en dirección a Málaga. Casi todos los datos que Bibi me daba eran falsos. Me lo había explicado. Era una forma de protegerme y de protegerse. Si caía y era interrogado, daba igual que abriera la boca porque mi información estaría la mayoría de las veces equivocada. Y eso me daría a mí cierta seguridad al *trinar*, así le decía Bibi a la delación en la tortura. Si me atrapaban podía trinar tranquilo y hasta con apariencia de estar diciéndoles la verdad. En cualquier caso, Bibi ganaría un tiempo valioso para huir. Y, si la atrapaban a ella, yo seguiría mi camino hacia cualquier parte y ella podría trinar sin miedo a comprometerme.

»Así que ni me inmuté cuando, en lugar de Málaga, vi un cartel que

anunciaba Ronda. Incluso me gustó que así fuera porque eso significaba que Bibi tenía el mando y que yo podía dejarme llevar sin más preocupación que poner una pierna delante de la otra. Mi mente estaba vacía y nada, o casi nada, la sensibilizaba. Supongo que por eso, también, carezco de más recuerdos. Sin embargo, algunos detalles quedaron fijados en mí con extraordinaria sutileza.

»A las puertas de París nos topamos con un grupo de soldados. No era más que una veintena de hombres sucios, en los huesos. Miraron a Bibi con tanta avidez que pensé que iban a violarla. Pero no. Querían comida. Bibi lo entendió enseguida, incluso sin necesidad de mediar palabras. Abrió su morral y con la mirada me indicó que hiciera lo mismo. Les dimos lo que había, que no era mucho.

»Yo sabía lo que era comer con hambre. Que es algo muy distinto a comer con deseo. El que come con hambre no desea; el hambre le duele, la boca se le reseca y las tripas se retuercen. Cada bocado es, a la vez, un alivio y un tormento. Conocía eso. Lo había visto en París. En los días de racionamiento no era raro toparse con mendigos. Si uno aguzaba la atención, podía sorprenderse al descubrir bajo los abrigos roídos, convertidos en trapos, un vestido de tela fina, incluso alguno bordado de pedrería que delataba épocas de opulencia. Tenía para mí que la dueña se lo había puesto con la secreta esperanza de salvar algo, de llevarse encima la mayor cantidad posible de riqueza, pero la barbarie de la calle había transformado aquello en un triste recordatorio de una época pasada y el espectáculo era patético.

»Otra vez, en uno de los pasillos del metro donde, como ya le comenté, funcionaba el mercado negro, vi a una mujer que le daba algo de comer a sus hijos, pero no lo soltaba. Podía ser un trocito de carne con hueso. Lo mantenía bien asido entre los dedos. Los niños roían aquello con carita de sufrimiento. Y luego la mujer se lo llevaba a la boca y lo chupaba como si se tratara de un manjar supremo.

»Yo sabía que aquellos hombres tenían hambre y que daba igual la calidad de lo que les diéramos. Hubieran comido alimento crudo o podrido. Me alegró constatar que aún llevaba dos barras de chocolate que un oficial me había dado en Gibraltar como una especie de condecoración por mi esfuerzo. En aquel momento lo había recibido sin la menor emoción y acaso con una leve certeza de no merecerlo. Yo no estaba allí por ninguna causa. Había hecho aquel viaje infructuoso para escapar de un recuerdo. Y ahora regresaba a regañadientes, pero sin manifestar ninguna objeción al respecto. Quizá me avergoncé un poco de recibir aquel regalo inmerecido y lo olvidé en el fondo del morral.

»Al mostrarles el chocolate y ver aquellas miradas, recordé mi infancia y a mis hermanos cuando mi padre volvía de la carpintería con uno de sus juguetes toscos que para nosotros significaban un pequeño cambio en nuestro tedio. Aquellas miradas brillaban igual, de aquel modo desamparado y tierno, pidiendo y agradeciendo, a punto de llorar por la emoción y por la peor de las sensaciones que es la de autocompadecerse.

»Les extendí las barras y tardaron un par de segundos en hacer un movimiento. Sentí que en esa demora se condensaba toda su dignidad, su vergüenza. No se abalanzaron sobre el chocolate, sino que dilataron un poco el momento de llevárselo a la boca, ese instante de gloria que iba más allá del hambre y que les devolvía la humanidad arrebatada. Esperaron unos segundos, como le decía, y luego uno estiró la mano, sin premura, como si fuera lo más natural del mundo. Y ese alambre que era la mano se cerró sobre las barras. Vi cómo las distribuía con una exactitud milimétrica. Cómo aquellos hombres más o menos jóvenes, envejecidos por la maldad de la guerra, esperaban su turno, con la boca hecha agua y un brillo animal en la mirada.

»Aquella escena desoladora me sacó de mi letargo espiritual, como si alguien hubiera encendido de pronto la luz en mi interior lleno de tinieblas.

Fue un instante de empatía, nada más que eso. Sé que a partir de entonces, comencé mi lento proceso de regreso a la vida. Llegaría un día, mi amigo, en que recuperaría la sonrisa. No digo la alegría de vivir, pero al menos, una fuerza renovada para salir de la cama cada día. Faltaba mucho para eso, pero era un comienzo. Lo único que no me abandonaría por décadas sería el odio hacia Arlette y el deseo de saberla muerta. De ese deseo me alimentaba para sentir que todavía estaba vivo.

»El grupo de hombres resultó ser parte de una división de españoles, la Novena Compañía o La Nueve, como la conocían. Habían combatido por la República. En aquel momento no me decía nada el nombre de la compañía, pero años después me informé y me alegró saber que le había llevado un poco de alivio a aquellos hombres, verdaderos héroes que ayudaron en la liberación de París.

»De aquel grupo recuerdo a dos que se identificaron como anarquistas y me hablaron con recelo de otros dos que habían llegado allí desde Argelia y que eran desertores. Me causó impresión ver la diferencia que hacía para aquellos combatientes anarquistas el ser un desertor. Los separaba una jerarquía infranqueable. Aun así, peleaban juntos.

»Nos contaron que eran parte de la División Leclerc y que habían estado destinados en Marruecos. Se sorprendieron al saber que ese y no otro había sido nuestro destino frustrado y estuvieron varios minutos hablándonos del lugar y de sus mujeres. Se les humedecían los ojos cuando rememoraban la tersura de aquellas pieles bañadas en agua de rosas. ¡Agua de rosas en plena guerra!

»En la reivindicación emocionada de la delicadeza, en ese rescate estético del cual los soldados eran conscientes —quizá no de modo explícito, sino solo al nivel de una percepción sensible— yo sentía que volvían a ser hombres, que recuperaban mucho más que su machismo desvirtuado por la degradación a la que toda guerra somete.

»Contaron con detalle cómo una muchachita accedió a acicalarse delante de ellos a cambio de unas monedas. Y cómo, aunque al principio todos habían pensado que aquel ritual era solo una dilación para demorar el placer físico, a medida que la muchacha fue bañándose, limpiándose, desplegando sus elementos de maquillaje y cubriéndose con ellos, ellos perdieron interés en su cuerpo como el pedazo de carne que hasta hacía unos minutos había sido. Y los ganó un embelesamiento, una fascinación dulce, embriagadora que se transformó en un placer más poderoso que cualquier penetración grosera. Al final, nadie se animó a tocarla. Aunque todos quedaron llenos de una serena plenitud, satisfechos.

»Ese relato significó mucho en el proceso de sanación de mi alma. Quiero decir, cuando uno está lleno de odio por cuestiones personales y el entorno también es un caldo de odio, resulta difícil encontrar la serenidad para ir cicatrizando las heridas. Llega un punto en que uno ya no distingue cuánto de aquel odio le pertenece. Acaba por fundirse en un sentimiento denso, oscuro, sin salida. Todo es feo, allí, ¿entiende? La belleza, mi amigo, nos pone en contacto con la mejor versión de lo que somos. Nos humaniza. Aquel relato me ayudó, es cierto, pero aún quedaba mucho odio por destilar.

»Los hombres evocaron emocionados los ojos negros de la muchacha y esos ojos comenzaron a perseguirme en sueños. Los imaginaba observándome con un brillo lejano y conocido. Se agrandaban y avanzaban sobre mí, hasta asfixiarme. Luego, su negrura insondable se transformaba en los ojos de Arlette y estos en un pozo donde caía y caía y caía. Eso era todo. Dicho así parece una tontería, pero me perturbó las noches durante tanto tiempo, que temía dormirme y que el mal sueño viniera.

»El relato era hermoso. Los hombres hablaban con la piel sudorosa y la mirada hambrienta. Saciada el hambre con comida parecían haber recuperado el hambre de sexo. Miraban a Bibi de otra manera. A ella no parecía incomodarla esto. En la guerra uno se acostumbra a casi todo y no puede

ocuparse en menudencias.

XXXIX. *Femmes*

Chartres, 1944

—Hubo fusilamientos. Sí, señor. Los hubo. No todo fue felicidad después de la liberación. El dolor generó odio y el odio buscó su venganza. Es la naturaleza humana. Nada de qué sorprenderse. Incluso los más piadosos deseaban venganza. Demasiado sufrimiento, ¿entiende? En el fondo, incluso las personas religiosas, las que creen en el más allá después de la muerte, sienten que solo tendrán una vida como esta, que nadie tiene derecho a robarles esa única oportunidad de ser felices.

»Hubo fusilamientos, como le decía. Juicios sumarísimos, sin formalidades. Apenas un grupo de ciudadanos reunidos en un callejón y el reo puesto en medio con un mínimo derecho a defenderse, condenado de antemano, llevado allí por cualquiera que tuviera la menor sospecha. Quiero decirle con esto que muchos se sacaron las ganas y que, así como las delaciones habían servido para zanjar rencillas personales, ahora había quienes aprovechaban para devolver las gentilezas. Ser llevado a uno de esos juicios, mi amigo, significaba la muerte casi segura.

»Supe de los fusilamientos, pero no presencié ninguno. No es que me hubiera impactado verlo. Imagine lo que era mi sensibilidad en aquellos días, una gelatina, una masa fofa. Cuánto hubiera podido afectarme ver a un infeliz atado a un poste frente a un pelotón de fusilamiento. Nada. Se lo aseguro. Pero había gente que se reunía para verlo. Generaba tanto morbo como curiosidad y era frecuente ver, al llegar a un pueblo, grupos de personas concentradas en torno a un galpón o amuchadas a pocos metros de un

paredón en la parte trasera de un edificio ante el cual habían montado uno o más postes. Allí se ajusticiaba a los reos. No sabría decirle qué hacían después con sus cuerpos.

»Y estaban *les femmes*... Eso fue como un terremoto para mi alma herida. Fue como verla a ella, ¿entiende? Los sentimientos se mezclaban entre la sed de justicia, la venganza y el miedo de que a ella pudiera estarle pasando aquello. Porque las mujeres acusadas de colaboracionismo fueron humilladas de la peor manera. Y yo fui parte de eso.

»La primera vez que vi lo que hacían con las mujeres fue en Chartres. Un par de días antes de cruzarnos con La Nueve, creo. Así que debo volver un poquito atrás en mi relato. Pero créame que vale la pena porque, así como aquella historia de la muchacha marroquí despertó en mí algo de la humanidad adormecida, el episodio de Chartres azuzó mi parte bárbara y me... cómo decírselo, me enardeció al punto de sentir que solo podría aliviar mi dolor si yo también hacía aquello.

»Llegamos a Chartres en la tardecita. Bibi me dijo que, si el tiempo nos lo permitía, iríamos a la catedral. Me llamó la atención la referencia porque no éramos personas de fe y mucho menos turistas. Se lo comenté y dijo que era un bruto, que la catedral debía verse como un edificio histórico, una joya de la arquitectura. Yo no le encontraba el menor sentido y no tenía interés en visitar nada. Fue de las pocas veces que Bibi se permitió una referencia a algo que se salía de su libreto militante y yo no tuve sensibilidad para verlo, para notar que ella también estaba cansada y necesitaba hacer algo por el puro placer de hacerlo.

»Caminamos bastante bajo un calor pegajoso, molesto. Pasamos por una casa peculiar, cubierta por cerámicas y vidrios, un gran mosaico multicolor que me llamó la atención. Pero no tuve ganas ni deseos de preguntar. Años más tarde, hojeando una guía turística, me topé con la foto de aquella casa. Tenía más colores de los que recordaba y es posible que en aquella época su

decoración aún no estuviera acabada. La llamaban Maison Picassiette y era una atracción para miles de turistas cada año. Su dueño la había decorado con dedicación obsesiva bordeando la locura, pieza por pieza, hasta transformarla en aquel lugar único cuyo colorido parecía una mala broma en medio de tanta tristeza.

»Hacía calor. Aun así me llamó la atención ver a unas mujeres con poca ropa. Le diría que en ropa interior, con unos visos de lo más recatados, pero ropa interior, al fin. Era un grupo pequeño, cuatro o cinco mujeres jóvenes que caminaban apretándose unas con otras, dando tumbos. Solo después del primer impacto de su casi desnudez vi que detrás marchaban unos hombres armados. Tampoco eran muchos, pero alcanzaban para lucir atemorizantes. Las mujeres eran como ovejas azuzadas por pastores, rumbo al matadero.

»Bibi sabía lo que iba a pasar. Los seguimos hasta una pequeña plaza, una plaza de pueblo. En el camino se habían unido otros. Algunos cantaban *La Marsellesa*. Otros reían eufóricos. Todos parecían felices, como quien se junta con amigos antes de ir al cine o a un partido de fútbol. No faltó quien se adelantara y escupiera a las mujeres. Vi a una vieja esperando el cortejo. Cuando pasaron a su lado, dio un paso al frente y lanzó un escupitajo fenomenal que aterrizó en una de las reas. Porque eso eran, reas, delincuentes a punto de cumplir su sentencia.

»Pensé en algún relato medieval que narraba el espectáculo de un ajusticiamiento público y cómo la gente se reunía para ver aquello igual que si fuera un día de fiesta. Luego pensé que no debía ir tan atrás en el tiempo y recordé un magnífico alegato que Dickens escribió contra la pena de muerte. ¿Me cree usted si le digo que había unos vendedores en la vuelta? Vendían manzanas acarameladas y castañas. Aprovechaban el gentío para hacerse unos pesos.

»Temí lo peor y me detuve a tomar aire. Sentía náuseas, un mareo intenso. Bibi me apretó el brazo. Le pregunté qué iban a hacer con aquellas mujeres.

Si las matarían. Peor, me dijo. Y agregó que cuando aquel día acabara, algunas desearían estar muertas. Le dije que no daría un paso más. Ella me tranquilizó y se tocó el cabello. No entendí el gesto en ese momento, pero su aplomo puso mis pies otra vez en movimiento.

»Llegamos a la plaza. Habían dispuesto una silla en el centro. Sentaron a la primera mujer a la fuerza. Las otras esperaban resignadas. Nunca supe si estarían conscientes de lo que les harían. Una de ellas tenía en los brazos a un bebé de pocos meses. Era la única que no iba de viso. A pesar del calor, llevaba por encima de los hombros un tapado de paño demasiado grande para ser de ella. Bajo la solapa del tapado protegía la cabeza del niño.

»La multitud aulló cuando dos muchachos flacos, metidos en unos uniformes raídos se acercaron a la mujer que permanecía en la silla con las rodillas apretadas y las manos sobre ellas. Eran soldados de la resistencia. Unos jovencitos. Sonreían con nervios y, al hacerlo, dejaban a la vista la falta de dientes. Uno se colocó a espaldas de la mujer, la tomó por el mentón y tiró hacia atrás la cabeza. Pensé que iba a degollarla. Cerré los ojos. Un aplauso y un griterío me helaron la sangre. Bibi me dijo que mirara. Abrí los ojos y vi al soldado que sostenía en el aire, con alegría triunfal, un mechón de pelo.

»De eso se trataba, entonces. Iban a raparlas. Entendí lo que Bibi me había dicho. La humillación puede ser, a veces, peor que la muerte. La mujer permaneció todo el tiempo con los ojos abiertos y una mirada que no podría decirle si era de odio o de miedo. Eran unos ojos vacíos que no pedían compasión. Se quedó inmóvil mientras los muchachos cortaban los rizos a las carcajadas y luego daban unos tijeretazos violentos al ras del cráneo. Pensé que podían herirla, pero la mujer no daba muestras de que aquello le estuviera doliendo. Al final, uno sacó del bolsillo una navaja y completó la faena.

»La mujer se puso de pie y caminó a los tumbos hasta donde las otras esperaban. Era como si toda ella se hubiera convertido en un cráneo gris, una

calavera que gritaba su vergüenza. Luego pasó otra y se repitió la escena. El cabello se iba amontonando a los pies de la silla y formaba una mata multicolor que el sol tornasolaba en rojos y ocre de lo más bellos.

»La gente enardecida les gritaba “*Putain! Putain! Collaborationniste!*”. Algunos pedían el derecho a usar las tijeras, pero los soldados se negaban con la misma firmeza con la que hubieran negado que alguien usara el arma que les colgaba del cinto. Quizá era una orden de sus superiores, quién sabe. Quizá ese era su momento de gloria, el único instante que la guerra les proporcionaba para sentirse importantes.

»Una muchachita, casi una adolescente, con expresión desencajada, extrajo un lápiz labial del bolsillo y pintó una esvástica en la frente de una de las mujeres rapadas. Después supe que era su madre y que la muchacha había condescendido a vejarla de ese modo, solo para evitar que cualquier sospecha cayera sobre ella. El espectáculo era siniestro. Me pregunté si aplicarían el mismo castigo a todas las mujeres sospechadas de colaboracionismo, con independencia de su origen social y su educación. Solo entonces me vino a la mente aquella amenaza que habían sufrido Susana y doña Luisa cuando el alto mando nazi se instaló en el George V y fueron intimadas a retirarse. Esos nazis habían amenazado a mis señoras con raparlas y ahora, quienes los habían combatido, es decir, los que estaban en el bando de los buenos, hacían lo mismo. ¿Era lo mismo?

»Las mujeres rapadas habían tenido algún tipo de connivencia con los alemanes. Algunas se habían prostituido. Otras aún estaban enamoradas. No faltaba la que cargara en su vientre o en brazos a un hijo. Nunca supe si aquel bebito de Chartres era hijo de una de esas relaciones prohibidas. Es probable. Me pregunto cuál habrá sido su destino. Esas marcas no se lavan así nomás. Quedan como tatuajes.

»Pero no crea que todas habían llegado tan lejos. Algunas mujeres se habían limitado a dar de comer o beber a un soldado nazi o habían limpiado

sus heridas. En algunos casos eran dos veces víctimas. La primera vez porque, incluso detestando hacerlo, se habían visto obligadas a servir a los invasores. La segunda, porque sus compatriotas les hacían pagar un precio por eso.

»Dejaron a la mujer con el niño para el final. Avanzó hacia la silla con el niño semioculto bajo el abrigo. Se detuvo y volvió sobre sus pasos. Se lo entregó a otra de las mujeres y luego marchó hacia su destino. No me pregunte por qué, pero de todas, aquella me parecía la más digna. Volví a pensar en Arlette y, mientras los muchachos la iban despojando de la cabellera, solo pude ver en su rostro el rostro de Arlette humillada. Sentí una excitación tremenda.

»Esa noche dormimos en un barracón de lanas, a pocas cuerdas de la plaza. Bibi se durmió enseguida. Yo no podía conciliar el sueño. Pensaba en aquella montaña de cabellos cobrizos, rubios, negros, caídos a los pies de la silla y esparcidos por el viento. El rostro de la última mujer venía a mí convertido en Arlette. Mi excitación crecía. Estiré una mano y toqué a Bibi. Ella no se movió y yo insistí hasta despertarla. A esa altura supongo que mis roces serían un franco manoseo.

Esa vez no era como las otras en las que el sexo había significado una mera descarga, un ejercicio. Esa vez yo estaba excitadísimo, ardía de deseo. Bibi era demasiado orgullosa para rebajarse a ser el alivio de un pobre hombre delirante por una mujer que no era ella. Me apartó con brusquedad. Se puso de pie, tomó su manta y salió a la calle. No dormí esa noche. Al amanecer la encontré despierta, fumando junto a uno de los bebederos del porche. Era evidente que tampoco había dormido. Me dio los buenos días como si nada y me dijo que tenía unos minutos para asearme. Debíamos llegar a París cuanto antes.

XL. Tondeur

París, 1944

—Salimos de Chartres. Algo nos retrasó el viaje, pero no logro recordar qué. ¡Ah, qué tonto! Si ya se lo he contado. El encuentro con La Nueve, claro. Eso nos retrasó un poco. La memoria, la memoria... Sin embargo, recuerdo con claridad la tarde en que llegamos a París. Fue a mediados de setiembre. La ciudad se veía hermosa, incluso tras el polvillo que se alzaba de algunos escombros. Hay algo inefable en París, una hermosura indestructible que siempre ha logrado vencer al horror y a la muerte.

»El otoño se olía en el aire. No sé cómo explicarlo. Era algo extraño, quizá la mezcla de la pólvora, la sangre, el sudor, el miedo de la gente, y también su euforia. Era un olor como de sol, de sol antiguo y solemne. Eso es... como si el sol hubiera descendido con suavidad sobre París y al retirarse hubiera dejado la estela de ese olor que venía desde el origen de los tiempos.

»Necesité ver Notre-Dame y, cuando estuve allí, sentí que otras emociones olvidadas volvían. Por todas partes se veían banderitas con los colores de Francia. Algunas eran simples trapos rojos y azules anudados a alguna camisa vieja. El corazón sabía que aquello era una bandera y cuánto significaba verla flamear donde hasta hacía no mucho habían estado las esvásticas.

»Todavía quedaban algunas barricadas hechas con bolsas rellenas y árboles caídos. Daban pena aquellos árboles. Aunque parezca absurdo, era como ver hombres muertos. Y también recuerdo un caballo en medio de la calle. Pregunté y me dijeron que había estado agonizando por días. Alguien tuvo

piedad y le dio un disparo en la cabeza. El caballo se convirtió en una roca putrefacta, las patas tíasas, el enorme cuerpo descomponiéndose a la vista de todos. Nadie parecía darse cuenta.

»La gente ocupaba las calles, sobre todo en la tardecita. Miraban embobados hacia el cielo. Descubrían las estrellas. Aunque también es probable que algunos temieran un ataque aéreo. París se desperezaba. Algunos reían porque sí, ante cualquier tontería. Y también estaban los otros, los que iban por las calles con la mirada desencajada, perdidos, buscando.

»No tengo que decirle que nada me causaba tanto dolor como ver la felicidad de las parejas. Mis ojos adquirieron la costumbre de identificarlas en la multitud. Para mí eran legiones de hombres y mujeres que caminaban abrazados, mostrando su amor con descaro. Los detestaba. Cómo era posible que se exhibieran de ese modo después de tanto sufrimiento. Mi indignación no era por los demás ni por la circunstancia general de la guerra. El sufrimiento que me importaba era el mío. Mi dolor era tan grande que se expandía y lo alcanzaba todo, lo cubría todo. Así de egocéntrico me había vuelto.

»Veía poco a Bibi por esos días. Estaba atareadísima apoyando a los soldados en lo referente a hospedaje y alimentos. Se movía como nadie en el mercado negro. Volvimos a *La petite Lir* y nos entristeció saber que durante nuestra ausencia la esposa del dueño había muerto. De la manera más tonta. El día de la liberación, salió a la calle a festejar como tantos. Una bala la alcanzó frente al Hôtel de Ville. No se sabe de dónde salió, ni si fue una bala amiga o enemiga. Me hacía gracia cuando su esposo decía eso. Y también me daba pena su ingenuidad. Como si fuera posible que una bala fuera amiga. El caso es que algún francotirador le voló la cabeza y la pobre se desangró en medio de la algarabía. Eso es tener una porquería de suerte.

»Bibi volvía agotada por las noches. Solo quería bañarse y dormir. Algunas veces ni siquiera cenaba. Me contaba lo que había visto durante el

día y yo la escuchaba con indiferencia. Me contaba de los huérfanos que deambulaban por las calles con la mirada vacía y aceptaban cualquier cosa a cambio de comida. Me contó cómo había matado a un hombre que abusaba de un niño en un callejón. Así nomás me lo dijo, con una naturalidad pasmosa. El hombre estaba sobre el niño y ella le disparó en un pie. El niño corrió como un venado, así me lo dijo. Ella volvió a disparar. En el pecho, en el abdomen, cuatro, cinco, seis disparos. Luego le cortó la garganta con su navajita. Eso me contó una noche, envuelta en una paz celestial, y luego cayó en un hondo sueño.

»Otra vez me dijo que había estado rapando mujeres. Como las de Chartres, pregunté. Como las de Chartres, respondió. Inmundas colaboracionistas. Si por ella hubiera sido, las hubiera colgado para que todo el que pasara las golpeará y escupiera. Raparlas no era suficiente. El pelo volvía a crecer. Había que dejarles una marca que les quedara para siempre. Pero estos franceses siempre dan la nota cultural. Supongo que así se sentirán más civilizados, suspiró con una media sonrisa, como si ella no fuera francesa.

»Narró con detalle cómo había rapado a una mujer acusada de haberse prostituido con soldados alemanes. Le pregunté si alguien las juzgaba y me dijo que sí, que el pueblo lo hacía. O sea que bastaba con que cualquiera delatara a otro para que la justicia del pueblo determinara su suerte. El odio de los que antes se habían visto humillados y ahora detentaban el poder los convertía en verdugos.

»Bibi narraba el placer intenso que le producía ir cortando y arrancando aquellos mechones que dejaban al aire el cráneo desprovisto de todo encanto. Algunas mujeres lloraban y, cuanto más lloraban, más gozaba ella. Debí haberme horrorizado ante la exposición descarnada de su parte más cruel, pero en lugar de ello, quise que me contara más y, a medida que lo hacía, yo sentía crecer de nuevo aquella excitación intensa.

»Le pedí que me dejara acompañarla al día siguiente. Se sorprendió, me dijo que estaba cada vez más loco y que le daba igual que fuera o no fuera. La acompañé. Esa mañana rapó a siete mujeres. Algunas viejas que suplicaban; no tanto por ellas, sino por sus hijas. No podría decirle si les dolía que raparan a sus hijas o que las raparan a ellas frente a sus hijas. Las emociones se vuelven confusas en situaciones como esa.

»Una de las jóvenes estaba embarazada y juraría que Bibi se ensañó con ella. Sonreía con maldad, como si de adentro le naciera su peor versión, el monstruo que, como todos, llevaba dentro. Luego, antes de rapar a la última, giró hacia mí y me extendió las tijeras. Esa noche, mientras intentaba conciliar el sueño, pensé que Bibi buscaba hacerme cómplice de su maldad. Ahora que había visto lo que era capaz de hacer, solo involucrándome evitaría que la condenara. Si ella era una bestia, yo sería tan bestia como ella.

»Tomé las tijeras y traté de no ver el rostro de la mujer. Pero era imposible no verla. Ni una lágrima, ni una súplica, nada. Solo una expresión quieta, entregada y triste, como la de un reo seguro de que nada lo hará escapar de su sentencia. Había algo de orgullo en aquella expresión y en la forma de sentarse sobre el cajoncito de madera, con la espalda derecha y el cuello enhiesto, la mirada clavada en algún punto invisible al frente. Estuve a poco de tirar las tijeras, pero me vino a la memoria el rostro de Arlette.

»Me aboqué a rapar aquel cráneo que no ofrecía la menor resistencia. Lo hice con dolor, primero; luego con una delectación inesperada y, al cabo de unos segundos, el placer se apoderó de mí. *Putain, putain, putain, putain...* le decía mientras cortaba. La mente en blanco, el corazón lleno de un odio puro, hediondo, corté con ganas los mechones rubios hasta que Bibi me quitó las tijeras. Enceguecido como estaba, no había notado que la mujer se quejaba y que un chorrillo de sangre le corría por detrás de la oreja. Entonces entendí que aquello me permitía ver a Arlette en todas las mujeres, en cada rostro contraído por la humillación y el miedo. Y sentí que ya no podía parar.

»Ni siquiera pregunté cuál había sido el crimen de aquella mujer. Bibi me dijo más tarde que había aceptado limpiar la casa de un oficial nazi, una casa usurpada, por supuesto. Lo había hecho por hambre, pero yo no sentía que eso la eximiera de ser una colaboracionista. El hambre no es excusa para perdonar cuando uno está lleno de resentimiento. Pensé que no habíamos aprendido nada de Jean Valjean y la tragedia a la que aquel pan miserable lo había conducido. Pero fue un pensamiento fugaz y no tuvo la contundencia necesaria para detenerme.

»Me convertí en *tondeur*. Solo cuando estaba rapando sentía alivio. Algo parecido a una droga que necesitaba con desesperación. Junto con el cabello, yo les quitaba a esas mujeres su sensualidad, las despojaba de su poder seductor. Sin eso no podían hacer daño. Era como si estuviera cortándole las garras y los colmillos a una pantera. No le niego que había algo de erotismo, también. ¿Cómo decirlo? Aquella capacidad de humillar y someter, aquella demolición de la dignidad era excitante.

»¿Se horroriza con lo que le cuento? Mire, amigo, basta con animarse a entrar en uno mismo y bucear hasta el fondo para horrorizarse de todo lo que hay allí dentro. La capacidad de hacer lo más hermoso, lo más delicado; y, a la vez, la capacidad de odiar, de destruir con la saña más cruel. De todo eso estamos hechos. Usted y yo, todos. La gente buena es la que logra domar esos monstruos internos. Les pone la brida, ¿entiende?, los frenos. Pero la gente buena también se corrompe. Yo no era un hombre malo; al menos, no lo creo. Esos monstruos habitaban en mí, y el dolor me hizo liberarlos. Le juro que nunca bajé tanto a las profundidades de mi infierno.

»Durante semanas esa fue mi actividad. Iba donde Bibi me indicaba y rapaba a las mujeres que me ponían delante. Sin una duda, sin un remordimiento. Todas tenían la cara de Arlette y yo sentía el destilar dulce de aquella venganza perpetrada en cráneos ajenos. Necesitaba hacerlo. Si un día no había trabajo, merodeaba por las calles cercanas a *La petite Lir* furioso, sin

encontrar sentido a nada, lleno de un malhumor que se volcaba ante cualquiera que se me cruzara en el camino. Una vez golpeé a un jovencito, casi un niño, que me siguió durante unos metros pidiendo comida, lo que fuera. No le respondí al principio. Luego le grité que me dejara en paz. Me seguía con expresión desorbitada e insistía con *pain, pain, faim*. Le di vuelta la cara de una bofetada y seguí sin mirar atrás.

»Ni una vez pensé en ir a buscar a Susana. No es que fuera un ingrato. O quizá sí. El hecho es que no tenía la menor preocupación por saber de ella. Lo más probable era que ya hubiera regresado a Montevideo junto con doña Luisa y con María. No se me ocurrió que pudieran estar heridas o muertas. Mi corazón estaba lleno de nada, y esa nada las incluía a ellas.

»Y a mi familia. No tuve la piedad de enviarles un mensaje para decirles que estaba vivo. Una de mis hermanas me contó más tarde que habían hecho lo imposible por tener noticias mías y que lo último que supieron fue que ya no trabajaba más para Susana. Luego, el silencio. Lo que solo podía significar una cosa y era que estaba muerto.

»Cuánto me hubiera sorprendido enterarme de lo que después supe y es que Susana aún estaba en París y que salió a las calles a festejar la liberación —una foto que por casualidad vi, la muestra con Paul Éluard y otras personas en ese momento—, que fue ella la encargada de poner voz a la primera transmisión radial entre París y Montevideo, y que permaneció en Francia hasta 1948, es decir, años después de terminada la guerra. Pero de todo eso me enteré cuando Susana ya era para mí solo un dulce recuerdo.

»Por aquellos días yo integraba una de las tantas cuadrillas de *tondeurs*. Nos gustaba sentirnos justicieros, dueños de la verdad, del lado de los buenos. Lo cierto era que nos habíamos convertido en jaurías desenfrenadas que salían a la calles en busca de víctimas. Apenas divisábamos una —casi siempre traída a rastras por algún grupo de cazadores, como llamábamos a los que rastreaban colaboracionistas—, improvisábamos una especie de altar de

sacrificio y nos lanzábamos a cortar, pelar, rapar, tajar un poco —esto último como distraídos, como por accidente, aunque la sangre nos excitaba muchísimo. Éramos una masa furiosa que se movía con un fin común. Los motivos eran, sin embargo, diferentes. Supongo que los demás *tondeurs* lo harían con un espíritu mesiánico, convencidos de que era lo correcto. Yo solo buscaba vaciar mi odio en aquellas cabezas.

XLI. *Au revoir*

París, 1944

—Era la víspera de Navidad. La primera Navidad en años que París disfrutaría sin la bota nazi pisoteándole la fiesta. Sorprendía ver la capacidad de recuperación de aquella gente. Casi todos tenían por quien llorar, pero aun así se esforzaban para que la tristeza no les robara la esperanza. Encontraban en la Navidad una razón simbólica para afanarse en ello. Había que verlos, incluso entre los escombros de lo que alguna vez había sido su vivienda, acomodando algún rinconcito lo mejor que podían, esmerándose por preparar la mesa. También entonces los más ricos accedieron a los mayores placeres, pero nobleza obliga decir que muchos ayudaron de manera más o menos generosa para que los pobres tuvieran algo que llevarse a la boca.

»Y no faltó quien renunció a parte de su cena para compartirla en algún hospital o en los orfanatos desbordados por niños solos, muchos de ellos con identidad desconocida, levantados de la calle o encontrados bajo las ruinas de algún edificio. Algunos se llamaban Charles, en homenaje a De Gaulle, y sé de un caso en el que una junta improvisada de monjas decidió cambiar el nombre original —que venía prendido a una tarjeta en la ropa del niño— por un nombre más conveniente. Así, hubo un niño que había sido bautizado Adolphe, pero nunca se enteró de su verdadero nombre porque creció como Paul, gentileza de las monjitas.

»Bibi no hubiera podido disfrutar nuestra cena de Nochebuena sabiendo que afuera había gente con hambre y sin techo. Puso todo lo que pudo en un par de cestas y me pidió que la acompañara. Lo hice sin la menor compasión,

con la misma abulia espiritual con la que hacía todo, como un autómatas. Solo protesté un poco porque el peso de la cesta era sobrehumano. Bibi me insultó y eligió la más cargada. Así era ella.

»Salimos a la noche helada y recorrimos los túneles del metro, cuanto callejón se nos cruzaba en el camino, hasta que vaciamos las cestas. Como le he contado, soy pobre de nacimiento. Conozco el ruido de las tripas, el deseo de un juguete, la ropa remendada, sé bien qué es eso. Pero esa noche, mi amigo, esa Nochebuena sentí que la pobreza era algo más que la escasez. Porque esa pobreza no tenía esperanza. Cuando la opresión desapareció, dejé en evidencia una realidad tremenda, y era la constatación de que los pobres serían pobres siempre. Que la realidad cambiaría, pero no para ellos.

»Vimos rostros desolados con una única pregunta instalada en los ojos: ¿hasta cuándo? Ni Bibi ni yo teníamos la respuesta. La guerra había terminado y en breve París se levantaría de sus escombros para retornar a su magnificencia. Pero aquella gente no iba a ser parte de ello. Estaban condenados a mirar el festín de la vida desde fuera.

»Hacía frío y el frío complicaba las cosas. Les dejamos toda la comida y lo que pudimos de nuestra ropa. Volvimos al hotel tiritando y esa noche Bibi lloró por primera vez desde que la conocía. Fue un llanto tan prolongado y sincero, tan venido desde adentro, que no supe cómo consolarla. Hasta la piedad de un abrazo me parecía una afrenta. Tenía derecho a dejar que el sufrimiento saliera.

»Antes de quedarse dormida, me dijo entre hipos que esa tarde, mientras rapaba mujeres había distinguido en la cuadrilla de *tondeurs* a un notorio colaboracionista. Lo delató a los gritos y no hubo que probar nada porque el hombre, asustado, salió corriendo. Bibi me dijo que desde hacía semanas sospechaba que eso estaba sucediendo, que había algunos que se entreveraban con los resistentes para disimular su pasado y que no era tan difícil dar con ellos porque eran los más agresivos, los más prestos a

encontrar víctimas y a raparlas sin un segundo pensamiento. La vida es asquerosa, me dijo y se durmió con una calma amarga, hija de un agotamiento de años. Bibi sí había sido una verdadera resistente.

»No dormí esa noche. A la mañana siguiente le dije que me iba. ¿Adónde?, preguntó intentando disimular la sorpresa. Le dije que volvía a Montevideo. Si entre los *tondeurs* había colaboracionistas, ya nada tenía sentido porque no había nadie en quien confiar. Y mi problema con la vida era ese. Venía de una traición inmensa, una traición que me había vaciado de sentimientos, que me había vuelto inhumano hasta convertirme en una bestia.

»De pronto, había encontrado algún sentido en vengar mi dolor infligiendo dolor en otros. Pero ahora venía a darme cuenta de mi error porque nada estaba claro. Nadie sabía de qué lado estaba el bien, quiénes mentían para cubrirse y quiénes eran honestos. La verdad, como siempre, era algo relativo. Yo había elegido creer en una parte de ella sin cuestionamientos. Había cazado y rapado mujeres solo porque alguien me las ponía delante y las acusaba de algo que yo necesitaba creer. Era una verdad necesaria para aliviar mi dolor causando dolor a otros. Y ahora esa verdad se resquebrajaba. Ni por un instante pensé que mi percepción acerca de la conducta de Arlette podría estar equivocada y que yo también, a mi manera, la había declarado culpable sin derecho a defensa. Cuando estamos llenos de dolor y odio no pensamos más que en eso.

»El asunto de los falsos *tondeurs* rebasó mi medida. Fue como si despertara, como si esa realidad cruda me abriera los ojos. ¡Basta! No tenía nada más que hacer allí. No era mi patria. No era mi guerra. Lo único real era mi vida en Montevideo. Y mi familia, de la que nada sabía y a la que no veía desde hacía años. Le dije a Bibi que regresaba y vi cómo la tristeza la cubría, cómo se mordía las ganas de pedirme que no me fuera o de largar todo aquello al demonio e irse conmigo. Con gran entereza jugó su última carta y me preguntó de dónde sacaría dinero para el pasaje. Con la misma entereza

aguantó el dolor cuando descosí mi abrigo y le mostré las joyas que Susana me había dado y que eran mi pasaporte de regreso.

»*Au revoir, Paris*. Subí al barco y no quise mirar la ciudad por última vez. Lo mejor y lo peor de mí quedaban para siempre en ella. Mi ciudad amada también había sido el lugar de mi tormento. Bibi no fue a despedirme e hizo bien. Se quedó en *La petite Lir* y apenas me saludó deseándome buena suerte, como a un antiguo camarada con el que se ha compartido una misión peligrosa y que debía partir hacia otras experiencias.

»Tampoco hablamos de nuestro matrimonio, así que, sí, ya ve, soy un hombre casado. Aunque supongo que si hubiera deseado volver a casarme, nadie habría rastreado mi dudoso estado civil adquirido en mitad de una guerra. Pero no fue necesario porque nunca más pensé en hacerlo. No solo eso. Nunca más me interesó una mujer. Nunca. Al contrario de lo que pensaba, la distancia aumentó el dolor y el odio hacia Arlette. El recuerdo punzante de su traición, lejos de aliviarse, se afincó en mí con una inusitada persistencia. En las décadas que siguieron, ese odio me mantuvo, a la vez, vivo y muerto.

XLII. El muerto aparece vivo

Montevideo, 1945

—Le ahorraré más aburrimiento. De hecho, no sé cómo se ha mantenido despierto. ¿Cuánto tiempo he estado hablando? Ya lo libero. Todo indica que esto empieza a moverse y que el comisario acabará pronto con nosotros. Solo quedamos usted y yo, amigo.

»Como le decía, regresé a Montevideo. De mi familia, poco quedaba. Mi madre y cinco de mis hermanos habían muerto. Dos, en un accidente. Ella, según me dijeron, de tristeza. Pero no lo creo; era una mujer fuerte. Mi hermana pequeña vivía en México y casi nada más tengo para decirle. Los que restaban me dispensaron una bienvenida ambigua. Estaba claro que se alegraban de verme, pero también se notaba que, habiéndome dado por muerto, les resultaba extraño, cuando no incómodo, resucitarme de buenas a primeras.

»Tengo para mí que es una cuestión de pereza energética. ¿Pereza energética? Es una teoría. O una hipótesis. No puedo probarla, pero esto de tener teorías sobre casi todo es una costumbre de los viejos. Le explico. Los duelos llevan tanta energía que, cuando uno los completa, lo que menos quiere es saber que semejante esfuerzo ha sido en vano. La herida se cierra y, cuando la cicatriz es tan vieja que ya ni se nota o uno se ha olvidado que la tiene, ¡zas!, se reabre y todo comienza. Lo dicho: una pereza.

»Por otra parte, hay algo que tenemos los pobres y es una perpetua conciencia de la escasez. Siempre estamos midiendo la comida y siempre tememos que no alcance. Las restricciones de la infancia nos acompañan

durante toda la vida. Incluso si nos volvemos prósperos y la abundancia nos rodea, tenemos el reflejo de guardar para cuando haya carencia. Es seguro que mis hermanos padecieran eso y no le extrañe que, al verme, se pusieran en alerta: ¿una boca más?, ¿alcanzaría para todos?

»Sería ingrato si le dijera que me recibieron mal. Es solo que estos reencuentros nunca suceden como en las películas. Están cargados de dobles sentimientos, de contradicciones, ¿entiende? El muerto aparece vivo y debería ser una fiesta. Pero no. Porque el muerto ya estaba guardado en el cajón de los muertos y abrir esos cajones duele. Por otra parte, tenían derecho a sentirse molestos. No me había comunicado durante años. Alguno intentó defenderme alegando las dificultades de la guerra, pero lo cierto es que yo no había hecho el menor esfuerzo. Despreocupado como estaba por todo, sin piedad ni empatía, sin ganas de dar explicaciones, me desinteresé también de ellos.

»Ese era el estado de las cosas. Nada sencillo. De inmediato entendí que mi familia seguía siendo mi familia, pero a la vez una familia distinta. Tampoco el país era el mismo, aunque no podía saber en aquel entonces el huracán de eventos que se avecinaba. Por lo pronto, le digo que llegué al puerto de Montevideo a mediados del cuarenta y cinco. Un dieciséis de julio para ser preciso. Lo recuerdo porque es una fecha importante en mi vida y en la historia de mi país. Ese día volví y en un día como ese, cinco años más tarde, participé de una auténtica fiesta. El Maracanazo, ya sabe, Uruguay campeón mundial de fútbol.

»Esa es la gran historia que usted conoce y yo quiero volver a la historia pequeña. El caso es que las joyas de Susana rindieron más de lo pensado. Con el dinero sobrante del pasaje, alquilé una habitación modesta en el centro de la ciudad y logré mantenerme hasta conseguir mi primer empleo. Fui mozo de café. Las propinas y el sueldo alcanzaban. No sabía qué hacer con tanto tiempo, así que entré como oyente a unas clases de literatura en la

Facultad de Humanidades. Era una facultad nuevita. Luego asistí al Instituto de Profesores como estudiante regular.

»No podía darme cuenta entonces de que esa vocación docente que había descubierto era otro paso importante en mi sanación, porque me obligaba a salir de mí. Como todo acto amoroso, ¿entiende? No deseaba aprender por el mero gusto de llenarme de conocimientos, sino que deseaba volcar ese conocimiento en otros. Para eso debía ir a su encuentro. Así defino el amor, mi amigo. Como una fuerza que primero nos centra; nos hace volvernos hacia adentro y desde allí nos impulsa hacia afuera. El odio hace exactamente el camino opuesto. Nos reconcentra en nuestro ego y nos vuelve incapaces de dar. El odio nos convierte en piedra.

»Le hago corto el relato. Me recibí y no demoré en ser aceptado como profesor en una institución privada. La docencia mejoró las cosas. Andaba por los cuarenta y me sentía un viejo. Aún continuaba lleno de Arlette, de ese odio intenso. Mis días transcurrían en la más absoluta monotonía y no guardaba más esperanza que dejarme ir en el tiempo. El único momento del día en que algo distinto podía sucederme era durante las clases. El contacto con los jóvenes me refrescaba.

»Así transcurrieron los años. No vale la pena detenerse en ese lapso porque cada día fue un calco del anterior. Hasta que una mañana de enero del cincuenta y nueve tuve la mala idea de abrir un diario y vi la noticia del accidente. Al de Susana me refiero. Era un aviso fúnebre en el que participaba lo más selecto de la intelectualidad rioplatense. Nadie faltaba allí. Desde Borges y Bioy, hasta las Ocampo. Y estaban los europeos. Supervielle, Camus, Marías, en fin... Nunca se vio ni se verá algo como eso. Hasta en la muerte Susana era un puente sobre el océano.

»Qué puedo decirle. Murió con poco más de cincuenta años. Tenía tanto para dar y estoy seguro de que lo hubiera hecho. No sé por qué le llegó esa mala hora antes de tiempo. Sentí una gran tristeza. Pero ni siquiera entonces

—y esto se lo digo para que usted vea que aún seguía lleno de odio, incapaz de romper esa barrera— pensé en cuán ingrato había sido al haberla abandonado en mitad de una guerra. Nada de eso pasó por mi mente porque quienes están llenos de odio no piensan. Sienten. En medio de la tristeza por la muerte de Susana, supe que doña Luisa vivía aún en la casa de la calle San José. No tuve valor para ir a verla.

XLIII. Una sociedad patas arriba

Montevideo, 1968

—El país comenzaba a hervir en ese caldo de ideas revolucionarias que era Occidente. Yo seguía inmune a todo eso. Nada me importaba. Mi único hilo de conexión con lo humano eran mis clases. No me interesaba oír ni de izquierdas ni de derechas. Había estado en medio del drama de la guerra y había visto lo que el poder hace con las personas. Para mí no había utopía posible. Toda utopía acababa en el momento en que el poder llegaba para corromperla.

»Despuntaba la década del sesenta cuando surgió un movimiento armado. Se hacían llamar tupamaros. Los primeros golpes fueron desconcertantes. Recuerdo el asalto a un local de tiro en el departamento de Colonia... ¿conoce? Sí, bueno, pero no en la parte antigua de la ciudad, sino en una localidad que se llama Nueva Helvecia, un enclave suizo, sí. Y ahí había — hay, según creo— un club de tiro. Bueno, pues se les dio por robarse algunas armas. Leí la noticia con la mayor indiferencia. Después de haber estado en medio de una guerra, ¿qué podía significar una pequeñez como esa? No tenía entonces la perspectiva del tiempo. Porque le aseguro, amigo, que para un país como el mío, esa acción y todas las que vinieron significaron mucho, poner una sociedad patas arriba.

»Me importaban menos que nada los tupamaros y sus denuncias contra la dirigencia política. Me importaban menos que nada los políticos. Todo me daba igual. Pero una tarde, cuando caminaba desde el instituto hacia mi casa, me vi envuelto en una balacera. Un jovencito cayó a mi lado. Poco más que

un adolescente. Ni siquiera sé si estaba armado o si pasaba por ahí y tuvo la mala suerte de que una bala le diera. Tampoco sé de dónde vino la bala. Para mí era lo mismo. Lo único que vi fue a un muchachito con los ojos abiertos y la ilusión escapando por ellos.

»Eso fue suficiente. El odio se avivó en mi interior. Hubiera querido que esos fueran los ojos de Arlette, hubiera querido la felicidad de presenciar su muerte. Pero no. Era un jovencito que bien podía haber sido un hijo mío, o un alumno. Dudo que tuviera edad suficiente para entender que no había ideología tan valiosa que mereciera dar la vida por ella. Lo abracé y, cuando alguien vino a quitármelo de entre los brazos, me aferré con tanta fuerza a su cuerpo que pensaron que era un conocido, quizá un compañero. Tuvieron la decencia de no movernos. Así quedé, prendido al cuerpo de un jovencito desconocido, convertidos los dos en una Pietá absurda, mientras a nuestro alrededor todo eran gritos y disparos y sirenas.

»Tampoco sé cómo terminé en el hospital. Supongo que estaría en *shock*. No recuerdo nada. En algún momento de la madrugada aparecieron dos hombres y una mujer que me trasladaron a una casa en una zona residencial de Montevideo. Según me contaron más tarde, estaba tan aturdido que no pude darles mis señas. Ellos también pensaron que era un compañero de lucha. Estaban compartimentados y usaban alias. No era extraño que no conocieran a uno de ellos.

»Dormí durante un par de días en medio de espasmos y pesadillas. Al despertar intentaron llevarme a mi apartamento, pero no recordaba la dirección. No había tiempo para indagaciones. Así, sin quererlo, fui aquerenciándome en una casa donde entraba y salía gente, donde se escondían armas en el baño y donde una noche me dijeron que ya había visto tanto que no me quedaba otra opción que ser uno de ellos.

»Mi participación fue muy pobre, se lo aseguro. Como era evidente, no tenía la menor convicción ni por su causa ni por ninguna otra. Es cierto que

tampoco tenía miedo, y eso era un capital importante para cualquier guerrillero. Pero no puedo mentirle. Si en lugar de haber caído en esa casa clandestina hubiera caído en un cuartel, mis compañeros del momento habrían sido mis enemigos, ¿entiende? Ni siquiera sentía la menor simpatía por ellos. Solo me daban la oportunidad de canalizar el odio. Así que, cuando ellos hablaban de oligarquía, de corruptela política y esas cosas, yo pensaba en Arlette, en destruir a Arlette, en hacerla añicos. ¡Y ya había pasado un cuarto de siglo!

»En el 68 la policía me tenía fichado, pero no lo sabía. La organización me utilizaba como correo. Llevaba mensajes y, en algunos casos, transporté armas y dinero. Ese año supe que doña Luisa había muerto. No me pregunte por qué, pero mis pies me llevaron hasta la casa de la calle San José. Cómo iba a imaginar que allí dentro estaba la llave que abriría la gran puerta y que al salir ya no sería el mismo. Pero, mire, mire... el comisario le hace señas. Es su turno, amigo.

XLIV. Como si nada excepcional hubiera sucedido

Villa Carlos Paz, 1992

Avanzaba la tarde. Los bomberos habían retirado el cadáver. La ausencia del muerto confería a la escena un toque de irrealidad, una confusión espiritual que podía tanto ser hija del cansancio como del hastío. Un poco por ahuyentar el recuerdo de la muerte, otro poco por puro egoísmo, todos querían olvidar y continuar su descanso como si nada excepcional hubiera sucedido.

El ayudante del comisario paseaba por el parque sin más cometido que transmitir alguna sensación de autoridad y disuadir a los huéspedes de intentar la torpeza de una huida. Aunque nadie pensaba en huir. Superado el trámite del interrogatorio y aliviados del encierro, cada uno decidió no desaprovechar aquel día y disfrutar del aire limpio de las sierras. A eso habían ido y, aunque en mayor o menor grado lamentaban la muerte del muchacho, no había nada que pudieran hacer para revivirlo.

El interrogatorio a Marcos Fratini fue brevísimo. En parte porque el comisario estaba agotado. En parte porque deseaba con curiosidad y ansias llegar a Jacinto Arnau, el único hombre con el que le importaba conversar. Fratini también se veía cansado y al comisario no le extrañó. Había estado escuchando durante horas, sin moverse de la silla. El calor apremiaba y las ojeras, convertidas en pozos húmedos, le ensombrecían el rostro.

El comisario se limitó a corroborar algunos datos, le solicitó un breve relato de los hechos y no lo interrumpió ni una vez, ni siquiera para ajustar detalles o ahondar en mínimas contradicciones. Al cabo de unos minutos le

agradeció por la paciencia y lo despachó hacia el parque. Marcos Fratini se alegró, aunque no acababa de entender por qué lo habían sometido a la tortura de tantas horas de espera para después liberarlo en un tris que tras. Lejos estaba de sospechar que, convertido en involuntaria oreja, había sido el interlocutor intermediario entre Jacinto Arnau y el comisario que, a esa altura, ardía de curiosidad por conocer el desenlace de la historia.

Cuando Fratini salió de la sala, el comisario se tomó un tiempo. Sabía que estaba al final del procedimiento y necesitaba ordenar las ideas. Se puso de pie, estiró brazos y piernas y caminó hasta el baño, de donde volvió un par de minutos más tarde. Bebió agua, buscó una posición cómoda en la silla y solo entonces llamó a Jacinto Arnau, que contemplaba distraído el lago y las sierras.

También ese interrogatorio duró poco, poquísimo. Por fin, el comisario tenía el puzle casi completo. Solo faltaban un par de piezas y Jacinto Arnau las guardaba en su memoria. Era imprescindible que completara su relato, aunque, en primera instancia, no pareciera guardar relación con la muerte del muchacho. El comisario hizo unas preguntas y luego miró a Arnau con expresión de pena. No tenía certezas, pero decidió jugar una última carta, solo por ver la reacción del viejo.

—Señor Arnau, ¿sabe lo que debería hacer ahora? Lo sabe, ¿verdad? Debería detenerlo.

Como si hubiera estado esperando ese momento, Jacinto Arnau no mostró la menor señal de sorpresa.

—Está bien, entiendo.

—¿Entiende usted lo que eso significa?

—Sí, señor, lo entiendo.

—¿Y no va a preguntarme nada? ¿No quiere saber por qué motivo lo detengo?

—No, no es necesario. Conozco el motivo.

—¿Tampoco quiere saber cómo he llegado a la conclusión de que...?

—Comisario, hagamos esto fácil, por favor. Usted tiene experiencia. No había más que ir uniendo las piezas. Porque usted escuchó todo, ¿no es cierto? Usted escuchó desde el principio.

Jacinto Arnau sonrió, bajó la cabeza hasta casi tocar el pecho y suspiró aliviado. Por fin, alguien le daría la tregua de un descanso. A sus setenta y siete años, después de haber desperdiciado lo mejor de su existencia, medio siglo de odio se resumía en aquel suspiro y salía de su pecho como un mal espíritu que, de pronto, se aleja. Sintió una inusitada liviandad. Era, por fin, libre.

—Escuché bastante, sí. Pero no fue hasta hace unos segundos, cuando le tomé declaración que... Usted se refirió al muchacho como Gonzalo Heseldorf, pero antes se le deslizó un Gad... que interrumpió a tiempo. Un lapsus. Eso hizo que todo cerrara.

—¿Eso dije? ¡Qué estúpido! ¡Cómo no me di cuenta! Por supuesto, ¿quién más podría saber del asunto de los apellidos?

—A esta altura, varios están al tanto, el conserje, el juez, el forense... pero usted se pasó el día en esa silla hablando con Fratini. Apenas fue un momento al baño y no habló con nadie. También estuve atento a eso. ¿Cuándo pudo enterarse de que Heseldorf era Gadés?

—Mejor dicho, que Gadés era Heseldorf. Y para esa pregunta sí tengo respuesta, comisario. El muchacho y yo viajamos juntos desde Córdoba, como ya le habrán dicho. Pudo habérmelo contado durante el viaje.

El comisario sintió que Arnau le cerraba el paso con su lógica irrefutable y jugó una carta más. A ciegas.

—Pudo, sí, pudo. Pero no lo hizo, ¿verdad? El muchacho quería que lo llamaran Heseldorf. Así se registró aquí y usted lo sabe porque estaba con él. En todo momento se presentó como Heseldorf. ¿Por qué contarle algo que intentaba ocultar del resto? El muchacho no se lo contó durante el viaje. No.

Aunque quizá sí en otro momento. Quizá antes de bajar a desayunar esta mañana. Ustedes hablaron a solas, ¿es así, Arnau? Aquí, en la hostería, me refiero. Ustedes tuvieron una conversación en algún momento de la madrugada.

El comisario no estaba seguro de lo que decía. Las palabras le iban fluyendo como quien construye una trama y, de pronto, encuentra un camino hacia el desenlace. Ni siquiera se trataba de deducciones. Eran puras conjeturas lanzadas al voleo solo para ver qué hacía Arnau con ellas.

—Me sorprende, comisario. Apenas tiene la punta de una madeja...

—... y usted me va a ayudar con el resto.

—Estaba por terminar mi historia cuando usted llamó a Fratini. Iba a llegar al punto, pero... En cualquier caso, para qué perder tiempo. Está en lo cierto y hace bien en detenerme. Yo maté al muchacho.

—¿Se declara culpable, entonces?

—Sí, señor.

—Como comprenderá, debo redactar un informe. La justicia se encargará del resto. Pero lo que usted declare ahora será vital más adelante. ¿Entiende lo que significa eso?

—Perfectamente, comisario.

—Le haré la pregunta directa: ¿se declara usted culpable del asesinato del señor Gonzalo Gadés?

—Sí, señor. Pero en alguna parte deberá poner que él quería llamarse Heseldorf.

—Eso déjeme a mí. ¿Cómo llegamos hasta aquí, señor Arnau?

—El pobre Fratini, ¿cómo es su nombre?

—Marcos.

—El pobre aguantó toda la historia mientras usted hacía sus interrogatorios. Y se quedó sin el final. ¿Sabe adónde fue?

—Afuera, con los otros. Ha sido un día largo, Arnau. Estamos todos

cansados.

—¿Sería posible preguntarle si quiere oír el final? Digo, me parece justo.

—No es un procedimiento regular. Usted no va a contarme una historia. Usted va a declarar, a confesar la autoría de un crimen, ¿entiende la gravedad de todo esto?

—Insisto, comisario. ¿Qué mal puede hacerle que escuche?

El comisario hizo señas al oficial flaquito, que se acercó de mala gana.

—Dígale al señor Fratini que venga.

Marcos Fratini volvió a la sala con aspecto de agobio.

—No se preocupe. No hay problema. El señor Arnau dice que usted se quedó sin el final de la historia y pensó que querría conocerla.

Marcos Fratini cerró los ojos. Una mueca de cansancio lo hizo parecer viejo.

—No doy más, comisario. Disculpe, Arnau, nada personal. Pero estuve escuchándolo durante... ¿cuántas horas? Con todo respeto, lo único que quiero es terminar con esto. Comisario, ¿cuándo podremos irnos? De pronto me vino la necesidad de abrazar a mi mujer. Puede sonarle ridículo, no me importa. Solo volver a casa y abrazarla. Es cursi, lo que usted quiera, pero en este momento es lo que deseo.

—Hace un rato me dijo que estaba separado.

—Lo estoy, comisario. O lo estaba, no sé. Pero ahora necesito volver.

Marcos Fratini tenía la mirada vidriosa, como la de un loco o un afiebrado. Los tres hombres quedaron envueltos en un silencio cargado de compasión y entendimiento.

—Vaya y tome un poco de aire. Es probable que antes de que termine la tarde pueda volver a casa.

Marcos Fratini salió de la sala sin dedicar ni una mirada a Jacinto Arnau. El comisario notó la decepción en el gesto del viejo.

—Está asustado, Arnau. No lo culpe por eso.

—No, claro que no lo culpo. Es solo que me hubiera gustado... bah, da igual, no le interesa.

—¿Y si su historia le hubiera causado todo ese alboroto interno?

—¿Cómo dice?

—Que quizá su historia haya movido alguna fibra, algo que le hizo nacer el deseo de regresar y abrazar a su mujer. ¿Pensó en eso?

—Si es así, habrá valido la pena.

—Entonces, Arnau. ¿Cómo llegamos a esto? Y no es necesario que entre en demasiados detalles porque, a pesar de las interrupciones, créame que he seguido su historia con atención. Escuché bastante, cuanto pude, quiero decir, todo cuanto los otros me lo permitieron.

—¡Todas esas horas de cháchara!

—Menos de lo que hubiera querido, pero lo suficiente.

—¿Por dónde quiere que empiece? No sé cuánto sabe...

—No importa. Empiece por donde quiera. Perdí algunas partes. Será como colocar las piezas que faltan.

—Siempre es así.

—¿Así?

—Un rompecabezas. Pero, ¿cómo saber si las piezas son buenas?

—Usted no mentiría.

—¿Mentir? No. ¿Para qué? Me refiero a que la memoria hace trampas con esas piezas.

—Explíquese.

—Aunque no tenga intención de mentir, la memoria siempre distorsiona. Lo dicho: algunas piezas no son buenas.

—Sin embargo, el relato es lo único que tenemos.

—Exacto. Es lo único que tenemos. Y no se puede vivir sin relato. Hay que aferrarse a algo, ¿no cree?

—Siga, Arnau.

XLV. La verdad es un caleidoscopio

Villa Carlos Paz, 1992

—Serví durante años en casa de una buena familia, allá en Montevideo. Exacto, los Soca, sí. La señora Luisa y su hija, la señorita Susana. Viajamos a París y nos atrapó la guerra. Luego dejé de verlas y al terminar la guerra regresé a Montevideo. En París me enamoré de una mujer, Arlette. Yo... yo no puedo decirle a usted lo que significó ese amor, comisario. Era mi vida, ¿entiende?

—Claro que lo entiendo.

—La vi por última vez el día en que iba a proponerle matrimonio. Estábamos en un puente sobre el Sena. Un auto se detuvo, ella subió y nunca más. Creí que me había traicionado con un oficial nazi. La odié. La odié tanto que le deseé la muerte. No hay odio más intenso que el que nace del amor, comisario, ¿puede entender eso?

—Sí, Arnau, créame que lo entiendo.

—Entonces comprenderá lo del odio. Ese odio fue mi sangre, mi oxígeno, mi alimento. Todo yo era odio, el odio más puro que haya existido. Un odio capaz de matar a un hombre por dentro. Duró años, hasta aquella tarde del 68.

—¿Qué pasó esa tarde?

—Había muerto doña Luisa. Entonces, le decía, me enteré de lo de doña Luisa y vaya uno a saber por qué tuve el deseo de volver a la casa. No me dejaron entrar. Imagine cómo me sentí. Aquel había sido mi hogar. Pregunté por María. ¡Y estaba! La muy leal María. El reencuentro fue conmovedor. Tantos años... Me hizo pasar, por supuesto. Todo estaba oscuro, las persianas

bajas, un mausoleo.

—¿María es...?

—La asistenta de doña Luisa. Su dama de compañía. Me preocupa que no sepa eso porque no sé cuánto se ha perdido.

—Continúe, Arnau.

—María también vivió en París durante la guerra. Nunca fuimos amigos, pero nos teníamos respeto. Cada uno sabía cuál era su tarea. María conocía a Arlette, porque en los últimos tiempos, las señoras le habían permitido mudarse con nosotros. Es que la casa de Arlette, es decir, la casa de *lady* Ludmilla Byron, donde Arlette servía, había sido saqueada por los alemanes, ¿me sigue?

—Lo sigo.

—María me vio sufrir cuando Arlette se fue, aunque yo jamás le di detalles. Poco después de aquel episodio del puente, dejé de estar al servicio de las señoras y no volví a verlas.

—Déjeme ver, Arnau. Quiere decir que después de que su novia se fue, usted abandonó su trabajo. ¿En plena guerra?

—Permítame continuar, comisario. Con gusto volveré sobre cualquier detalle que desee. Lo que quiero que entienda es que viví un cuarto de siglo como muerto. No busque coherencia en mi comportamiento.

—Siga.

—María estaba tan emocionada de verme... Imagine. Me habían dado por muerto. Me contó muchas cosas, sobre todo habló del dolor que para doña Luisa había significado la muerte de su única hija y de cómo había transcurrido los últimos diez años casi en penumbras, recibiendo un día fijo a la semana, con la misma cortesía de siempre, pero con una tristeza indescriptible. Bien, pero lo más importante no fue eso... ¿podría tomar un poco de agua, comisario?

—Sírvase, nomás. Lo espero.

Jacinto Arnau se levantó con dificultad y caminó los pocos pasos que lo separaban del agua como una sombra que arrastra un cuerpo. El comisario lo observó y sintió que compartían un mismo cansancio existencial, un deseo de dormir que iba mucho más allá del descanso y que tampoco era un deseo de muerte. Era la necesidad pura de sacudirse el lastre de tantos dolores y seguir más livianos. Sintió pena por el viejo.

—Entonces, María le dijo algo importante...

—Unos meses después de que me marché, llegó al hotel —no sé si oyó que las señoras vivían en un hotel, ¿sí? bien— como le decía, llegó un hombre. María nunca supo cómo se llamaba. Solo que servía en la casa de los Byron y, según dijo, se lo veía aterrorizado. La carta era para mí y, como ya habré imaginado, la firmaba Arlette. No puedo decirle cómo llegó a manos de aquel hombre. Si ella tuvo tiempo de dársela, si él la encontró después. No lo sé. Aquí se pierde el relato y será un hueco que así quedará para siempre. Y, mire usted el detalle. María quiso darle una moneda y el hombre no la aceptó. Pidió comida. Triste, ¿no es cierto? María guardó aquella carta sin abrir durante años. Pero en el cuarenta y ocho, cuando se aprontaban para regresar a Uruguay y fue evidente que yo no volvería, se decidió a leerla. La pobrecita no sabía cómo disculparse, comisario, y yo no tendré vida suficiente para agradecerle que lo haya hecho. Ella se avergonzaba por su indiscreción, y yo...

—Claro, no había de qué avergonzarse. Todo es relativo, Arnau. Las circunstancias lo ameritaban. ¿Y qué decía la carta?

—María la había perdido durante el traslado a Montevideo, pero recordaba lo esencial. Y aquí me detengo otra vez, comisario. Mi verdad ha cambiado. Ahora está hecha a partir de ese recuerdo. Nunca sabré cuáles fueron las palabras exactas de Arlette, el temblor de su trazo. Solo tengo el relato de María y lo transformé en mi verdad porque necesito aferrarme a algo para seguir viviendo.

—La carta, Arnau...

—Como era de uso, cuando los alemanes saqueaban una casa importante, se quedaban a vivir en ella o la destinaban a pagar favores. A las delaciones, me refiero. No sé cuál fue el destino de los Byron, pero es probable que hayan terminado en un campo. A veces deportaban o asesinaban solo por robar las pertenencias. En la casa quedó el hijo más pequeño de los Byron. Se llamaba Charles y Arlette le tenía mucho afecto. Escondió al niño en el sótano, bajo las dependencias de servicio. Lo visitaba cada día para llevarle comida y limpiarlo. ¿Edad? Unos diez años. Lo suficiente para entender que debía obedecer si quería vivir. Los niños maduran pronto en tiempos de guerra.

»Usted se preguntará cómo hacía Arlette para ir cada día a esa casa sin levantar sospechas. Aquí viene la parte terrible. Arlette era hermosa, comisario, de una belleza como otra no he visto. Y ese cerdo... la obligó. Ella iba cada día. Me decía que iba a visitar a un familiar enfermo. Era muy hermosa. Se ofreció para limpiar la inmundicia de aquel nazi y, mientras lo hacía, cuidaba del pobre Charles escondido en el sótano. Era natural que el muy bestia abusara de ella. La volvió su esclava, señor. Quiero decir, la violaba, ¿me entiende? Arlette era hija de madre judía y el precio para no delatarla era...

—A ver, Arnau, tome agua. Entiendo que esto sea doloroso para usted, pero necesito llegar al punto y hay detalles que se me escapan. ¿Por qué arriesgarse a que la chica...?

—Arlette, Arlette era su nombre, comisario.

—¿Por qué arriesgarse a que Arlette no volviera al otro día? Quiero decir, ¿por qué el nazi la dejaba ir?

—¿Cómo puedo saberlo, comisario? El nazi estaría al tanto de que faltaba el niño. Quizá suponía que Arlette lo estaba protegiendo. No lo sé. O quizá solo se obsesionó con ella. Usted no imagina lo hermosa que era. Habrá

perdido la cabeza, pero no tanto como para tenerla en la casa a tiempo completo. Ella tenía sangre judía y podía comprometerlo.

—¿Por qué regresaba Arlette todos los días? ¿No había otros sirvientes? ¿Por qué no decirles del niño y que se hicieran cargo ellos?

—Los había, pero supongo que Arlette no confiaría en ellos. Cualquiera lo hubiera entregado para salvarse. Era una práctica frecuente. El pequeño Charles estaba escondido en una pared doble donde se guardaban las botellas. Según parece, en un espacio poco más grande que un armario. Al menos, así me lo dijo María.

—¿Eso significa que nadie más sabía del niño?

—Así dice María que decía la carta. Arlette sabía que el niño dependía de ella y volvía a la casa cada día. También hay otra posibilidad terrible y es que Arlette se sometiera a esa tortura para protegernos. A Susana, a doña Luisa, a María y a mí. ¿Por qué no? Bertram sabía dónde encontrarla. No le hubiera costado nada deportarnos a todos. Es muy probable, comisario, que así haya sido. Un chantaje. En fin... El día del puente... me refiero a la vez que vi por última vez a Arlette, sucedió algo tremendo. El maldito Bertram había descubierto al niño. Por eso salió como un loco a buscarla. Quizá nos siguió desde el hotel, cómo saberlo. La carta contaba después algo horroroso...

—Por favor, siga, Arnau.

—La llevó hasta la casa y lo mató delante de ella.

—¿Cómo dice?

—La obligó a mirar...

—¡Madre de Dios! ¡Qué bestia!

—No sé cómo lo hizo. Supongo que un disparo. Lo más rápido. O lo habrá estrangulado. ¿Lo sorprende? A mí, no. Era algo natural para ellos. Hay relatos de la llegada a los campos... se los arrancaban a las madres y los mataban allí mismo. O las hacían elegir entre dos hijos cuál debía morir. Casi siempre acababan por matarlos a todos. Los niños no servían para el trabajo.

Pero antes se divertían torturando a las madres. Así que no me extraña en absoluto que...

—Ahora yo necesito agua, Arnau, pero no se detenga. Estamos solos. Puede hablar mientras voy hasta la mesa.

—Traiga la jarra, comisario. Sí, sí, vaso tengo. Como imaginará, aquella carta fue escrita a las apuradas —una hoja garabateada en sus dos carillas, según recordó María— porque a Arlette tampoco le quedaba mucho tiempo. No puedo darle más detalles. María dijo que el nazi la había vejado. Eso es todo. Usó el verbo *vejar* porque allí está contenido todo el horror. En esa sonoridad brutal de la *j*, están los golpes, los jirones, la desnudez, la penetración, el dolor.

»Si mis cálculos son correctos y aquel chofer no mintió, Arlette y Bertram se quedaron en la casa al menos tres semanas después de lo del niño. ¿Disculpe? Ah, sí, el chofer de los vecinos. Él me dijo que los había visto marcharse. Como un matrimonio, dijo. Quién sabe si se fueron con el mismo destino. Supongo que habrá sido a las apuradas y que en el lapso que Arlette tuvo para juntar algo de ropa, tomó un papel cualquiera y escribió la carta con mis señas.

»Como le dije, nunca más vi a María hasta esa tarde de 1968. Creyéndome muerto, guardó en su corazón la historia sin imaginar que algún día iba a tenerme enfrente. Le resumo el resto, comisario. Mi vida hasta ese día había sido un calvario. No pasaba una noche sin que el sueño se negara a venir, entreverado con imágenes obscenas en las que siempre estaban Arlette y el maldito Bertram. Los imaginaba felices, burlándose de mí, en fin, esas cosas terribles que lo asaltan a uno por la noche y conspiran contra el sueño. Apenas María me contó los detalles de la carta, renuncié a mi trabajo, reuní mis ahorros, peso sobre peso, y volé a París. Necesitaba encontrarla. No fue posible, claro. Pude rastrearla, gracias a una organización de sobrevivientes. Me ayudaron mucho, sí. El caso es que siguieron el rastro de Arlette hasta

uno de los campos y luego... la nada, comisario. La nada. Ni siquiera sé la fecha de su muerte, dónde arrojaron su cuerpo... No tuve fuerzas para más... tampoco me quedaba dinero. Regresé a Uruguay.

—Demasiado sufrimiento, Arnau.

—Es demasiado, sí. Y demasiado odio. El odio es el peor veneno. Si, además de odio, hay culpa...

—¿Culpa?

—Culpa, señor.

—¿Usted?

—Si yo no me hubiera aferrado a lo que parecía... si yo hubiera, al menos, dudado... Pero la condené. La vi irse en aquel auto y el dolor me cegó. El dolor se transformó en odio y no pude ver más allá de eso.

—Ahora no tiene sentido culparse. Estaban en medio de una guerra... ¿qué hubiera podido hacer usted?

—Lo sé. No se piensa con claridad en una guerra... Ya está... Mi remordimiento no va a cambiar nada. No puedo traerla de vuelta.

—Arnau, estamos aquí por un crimen. El crimen de Gonzalo Gadés.

—Heseldorf. Gonzalo Heseldorf. Ese era su apellido y el apellido de Bertram cuando se refugió en Argentina. En París era Zimm y aquí, Dieter Heseldorf. Sí, señor, Gonzalo Heseldorf era hijo de Bertram.

—Entonces usted vino a...

—En el 71 caí preso. En mi país, claro, sí, sí. Primero estuve en un cuartel y luego en un penal hasta el 84. Salí, recuperé mi cargo de profesor y dediqué mis esfuerzos a encontrar a Bertram. Todos mis esfuerzos, mi salud y mi poco dinero. Incluso regresé a Europa. Me llevó tiempo encontrar su rastro. Mi único temor era que estuviera muerto. Porque yo quería matarlo, ¿entiende? Con mis manos. Durante todo el tiempo de cárcel y mientras lo buscaba, me mantenía vivo imaginar cómo lo haría sufrir, cómo le haría pagar por cada lágrima de Arlette, por cada instante de dolor... Era el mismo

odio, volcado en otra persona, pero el mismo odio. Estoy perdido, comisario. No tengo remedio.

—¿Y vino a encontrarlo ahora?

—Llegué tarde. Lo encontré en el hospital, agonizando... El muchacho estaba a su lado, inclinado sobre la cama. Bertram le susurraba algo al oído. El muchacho quería el apellido, pero...

—A ver, a ver. Aquí me pierdo. ¿El apellido, dice?

—Yo había venido hasta aquí siguiendo las huellas de ese maldito que había causado tanto sufrimiento y quería hacerle pagar por eso. Muchos me ayudaron, pero le ahorro los detalles de la búsqueda. Llegué justo para verlo morir con tranquilidad en una cama de hospital. La vida me jugaba una broma horrenda. Luego vi al muchacho inclinarse con suma dificultad sobre el cuerpo. Bertram le decía algo al oído. Entonces sentí un dolor aquí, comisario, como si de un golpe me hubieran abierto el vientre. No puedo explicarlo. Me descompuse. De inmediato me asistieron. Medio mareado pude ver cómo certificaban la defunción de Bertram —que ahora se llamaba Dieter Heseldorf— y vi cuando el hijo firmaba algo por su padre, con un sentimiento ambiguo, como si, por fin, a pesar de la circunstancia atroz, pudiera hacer valer su derecho.

»Me repuse del malestar y luego me acerqué a saludarlo. Le dije que era un amigo de su padre. En ese momento no tenía claro cuál sería mi próximo paso, pero necesitaba estar cerca del muchacho. Inventé una historia de amistad durante la guerra. Pinté una personalidad valiente y noble sobre la carcasa inmunda que era el recuerdo de Bertram y lo convencí de que su padre había sido un buen hombre, un hombre confundido que por error se había puesto del bando de los malos. Y que con seguridad no le había alcanzado la vida para arrepentirse de ello.

»Gonzalo me cortó con algo de brusquedad y me dijo que necesitaba estar solo. Me aparté, aún sin acabar de creer la enorme mentira que había

inventado en un instante. Mucho menos los motivos para hacerlo. Me preguntaba por qué, por qué, por qué lo había hecho.

XLVI. Una mentira enorme hecha de mil mentiras pequeñas

Villa Carlos Paz, 1992

—La cena de anoche fue algo triste, como todas las despedidas de año. Casi nadie quiere estar con quien está y casi todos quisieran estar en otra parte. Así funciona y no sé por qué nos empeñamos en reunirnos durante estas malditas fiestas. Bastaría con que uno tomara la decisión de ignorarlas para que una legión se le uniera. La mayoría la pasa mal, extraña, añora, en fin...

»Muerto Bertram, mi estadía en Córdoba carecía de todo sentido. Le dije al muchacho que volvería a Montevideo tan pronto pudiera. Me comentó que él iba hasta Buenos Aires y que podía acompañarlo, si quería. Fue una cuestión práctica, nomás. Supongo que le habrá dado pena que hubiera hecho tantos kilómetros por su padre, solo para verlo muerto. Algo de razón tenía. Aunque no podía imaginar que el motivo de mi viaje había sido matar a Bertram. Más que eso. Quería verlo sufrir, procurarle una muerte lenta que compensara todas estas décadas de sufrimiento. Pero, ya ve. Mi vida ha consistido en llegar tarde a mis deseos...

»Durante el viaje desde Córdoba hasta aquí fuimos conversando. Imagine la situación. Un muchacho deprimido y un viejo que debe mentir todo el tiempo. Él quería saber de su padre, por supuesto. ¿Y qué iba a decirle yo? Por un momento pensé que quizá allí estaba mi venganza. Pero pronto me di cuenta de que no valía la pena agregarle más dolor al muchacho.

»Me contó lo esencial de su historia y tiene usted razón en algo: nunca

mencionó el apellido de su madre. No durante el viaje. Hablaba con..., no sé cómo decirlo, con una falta de energía, como si ya no tuviera sentido seguir viviendo. La vida de ese muchacho fue una tragedia, señor. Ese Bertram destruyó todo a su paso. Ni siquiera pudo darle algo de afecto a su hijo.

»No tuve corazón para hacerle más daño. Era evidente que aquel corpachón ya soportaba una carga inmensa. Él no tenía la culpa de las bestialidades de su padre. De hecho, era otra víctima. Así que me esmeré en repetir la historia que le había contado en el hospital, hablando con suma cautela y solo guiado por sus preguntas.

»Le dije que su padre había sido nazi, pero que se había opuesto al régimen y que lo combatía desde adentro. Que había colaborado con la resistencia y que gracias a los datos que pasaba en forma clandestina, algunos habían logrado huir antes de que los detuvieran. Que era, de algún modo, un héroe de guerra y que era una pena que su nombre fuera a quedar asociado con la Wehrmacht. Fue la mayor mentira de mi vida, se lo aseguro. Una mentira enorme hecha de mil mentiras pequeñas.

»Gonzalo escuchaba y, cada tanto, lanzaba preguntas cortas, apenas audibles, como el gorjeo de un pájaro agonizante. Así, conversando de a ratos, llegamos a esta hostería que excedía nuestras pretensiones y nuestro presupuesto. Ah, sí, casi lo olvido. Un poco antes recogimos a la muchacha. No, no me pareció que se conocieran. Nada especial. Estaba abatida y habló poco. Y, ahora que lo menciono, ella fue la que sugirió que viniéramos aquí. Así que, ya ve, un camión en marcha con tres desgracias dentro.

»Cuando nos registramos, oí que Gonzalo dio el apellido de su padre y se me estrujó el corazón. Hubiera querido abrazarlo, decirle que yo también llevaba un dolor enorme. Y que compartíamos el origen de aquel dolor, un malnacido llamado no Dieter Heseldorf sino Bertram Zimm, que nos había jodido la vida a los dos. El muchacho tenía igual derecho al odio y a la tristeza.

»Nos despedimos y cada cual fue a su habitación. Me tiré en la cama y una andanada de imágenes asaltó mi cerebro. Toda mi vida pasó por mis ojos, como una película vista mil veces, y ni siquiera me pregunté si había posibilidad de que la trama diera un vuelco hacia un final feliz. Me sentía agotado, sin fuerzas. Pensé en mi familia, en Susana, en mis ilusiones frescas de hombre joven y enamorado, en mi pequeña Arlette. Pensé en Bertram, en lo que nos había hecho.

»Y luego me pregunté si no era mi culpa, si no dependía de mí haberme convencido de una verdad que no era. Si no había necesitado inventarme una causa para destilar todo el odio que llevaba dentro. Pero no pensé mucho en eso porque ahondar en esas cuestiones también me inducía a pensar que mi nueva verdad se sustentaba en la precariedad del relato de María, un relato construido con retazos de realidad tamizados por la criba del tiempo.

»No bajé a cenar, pero sí un momentito a servirme algo fresco. No, no tomo alcohol y es interesante que me lo pregunte porque durante la guerra vi a hombres y mujeres aferrarse a la botella, una evasión ante tanta miseria. Nunca se me dio por ahí y no voy a empezar ahora. Solo quería algo fresco y dulce, un jugo o algo por el estilo. Salí al pasillo y me asomé por la barandita que da a la escalera. Desde arriba tuve una visión panorámica de la cena. Nada que no le hayan contado los otros. Por supuesto, reparé en Gonzalo y en la enormidad de su cuerpo. Lo vi avanzar hacia la mesa de postres y servirse una cantidad exagerada de tarta de almendras. Comía con avidez, como un animal que debe defender su presa.

»No habré estado más de cuatro o cinco minutos observando. Durante ese lapso, Gonzalo se sirvió ¡tres veces! Tres veces, sí. Era una máquina de tragar. Siempre la tarta de almendras y, al final, un bol completo con almendras sueltas. Entonces recordé el comienzo de un libro de Gabo, *El amor en los tiempos...*, ¿lo conoce? Sí, es el mismo. Le decían Gabo. Bien, quizá recuerde su comienzo. ¿No? No, por favor, faltaba más. No hay por qué

recordarlo. Yo vivo de la literatura; por eso lo tengo presente. Bien, el comienzo decía: “Era inevitable: el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados”. Con esa evocación me vino ese capítulo en el que un hombre muere envenenado con cianuro, como una escena en cámara lenta y, tras mucho de no pensar en ella, recordé que aún llevaba cosida en alguna de mis pertenencias la capsulita que aparecía ante mí como una promesa.

»Gonzalo comió una cantidad exagerada de almendras y, según oí que comentaban las señoras, pidió otro bol y se lo llevó a su habitación. Antes había subido en andas a la chica, según me dijeron. Pensé en la relación entre las almendras y el cianuro y, aunque me pareció absurdo que Gonzalo estuviera intentando intoxicarse de ese modo, creí ver un destello de algo, un deseo de autodestrucción que en él se daba a través de la comida y que, trasladado a las almendras, equivalía al deseo de consumir veneno.

»Se me ocurrió que quizá el muchacho deseaba morir. Podía entenderlo porque a mí me agobiaba el mismo deseo. Pero lo mío era distinto. Estaba intelectualizando todo, racionalizando todo, pensando demasiado. Y los suicidas no eligen. Solo hacen lo que pueden. No para terminar con la vida, sino con el dolor que ya no soportan. Aquel muchacho había venido tras su padre como quien busca una última salida y el maldito le había cerrado la puerta.

»No pude dormir, como imaginará. A eso de las siete, decidí terminar con aquello. Fui hasta la habitación de Gonzalo. Golpeé. Estaba despierto. Me dejó entrar sin preguntas, como si fuera obvio que yo estuviera allí a esa hora, en una hostería perdida en medio de las sierras. Entré. La cama estaba intacta. Tampoco él había dormido. Le pregunté a qué hora partiríamos. Me sugirió que buscara otro transporte. Yo sabía lo que me estaba diciendo, pero aun así fingí no entenderlo. Insistí. Es que no me voy, me dijo. Me quedo.

»Sobre la mesita de la televisión estaba el bol con algunas almendras. Lo

miré y mi expresión habrá sido elocuente porque sonrió —fue la única vez que sonrió y era la sonrisa pícaro de un niño, una absoluta inocencia—, dijo que estaba cansado y que aquí terminaba su camino.

»Morir no es fácil, Gonzalo, le dije. Él lo sabía. Había estado toda la noche rumiando la forma de hacerlo. Me lo contó y agregó que no me preocupara. Le dije que por supuesto me preocupaba. Que era joven para andar pensando en esas tonterías. Entonces hizo algo inesperado. Avanzó hacia donde yo estaba de pie, junto a la puerta, y me abrazó. Temblaba. Ese hombrón imponente temblaba. Abrazado a mí, prendido como una cría a su padre, convertido en un ser desvalido, carente de toda maldad, sin fuerzas ni ingenio para quitarse la vida. No aguantaba más, pobrecito.

»Le dije que esperara. Fui a mi dormitorio y traje la cápsula. Se la puse en la mano. Esto vale por todas las almendras, Gonzalo. Será rápido, pero no te va a ahorrar sufrimiento. Va a doler; puede ser terrible. Es necesario que la mastiques. Y luego será cuestión de minutos. Pero minutos terribles. Sé de lo que te hablo. Después de la guerra vi a una mujer hacerlo. La mención a la guerra le encendió una lucecita en los ojos. Pensé que iba a pedirme que le contara algo de su padre, pero no lo hizo. Quizá intuyó que la verdad era horrenda y sintió que ya no tenía resto para soportarla. Ninguno de los dos quería mencionar la palabra *muerte*, aunque los dos estábamos hablando de ella. La muerte parecía la única puerta y Gonzalo iba a salir por ella.

»Antes de la despedida, me agradeció por mi intento. Usted me mintió, dijo bajito. Mi padre no fue un buen hombre, fue un nazi, un hijo de puta, un perverso. Al principio, me enojé con usted, pero era su amigo y entiendo que quisiera protegerlo. ¿Sabe qué me dijo antes de morir, Jacinto? Dijo Grecia Gadés, el nombre de mi madre. Y luego Gonzalo Gadés, mi nombre. Y dijo que quizá lograra llevar el apellido Heseldorf, pero nunca llevaría su sangre, porque su sangre era pura y la mía estaba contaminada con la sangre de una perra.

»No puedo decirle más, comisario. Es probable que el muchacho haya tomado la cápsula durante el desayuno, cómo saberlo.

XLVII. No había un asesino entre ellos

Villa Carlos Paz, 1992

Un poco por cansancio, otro poco porque todo se veía ahora con una claridad innegable, el comisario le dijo a Jacinto Arnau que con eso bastaba y que tuviera la amabilidad de esperar mientras iba a buscar a los otros. Pidió ayuda al conserje y al cabo de un par de minutos fueron llegando la hija de los patriarcas con su hermano y su marido, los dos mozos ahora convertidos en jardineros, las tres mujeres, la joven del pelo revuelto, Marcos Fratini y el novio desterrado que apareció con una inocultable cara de susto. Hubo que ir a buscar a los patriarcas, que aún no se habían despertado de la siesta.

La hija de los patriarcas hizo un comentario desganado, algo referido al primero de año más espantoso de su vida, y puso una mirada lánguida como la de esos adolescentes malcriados que viven en un hastío perpetuo. Solo entonces el comisario cayó en la cuenta de que, en el borbotón de entradas y salidas, había olvidado interrogarla. Sonrió para sus adentros. Todas las investigaciones estaban plagadas de errores, pensó; siempre quedaban cabos sueltos. Solo pensar en interrogar a la mujer le hacía nacer una pereza descomunal. Ya vería él cómo acomodaba el papeleo más tarde.

La pequeña comunidad parecía haber madurado después de un día tan intenso y los rostros, que en la mañana lucían llenos de promesas, ahora se veían desgastados y tensos. La muerte de Gonzalo Gadés no solo había significado un obstáculo en sus vacaciones, sino que los había confrontado con sus miserias y sus miedos. Aunque era probable que nada fuera a cambiar demasiado en lo inmediato, todos intuían que algo se había movido en el

complejo equilibrio de sus relaciones. Y que tarde o temprano el gran cambio sobrevendría.

El comisario repasó sus notas y luego detuvo la mirada en cada uno de ellos como para asociar el nombre con el rostro y este con la declaración. Constató por enésima vez en el día que se trataba de seres comunes, capaces de las bajezas atribuibles a los seres comunes, pero de ningún modo dotados de la excepcionalidad que se requiere para las grandes obras. Matar, por ejemplo. Matar no era para cualquiera. El potencial estaba en todos, por supuesto, pero se necesitaba de una excepcionalidad para pasar de la intención al hecho. Esa excepcionalidad, se dijo el comisario, no tenía que ver con la moral ni con la bondad de las almas. Tanto podía matar un psicópata o un violento, como el hombre más sereno y bueno.

El comisario no veía la excepcionalidad en ninguna de aquellas personas y decidió que no tenía más sentido retenerlas. Sus testimonios eran creíbles y, al cruzarlos, las contradicciones se presentaban tenues, dentro de un rango razonable de probabilidades. Si alguien se lo hubiera pedido, el comisario habría firmado que no había un asesino entre ellos.

Se excusó y fue a hacer una llamada. Necesitaba ratificar si, en efecto, el hospital registraba el deceso de un tal Dieter Heseldorf. Regresó unos minutos después y, tras un breve trámite administrativo, despachó a los presentes con las disculpas del caso por haberlos retenido tantas horas, un primero de año y en medio de un calor intenso. Antes les explicó que su ayudante corroboraría sus direcciones y teléfonos y que, si bien era improbable, no debían sorprenderse si en algún momento recibían una llamada de la policía o una citación judicial.

Dijo esto último solo para añadir algo de dramatismo a su discurso y para disfrutar viendo cómo algunos rostros se descomponían. Les extendió la mano uno por uno, les deseó felices vacaciones y un mejor año nuevo. Luego regresó a la mesa donde Jacinto Arnau no atinaba a moverse y aguardaba

boquiabierto.

El comisario no había terminado de acomodarse en la silla y se disponía a juntar sus papeles cuando levantó la vista y con satisfacción comprobó que la sala estaba desierta. La vida seguía para aquel montoncito de personas y el comisario se preguntó cuánto les afectaría haber vivido aquello. Sintió pena por Gonzalo Gadés, que así se llamaría el muchacho en su informe, aunque para él siempre sería Gonzalo Heseldorf.

Escribía a toda velocidad e iba acomodando sus notas. Jacinto Arnau se preguntaba si debía esperar o salir con los otros. Durante los segundos que duró aquel silencio, los dos hombres supieron con una simultaneidad sorprendente que una etapa importante se cerraba para cada uno de ellos.

XLVIII. A ese lugar nunca se llega

Villa Carlos Paz, 1992

El aire se llenó de una tersura nueva. Como si nada hubiera sucedido, como si aquel hubiera sido un día cualquiera, la vida recuperó su ritmo, la tarde aceptó sus colores y las horas previas parecieron quedar en un pasado que pronto sería anécdota.

—No entiendo, comisario. ¿Por qué me deja ir? Yo maté al muchacho. O lo ayudé a morir, que es lo mismo.

—Le pido que salga, Arnau. Necesito ordenarme un poco.

Jacinto Arnau se levantó con dificultad y con dificultad caminó hasta la puerta. Salió al parque, cuyo verdor le pareció una encantadora bienvenida. El comisario sentía el agotamiento como una manaza que le apretaba el cráneo y le producía una insoportable jaqueca. Miró hacia afuera y, por la altura del sol, calculó que era mal momento del día para estar bajo aquellos rayos sin misericordia. Pensó en la manchita que tenía en el pómulo derecho. Quizá fuera un cáncer incipiente. Debía haber consultado hacía tiempo.

Abajo, en el valle, el agua era una superficie uniforme de escamas plateadas, el lomo de un gran pez que se extendía hasta el borde de las sierras. Desde el parque venían los gritos de los niños que jugaban despreocupados, felices. El comisario pensó que la infancia era demasiado corta y que, junto con la inocencia, también a ellos pronto se les terminaría la fiesta.

Caminó hacia el ventanal que daba al jardín e intentó divisar a los adultos. Solo la pareja de hombres estaba a la vista. Vigilaban a los niños, que cada

tanto se acercaban para que les limpiaran el sudor del rostro o les dieran un sorbo de refresco. Los demás estarían descansando en las habitaciones. El comisario se preguntó si habrían almorzado, si tendrían la suficiente paz interior como para tomarse una siesta. Si estarían conversando, especulando con el desenlace de aquella tragedia. O si alguno estaría solo, envuelto en sus cavilaciones, dialogando con su conciencia. Le hubiera gustado saber qué pasaba por aquellas cabezas.

Su trabajo estaba casi acabado. El forense le había comunicado lo que él ya sabía: envenenamiento. Lo del cianuro tampoco le causó sorpresa. Ni que el cuerpo no mostrara signos de violencia. Gonzalo Gadés se había suicidado. A juicio del forense no quedaba la menor duda.

Se tomó unos minutos para pensar. El cansancio no ayudaba. A su mente volvía la imagen del muchacho muerto y todas aquellas palabras escuchadas durante esa curiosa jornada del primer día de enero. Cada testimonio era mucho más que eso. Era la forma en que cada quien veía la realidad, con mayor o menor indiferencia, con distintos grados de egoísmo o empatía.

Sin embargo, la verdad era una. Estaba en alguna parte, en el punto exacto donde todos aquellos relatos se juntaban. Un caleidoscopio. Eso era. Un caleidoscopio que empezaba a ordenarse. Y él, un agotado comisario de provincia, lo giraba con suavidad para que aquellos cristales multicolores fueran encontrando su lugar en el diseño.

Sabía que nunca alcanzaría la verdad completa. Solo tenía el relato, la fuerza del relato, su poder de convicción, su capacidad de seducir, de convencer. Su terrible potencial de engaño. No parecía justo que un solo hombre tuviera la responsabilidad de decidir. Estaba la justicia, claro. Él podía —no, no podía; debía—, él debía redactar su informe y que la justicia decidiera.

Su informe sería la herramienta esencial para que la justicia hiciera el resto. Sabía que la objetividad era un invento. Pero estaba la imparcialidad,

esa voluntad de no torcer el relato y de mantenerlo lo más cerca posible de los hechos. Podía ser imparcial, sí. Podía redactar de forma aséptica, sin permitir que sus emociones interfirieran. Él no era juez. No debía atormentarse, entonces. No era su problema. Conocía el reglamento. Sin embargo, conocer el reglamento era insuficiente. Sabía lo que estaba obligado a hacer, pero no estaba seguro de que eso fuera lo que le dictaba su conciencia.

Y entonces, sabiendo que debía actuar con extrema cautela, el comisario tomó la decisión más importante de su vida. Saltándose el habitual procedimiento, salió al calor de la tarde y caminó por el parque hasta que vio a Jacinto Arnau sentado en un banco, a la sombra de un alero. Se acomodó a su lado y comenzó a hablar sin mirarlo, con la vista hacia el frente, estancada en el lago de aguas perturbadoras y quietas.

—Arnau, no hay más nada que hacer. El caso está cerrado. Suicidio. Lo confirma el forense.

—No, no, no... Usted sabe cómo fueron las cosas, comisario. Por favor, escúcheme. No está bien que...

—Basta, Arnau. Ya habló demasiado. Ahora escuche usted. Soy policía por vocación. Siempre he hecho mi trabajo con seriedad y siempre creí que no tenía nada de qué arrepentirme. He sido implacable. Mi foja está limpia. No he vacilado. En cada caso, me amparé en el reglamento. Y con ese amparo creí estar seguro. Creí que nada estaría mal si me aferraba a esas reglas.

»Pero usted dijo hoy algo... quiero decir, usted me contó una historia y yo tengo la opción de creerla o no creerla. En esa historia, Arnau, en ese relato, en alguna parte de ese relato hay algo que no puede medirse, que no puede ser dicho con palabras...

—El alma de los hechos.

El comisario quedó unos segundos suspendido en el silencio.

—El alma de los hechos, sí. Es eso. El caso es que debo tomar una decisión. Mi informe, como comprenderá, incidirá en la actuación de la justicia.

—¿Y cómo sabe usted que ha llegado al alma de los hechos?

—Ese es el problema, Arnau. A ese lugar nunca se llega.

El comisario debía ser cauto y era consciente de ello. Estaba a punto de hacer algo irregular. Sabía que, al hacerlo, se exponía a echar por tierra su carrera. Aun así, sentía que valía la pena. De pronto, se encontraba ante un hombre que le había contado una historia y él había decidido creerla. Sabía que era solo un relato, apenas eso. Y que las palabras siempre tergiversan los hechos. Había algo, sin embargo... Algo en aquel hombre, una tristeza añeja, una entrega sincera que no reclamaba misericordia, la asunción de sus errores, algo que el comisario no lograba definir, pero que intuía por debajo de la historia que Jacinto Arnau le había contado.

Sí, era cierto. La verdad estaba en el alma de los hechos, un lugar inalcanzable. Pero no era menos cierto que todo relato honesto tenía algo de verdad. Algo. Aunque solo fuera la intención de ser sincero. A ese mínimo resplandor iba a aferrarse el comisario. Podía costarle caro, pero iba a correr el riesgo. No todas las preguntas tienen una única respuesta.

—Escuche, Arnau. Hay una distancia entre desear la muerte a alguien, matar y ayudar a morir. El resultado puede parecerse en los dos últimos casos, pero lo que importa, lo que a mí me importa es que usted no deseaba la muerte de Gonzalo Gadés.

—Es un delito, de cualquier modo...

—Déjese de tecnicismos. Esto es la vida.

—¿Y la justicia? ¿Usted no es un auxiliar de la justicia?

—¿Qué es la justicia, Arnau?

El viejo iba a decir algo, lo previsible, pero se quedó mudo, incapaz de una respuesta.

—Váyase, Arnau. Esto se resolverá de algún modo. Nadie asociará el veneno que hay en el cuerpo con su capsulita. Por otra parte, no sé cuál será la vida útil del cianuro, aunque veo improbable que haya permanecido activo por medio siglo. Si así fuera, tampoco estoy seguro de que algo tan pequeño haya podido con semejante cuerpo. Y, si todavía necesita más, está lo de las almendras. Varios lo vieron comer cantidades anormales de almendras. En lo que a mí respecta, solo sé que el muchacho ingirió cianuro. Dónde lo consiguió es una cuestión difícil de determinar. Estaba deprimido. Tenía sus motivos. Esto pasará por suicidio y en poco tiempo nadie recordará quién fue Gonzalo Gadés. Es duro, Arnau, pero la muerte de este muchacho no le interesa a nadie. En cambio usted... usted aún respira, camina, se mueve, tiene por delante tiempo. Sea lo que sea que haya hecho, pagó con creces. Hágame caso. Salve lo que le queda. Vuelva a Montevideo.

Jacinto Arnau no supo qué decir. Por algún motivo que más tarde lograría explicarse, su mente se ancló en aquella mañana cuando ante sus ojos un hombre había asesinado a su padre de un disparo en el pecho. Hasta ese instante congelado en el tiempo fluyeron, como una miríada de recuerdos, millones de gotitas de memoria, fragmentos mínimos que volaban en ráfagas de imágenes, sensaciones y sentimientos. Allí quedó detenido Jacinto Arnau, en aquel instante de su niñez cuando conoció el odio y comenzó a perder la inocencia.

—Arnau...

—¿Eh?

—¿Se siente bien? Está como ausente.

—Es que, al fin de cuentas, no sé si es tan bueno querer.

—¿Cómo dice?

—Vea, comisario, la mayoría de nuestras penas vienen de allí, de nuestros amores heridos. Nada, nada produce más dolor que un amor, sea de la naturaleza que sea. Un padre que pierde a un hijo, un hijo que pierde a un

padre, una traición, una mentira, la muerte. Y el relato que uno se construye de todo eso. Ni siquiera podemos aspirar a la verdad. ¿Qué nos queda, comisario?

El comisario lanzó una carcajada luminosa.

—¿Qué nos queda? Nos queda la honestidad, Arnau, ¿lo ve? ¿Puede verlo?

—¿Y eso no tiene que ver con la verdad?

—¡No, por favor, no! ¡Cómo es posible que no lo haya entendido! Usted se creyó en posesión de la verdad y esa fue su arrogancia, su estupidez y la causa de sus penas. La verdad siempre está en otro lado. Llámeme Dios o como prefiera. No accedemos a ella. En cambio, sí podemos ser honestos, actuar con limpieza, en paz con nuestra conciencia. La honestidad es eso, Arnau. La convicción de estar haciendo lo correcto. Váyase y no vuelva, ¿me entendió? Se lo estoy ordenando.

—No está bien lo que va a hacer, comisario.

—Puede que no, pero lo otro sería peor. Y ahora le agradezco que me deje solo. Estoy cansado y tengo que terminar este informe.

—Su relato, querrá decir.

—Sí, señor. Mi relato.

Agradecimientos

A Inés y a Lucía, cada vez más compañeras.

A Martha Casal, Diver Rial, Alicia Trezza y Ricardo Custodio, por su asesoramiento profesional.

A las *ladies* de Villa Jacinta, por prestarme el nombre para el protagonista.

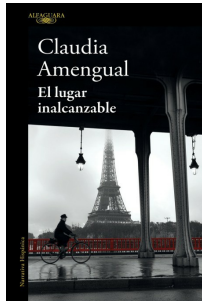
A Rodrigo Arias, Martín Stagnari y, muy especialmente, a Julián Ubiría, quien confió en esta novela y la mejoró con su estupenda edición.

A Ana Cencio, por su delicadísimo trabajo de corrección.

A Lucía Sánchez, por su trabajo de diseño.

A Virginia Morales, Elena Quirici, Luisina Ríos y Victoria Argibay, por su colaboración para que el libro llegue a los lectores.

A los lectores, que convertirán esta historia en literatura.



«La mayoría de nuestras penas vienen de allí, de nuestros amores heridos. Nada, nada produce más dolor que un amor, sea de la naturaleza que sea. Un padre que pierde a un hijo, un hijo que pierde a un padre, una traición, una mentira, la muerte. Y el relato que uno se construye de todo eso. Ni siquiera podemos aspirar a la verdad. ¿Qué nos queda?»

En la mañana del primer día del año 1992, un hombre aparece muerto en el baño de una hostería en Villa Carlos Paz, Argentina. Todos los huéspedes, aún somnolientos luego de los festejos de la noche anterior, deberán esperar pacientemente para prestar testimonio ante las autoridades.

A partir de una conversación entre dos personajes que aguardan su turno para declarar, se despliega el verdadero corazón de esta novela: la peripecia de Jacinto Arnau. Desde una infancia humilde en Montevideo, hasta sus años de juventud al servicio de Susana Soca en una París invadida por los nazis, esta es la historia de un hombre que conoció los límites mismos de las pasiones humanas, allí donde el amor y el odio más visceral se encuentran y se confunden.

Con un admirable dominio de recursos narrativos, Claudia Amengual construye una novela lúcida, inteligente y atrapante. *El lugar inalcanzable* es una historia cuyas resonancias permanecen en el lector mucho más allá de las

fronteras de la lectura.



CLAUDIA AMENGUAL

(Montevideo, 1969) es escritora, traductora pública y licenciada en Letras. En 2004 recibió una beca de la Fundación Carolina para estudiar Edición en Santander y en Madrid. Ha publicado las novelas *La rosa de Jericó* (2000), *El vendedor de escobas* (2002), *Desde las cenizas* (2005; Premio Sor Juana Inés de la Cruz), *Más que una sombra* (2007), *Falsas ventanas* (2011), *Cartagena* (2015; finalista del Premio Herralde), la biografía *Rara Avis. Vida y obra de Susana Soca* (2012), la antología personal *El rap de la morgue y otros cuentos* (2013), el ensayo *Una mirada al periodismo cultural: Jaime Clara y Sábado Sarandí* (2016) y las columnas de viajes *Viajar y escribir: nueve destinos que inspiran* (2017). Algunos de sus cuentos han sido premiados y traducidos e integran antologías en Uruguay y en el exterior. En 2007 fue elegida entre los escritores más destacados de América Latina e integra el grupo Bogotá39. Desde 2007 es columnista de la revista *galería* del semanario *Búsqueda*.

Foto: © Lucía Alegre



[Otros títulos de la autora en megustaleer.com.uy](http://megustaleer.com.uy)

Primera edición en castellano: abril de 2018

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Claudia Amengual

© 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial

Editorial Sudamericana Uruguay S.A.

Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-9974-888-31-9

Diseño de cubierta: Estudio Cactus

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

El lugar inalcanzable

Dedicatoria

Epígrafe

I. Es mentira que la muerte iguala

II. Hay horas que piden silencio

III. La muerte no se le desea a nadie

IV. Mi madre juraba que éramos nobles

V. Es más sencillo pensar en los otros

VI. El vientre era una colina

VII. La dignidad también existe en la pobreza

VIII. Una espesura de incomodidad y pereza

IX. Qué puede hacer un niño con ese deseo

X. Cuando una mujer llega a los sesenta

XI. Atendía a ricos y a pobres

XII. Había que verlo en el agua

XIII. Su aristocracia era del alma

XIV. Tranquilo como una tumba

XV. Notre Dame de París

XVI. La muerte tiene esas insolencias

XVII. Hôtel George V

XVIII. El delicado trabajo de una araña

XIX. Occupation
XX. Había algo refinado en su andar
XXI. Florence Gould
XXII. Un escandalete de lo más vulgar
XXIII. Ludmilla Byron
XXIV. Detestaba a las mujeres bellas
XXV. Couvre-feu
XXVI. Nadie se cuida de los detalles pequeños
XXVII. Marché noir
XXVIII. Varian Fry
XXIX. Allá ellos con sus cositas
XXX. La Continental
XXXI. Bertram
XXXII. Pasternak
XXXIII. Pont D'Iena
XXXIV. Shakespeare and Company
XXXV. Bibi
XXXVI. Père Lachaise
XXXVII. Oui
XXXVIII. División Leclerc
XXXIX. Femmes
XL. Tondeur
XLI. Au revoir
XLII. El muerto aparece vivo
XLIII. Una sociedad patas arriba
XLIV. Como si nada excepcional hubiera sucedido
XLV. La verdad es un caleidoscopio

XLVI. Una mentira enorme hecha de mil mentiras
pequeñas

XLVII. No había un asesino entre ellos

XLVIII. A ese lugar nunca se llega

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos